

A hand is shown pulling a rope that is attached to a wooden bar. The background is a dramatic, fiery orange and yellow, suggesting a fire or a sunset. The rope is thick and braided. The overall mood is intense and suspenseful.

M. W. CRAVEN

**EL
SHOW
DE LAS
MARIONETAS**

UNA NOVELA DE SUSPENSE OSCURA Y LLENA DE GIROS
BRILLANTES, IDEAL PARA LOS FANS DE MICHAEL
CONNELLY Y DE LA SERIE DE TELEVISIÓN *LUTHER*.

EL SHOW DE LAS MARIONETAS

M. W. CRAVEN

Traducción de
Ana Momplet Chico



Título original: *The Puppet Show*

© 2018, M. W. Craven

Primera edición en este formato: enero de 2020

© de la traducción: 2020, Ana Momplet Chico

© de esta edición: 2020, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-18014-14-7

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

EL SHOW DE LAS MARIONETAS

M. W. Craven

TE PRESENTAMOS AL DETECTIVE WASHINGTON POE. OSCURO, CÍNICO,
IMPLACABLE;
UN HOMBRE QUE VIVE EN LA SOLEDAD DE UNA GRANJA EN LA PARTE MÁS
AISLADA
DE CUMBRIA. UN HOMBRE CUYOS SECRETOS GUARDAN MÁS SECRETOS, CON UN
PASADO QUE MANTIENE ALEJADO Y OTRO PASADO QUE AÚN NO CONOCE.

Un asesino en serie está quemando vivas a sus víctimas. No deja ningún tipo de pista en las escenas del crimen y la policía ha perdido todas las esperanzas de encontrarlo. Cuando su nombre aparece en los restos carbonizados de la tercera víctima, Washington Poe, un detective suspendido de empleo y caído en desgracia, recibe la llamada para hacerse cargo de la investigación, un caso del que no quiere formar parte.

De mala gana acepta, al igual que su nueva compañera Tilly Bradshaw, una brillante pero poco social analista. Pronto la pareja descubre una pista que solo él podría ver. El peligroso asesino tiene un plan y, por algún motivo, Poe forma parte de él.

Mientras el número de víctimas sigue aumentando, Poe descubre que sabe mucho más acerca del caso de lo que jamás se habría imaginado. Y en un final aterrador que echará por tierra todo lo que creía saber de sí mismo, Poe comprenderá que hay cosas mucho peores que ser quemado con vida.

ACERCA DEL AUTOR

M. W. Craven nació en Carlisle pero creció en Newcastle, donde se unió al ejército con tan solo dieciséis años. Pasó los siguientes diez años viajando por el mundo. En 1995 estudió Trabajo social especializado en Criminología. Ahora se dedica en exclusiva a la escritura. Actualmente está casado y vive en Carlisle con su esposa. El show de las marionetas, ganadora del Premio Gold Dagger a la mejor novela del año, es la primera entrega de la serie protagonizada por Washington Poe.

ACERCA DE LA OBRA

«Los giros de la trama son brillantes y muy inteligentes, los toques de humor funcionan a la perfección; el lector disfrutará de esta novela desde la página uno.»

MICHAEL J. MALONE

«Un *thriller* intenso por un nuevo talento impresionante. Bien desarrollado, no recomendable para los que tengan problemas cardíacos.»

DAVID MARK

«Washington Poe es el nombre del que todos los entusiastas de la ficción criminal hablarán: la respuesta británica a Harry Bosch. *El show de las marionetas* es una novela de misterio llena de giros que dejará al lector sin respiro hasta su adictivo final.»

MATT HILTON

«Nada de lo que hayas leído te tendrá preparado para el extraordinario Washington Poe.»

KEITH NIXON

Este libro está dedicado a mi esposa, Joanne,
y a mi difunta madre, Susan Avison Craven.
Sin ellas dos, esta novela no existiría

Inmolar

(Del lat. *immolāre*)

1. Sacrificar a una víctima.
2. Ofrecer algo en reconocimiento de la divinidad.

El círculo de piedra es un lugar antiguo y tranquilo. Sus rocas son silenciosas centinelas. Espectadoras inmóviles. El granito brilla con el rocío de la mañana. Han resistido más de mil inviernos y, a pesar de la erosión y el desgaste, jamás se han doblegado al tiempo, las estaciones o al ser humano.

Solo, dentro del círculo, rodeado de tenues sombras, hay un anciano. Su rostro está muy arrugado y una franja de pelo gris enmarca su cráneo calvo y manchado. Su figura es cadavérica y su delgado cuerpo tiembla atormentado. Tiene la cabeza agachada y los hombros encorvados.

Está desnudo y a punto de morir.

Un grueso alambre le sujeta a una viga de hierro, mordiéndole la piel. Le da igual: su verdugo ya le ha torturado.

Está en *shock* y no se cree capaz de soportar más dolor.

Pero se equivoca.

—Míreme. —La voz de su verdugo suena apagada.

El viejo está cubierto de una sustancia gelatinosa que apesta a gasolina. Alza la vista y mira a la figura encapuchada delante de él.

Su verdugo tiene un encendedor *zippo* en la mano.

Y entonces le invade el pánico. El miedo instintivo al fuego. Sabe lo que va a ocurrir y que no puede hacer nada para evitarlo. Su respiración se vuelve errática y superficial.

El tipo levanta el encendedor a la altura de sus ojos. El viejo observa su sencilla belleza. Las líneas perfectas, el diseño preciso. No ha cambiado nada en un siglo. Con un rápido movimiento del dedo, abre la tapa. Un giro del pulgar y la rueda golpea la piedra. Una lluvia de chispas y aparece la llama.

Su verdugo baja el mechero y lleva la llama hacia abajo. El acelerante prende y las llamas estallan rabiosas bajando por su brazo.

El dolor es inmediato, como si su sangre se convirtiera en ácido. Sus ojos se abren aterrados y hasta el último músculo de su cuerpo se tensa. Sus manos se cierran en puños. Intenta gritar, pero, al llegar al obstáculo de su garganta, el grito muere y se vuelve un patético lamento mientras hace gárgaras con su propia sangre.

Su piel crepita y chisporrotea como carne en un horno caliente. Sangre, grasa y agua caen por sus brazos y gotean de sus dedos.

Su vista se funde en negro. Desaparece el dolor. Su respiración ya no es acelerada y urgente.

El viejo muere. No sabe que su propia grasa seguirá alimentando el fuego un buen rato cuando el acelerante haya desaparecido. No podrá ver cómo las llamas queman y deforman lo que llevaba grabado en el pecho.

Aun así, ocurre.

1

Una semana después

Tilly Bradshaw tenía un problema. Y no le gustaban los problemas. No soportaba la incertidumbre, y eso la ponía nerviosa.

Miró a su alrededor en busca de alguien con quien compartir sus hallazgos, pero la oficina de la SCAS (la Sección de Análisis de Delitos Graves, un departamento dentro de la Agencia Nacional del Crimen del Reino Unido) estaba vacía. Comprobó su reloj y vio que era casi medianoche. Otra vez, dieciséis horas seguidas trabajando. Escribió rápidamente un mensaje a su madre, disculpándose por no haberla llamado.

Volvió a mirar la pantalla del ordenador. Sabía que no era un fallo técnico, pero, con resultados como ese, se esperaba que lo hubiera comprobado bien. Ejecutó su programa una vez más.

Se preparó un té de fruta y miró cómo avanzaba la barra de progreso para ver cuánto tendría que esperar. Quince minutos. Bradshaw abrió su portátil, enchufó los auriculares y escribió: «BAK», que significaba «de vuelta al teclado». Al cabo de pocos segundos, estaba inmersa en *Dragonlore*, un juego de rol en línea.

De fondo, su programa seguía procesando los datos que había introducido. Pero Bradshaw no miró el ordenador de la SCAS ni una sola vez.

Ella no cometía errores.

Quince minutos después, el logo de la Agencia Nacional del Crimen desapareció de la pantalla, y volvieron a aparecer los mismos resultados. Bradshaw escribió «AFK» («no estoy al teclado») y cerró la sesión del juego.

Había dos posibilidades. O los resultados eran exactos, o se había producido una coincidencia imposible. Al verlos por primera vez, calculó la probabilidad de que fuera casualidad, y salió una entre muchos millones. Por si acaso le preguntaban, introdujo el problema matemático en un programa que ella misma había diseñado y lo ejecutó. Cuando apareció el resultado, decía que estaba dentro del margen de error permitido. No sonrió al darse cuenta de que lo había resuelto antes que su propio ordenador, con un programa que ella misma había creado.

Ahora no sabía qué hacer. Su superior, la inspectora Stephanie Flynn, solía ser simpática con ella, pero hacía menos de una semana que le había soltado un discurso sobre cuándo era

adecuado y cuándo no lo era llamarla a casa. Solo podría hacerlo en caso de que fuese importante. Pero... si era Flynn quien decidía lo que era importante, ¿cómo se suponía que debía saberlo sin preguntárselo? Todo era muy confuso.

Bradshaw deseaba que fuera como un problema matemático. Ella entendía las matemáticas. No entendía a la inspectora Flynn. Se mordió el labio y tomó una decisión.

Revisó los resultados y ensayó lo que iba a decir.

Su hallazgo estaba relacionado con el último objetivo de la SCAS, un hombre al que la prensa llamaba «El Hombre Inmolación». Quienquiera que fuese, y habían asumido rápidamente que se trataba de un varón, no parecían caerle demasiado bien los hombres de entre sesenta y setenta años. De hecho, les tenía tal aversión que los quemaba vivos.

Bradshaw había estado analizando los datos de su tercera y última víctima. La SCAS se había puesto con el caso después de la segunda. Aparte de detectar la aparición de asesinos y violadores en serie, su labor consistía en ofrecer apoyo analítico a cualquier brigada policial que estuviese llevando a cabo investigaciones sobre asesinatos complejos y sin móviles aparentes. Y el Hombre Inmolación cumplía, sin duda alguna, todos los requisitos de la SCAS.

Dado que el fuego había destruido los cuerpos hasta el punto de que ni siquiera «parecían» cuerpos, el jefe de la investigación de Cumbria había decidido que la autopsia no era suficiente y les pidió consejo. Una vez realizada la autopsia, la SCAS sometió el cadáver a un estudio con un equipo de tomografía computerizada multicorte (TCMC), una sofisticada técnica de investigación médica que utilizaba rayos X y una tinta de contraste para formar una imagen tridimensional del cuerpo. Estaba diseñada para emplearse con seres vivos, pero era igual de eficaz con los muertos.

La SCAS no tenía recursos para contar con su propio equipo de TCMC, ningún departamento policial los tenía, pero había llegado a un acuerdo para alquilarlo cuando la situación lo mereciera. Y, dado que el Hombre Inmolación no había dejado rastro ni en las escenas del crimen ni en los lugares de secuestro, el jefe de la investigación mostró su absoluta disposición a probar lo que hiciera falta.

Bradshaw respiró hondo y marcó el número de la inspectora Flynn.

Al quinto tono, contestó una voz adormilada.

—¿Diga?

Miró su reloj para confirmar que era más de medianoche, y entonces dijo:

—Buenos días, inspectora Flynn, ¿cómo está?

Aparte de hablarle del horario adecuado para llamarla fuera de la jornada de trabajo, Flynn le había pedido que fuera más educada con sus compañeros.

—Tilly —gruñó Flynn—. ¿Qué quieres?

—Quiero hablarle del caso, inspectora Flynn.

Flynn suspiró.

—¿No me puedes llamar Stephanie a secas, Tilly? ¿O Steph? ¿O jefa? De hecho, tampoco estamos muy lejos de Londres, así que me valdría hasta con *guv*.¹

—Por supuesto, inspectora Stephanie Flynn.

—No..., quiero decir que si no puedes... ¡Ah, es igual!

Bradshaw esperó a que Flynn terminara y dijo:

—¿Puedo contarle lo que he encontrado?

Flynn gimió.

—¿Qué hora es?

—Las doce y trece minutos.

—Venga, dime. ¿Qué es tan importante que no puede esperar a mañana?

Flynn escuchó, luego hizo varias preguntas y colgó. Bradshaw se reclinó en la silla sonriendo. Había hecho bien llamándola. La propia inspectora Flynn se lo había dicho.

Flynn llegó al cabo de menos de media hora. Tenía el pelo rubio despeinado. No llevaba maquillaje. Bradshaw tampoco, aunque en su caso era por elección propia. Le parecía una estupidez.

Bradshaw apretó varias teclas para abrir una serie de imágenes de cortes transversales.

—Son todas del torso —dijo.

A continuación, le explicó lo que hacía el equipo de TCMC.

—Detecta lesiones y fracturas que la autopsia puede pasar por alto. Es especialmente útil cuando la víctima ha sido calcinada.

Flynn ya sabía todo eso, pero dejó que terminara. Bradshaw se tomaba su tiempo para comunicar la información y no le gustaba que le metieran prisa.

—Los cortes transversales no nos dicen demasiado, inspectora Flynn, pero mire esto.

Bradshaw abrió una imagen compuesta, esta vez tomada desde arriba.

—¿Qué demonios es...? —preguntó Flynn, mirando la pantalla.

—Cortes —contestó Bradshaw—. Muchos.

—O sea, ¿que la autopsia no detectó un montón de cortes aleatorios?

Bradshaw asintió.

—Eso es lo que pensaba.

Apretó otra tecla y se quedaron observando la imagen 3D de las heridas sobre el pecho de la víctima. El programa ordenó los cortes aparentemente aleatorios hasta que por fin se unieron.

Contemplaron la imagen final. No tenía nada aleatorio.

—¿Qué hacemos ahora, inspectora Flynn?

Flynn se quedó pensando y por fin contestó:

—¿Has llamado a tu madre para decirle por qué no estás en casa todavía?

—Le he mandado un mensaje.

—Pues mándale otro. Dile que esta noche no irás a casa.

Bradshaw empezó a escribir sobre la pantalla de su móvil.

—¿Qué motivo le doy?

—Dile que vamos a sacar al director de la cama.

2

Washington Poe había disfrutado del día reparando el muro de piedra seca. Era una de las nuevas habilidades que había aprendido desde su regreso a Cumbria. El trabajo era demoledor, pero la recompensa de un pastel y una pinta de cerveza al terminar la jornada lo hacían hasta placentero. Metió sus herramientas y varias piedras sueltas en el tráiler de su *quad*, llamó con un silbido a Edgar, su springer spaniel, y emprendió la vuelta a su pequeña granja. Como había estado trabajando en el muro perimetral, estaba a casi dos kilómetros de la casa, una estructura de piedra irregular llamada Herdwick Croft. Tardaría cerca de un cuarto de hora en llegar.

El sol de primavera estaba bajo, y la hierba y el brezo brillaban con el rocío de la tarde. Los pájaros entonaban trinos territoriales y de apareamiento, el aire ya olía al perfume de las primeras flores. Poe respiró hondo mientras conducía.

Podría acostumbrarse a esto.

Tenía pensado darse una ducha rápida e ir paseando hasta el hotel, pero, según se iba acercando a la casa, la idea de pasar un rato en la bañera con un buen libro se le hacía más y más atractiva.

Al llegar a la última cumbre, se detuvo. Había alguien sentado junto a la mesa de su porche.

Abrió la bolsa de lona que siempre llevaba consigo y sacó unos prismáticos. Los enfocó sobre la figura solitaria. No estaba seguro, pero parecía una mujer. Aumentó la imagen y al reconocer la figura de melena larga y rubia, sonrió levemente.

«Bueno..., por fin le habían encontrado.»

Guardó los prismáticos en la bolsa y bajó a ver a su antigua sargento.

—Cuánto tiempo, Steph —dijo Poe—. ¿Qué te trae tan al norte?

Edgar, aquel peludo traidor, estaba armando un escándalo alrededor de ella como una vieja amiga olvidada.

—Poe —contestó ella—. Bonita barba.

Levantó la mano y se rascó el mentón. Había perdido la costumbre de afeitarse a diario.

—Sabes que nunca se me ha dado bien la charla superficial, Steph.

Flynn asintió.

—Cuesta encontrar este sitio.

Llevaba un traje de pantalón azul marino con raya diplomática y, a juzgar por su aspecto delgado y ágil, era evidente que seguía haciendo artes marciales. Rezumaba la confianza de alguien que lleva las riendas. Había unas gafas de leer junto a una carpeta sobre la mesa. Parecía

como si hubiera estado trabajando antes de que Poe llegara.

—Parece que no lo suficiente —contestó él. No sonreía—. ¿Qué puedo hacer por usted, sargento Flynn?

—Ahora soy «inspectora» Flynn, aunque no hay ninguna diferencia, la verdad.

Poe arqueó las cejas.

—¿Mi antiguo puesto?

Asintió.

—Me sorprende que Talbot te dejara quedártelo —dijo Poe.

Talbot era el director cuando Poe trabajaba como inspector de la SCAS. Era un tipo mezquino, y culparía a Flynn por lo ocurrido igual que culpaba a Poe. Tal vez incluso más, porque Poe no se quedó. Ella sí.

—Ahora está Edward van Zyl. Talbot no sobrevivió a los daños colaterales.

—Buen tipo, me cae bien —dijo Poe con un gruñido.

Cuando Van Zyl estaba en la Brigada Especial del Noroeste, trabajaron codo con codo en un caso de antiterrorismo. Los autores de los atentados del 21 de julio se habían entrenado en el distrito de los Lagos, y la policía de Cumbria fue clave para construir el perfil de Inteligencia. Fue Van Zyl quien le dijo que se presentara al puesto en la SCAS.

—¿Y Hanson?

—Sigue de subdirector.

—Qué pena... —respondió Poe.

Hanson era hábil políticamente, y a Poe no le sorprendía que hubiera salido indemne. Sin embargo, cuando el director de un cuerpo se ve obligado a marcharse por cometer graves errores de cálculo, el siguiente en la línea de sucesión suele quedarse con su puesto. Que Hanson no hubiera ascendido significaba que tampoco había salido del todo airoso.

Poe aún recordaba la sonrisa de suficiencia en la cara de Hanson al suspenderle. Desde entonces, no había tenido contacto con nadie de la Agencia Nacional del Crimen. No había dejado dirección, canceló su contrato de móvil y, por lo que sabía, tampoco figuraba en ninguna base de datos en Cumbria.

Si Flynn se había molestado en buscarle era porque por fin se había llegado a alguna decisión sobre su puesto. Teniendo en cuenta que Hanson seguía en el mismo cargo, Poe dudaba que fueran buenas noticias. Pero le daba igual, él había pasado página hacía meses. Si Flynn había venido a decirle que ya no trabajaba para la Agencia Nacional del Crimen, no le supondría ningún problema. Y si estaba aquí para decirle que Hanson había dado finalmente con el modo de presentar cargos contra él, tendría que afrontarlo.

No tenía sentido matar al mensajero. Dudaba que Flynn quisiera estar ahí.

—¿Te apetece un café? Yo me voy a tomar uno. —No esperó la respuesta y desapareció en la casa, cerrando la puerta tras de sí.

Cinco minutos más tarde, volvió con una cafetera expreso de metal y una jarra de agua hirviendo. Llenó dos tazas.

—¿Sigues tomándolo solo?

Ella asintió y le dio un sorbo. Sonrió y alzó la taza agradecida.

—¿Cómo me has encontrado? —Su expresión era seria. Cada vez era más celoso de su intimidad.

—Van Zyl sabía que habías vuelto a Cumbria y, más o menos, dónde vivías. Unos obreros de la cantera me dijeron que había alguien viviendo en la vieja granja de un pastor en medio de la nada. Te habían visto arreglándola. —Miró a su alrededor como si la prueba de eso fuera imperceptible.

Herdwick Croft parecía un edificio surgido de la tierra. Los muros eran de piedra sin enlucir, demasiado grandes como para ser levantados y colocados en su sitio por un solo hombre. Y encajaba perfectamente con el viejo páramo donde se encontraba. Era chata y fea, y parecía como si la hubieran congelado en el tiempo durante doscientos años. A Poe le encantaba.

—He estado esperando un par de horas... —dijo Flynn.

—¿Qué quieres?

Ella cogió su maletín y sacó una gruesa carpeta. No la abrió.

—Supongo que habrás oído hablar del Hombre Inmolación...

Poe alzó la cabeza bruscamente. No se lo esperaba.

Por supuesto que había oído hablar del Hombre Inmolación. Era noticia incluso en medio de Shap Fells. Había quemado a varios hombres vivos en algunos de los numerosos círculos de piedra de Cumbria. Por ahora había tres víctimas, a no ser que hubiera alguna otra que aún no conocía. A pesar de que la prensa había estado especulando sobre el asunto, los hechos estaban ahí si uno era capaz de separarlos del sensacionalismo.

Era el primer asesino en serie de la historia del condado.

Aunque la SCAS hubiera acudido a ayudar a la policía de Cumbria, él seguía suspendido: asuntos internos y la Comisión Independiente de Quejas contra la Policía le estaban investigando. Poe sabía que era útil en cualquier investigación, pero no imprescindible. La SCAS había seguido funcionando sin él.

Así pues, ¿qué hacía Flynn ahí?

—Van Zyl te ha levantado la suspensión. Quiere que te pongas a trabajar en el caso. Serás mi sargento.

El rostro de Poe era una máscara, pero su mente funcionaba más rápida que un ordenador. No tenía ningún sentido. Flynn era una inspectora nueva, y lo último que querría sería al «antiguo» inspector trabajando a sus órdenes, socavando su autoridad con su mera presencia. Y ella le conocía y sabía perfectamente cómo respondía ante la autoridad. ¿Por qué iba a querer formar parte de eso?

Eran órdenes.

Poe cayó en que Flynn no había mencionado la investigación de la comisión, así que probablemente eso sí siguiera su curso. Se levantó y recogió las tazas.

—No me interesa —dijo.

Ella parecía sorprendida por su respuesta. Y Poe no lo entendía. La Agencia Nacional se lo había quitado de encima.

—¿No quieres ver lo que tengo en esta carpeta? —dijo.

—Me da igual —contestó.

Ya no echaba en falta la SCAS. Aunque le había costado un tiempo acostumbrarse al ritmo ralentizado de la vida en las colinas de Cumbria, ahora ya no quería dejarlo. Si Flynn no estaba ahí para despedirle ni detenerle, entonces no le interesaba nada de lo que pudiera decirle. Coger a asesinos en serie ya no formaba parte de su vida.

—De acuerdo —dijo ella. Se levantó. Era alta y sus ojos quedaron a la misma altura—. En tal caso, necesito que me firmes dos documentos. —Sacó una carpeta más fina del maletín y se la entregó.

—¿Qué es esto?

—Ya has oído que Van Zyl te ha levantado la suspensión, ¿no?

Asintiendo, empezó a leer el documento.

«Ah...»

—Y comprenderás que, como vuelves a ser un agente de policía en servicio, si te niegas a volver a trabajar, bueno, es una ofensa que puede conllevar el despido... Pero para no tener que pasar por eso, me han dicho que puedo aceptar tu dimisión ahora mismo. Me he tomado la libertad de pedir a Recursos Humanos que redacte el documento.

Poe lo estudió. Si firmaba al pie de aquella hoja, dejaría de ser policía. Aunque llevaba tiempo esperándolo, no era tan fácil como creía. Si lo firmaba, pondría punto final a los últimos dieciocho meses. Y podría empezar a vivir.

Pero ya nunca llevaría su placa.

Miró a Edgar. El perro estaba absorbiendo los últimos rayos de sol. La mayoría de las tierras de alrededor eran suyas. ¿Estaba dispuesto a renunciar a todo aquello?

Poe cogió el bolígrafo y garabateó su nombre al pie del documento. Se lo devolvió a Flynn para que comprobase que no había escrito simplemente: «Vete a la mierda». Ahora que le había pillado el farol, parecía menos segura de lo que debía hacer. La cosa no estaba saliendo como había planeado. Poe se llevó las tazas y la cafetera adentro. Un minuto después volvió a salir. Flynn no se había movido.

—¿Qué pasa, Steph?

—Poe, ¿qué estás haciendo? Te encantaba ser policía. ¿Qué es lo que ha cambiado?

La ignoró. Ahora que había tomado la decisión, solo quería que se marchase.

—¿Y el otro documento?

—¿Perdona?

—Has dicho que tenía que firmar dos. Ya te he firmado la carta de dimisión, así que, a no ser que sean dos copias, debe de ser otra cosa.

Flynn recobró la compostura. Abrió la carpeta y sacó el segundo documento. Era un poco más grueso que el primero y tenía el sello oficial de la Agencia Nacional del Crimen sobre el membrete.

Empezó a pronunciar un discurso aprendido que el propio Poe había utilizado.

—Washington Poe, lea este documento y firme al pie para confirmar que le ha sido entregada la citación. —Le dio un grueso fajo de papel.

Poe leyó la primera hoja.

Era una «advertencia Osman».

Mierda...

3

Cuando la policía tiene información de que alguien se encuentra en peligro grave y/o inminente, tiene la obligación de advertir a la víctima. Una advertencia Osman es el procedimiento oficial para cumplir dicha obligación. Las víctimas potenciales pueden asumir las medidas de protección propuestas por la policía o, si no les satisfacen, adoptar las suyas propias.

Poe ojeó la primera hoja, pero estaba llena de pamplinas oficiosas. No especificaba quién le estaba poniendo en peligro.

—¿De qué va todo esto, Steph?

—Solo puedo decirte que sigues siendo un agente de policía en servicio, Poe. —Le tendió la carta de dimisión que acababa de firmar. Él no la cogió.

—Poe, mírame.

La observó y vio que en sus ojos no había más que sinceridad.

—Confía en mí. Tienes que ver lo que hay en esa carpeta. Si no te gusta, siempre puedes mandar tu carta de dimisión a Hanson por correo electrónico. —Le devolvió la carta.

Poe asintió y la hizo trizas.

—Bien —dijo ella.

Le enseñó varias fotografías con acabado brillante. Eran de una escena del crimen.

—¿Las reconoces?

Poe las miró atentamente. Eran de un cadáver. Ennegrecido, chamuscado, casi irreconocible. Estaba encogido, como queda cualquier cosa que esté compuesta fundamentalmente de líquido tras ser expuesta a un calor extremo. El cadáver parecía tener la misma textura y peso que el carbón que Poe sacaba de su cocina de leña cada mañana. Casi podía sentir el calor residual a través de la imagen.

—¿Sabes cuál es este? —preguntó Flynn.

Poe no contestó. Empezó a hojear el fajo de fotografías en busca de algún punto de referencia. La última era una imagen de la escena del crimen al completo. Reconoció el círculo de piedra.

—Esto es Long Meg and Her Daughters. Y este... —señaló la primera foto— debe de ser Michael James, el concejal tory. La tercera víctima.

—Lo es. Lo colocó en medio del círculo de piedras, lo cubrió de acelerante y le prendió fuego. Tenía quemaduras en el noventa por ciento del cuerpo. ¿Qué más sabes?

—Solo lo que he leído. Supongo que a la policía le sorprendería la ubicación; no está tan aislado como los otros dos.

—Mucho menos de lo que les sorprendió que consiguiera burlar todo el sistema de vigilancia que habían instalado.

Poe asintió. El Hombre Inmolación buscaba un círculo de piedra distinto cada vez que cometía un asesinato. Así es como la prensa había elegido su apodo. «Inmolación» significa hacer un sacrificio, y generalmente se hace con fuego; sin otro motivo, la prensa se quedó con él. Poe creía que la policía estaría vigilando todos los círculos. Pero aparentemente no... había muchos círculos de piedras en Cumbria. Si a eso añadimos los túmulos, los crómlech y los menhires, al menos habría quinientos lugares que vigilar. Aunque pusieran destacamentos mínimos, necesitarían al menos dos mil policías para cubrir el condado. Y Cumbria apenas contaba con mil efectivos. No tendrían más remedio que elegir dónde situar sus limitados recursos.

Le devolvió las fotografías. Por espantoso que fuera todo aquello, no explicaba por qué Flynn había hecho aquel largo viaje al norte.

—Sigo sin entender qué tiene que ver esto conmigo.

Ella ignoró la pregunta.

—Llamaron a la SCAS después de la segunda víctima del Hombre Inmolación. El jefe de la investigación quería un perfil.

Era de esperar. Aquella era la especialidad de la brigada.

—Y lo hicimos —continuó—. Pero no encontramos nada útil, lo típico de franja de edad, etnia, ese tipo de cosas.

Poe sabía que los perfiles podían ser un valor añadido, pero únicamente cuando formaban parte de una investigación llevada a cabo a varios niveles. Dudaba de que aquella conversación fuera por un perfil.

—¿Has oído hablar de la tomografía computerizada multicorte?

—Sí —mintió.

—Una máquina fotografía el cuerpo en capas muy finas en lugar de al completo. Es un procedimiento caro, pero a veces detecta lesiones *ante y post mortem* que las autopsias forenses convencionales pasan por alto.

Poe era un policía de los que necesitan saber lo que algo puede hacer, no tanto cómo funciona. Si Flynn decía que era posible, entonces lo era.

—La autopsia no encontró nada, pero la tomografía computerizada multicorte descubrió esto. —Sacó otro fajo de fotos y las colocó sobre la mesa delante de él. Eran imágenes computerizadas de lo que parecían cortes aleatorios.

—¿Estaban en la tercera víctima? —preguntó.

Flynn asintió.

—Sobre el torso. Todo lo que hace busca tener el máximo efecto.

El Hombre Inmolación era un sádico. Poe no necesitaba ningún programa sofisticado para saberlo. Estudió cada una de las páginas según las iba pasando Flynn. Eran casi veinte, y la última le hizo soltar un grito ahogado.

Era la suma de todas las partes. La imagen computerizada en la que todos los cortes aleatorios se unían formando un dibujo reconocible. Los labios se le quedaron pegados de repente.

—¿Cómo? —dijo, con voz ronca.

Flynn se encogió de hombros.

—Esperábamos que tú nos lo explicaras.

Se quedaron mirando la última foto.

El Hombre Inmolación había grabado dos palabras sobre el pecho de la víctima:
«Washington Poe».

4

Poe se dejó caer sobre el asiento, pálido. Le empezó a palpar una vena en la sien.

Se quedó mirando la réplica computerizada de su nombre. Y no era solamente su nombre: encima había grabado el número cinco.

Eso no era bueno... No era nada bueno.

—Queremos saber qué le ha llevado a grabar tu nombre en el pecho de la víctima.

—Pero ¿no lo había hecho antes? ¿No es algo que hayáis ocultado a la prensa?

—No. Metimos a las víctimas uno y dos en el equipo de tomografía después, y no salió nada.

—¿Y este número cinco?

Solo había una explicación plausible, y Poe sabía que Flynn pensaba lo mismo. Por eso había emitido la advertencia Osman.

—Damos por hecho que estás señalado como la quinta víctima.

Cogió la última fotografía. Después del burdo intento de dibujar un número cinco, el Hombre Inmolación había desistido en hacer las curvas. Todos los trazos de las letras eran rectos.

A pesar de que lo que estaban mirando era solo una imagen de ordenador, parecía evidente que las heridas eran demasiado burdas para haber sido hechas con un escalpelo. Él apostaría por una navaja Stanley o algo parecido. Que la máquina de tomografía multicorte hubiese detectado las letras significaba dos cosas: eran *ante mortem* (de lo contrario, las hubiera detectado la autopsia) y profundas, porque el fuego habría destruido lesiones más superficiales. Los últimos minutos de vida de la víctima debieron de ser un auténtico infierno.

—¿Por qué yo? —dijo Poe.

Había pasado toda su carrera haciéndose enemigos, pero nunca había trabajado en un caso de alguien tan chiflado.

Flynn se encogió de hombros.

—Como comprenderás, no eres el primero que se lo ha preguntado.

—No te he mentado al decir que solo sé lo que han dicho en los periódicos.

—Sabemos que, cuando estabas en la policía de Cumbria, no tuviste contacto oficialmente con ninguna de las víctimas. Doy por hecho que tampoco tuviste ningún contacto «extraoficial» con ellos...

—Que yo sepa, no. —Señaló la casa y las tierras circundantes—. Ahora mismo, este sitio acapara gran parte de mi tiempo.

—Lo que suponíamos. No creemos que la conexión esté en las víctimas, sino que hay alguna relación con el asesino.

—¿Creéis que conozco al Hombre Inmolación?

—Creemos que él te conoce a ti..., o que sabe de ti. Dudamos que tú le conozcas a él.

Poe sabía que aquella era la primera de muchas conversaciones y reuniones, y que, quisiera o no, estaba implicado en el asunto. Lo que no estaba claro era en calidad de qué.

—¿Primeras impresiones? —preguntó Flynn.

Se quedó mirando los cortes de nuevo. Sin contar el desastroso número cinco, había cuarenta y dos heridas para deletrear «Washington Poe». Cuarenta y dos expresiones personales de agonía.

—Pues, aparte de que la víctima debió de desear que me llamase Bob, nada.

—Necesito que vuelvas al trabajo —dijo ella. Miró a su alrededor, las colinas que ahora Poe consideraba su hogar—. Necesito que te reincorpores a la raza humana.

Descartada cualquier posibilidad de dimitir, Poe se puso en pie. Ahora solo importaba una cosa: el Hombre Inmolación andaba suelto en algún lugar, eligiendo a su cuarta víctima. Si quería volver a vivir tranquilo alguna vez, tendría que encontrarle antes de que llegase al número cinco.

—¿En qué coche vamos? —dijo.

5

Nada más salir de Cumbria, el paisaje se volvió llano y la M6 se extendió ante ellos como una pista de despegue. La primavera vivía delirios de grandeza estival y Poe tuvo que subir el aire acondicionado del coche de Flynn. El sudor se acumulaba en la parte inferior de su espalda, pero poco tenía que ver con el calor.

Un silencio intranquilo les tenía sofocados. Mientras Poe iba a dejar a Edgar en casa del vecino más cercano, Flynn se había quitado el elegante traje pantalón para enfundarse unos vaqueros y un jersey informal, pero, a pesar de lo relajado de su atuendo, no paraba de jugar con su pelo, con la mirada clavada en la carretera.

—Enhorabuena por el ascenso —dijo Poe.

Se volvió a mirarle.

—No quería tu puesto. Lo sabes...

—Sí. Y, por si te sirve de algo, creo que vas a ser una inspectora excelente.

No lo decía con rencor. Flynn se relajó un poco.

—Gracias. Aunque mi idea de llegar a inspectora no pasaba exactamente por que te suspendieran.

—No les quedó elección.

—Puede que no tuvieran elección de suspenderte —continuó Flynn—, pero cualquiera podría haber cometido ese error.

—Da igual —contestó él—. Los dos sabemos que hay una línea que une aquel error a lo que ocurrió, Steph.

Flynn se refería a su último caso juntos. El último caso de Poe. Un loco en el área de Thames Valley había secuestrado y había asesinado a dos mujeres; además, una chica de catorce años llamada Muriel Bristow estaba desaparecida. La SCAS se unió a la investigación desde el principio. Elaboraron perfiles del autor y un mapa del crimen, pero el perfil geográfico fue lo que los condujo hasta su principal sospechoso: Peyton Williams, ayudante de un miembro del Parlamento. Todo encajaba. Tenía una condena previa por acoso, se encontraba en esa zona cuando las mujeres y la chica fueron secuestradas, y arrastraba un historial de relaciones fracasadas.

Poe quería detenerle e interrogarle, pero su superior, el director de Inteligencia Talbot, se negó. Acababan de convocar elecciones generales y estaban en el periodo preelectoral conocido como «cuarentena», durante el cual detener al ayudante de un miembro del Parlamento sin tener

pruebas podía considerarse manipulación electoral. Al menos, eso era lo que Talbot pensaba.

—Búscame algo sólido —le dijo.

Mientras tanto, Talbot dijo que informaría al diputado en cuestión y le explicaría que estaban investigando a uno de sus empleados. Poe le rogó que no lo hiciera.

Talbot no le hizo caso. El miembro del Parlamento despidió a su ayudante.

Y le dijo por qué.

Poe se puso furioso. Peyton ya no se acercaría a Muriel Bristow. No después de despertar tanta atención. Si seguía viva, no lo estaría por mucho tiempo. Moriría deshidratada.

Sin embargo, tampoco era de esos policías que pasan a otros los marrones. Fue personalmente a casa de la familia. Antes, imprimió un resumen del caso para ellos: un informe bastante suavizado de lo que estaba pasando en la investigación. Después de contar todo lo que podía a los Bristow, les dejó el resumen para que lo revisaran tranquilamente.

Y ese mismo día todo se vino abajo.

Poe había cometido un error. Un terrible error. Al imprimir el resumen del caso para la familia, también había sacado una copia de un resumen actualizado para su expediente. Y ese no estaba nada suavizado. Tenía todas sus sospechas y frustraciones.

El informe equivocado fue a parar a la carpeta equivocada... Y los Bristow leyeron toda la información sobre Peyton Williams...

El padre de Muriel Bristow secuestró y torturó a Williams, que confesó dónde estaba Muriel: la chica volvió sana y salva a su casa. Y solo entonces surgió la pregunta de cómo sabía Bristow de la existencia de Peyton Williams.

El error se descubrió rápidamente. A pesar de que Poe tenía razón desde el principio y de que aquella inocente cría había vuelto con su familia, le suspendieron de forma inmediata. Unas semanas después, Peyton Williams murió a causa de las lesiones.

Hasta que Flynn se presentó en Herdwick Croft, Poe no había vuelto a ver a nadie de la Agencia Nacional del Crimen.

—Desapareciste sin decir adiós a nadie —dijo Flynn.

Poe sintió una punzada de culpabilidad. Cuando le suspendieron, ignoró todos los mensajes de texto y de voz mostrándole apoyo. Un hombre había sido torturado, y él era el responsable. Tuvo que aprender a vivir con ello. Volvió a Cumbria. Se alejó de sus compañeros y de sus buenas intenciones. Se escondió del mundo. Solo, con pensamientos oscuros como única compañía.

Flynn prosiguió:

—Entre tú y yo, Van Zyl me dijo que cree que los de la Comisión de Quejas están a punto de sobreseer el caso. No pueden demostrar cien por cien que fueras tú quien metió el informe equivocado en la carpeta para la familia.

Eso tampoco le consolaba. ¿Se estaría acostumbrando a la vida monacal? Abrió el expediente del caso y empezó a leer todo lo que tenía la SCAS sobre el Hombre Inmolación.

6

A pesar de que era un triple asesinato y había abundante documentación, Poe había visto suficientes expedientes como para saber dónde estaba lo importante. Fue directo a la descripción inicial de la primera escena del crimen del jefe de la investigación.

A menudo eran las más útiles, ya que contenían primeras impresiones. Los informes posteriores solían ser más calculados.

Quien comandaba la investigación era un comisario jefe llamado Ian Gamble. Normalmente, la Unidad de Delitos Mayores era la que se ocupaba de asuntos de este calibre, pero en ese momento se encontraban en medio de otra investigación, así que Gamble, que también era director de la Brigada de Investigación Criminal, decidió tomar las riendas y, dada la atención mediática que estaba recibiendo Cumbria, pareció una medida sensata.

Se conocieron cuando Gamble aún era inspector. Un policía sólido que realizaba investigaciones consistentes, aunque poco imaginativas. Él fue quien notó un olor a productos químicos, además del evidente tufo a gasolina en la primera escena del crimen. Y sus sospechas estaban fundamentadas. El Hombre Inmolación había utilizado un acelerante casero. No era de extrañar que los cadáveres acabaran carbonizados.

—Da miedo, ¿eh? —dijo Flynn—. Aparentemente, se hace añadiendo cachitos de poliestireno extruido a gasolina hasta que deja de disolverse. Los cerebritos de soporte técnico dicen que sale una sustancia gelatinosa blanca que arde a tal temperatura que derrite hasta la grasa. Cuando eso ocurre, el cuerpo actúa como su propio combustible y arde hasta que no queda ni carne ni huesos.

—Dios... —susurró Poe.

Antes de unirse al cuerpo de policía, había servido durante tres años en el regimiento de infantería escocés, la Guardia Negra, donde se entrenaban con granadas de fósforo blanco. Suponía que los resultados serían parecidos: una vez que lo tuvieras encima, no había manera de quitártelo. Lo mejor que podía pasar es que se te cayera la carne; si no lo hacía, seguía ardiendo.

La primera víctima había sido asesinada hacía cuatro meses. Graham Russell empezó su carrera en un periodicucho local de Cumbria cuarenta años antes, pero no tardó en llegar a Fleet Street. Allí llegó a ser editor de un diario sensacionalista nacional bastante criticado durante la Investigación Leveson. No se vio implicado personalmente en nada, pero decidió coger una pensión enorme y retirarse a Cumbria. El Hombre Inmolación le secuestró en su pequeña finca. No se encontraron rastros de forcejeo, y algo más tarde le hallaron en medio del círculo de piedra de Castlerigg, cerca de Keswick. Además de chamuscarle, le había torturado.

Poe frunció el ceño al leer las líneas de investigación iniciales.

—¿Un poco estrecha de miras? —preguntó a Flynn.

A veces, los jefes de una investigación con poca experiencia veían cosas donde no las había, y aunque Gamble no era ni mucho menos novato, llevaba tiempo sin encargarse de un caso de asesinato.

—Eso creemos, pero ellos lo niegan, por supuesto —contestó—. Aunque Gamble parece bastante convencido de que el primer asesinato fue una venganza por Leveson.

Un mes después, se encontró el cadáver de Joe Lowell, y las investigaciones de rastreo, interrogatorio y descarte dejaron de centrarse en las víctimas de *hacking* telefónico. Lowell no tenía relación alguna con la profesión periodística; venía de una familia de terratenientes dedicados a la agricultura en el sur de Cumbria durante siete generaciones. Los Lowell eran y siempre habían sido miembros sólidos y queridos de la comunidad. Fue secuestrado en Lowell Hall, la casa familiar. A pesar de que vivía con su hijo, nadie denunció la desaparición. Encontraron el cuerpo en medio del círculo de piedra de Swinside, cerca de Broughton-in-Furness, en el sur de Cumbria.

Tras este segundo asesinato, la investigación se puso más seria. Se descartó cualquier relación con el caso Leveson, hasta el punto de corregir el expediente, y la atención volvió adonde siempre había apuntado: a un caso de asesinatos en serie.

Poe buscó el apartado dedicado a los círculos de piedra. El asesino parecía guardar relación con ellos, y Gamble había recopilado toda la información posible.

Cumbria tenía la mayor concentración de círculos de piedra, menhires, crómlech, monolitos y túmulos del Reino Unido. Todos eran únicos y databan de diversas épocas, desde comienzos del Neolítico a la Edad de Bronce. Algunos eran ovales y otros circulares, algunas de las piedras eran granito rosa, y otras, pizarra. Unos pocos presentaban un círculo de piedras interno y de menor tamaño. Pero la mayoría no. Gamble había recurrido a expertos en la materia para informar al equipo sobre su probable función, pero no resultaron demasiado útiles. Las teorías iban desde posibles ceremonias funerarias y rutas comerciales a que estaban estrechamente relacionados con el ciclo lunar y los alineamientos astronómicos.

Lo único en lo que coincidían los estudiosos era que, en toda la historia de los círculos de piedra, jamás se habían utilizado para hacer sacrificios rituales.

Evidentemente, pensó Poe, la historia de mañana se escribe hoy...

7

Poe estaba leyendo sobre la tercera víctima, Michael James, el concejal de los South Lakes asesinado hacía dos semanas con el nombre de Poe grabado en el pecho, cuando encontró un documento que le hizo soltar una carcajada. Lo había redactado uno de los sargentos que trabajaban en el caso, la única persona capaz de describir el olor de la escena del crimen como «miasmático» y colarlo.

Era un payaso, pero también uno de los tipos más inteligentes que Poe había conocido. De esa clase de hombres que podía ganar una partida de Conecta Cuatro en tres jugadas. Se llamaba Kylian Reid y también era el único amigo de verdad que tenía en Cumbria. Se conocieron al comienzo de la adolescencia; desde entonces habían sido íntimos. De repente, sintió una punzada de culpabilidad por no haberse puesto en contacto con él desde que había vuelto; estaba tan absorto en sus problemas que ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Aunque Reid y él se conocían desde hacía demasiado tiempo y tenían demasiada historia como para cabrearse en serio. Poe le pidió el móvil a Flynn y abrió la aplicación del diccionario. Escribió la palabra «miasma». Decía que es un efluvio dañino que desprenden cuerpos enfermos o materias en descomposición. Se preguntó cuántas personas habrían tenido que buscarlo igual que él. Era típico de Reid: colarles una a sus superiores y hacerles sentir estúpidos. No era de extrañar que siguiera de sargento.

Si iban a trabajar juntos de nuevo, la cosa ya pintaba mejor. Poe volvió a coger la carpeta del caso y siguió leyendo.

Después del hallazgo de la segunda víctima y de la incorporación de la SCAS a la investigación, el nombre de Flynn empezaba a aparecer en los informes. La segunda víctima también desató una carrera entre los medios para poner nombre al asesino. Finalmente, como ocurría siempre en este tipo de casos, se impuso la prensa amarilla con «El Hombre Inmolación».

Poe terminó de leer el expediente y dejó la carpeta en los asientos traseros. Cerró los ojos y estiró el cuello. Volvería a leerlo en breve, documento por documento. Lo grabaría en su memoria. La primera pasada era solo para familiarizarse con lo que le esperaba. La SCAS casi nunca entraba inmediatamente en las investigaciones, así que una de sus especialidades era revisar expedientes como si el caso estuviera cerrado: aparte de estudiar las pruebas, buscaban errores en el trabajo de los equipos de investigación.

Flynn vio que había terminado de leer y dijo:

—¿Ideas?

Poe sabía que le estaba poniendo a prueba. Llevaba un año fuera: Van Zyl y ella tenían que saber si todavía podía hacer su trabajo.

—No creo que los círculos y las inmoluciones nos lleven a ninguna parte. Seguramente, signifiquen algo para el asesino, pero no lo sabremos hasta que le cojamos. El tipo tiene una idea de lo que quiere hacer, pero no le importa cambiar si la realidad no está a la altura de su fantasía.

—¿Por qué lo dices?

—La primera víctima fue torturada; las otras dos no. Por alguna razón, no le aportó lo que esperaba. Así que dejó de hacerlo.

—Michael James tenía tu nombre grabado en el pecho. A mí eso me parece tortura.

—No, eso lo hizo por una razón que todavía desconocemos. El dolor que le causó es secundario. Pero el dolor que le provocó a Graham Russell era intencionado.

Flynn asintió para que continuase.

—Todos ellos están en la misma franja de edad y todos eran ricos. No habéis encontrado nada que sugiera que se conocieran.

—¿Crees que los está escogiendo al azar?

No lo creía, pero tampoco estaba listo aún para decir por qué. Necesitaba más información.

—Quiere que lo creamos.

Flynn volvió a asentir sin decir nada.

—¿Y no denunciaron la desaparición de ninguno de ellos? —preguntó Poe.

—No. Aparentemente, todos tenían motivo para no estar en casa. Una vez que ya habían sido asesinados, descubrimos que el Hombre Inmolación se había esmerado en que nadie denunciase su desaparición.

—¿Cómo? —Poe sabía que estaba en el expediente, pero a veces era mejor oír una interpretación de los hechos.

—El coche y el pasaporte de Graham Russell estaban en el registro de salida de un ferri, y su familia recibió correos electrónicos diciendo que estaba de vacaciones en Francia. Joe Lowell envió varios mensajes a su familia desde Norfolk diciendo que estaba en casa de unos amigos y que se quedaría allí cazando perdices rojas hasta que acabase la temporada. Michael James vivía solo, así que no habrían denunciado su desaparición inmediatamente, pero el historial de su ordenador decía que había estado planeando una ruta del whisky personalizada por las islas escocesas.

—Entonces, ¿no podemos estar seguros de cuándo raptó a ninguno de ellos?

—No, la verdad es que no.

Pensó en lo que eso significaba y decidió que solo confirmaba lo que ya sabían: que el Hombre Inmolación era sumamente organizado. Se lo dijo a Flynn.

—¿Por qué? Deja unas escenas del crimen bastante caóticas.

Poe negó con la cabeza. Flynn seguía poniéndole a prueba.

—Controla la escena del crimen. No hay nada improvisado. Se lleva todo lo que necesita. No hay pruebas físicas en los lugares donde los secuestra ni donde los mata. Además, teniendo en cuenta que es inevitable que se deje algún rastro y que las técnicas de recuperación son mejores que nunca, es extraordinario. Para cuando asesinó a la tercera víctima, ya había bastante vigilancia en los círculos de piedra, ¿no?

—En la mayoría. La de Long Meg acababa de aumentarse.

—O sea, que también está al tanto de la vigilancia —dijo Poe.

—¿Alguna cosa más?

—¿He aprobado?

Flynn sonrió.

—¿Algo más?

—Sí. Hay algo que falta en el expediente. Un filtro de control, algo que el jefe de la investigación quiere ocultar a los medios. ¿Qué es?

—¿Cómo lo has sabido?

—Puede que el Hombre Inmolación no sea un sádico, pero está actuando de un modo sádico. No es posible que deje los cuerpos intactos.

Flynn señaló su maletín en el asiento trasero.

—Ahí dentro hay otra carpeta.

Poe se estiró para cogerla. Tenía los sellos de «Confidencial» y «No enseñar sin autorización escrita del comisario Gamble» escritos a mano. No la abrió.

—¿Has oído hablar de la temporada de corte, Poe?

Asintió. Pero no había oído hablar de ella.

—La acuñó el Sistema Nacional de Salud. Se refiere a un momento del año, normalmente durante las vacaciones de verano, cuando muchas niñas, algunas de solo dos meses, son llevadas al extranjero, presuntamente para visitar a familiares. En realidad, se las llevan para realizarles una mutilación genital. Se van durante el largo parón estival para que las heridas puedan curarse antes de volver.

Poe sabía poco acerca de la mutilación genital femenina, esa espantosa práctica de extirpar parte de los órganos genitales a las niñas para asegurarse de que no obtuvieran placer sexual, creyendo que de ese modo serían fieles y castas. Como consecuencia de ello, las víctimas quedan abocadas a una vida de dolor y problemas médicos. En algunas culturas, les suturan las heridas con espinas.

En ese momento, comprendió por qué Flynn le estaba contando aquello.

—¿Les castra?

—Técnicamente, no. Les corta los genitales. Con mucho cuidado y sin anestesia.

—Guarda trofeos —dijo Poe.

Un porcentaje elevado de los asesinos en serie se quedaba con partes de sus víctimas.

—Pues no. Abre la carpeta.

Al hacerlo, casi vomita. La primera fotografía explicaba por qué no se oyeron los gritos de la víctima.

Le había amordazado.

La imagen era un primer plano de la boca de Graham Russell: le había metido sus propios genitales en ella. Las siguientes mostraban su pene, sus testículos y su escroto, que seguían unidos, después de que se los extrajeran de la boca. La parte que quedó expuesta al fuego estaba ennegrecida, mientras que el resto seguía sorprendentemente intacto y con un tono rosado. Poe hojeó el resto de las fotos y encontró prácticamente lo mismo.

¿Y se suponía que él sería la quinta víctima? Por si el caso no acojonaba ya de por sí. Se cruzó de piernas.

—Le cogeremos antes de que pueda acercarse a ti.

8

Foxley Hall se encontraba en el corazón de Hampshire, donde estaba la vieja Academia de Policía de Bramshill. Ya no albergaba cursos, pero seguía siendo la base de la Sección de Análisis de Delitos Graves.

El edificio era bastante extravagante para una unidad que solía huir de los focos y trabajar en la sombra. Era más ancho que alto y tenía tejados inclinados que llegaban prácticamente hasta el suelo, de modo que parecía como si la SCAS trabajase en un *Pizza Hut* abandonado.

Flynn pasó la noche en su casa. Poe se fue a un hotel.

Durmió a ratos. Las pesadillas habían vuelto. Cuando estaba trabajando, los muertos no le abandonaban. Jugaban con sus sueños e interrumpían su calma. Y ahora que había vuelto a Hampshire, se habían abierto viejas heridas. Peyton Williams no merecía morir, a pesar de lo que hizo. Durante las primeras vistas, le enseñaron fotos de las lesiones que el señor Bristow infligió a Williams. Dientes movidos con tenazas, fracturas por torsión en todos los dedos y el bazo perforado que acabaría causándole la muerte. Poe tardó seis meses en dormir del tirón toda una noche.

Y ahora las pesadillas habían vuelto. Tal vez nunca le habían abandonado del todo...

Eran las ocho de la mañana y tenía que entrar en *Foxley Hall* acompañado, como si fuera una visita oficial. La expresión de aburrimiento de la recepcionista cambió a adulación en cuanto vio a Flynn. Le entregó varias cartas y miró a Poe de forma displicente.

—¿Y usted es? —preguntó Poe, devolviéndole la mirada.

Puede que vistiera vaqueros y ropa más montañera que policial, pero esa recepcionista estaba a punto de enterarse de que la SCAS volvía a tener un sargento.

La mujer no parecía tener ninguna intención de contestar, salvo que la obligaran a ello. Ese era el problema en las zonas con altas tasas de empleo: nadie se tomaba el trabajo en serio. Solo era dinero para gastos menores.

—Yo que tú contestaría, Diane —dijo Flynn mientras ojeaba el correo que le acababa de entregar—. Este es el sargento Poe, y más vale que sepas que no va a aguantar tus tonterías.

Sin embargo, Diane sonrió con suficiencia y dijo:

—El subdirector Hanson está esperando en su despacho.

—¿Ah, sí? —suspiró—. Será mejor que te mantengas alejado, Poe. Sigue culpándote por no llegar a director.

Hanson nunca asumía la responsabilidad por sus fracasos. Si no le habían ascendido, tenía

que ser culpa de otro o por una conspiración en su contra. El hecho de que hubiera apoyado a Talbot en el caso de Peyton Williams no tenía nada que ver con ello.

—Encantado —contestó Poe.

Flynn se volvió hacia Diane.

—Acompaña al sargento Poe a por un café. Ya verás, hazlo y será tu amigo de por vida.

Poe y Diane se miraron. Ambos lo dudaban, pero Poe no estaba de humor para discutir tan temprano. Flynn se fue a ver a Hanson mientras Diane condujo a Poe a través de la diáfana oficina hasta la cocina. Se sirvió una taza de la cafetera de filtro, mientras observaba el espacio que solía dirigir.

Las cosas habían cambiado. Cuando era inspector, las mesas se colocaban dependiendo de dónde le apetecía a cada uno sentarse ese día. Debido a la política de intercambio entre oficinas, la distribución del espacio cambiaba constantemente. Sabía que eso irritaba a Flynn, pero ella tampoco hizo nada al respecto. Si deseaba orden, podía haber hecho valer sus galones de sargento.

Eso sí, ahora que tenía su estrella de inspectora, había decidido usar su autoridad. Los analistas, de los cuales solo reconocía unos pocos, estaban situados en torno a un núcleo central. Este actuaba como el centro de una rueda, y luego había receptáculos y cápsulas para los especialistas en las radios. No llegaba a ser una granja de cubículos, pero se le acercaba. Se oía un leve rumor, conversaciones telefónicas amortiguadas, el ruido de teclas y del movimiento de papeles. Era temprano, pero no había nadie desayunando en su mesa. Esa era otra cosa que a Flynn solía ponerla de mal humor: que la gente llegara al trabajo y se pasara media hora preparándose la papilla de avena.

Quizás estuviera funcionando de forma profesional y eficiente, pero, para Poe, aquella SCAS tenía tanta personalidad como un correo de respuesta automática por ausencia en vacaciones. Si le obligaban a pasar tiempo allí, estaba seguro de que en menos de un año soltaría la palabra «joder» como si fuera una coma.

Al menos, su enorme mapa del Reino Unido seguía allí. Poe se acercó a mirarlo. Dominaba toda la pared. Los distintos colores, dispuestos sobre él como formas meteorológicas, indicaban dónde se habían producido los diversos crímenes en el radar de la sección. Si los colores coincidían, significaba que había suficientes pruebas de que los crímenes podían estar conectados. Los analistas seguían permanentemente los medios de comunicación y los informes criminales de las fuerzas de seguridad, en busca de patrones y anomalías. Parte del trabajo de la SCAS era dar la voz de alarma, detectando patrones e informando a la policía de que podían tener un violador o un asesino en serie. La mayoría de las veces se equivocaban.

Otras, acertaban.

Cumbria tenía tres zonas marcadas en rojo. Estaban muy metidos con el caso del Hombre Inmolación.

El silencio se empezó a extender por la sala a medida que la gente se fue dando cuenta de quién había entrado con la jefa. Poe oyó su nombre susurrado, y lo ignoró. Odiaba ser el centro de atención, pero sabía que era un tipo polémico. No solo porque su nombre hubiera aparecido grabado en el pecho de un hombre que yacía en una fría mesa de la morgue de Carlisle, sino también por su forma de dirigir la unidad cuando estaba al mando.

Y también por cómo se marchó. Eso no debería olvidarlo.

Unos gritos ahogados rompieron el silencio. Provenían de su antiguo despacho, que, técnicamente, ahora era el de Flynn. Poe se acercó.

Aunque gran parte de lo que decían resultaba incomprensible, oía su nombre pronunciado cada poco tiempo. Abrió la puerta y entró sigilosamente.

Hanson se apoyó sobre el escritorio de Flynn, plantando los nudillos de ambas manos sobre la madera.

—Te lo dije, Flynn, me da igual lo que diga el director, no deberías haberle readmitido.

Flynn le escuchaba con serenidad.

—Técnicamente, le ha readmitido el director Van Zyl, no yo.

Hanson se puso en pie.

—Me has decepcionado, Flynn.

Poe tosió.

Hanson se volvió hacia él.

—Poe —dijo—. No sabía que hubiera viajado hasta aquí con la inspectora Flynn.

—Buenos días, señor —dijo Poe.

Hanson ignoró su mano extendida.

Poe sabía que debería dolerle el desprecio del subdirector, pero le resultaba mucho más fácil pasar de ello. Cuando no te importa tu trabajo, la gente con cargos de autoridad se da cuenta rápidamente del poco poder que ostenta.

—Sonría todo lo que quiera, Poe. Van Zyl se ha equivocado readmitiéndole. Volverá a cagarla y se irá por el mismo camino que el último director. —Se volvió hacia Flynn—. Y cuando se haya ido, va a haber cambios importantes por aquí, inspectora Flynn.

Sin mediar palabra, Hanson salió del despacho. Eso sí, como rey de los gestos simbólicos, no pudo resistirse a dar un portazo.

Flynn había organizado una reunión con Poe y Recursos Humanos; cuanto antes fuera readmitido Poe, antes podrían volver a Cumbria. Un superior de ese departamento estaba de camino al edificio de la SCAS. Se sentaron a esperarle en la pequeña mesa de reuniones.

Observó lo que Flynn había hecho con su viejo despacho. Antes de entrar, había notado la reluciente placa de latón con su nombre. Poe solo tenía un folio con sus datos escritos con rotulador. Creía recordar que de color azul.

El caos en el que solía trabajar él había mutado a una sensación de calma y orden. Los manuales de policía de Blackstone estaban alineados sobre la estantería. En un extremo había una copia desgastada del *Manual del jefe de investigación*. Poe tuvo su propia copia de bolsillo, como todos los inspectores, pero la tiró después de leerla una vez. Era útil, pero tampoco extraordinaria. Daba orientación a los inspectores para realizar una investigación lógica y exhaustiva. El problema era que todo el mundo acababa investigando los crímenes del mismo modo. Y, aunque estaba de acuerdo en que tenía que haber unas pautas, el manual no ayudaba a capturar a los asesinos «especiales».

Siguió estudiando el resto del despacho. Era todo muy corporativo. No se veía ningún objeto personal.

Cuando él trabajaba en la SCAS, la política de mantener la mesa despejada era algo que se aplicaba a otros. Como era de esperar, Flynn tenía su escritorio ordenado. Solo había un

ordenador y un bloc de notas con la primera página en blanco, así como una taza con el logo de la Agencia Nacional del Crimen llena de bolígrafos y lápices.

Sonó el teléfono. Flynn apretó el botón de manos libres y contestó.

—Está aquí Ashley Barrett, de Recursos Humanos —dijo Diane.

—Gracias —dijo Flynn—. Hazle pasar.

Barrett entró sonriente, luciendo traje y botas, con un maletín marrón de piel. Era un hombre alto y delgado. Se sentó a la mesa de reuniones.

—Siento la brevedad, Ash —dijo Flynn—, pero ¿podemos hacerlo rápido? Tenemos que volver a Cumbria.

Asintió, miró a Poe y sacó unos documentos del maletín. Se los colocó delante, sobre la mesa. Se aclaró la garganta y empezó a pronunciar un discurso preparado. Hablaba como en modo automático.

—Sargento Poe, como ya sabe, la suspensión se considera una medida neutral y es decisión de la organización si sigue estando justificada. Ayer, el director de Inteligencia Edward van Zyl decidió que, a pesar de que la investigación de la Comisión Independiente de Quejas contra la Policía sigue su curso, el hecho de que se haya cerrado la investigación interna significa que su suspensión debe ser levantada.

Barrett buscó entre sus papeles, le entregó un documento de una hoja y dijo:

—Aquí tiene la confirmación por escrito. Por favor, firme al pie.

Poe lo hizo. Hacía mucho que no usaba su firma «de trabajo», un garabato descuidado que nunca se le ocurriría utilizar en un cheque. Le resultó extrañamente agradable. Le devolvió el documento deslizándolo sobre la mesa.

En ese momento, sonó el teléfono del escritorio y Flynn se levantó a contestar. Mientras hablaba en voz baja, Barrett preguntó a Poe si querría algún tipo de apoyo laboral, como asesoramiento psicológico o algún curso de actualización sobre el sistema informático. Dijo que no a todo, como ambos sabían que haría.

Cumplido otro requisito del gran libro de normas de Recursos Humanos, Barrett pasó a lo bueno y empezó a sacar del maletín una serie de cosas que Poe consideraba las herramientas de su profesión. Le entregó un móvil de trabajo, una BlackBerry encriptada. Le explicó que estaba preprogramada con algunos teléfonos de contacto que podía necesitar y que su calendario en línea estaba sincronizado con ella. Eso significaba que cualquier persona autorizada a acceder a su agenda electrónica podía introducir compromisos. Poe pensó para sí que lo desactivaría en cuanto averiguara cómo hacerlo. La BlackBerry tenía Internet: podría navegar por la Red, recibir correos electrónicos y mensajes de texto con seguridad. Incluso podía hacer llamadas con ella.

—También tiene la aplicación Protect instalada y activada —dijo Barrett.

Poe le miró, algo perdido.

—Significa que se puede rastrear su ubicación desde una página web.

—¿Me están espiando?

—Me temo que el subdirector Hanson insistió en ello.

Poe se metió la BlackBerry en el bolsillo. También desactivaría aquella función más tarde.

Barrett le dio una carterita negra de cuero con la placa y el carné de la Agencia Nacional del Crimen.

La abrió con indiferencia, comprobó que en efecto era la suya y la guardó en el bolsillo

interior. Ya se sentía completo de nuevo.

Había llegado el momento de volver al trabajo.

Miró a Flynn. Estaba escuchando con el ceño fruncido a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea.

—Durante su ausencia, la sargento Flynn ha sido ascendida al puesto de inspectora interina en la SCAS —dijo Barnett—. El director Van Zyl ha insistido en que las cosas seguirán de ese modo. Se le levanta la suspensión a condición de que vuelva a trabajar asistiendo como sargento. De hecho, responderá ante la inspectora Flynn.

—No tengo ningún problema con ello —dijo Poe.

Flynn colgó el teléfono y volvió con Poe. Estaba pálida.

—Ha habido otro.

9

—¿Dónde?

—Alguien que caminaba por la montaña se lo encontró cerca de un pueblo llamado Cockermouth. ¿Lo conoces?

Poe asintió. Era una pequeña localidad comercial en el oeste de Cumbria. Le sorprendía que el Hombre Inmolación cambiara su *modus operandi* tan pronto.

—¿Estás segura?

Flynn asintió y le preguntó por qué lo decía.

—No hay ningún círculo de piedra en Cockermouth. Al menos, que yo sepa.

Comprobó su bloc de notas.

—Cockermouth. Eso es lo que ha dicho el jefe de la investigación.

Poe se puso en pie.

—Pues vamos para allá. —La cosa se estaba poniendo seria: si acababan de encontrar a la cuarta víctima, el siguiente en la cinta transportadora era él.

Barrett dijo:

—Se supone que debo hacerle un *tour* de reorientación antes de empezar... —Se retorció incómodo en el asiento ante la mirada de los otros dos—. Pero supongo que, dadas las circunstancias, puede esperar.

—Buen chico —dijo Poe—. Quiero llevarme a un analista. Alguien que pueda hacer un poco de todo. Tengo una idea de por dónde empezar y habrá que recabar muchos datos. ¿Quién es el mejor que tenemos?

Flynn dudó y se sonrojó.

—Jonathan Pierce.

—¿Es el mejor?

—Bueno, oficialmente, la mejor es Tilly Bradshaw. Tiene más habilidades que nadie en la unidad. Ella fue quien encontró tu nombre en los datos de la prueba médica.

El nombre le sonaba.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Es una empleada un poco especial. Se niega a trabajar fuera de la oficina.

Poe sonrió.

—Inspectora Flynn, lo que usted necesita es un sargento...

10

Poe entró en la oficina y, alzando la voz, llamó a Tilly Bradshaw. Una joven menuda y delgada se levantó. Parecía tímida y estudiosa, la típica residente de un cubículo. Al ver quién la llamaba, hizo un mohín y volvió a sentarse.

Poe se volvió hacia Barrett.

—¿Le importaría quedarse un momento, Ash? Puede que necesite ayuda.

En su día, le encantaba ejercer de sargento. Viéndolo *a posteriori*, nunca debería haber aceptado el puesto interino de inspector. Acarreaba demasiada responsabilidad de dirección como para trabajar a gusto. A él se le daba bien lo de ser sargento y, por lo que parecía, la SCAS llevaba demasiado tiempo sin uno...

—Señorita Bradshaw, a mi despacho, ahora.

Bradshaw caminó encorvada hasta el despacho del sargento. Como había sido el de Flynn hasta hacía poco, estaba inquietantemente ordenado. Poe se sentó tras el escritorio.

Bradshaw no cerró la puerta, lo cual tampoco suponía ningún problema. A la unidad le vendría bien enterarse de cuál era la nueva manera de trabajar. Poe señaló el asiento delante del escritorio y ella se sentó en el borde.

Se quedó observándola. El noventa por ciento del trabajo de un sargento consistía en gestionar a gente. Bradshaw no llevaba maquillaje y, detrás de sus gafas doradas estilo Harry Potter, veía sus ojos grises y miopes. Era pálida como el vientre de un pescado. Llevaba una camiseta colorida con el logo del *remake* femenino de *Cazafantasmas* delante y pantalones caqui de lona con amplios bolsillos a los lados. Pantalones cargo, así creía que se llamaban. Sus dedos eran largos y finos. Tenía las uñas mordidas hasta el pellejo. A pesar de lo desafiante de su reacción inicial, ahora parecía inquieta.

—¿Sabe quién soy?

Asintió.

—Se llama Washington Poe. Tiene treinta y ocho años y nació en Kendal, condado de Cumbria. Fue traspasado de la policía de Cumbria a la SCAS y se cree que un error suyo provocó directamente la tortura y muerte de un sospechoso. La Comisión Independiente de Quejas contra la Policía le está investigando. Y está suspendido.

Poe se quedó mirándola. Su detector de burlas no había saltado; la chica lo decía en serio. Ella hablaba así.

—Se equivoca. Desde hace... —comprobó su reloj— cinco minutos, soy el «sargento» Washington Poe. Y, a partir de ahora, si le digo que haga algo, lo hará. ¿Queda claro?

—La inspectora Stephanie Flynn dice que solo debo hacer lo que ella diga.

—¿Eso dice?

—Eso dice, sargento Washington Poe.

—Me vale con Poe.

—Eso dice, Poe.

—Quiero decir que debería llamarme sargen..., bueno..., llámeme lo que quiera —dijo, viendo que no tenía fuerzas para mantener ese tipo de discusión absurda—. ¿Y por qué le dijo eso Flynn?

—A veces, a la gente le gusta gastarme bromas. Me dicen que haga cosas que se supone que no debería hacer —contestó, recolocándose las gafas sobre la nariz y recogiendo un mechón errante de pelo ralo y moreno detrás de su oreja.

Poe sintió un destello de empatía que le cogió desprevenido.

—Bueno. Pero ahora soy su nuevo sargento, así que tiene que hacer lo que yo le diga.

Bradshaw se quedó mirándole atentamente.

Finalmente, Poe dijo:

—Quédese aquí.

Fue al despacho de Flynn. Estaba hablando con Barrett.

—Qué rapidez... —dijo.

Poe juraría que estaba reprimiendo una sonrisa.

—¿Puedes venir a mi despacho y decirle a la señorita Bradshaw que también debe hacer lo que le diga «yo»?

—Por supuesto. —Le siguió hasta su despacho.

—Tilly, este es Washington Poe, nuestro nuevo sargento.

—Prefiere que le llamen Poe —contestó.

Flynn miró a Poe, que se encogió de hombros, como diciendo: «Qué se le va a hacer».

—En fin, a partir de ahora, también harás lo que te diga él. ¿De acuerdo?

Bradshaw asintió.

—Pero nadie más, Tilly —añadió antes de marcharse dejándoles solos.

—Ahora que está eso resuelto, quiero que se vaya a casa, prepare una maleta y se reúna con la inspectora Flynn y conmigo dentro de una hora —dijo Poe—. Nos vamos de viaje unos días.

—No puedo —contestó ella inmediatamente.

Poe suspiró.

—Espere aquí.

Un minuto más tarde, volvió a entrar con un modelo de contrato de la Agencia Nacional del Crimen. Lo deslizó hacia ella por encima de la mesa.

—Muéstreme dónde dice eso, porque lo único que veo aquí es este párrafo: «Ocasionalmente, se podrá requerir que trabaje horas extra y fuera de la oficina habitual».

Bradshaw ni siquiera lo miró.

Poe continuó.

—Yo, desde luego, no veo nada que diga que Tilly Bradshaw esté exenta.

Bradshaw cerró los ojos y dijo:

—La sección tres, párrafo dos, subapartado siete dice que las ventajas discrecionales (en mi

caso, no trabajar fuera de la oficina) pueden considerarse condición obligatoria del contrato laboral una vez que se hayan arraigado durante cierto periodo de tiempo. La definición legal es «costumbres y prácticas». —Volvió a abrir los ojos.

Poe conocía vagamente la norma de Recursos Humanos. Según esta, si alguien llevaba mucho tiempo haciendo algo, podría considerarse parte de su trabajo, aunque contradijera directamente el contrato. Por absurdo que sonase, algunas personas habían recibido indemnizaciones en los tribunales de empleo basándose en esa norma.

Se quedó mirándola, boquiabierto.

—¿Se ha aprendido de memoria el manual de empleo?

Bradshaw frunció el ceño.

—Lo leí antes de firmarlo.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Once meses y catorce días.

Poe volvió a levantarse.

—Espere aquí, por favor.

Fue otra vez al despacho de Flynn.

—Jonathan Price estará encantado de trabajar unos días fuera de la oficina —dijo ella.

Pero Poe no pensaba rendirse tan pronto.

—¿Le pasa algo?

—Está bien —contestó—. En su infancia estuvo sobreprotegida y a veces se aprovechan de ella. Es muy literal y tiende a creerse todo lo que le dicen. Trato de vigilarla todo lo posible. Una vez que aprendes a manejarla, es la mejor ayudante que te puedas imaginar.

—Pero ¿no está preparada para el trabajo de campo?

—Tiene un coeficiente de casi doscientos, pero probablemente no sepa cocer un huevo...

—Ash, ¿hay alguna razón legal por la cual no me la pueda llevar? —preguntó Poe.

—Si aduce costumbres y prácticas, nos defenderíamos, y ella perdería.

Poe la miró. Quería un sí o un no.

—No —dijo finalmente—. No hay nada en la ley de empleo que pueda protegerla.

—Pues decidido —dijo—. Ah, y el año pasado por estas fechas, yo tampoco sabía cocer un huevo.

Poe volvió a su despacho y se sentó. Juntó las yemas de los dedos y se inclinó hacia delante mirando a Bradshaw. Iba a procurar hacer lo mismo que Flynn había intentado con él el día anterior, con la esperanza de que Bradshaw no tratase de colarle un farol.

—Tiene dos opciones. Una, irse a casa y hacer la maleta para pasar unos días primaverales en Cumbria. Dos, que yo acepte su dimisión ahora mismo.

Bradshaw se puso aún más nerviosa.

«Me estoy perdiendo algo», pensó Poe.

—¿Qué pasa, Tilly? ¿Por qué no puedes salir de la oficina?

Finalmente, Bradshaw se levantó, con los ojos llenos de lágrimas. Salió dando fuertes pisotones sin mirar atrás.

Poe la observó ir hacia su mesa. Al llegar a ella, se derrumbó en la silla. Se puso unos auriculares y empezó a escribir.

Fue detrás de ella. Aparentemente, no había entendido la urgencia.

—Señorita Bradshaw, la inspectora Flynn me ha dicho que es usted lo mejorcito que tenemos. La necesito en Cumbria. No me sirve de nada sentada detrás de una mesa.

—¿Que sí! —dijo ella—. ¿Qué cree que estoy haciendo?

Un joven de aspecto arrogante soltó una carcajada insolente. Poe le lanzó una mirada que habría marchitado a un cardo. Leyó lo que Bradshaw había escrito en la barra de búsquedas de Google: «¿Qué ropa llevarse para primavera en Cumbria?».

—¿Es una broma? —preguntó Poe.

Bradshaw se quedó mirándole. Era evidente que no.

Tampoco tenía ningún objeto personal sobre su mesa. Aunque Flynn había impuesto orden en la oficina desde la marcha de Poe, el resto de los empleados sí había logrado personalizar su espacio de trabajo, entre tazas con «El mejor papá del mundo», fotografías de parejas e hijos en marcos baratos, y algún calendario subido de tono. Pero el de Bradshaw estaba vacío.

—Tilly, ¿te acabas de trasladar a esta mesa?

Parecía confusa.

—No, llevo casi doce meses aquí, Poe.

—¿Y dónde están todas tus cosas?

—¿Qué cosas?

—Ya sabes..., tu taza, algún peluche, un bolígrafo de adorno —contestó—. En fin, ¿dónde está toda tu mierda?

—Ah —dijo ella—. Solía traer cosas, pero la gente se las llevaba, de broma. Y nunca me las devolvían.

A Poe se le cayó el alma a los pies.

—Bueno, ve a hacer una maleta para unos días: alguna muda de ropa, neceser, ese tipo de cosas. También voy a necesitar que traigas el equipo que precisas para atrapar a un asesino en serie —dijo—. Y rápido. Ha habido un cuarto asesinato.

—No sabe en qué lío me he metido —murmuró Bradshaw.

Una hora más tarde, Poe comprendió lo que quería decir.

Bradshaw se había ido a hacer la maleta (Flynn tuvo que autorizar que pidiera un taxi, ya que no tenía coche y su madre solía llevarla al trabajo y recogerla), cuando Diane, la recepcionista, se acercó. Sonreía y Poe entendió que era mala señal.

—Una llamada para usted —dijo—. Se la paso a su despacho.

—Sargento Poe —dijo al coger el teléfono. Se le hacía raro poner un rango otra vez delante de su apellido—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, sargento. Soy la madre de Matilda.

Se hizo el silencio.

—Disculpe, pero creo que se ha equivocado de número. No conozco a ninguna Matilda.

—Usted la conoce como Tilly. Tilly Bradshaw —dijo ella—. Mi hija me acaba de llamar diciendo que ha tenido que ir a casa para hacer la maleta y que no encuentra la tienda de campaña. Quiere que salga de mi trabajo para comprar una. También me ha dicho que va a necesitar algunas conservas y un abrelatas. Y quiere que se lo lleve todo a su oficina. La ha

puesto tremendamente nerviosa, sargento.

—Una tienda..., conservas... Lo siento, señora Bradshaw, pero no tengo ni idea de qué me está hablando. Su hija se va a alojar en el mismo hotel que el resto del equipo. Daba por hecho que era evidente.

—Bueno, eso tiene más sentido. Pero ¿por qué razón tiene que ir a Cumbria? Ese sitio suena espantoso.

—¡Oiga! Que yo soy de allí... —protestó Poe.

—Uy, perdone. Pero es que parece tremendamente desolador.

Poe iba a contestar: «Porque lo es, joder», pero se lo pensó dos veces y se conformó con:

—Es Cumbria, no Bagdad, señora Bradshaw. Su hija va a trabajar en la investigación de un asesinato.

—¿Y no será peligroso?

—No, a menos que al Hombre Inmolación le dé por quemar el hotel.

—¿Y eso es probable?

—No, era una broma —contestó Poe. Al menos, ya sabía de dónde sacaba Bradshaw sus habilidades sociales—. Estará totalmente a salvo. Solo viene para ayudarnos en el análisis, dudo que salga del hotel.

Eso pareció apaciguarla.

—De acuerdo, entonces lo permitiré —dijo—, con una condición.

Poe se tuvo que tragar una contestación sarcástica. Pensó en Bradshaw, preocupada porque no creía que la dejaran ir, y comprendió que no estaba intentando ser difícil.

—Dígame.

—Que llame a casa todas las noches.

Dadas las circunstancias, no parecía tan descabellado.

—Hecho —dijo.

—Ahora, hay una serie de cosas que debe saber sobre Matilda, sargento Poe.

—La escucho.

—Para empezar, tiene que entender que es una chica y una hija maravillosa. Desde luego, no podría pedir más.

—Pero...

—Pero siempre la hemos sobreprotegido en extremo. Ya iba a la universidad cuando debería haber estado jugando en la calle. Terminó su primera carrera en Oxford con dieciséis años.

Poe soltó un silbido.

—Y luego se sacó un máster y dos doctorados: uno en informática y el otro en matemáticas, o algo así. Yo no entiendo de eso. Ya dábamos por hecho que se pasaría toda la vida en Oxford, yendo de una beca de investigación a otra. La gente no paraba de darle dinero.

—¿Y cómo...?

—¿Que cómo acabó trabajando para la Agencia Nacional del Crimen? Vaya usted a saber, sargento Poe, pero sospecho que tiene algo que ver con la vena testaruda que heredó de su padre. Una noche llegó a casa de la universidad y dijo que había solicitado un puesto de trabajo. No nos quiso decir de qué se trataba porque sabía que no se le permitiríamos.

—¿Por qué?

—Usted no la conoce, sargento. Matilda tiene una mente extraordinaria. Una mente única en su generación, según dijo uno de los profesores que vino a vernos cuando tenía trece años. Lo malo de eso es que, como nunca ha vivido en el mundo real, tampoco ha desarrollado habilidades para la vida que usted y yo damos por hechas. Supongo que había que dar prioridad a su cerebro. Las situaciones sociales le resultan extremadamente difíciles, y eso le ha traído muchos problemas.

Cada vez estaba más claro. Puede que Flynn tuviera razón, tal vez Bradshaw no era adecuada para aquella misión. Estaba a punto de decirle a la señora Bradshaw que no se preocupara, que su hija volvería a casa para la cena, cuando Bradshaw apareció por la puerta. Aún parecía asustada, pero había algo más en ella. Rezumaba una ilusión nerviosa. Ahora ya sabía lo que estaba haciendo, y parecía como si tuviera unas inmensas ganas de empezar. Fue a su mesa y empezó a recoger su equipo.

—Cuidaré de ella, señora Bradshaw, tiene usted mi palabra —dijo Poe, y luego colgó.

Fue hasta la mesa de Bradshaw. Se disponía a ayudarla cuando el tipo que se había reído antes decidió entretener al resto de sus compañeros. No se dio cuenta de que Poe estaba detrás de él. Se levantó y dijo:

—¡Mirad todos, la Pequeña Miss Retrasada se va de viaje!

Un par de personas soltaron una risilla, pero la mayoría había visto a Poe y sabían cuándo las cosas se iban a complicar.

Toda la ilusión se esfumó de los ojos de Bradshaw. Sus mejillas se sonrojaron y clavó la mirada en el suelo. Poe se quedó mirando su insulso espacio de trabajo y, de repente, todo encajó.

La tenían intimidada.

Sin que nadie pudiera reaccionar, Poe dio tres pasos y levantó al Hombre Risa de su silla. Agarrándole por la parte posterior de la chaqueta, le arrastró por la oficina y estampó su cabeza contra la pared.

—¡Nombre! —gritó.

Silencio.

—¡NOMBRE!

—Jon..., Jon..., Jonathan —contestó tartamudeando y con el rostro aterrorizado.

—¡Ashley Barrett! ¡Inspectora Flynn! ¡Vengan un momento, por favor!

Flynn salió corriendo de su despacho. Le seguía el director de Recursos Humanos.

—Por favor, repita lo que acaba de decir para que lo oiga la inspectora Flynn.

Los ojos de Jonathan daban vueltas como una máquina tragaperras buscando una salida. La fuerza de la mano de Poe sobre su garganta era terrible. Sin soltarle, se volvió para dirigirse al resto de la oficina.

—La mayoría no me conocen todavía. Soy el sargento Washington Poe, y más vale que sepan que no pienso tolerar abusos.

Era cierto. No los toleraría. El tener un nombre extraño, una madre ausente y un bicho raro por padre habían resultado un trío tóxico que le convirtió en imán de abusos en el colegio. No tardó en darse cuenta de que la única forma de sobrevivir era haciendo que cualquiera que intentase atemorizarle pagara las consecuencias. Los abusos aprendieron rápidamente que Poe se defendía, que no se achantaba y no dejaba de luchar. Si se metían en una pelea con Poe, más

les valía estar dispuestos a pegarse hasta que uno de los dos quedara inconsciente. De ese modo, no tardaron en evitarlo.

—Así que fíjense bien en su colega Jonathan —prosiguió—, porque es la última vez que se pasa de la raya en esta oficina.

Todo el mundo se quedó mirando, boquiabierto.

—¿Alguien cree que estoy siendo injusto?

Nadie parecía pensarlo. Y si lo creían eran lo suficientemente listos como para no decirlo.

—¿Ha oído todo el mundo lo que Jonathan ha llamado a una de sus compañeras?

Aparentemente, todos lo habían oído.

Poe señaló a uno.

—Usted, ¿cómo se llama?

—Jen.

—¿Qué ha dicho Jonathan, Jen?

—Ha llamado retrasada a Tilly, señor.

—Yo trabajo para ganarme la vida, Jen. No me llame «señor». —Poe se volvió a Flynn y a Barrett—. ¿Vale con esto?

Flynn se volvió a Barrett y dijo:

—Por mí, sí. ¿Ash?

Barrett hizo una pausa.

—Habría sido conveniente que el sargento Poe no atacara...

—Tenía un bolígrafo en la mano —interrumpió Poe—. Creí que lo iba a utilizar como arma.

—Entonces vale —dijo Barrett—. Jonathan Pierce, queda suspendido oficialmente por una falta de conducta grave, por intimidación y uso de lenguaje ofensivo. Por favor, entréguese su placa y se le citará para una vista disciplinaria, en la cual será expulsado de la Agencia Nacional del Crimen, sin duda.

—Pero..., pero..., pero ¡si se lo llama todo el mundo! —dijo Jonathan.

Poe oyó un grito ahogado generalizado entre el resto de los empleados. Jonathan acababa de cometer el pecado capital: delatar a sus compañeros para salvar el cuello.

—¿Hay alguien de los presentes que también haya cometido una falta de comportamiento grave? —preguntó Poe.

Nadie movió un dedo. Un par de personas parecían sentirse algo culpables, pero tampoco daba la impresión de que fueran a sacrificarse.

—¿No? Aparentemente, solo es usted, Jonathan —dijo Poe. Se inclinó hacia él y susurró—: Y si me entero de que hay alguna represalia sobre mi amiga Tilly, te encontraré y te arrancaré los putos dedos de cuajo. ¿Está claro? Si lo has entendido, di que sí con la cabeza.

Jonathan asintió.

—Bien —dijo Poe—. Ahora, largo.

Soltó a Jonathan dejándole caer al suelo.

Luego se volvió hacia Bradshaw:

—Tilly, no vas a necesitar tienda de campaña. Te alojarás en un hotel con la inspectora Flynn. ¿Tienes todo lo demás?

A duras penas, la chica asintió.

—Bueno, pues, ¿a qué estás esperando? Vamos a pescar a un asesino en serie.

11

Poe suponía que compartirían la conducción entre los tres. Pararon en una gasolinera en Cheshire después de que Bradshaw anunciara que «necesitaba un aseo», pero cuando volvió al coche y le lanzó las llaves diciendo que lo llevaría ella el último tramo, contestó que no tenía carné.

Poe se quedó pensando.

—¿Y por qué has venido todo el camino en el asiento del copiloto? Los que no conducen van en el asiento de atrás.

—Siempre voy en el asiento del copiloto. Estadísticamente, es el más seguro —respondió ella, cruzándose de brazos.

Flynn evitó cualquier discusión antes de que empezara y se subió al asiento trasero.

—De todos modos, prefiero ir atrás, Poe —dijo.

Bradshaw siguió aleccionándolos sobre seguridad en el coche mientras Poe se reincorporaba a la M6. Dejó de escucharla antes de dejar el carril de incorporación.

Nunca había conocido a alguien así. No parecía entender ninguna de las reglas sociales básicas. No había filtro entre su cerebro y su boca, y soltaba cualquier cosa que se le pasara por la cabeza. Tenía poco o ningún conocimiento de la comunicación no verbal: o evitaba el contacto visual, o no lo rompía. Y si Poe la ignoraba cuando decía su nombre, simplemente lo repetía hasta que contestara.

Después de un rato, se hizo el silencio.

Poe miró por el espejo retrovisor. Flynn estaba dormida.

—Tilly, ¿me haces un favor? —Sacó la BlackBerry del bolsillo de la chaqueta y se la dio—. Hay una agenda y una especie de *app* de rastreo en ese teléfono. ¿Puedes desactivarlas?

—Sí, Poe.

Pero no hizo ademán de coger la BlackBerry.

—¿Las desactivas?

Estaba dudando.

—¿Debería hacerlo?

—Sí —mintió.

Ella asintió y empezó a trastear con el teléfono.

—Pero, si pregunta la inspectora Flynn, no se lo digas —añadió.

—¿Te gusta trabajar con la SCAS, Tilly? —dijo, cinco minutos después de que le devolviera

la *BlackBerry*.

—Uy, sí —contestó, con el rostro iluminado—. Es fantástico. Hay pocos sitios donde puedas adaptar matemática pura a aplicaciones del mundo real.

—Ahí le has dado —dijo Poe, sin abandonar la expresión seria.

Era la primera vez que Bradshaw sonreía de verdad. Al hacerlo, su cara se transformaba.

Después de hablar de su trabajo en la SCAS, pasó a su época en Oxford. Era una conversación unilateral: Poe no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Para él, las mates terminaban en cuanto las letras sustituían a los números. Aunque era evidente que Flynn tenía razón. Bradshaw era un recurso valioso. Tenía un conocimiento profundo de todas las disciplinas de elaboración de perfiles criminales, pero su verdadero talento estaba en idear soluciones a medida para el momento y la manera en que se necesitaban. Según Flynn, fue su programa el que ordenó los navajazos que formaban su nombre sobre el pecho de la víctima. Le dio las gracias, porque probablemente le había salvado la vida.

Tilly se sonrojó.

—¿Por qué se llama Washington, Poe? —dijo unos minutos más tarde. Al darse cuenta de lo que había dicho, sonrió con timidez. Reformuló la pregunta—: Poe, ¿por qué lleva Washington de nombre de pila?

—No lo sé. Pregúntame otra cosa —contestó.

—¿Por qué no le cae bien a nadie? —dijo ella.

Poe la miró. No pretendía ser grosera. Simplemente, no parecía entender el concepto de una conversación informal; si preguntaba algo era porque quería saber la respuesta.

—Caray, tú dices las cosas tal cual, ¿eh?

—Lo siento, Poe —murmuró—. La inspectora Stephanie Flynn dice que tengo que mejorar mis habilidades sociales.

—No pasa nada, Tilly. De hecho, es sorprendentemente sincero —dijo, con la mirada en la carretera mientras adelantaba a una grúa—. No me había dado cuenta de que fuera tan poco popular.

—Uy, sí. Oí al subdirector de Inteligencia Justin Hanson y a la inspectora Stephanie Flynn hablar sobre usted.

—El subdirector Hanson me culpa de que no le ascendieran —dijo.

—¿Y por qué, Poe?

—Mucha gente no quería que investigara a Peyton Williams, Tilly. Era ayudante de un miembro del Parlamento, y al subdirector Hanson y a varios superiores les daba mucho miedo que se armara un escándalo. Si me hubieran hecho caso desde el principio, Peyton Williams no estaría muerto.

—Ah —dijo ella—. No me cae muy bien el subdirector Justin Hanson. Creo que es malo.

—Y no te equivocas —respondió Poe—. De todos modos, es imposible que los oyeras esta mañana. Ni yo lo podía oír, y estaba más cerca del despacho de la inspectora Flynn que tú.

—Esta mañana no —dijo—. Fue cuando estuve en la sala de reuniones B con el subdirector Justin Hanson, la inspectora Flynn y el director Edward van Zyl enseñándoles los datos de la tomografía computerizada. Al rato, creo que se olvidaron de que estaba allí.

Poe no dijo nada. Miró otra vez por el espejo retrovisor. Flynn estaba despierta. Tenía los ojos rojos e irritados. Dormir en el coche nunca cundía tanto como en una cama.

Bradshaw se volvió en el asiento y dijo:

—¿A usted no le cae bien Poe, verdad, inspectora Stephanie Flynn?

—¿Qué dices, Tilly? —exclamó. Aunque parecía preocupada—. Claro que me cae bien el inspector Poe.

—Ah —dijo—. Creí que, cuando el director Edward van Zyl dijo que la Sección de Análisis de Delitos Graves necesitaba a Poe porque tenía un «conocimiento enciclopédico de los asesinos en serie» y usted dijo «pero un conocimiento microscópico de lo que es no ser un gilipollas, señor», era porque no le caía bien...

Poe soltó tal carcajada que el café le salió disparado por las fosas nasales.

—¡Tilly! —exclamó Flynn, avergonzada.

—¿Qué?

—No deberías repetir conversaciones privadas.

—Oh.

—Lo que has dicho no es muy agradable. Sobre ninguno de los dos —añadió Flynn.

El labio inferior de Bradshaw empezó a temblar y Poe intervino.

—No te preocupes, Tilly. Lo de caer bien está muy sobrevalorado.

Ella sonrió.

—Qué bien, porque yo tampoco le caigo bien a nadie.

Poe se volvió a ver si estaba bromeando: no lo estaba.

Bradshaw desvió la mirada por la ventanilla. La conversación había acabado.

Poe miró a Flynn por el retrovisor. Estaba roja de vergüenza. Le guiñó un ojo para que viera que no se sentía herido. Matilda Bradshaw empezaba a caerle bien.

El resto del viaje transcurrió sin incidentes. Llegaron al hotel Shap Wells poco después de las siete de la tarde.

Flynn y Bradshaw fueron a registrarse mientras Poe recogía su correo. No era su dirección oficial, pero tampoco era justo esperar que un cartero tuviera que atravesar las agrestes montañas hasta Herdwick Croft, y el hotel permitía que le dejaran su correo en recepción.

Había poca cosa. Una de las ventajas de vivir al margen era que apenas recibías correo basura.

Flynn se le acercó en la recepción.

—¿Listas?

—Sí —contestó ella con un suspiro—. Tilly quería una habitación más cerca de la salida de incendios, así que hemos tenido que cambiarnos, pero ahora parece contenta. Le he dicho que cene algo y se acueste pronto.

—Pues vamos a ver a la cuarta víctima.

La escena del tercer crimen, Long Meg y Her Daughters, y Castlerigg, la del primero, eran dos de los monumentos prehistóricos más impresionantes del país. Se conocían mundialmente como círculos de piedra. Cumbria tenía muchísimos otros círculos neolíticos, incluidos algunos tan pequeños que solo se podían ver desde el aire.

Poe no conocía ninguno cerca de Cockermouth. Sospechaba que la policía o el Hombre

Inmolación había visto un círculo donde no lo había. La mayoría de las montañas en Cumbria tenían afloramientos rocosos y formaciones de piedra. Y cuando estabas en medio de una, no era difícil pensar que la civilización de la Edad de Piedra las hubiera colocado estratégicamente hace miles de años.

Pero Poe se equivocaba.

Sí había un círculo de piedra cerca de Cockermouth.

La carretera se hacía cada vez más estrecha. Giró a la derecha en Dubwath, una diminuta aldea a orillas del lago Bassenthwaite. Cinco minutos después, el centelleo de las luces azules les guio hasta su destino.

Poe aparcó al final de una larga fila de coches de policía. Un agente de uniforme estaba en la entrada, sosteniendo una tabla para escribir.

Les pidió que enseñaran su acreditación y lanzó una mirada suspicaz a Poe mientras apuntaba su nombre.

—¿Hay un círculo de piedra ahí arriba? —preguntó Poe.

El agente uniformado asintió.

—Elva Plain. Parece ser que estaba relacionado con el comercio de hachas neolíticas.

Cuando estás de guardia en un cordón policial en medio de la nada, no hay mucho más que hacer que no sea buscar cosas en Google con el teléfono.

—¿Es este el cordón exterior? —preguntó Poe.

—Sí —contestó—. El cordón interior está ahí arriba. —Señaló hacia una colina inclinada y barrida por el viento. Poe no veía a nadie, pero se oían voces.

Al subir, se cruzaron con otro agente uniformado que bajaba y les dijo que casi habían llegado. Siguieron andando hasta verlo.

El círculo se encontraba en una terraza llana de la ladera sur de Elva Hill. Estaba bañada de luz artificial. Quince piedras grises dibujaban un círculo de unos treinta y cinco metros de diámetro. La más alta no mediría más de noventa centímetros; algunas apenas eran visibles.

Aquello era un hervidero.

Los agentes de la policía científica, vestidos con trajes de protección de la cabeza a los pies, se paseaban por el lugar en un caos organizado. Algunos trabajaban de rodillas sobre el suelo, mientras que otros se concentraban alrededor de una tienda que habían montado con las pruebas en medio del círculo.

El cordón interno se había dispuesto de forma que toda la circunferencia del círculo se encontraba dentro del perímetro de la cinta azul y blanca de la policía. Poe y Flynn pasaron y se presentaron a otro agente con carpeta para apuntar.

—El jefe no tardará en salir —dijo el agente uniformado—. No puedo dejarles pasar sin su autorización.

Poe asintió. Una buena disciplina en la escena del crimen solía significar que el jefe de la investigación era bueno. Ian Gamble tal vez no tenía destellos de inspiración que resolvieran casos imposibles, pero sabía aprovechar sus fortalezas. ¿Y por qué no? El noventa y nueve por ciento de los asesinatos se resolvían gracias a una investigación metódica y exhaustiva.

Flynn se volvió a mirarle.

—¿Qué vamos a sacar entrando ahí? Ya nos llegarán las fotos cuando estén listas.

—Si no te importa, quiero echar un vistazo. Para hacerme una idea de él.

Asintió.

Uno de los policías con traje de protección blanco alzó la cabeza y los vio. Dejó la conversación en la que estaba y fue hacia ellos. Se quitó la máscara en cuanto salió del cordón. Era Ian Gamble, el jefe de la investigación. Estiró el brazo y estrechó la mano a Poe.

—Me alegro de verle, Poe —dijo—. ¿Alguna idea de por qué estaba su nombre en el pecho de la última víctima?

Poe negó con la cabeza. Nada de cortesías ni de conversación superficial. Directo al grano.

—Pues nada, ya nos pondremos con eso —dijo Gamble—. ¿Quiere echar un vistazo?

—Solo para hacerme una idea.

—Muy bien —dijo, volviéndose a un hombre que había junto a una caja con equipo—. ¡Boyle! —exclamó—. Traiga un traje al inspector Poe.

Al oír el nombre de Poe, otro hombre vestido con traje de protección se quitó la máscara.

Era Kylian Reid.

Alzando la voz como si quisiera que le oyese toda la montaña, dijo:

—Incomprendido por sus compañeros, ignorado por sus superiores, infravalorado por el resto del mundo: damas y caballeros, les presento al gran Washington Poe.

Poe se sonrojó.

Su amigo se acercó dando saltos y pasó por encima del cordón, provocando una mueca de dolor en Gamble. Estrechó la mano de Poe hasta que le dolió.

—Ya veo —dijo Reid, con una gran sonrisa—. Solo consigo verte cuando hay alguna emergencia. ¿Eh, Poe? Allí donde esté la mierda.

Poe se encogió de hombros.

—Kylian.

Ya habría momento para ponerse al día.

Reid se volvió a Flynn y dijo:

—¿Y usted de qué conoce a este bicho raro sin amigos?

Poe les presentó.

—Inspectora Flynn, este es mi amigo Kylian Reid. Era sargento de incidencias graves.

—Y sigo siéndolo —dijo—. Imagino que estaréis en Shap Wells. Me cogeré una habitación allí una noche, y así nos tomamos una copa.

—Será el mejor plan de la historia —contestó Flynn con sequedad.

Poe pensó que el reencuentro podía esperar.

—Bueno, ¿qué hay ahí dentro?

Dirigió la pregunta a Gamble. Reid era el único amigo que tenía en el cuerpo, pero la escena del crimen seguía siendo de Gamble.

—¿Conoce la regla de los nueves?

Poe asintió. Así era como se evaluaba la gravedad de las quemaduras médicamente. La cabeza y los brazos eran nueve por ciento cada uno, mientras que las piernas, la parte anterior y posterior del torso representaban cada uno dieciocho por ciento. Eso sumaba el noventa y nueve por ciento. El uno restante eran los órganos genitales.

Gamble dijo:

—Bueno, nuestro amigo está mejorando. Aunque la primera víctima fue la más torturada, solo tenía quemaduras en piernas y espalda. Pocas en la parte anterior, y los brazos estaban intactos. La segunda víctima tenía más quemaduras, y en la tercera ya rondaban el noventa por ciento.

—¿Y esta?

—Pase a verlo por sí mismo.

Mientras Poe se ponía el traje que le había traído Boyle, Gamble se cambió el que llevaba para evitar cualquier problema de contaminación cruzada. Flynn ni se molestó. Ya había visto a la segunda víctima *in situ*, y prefirió quedarse con Reid. Poe firmó para pasar el cordón interno y siguió a Gamble por las tablas que la científica había dispuesto para evitar que se pisotearan pruebas importantes.

El olor fue lo primero que le golpeó. A unos cuatro metros y medio de la tienda de la policía forense, el hedor se hacía abrumador.

Poe había oído el mito de que, al quemarse, los seres humanos olían a cerdo. Pero no era así. Puede que la carne humana en sí tuviera ese olor, pero la gente que muere quemada no ha sido procesada como los animales. No ha sangrado ni se les han extirpado los órganos internos. Los tubos digestivos, llenos de sangre y heces, siguen dentro de su cuerpo.

Y cada parte que arde tiene su propio hedor.

La sangre es rica en hierro, y Poe notó su aroma ligeramente metálico. Ese era el más agradable. Los músculos arden de forma distinta a la grasa, los órganos internos arden de forma distinta a la sangre, y las vísceras quemadas tienen un olor distinto a cualquier otro. El olor de todo combinado era espeso, dulce y empalagoso. Pero, sobre todo, había un tufo inconfundible a gasolina.

El olor cubrió todo el interior de la nariz de Poe hasta el fondo de su garganta. Sabía que estaría oliéndolo y saboreándolo durante días. Sintió tal arcada que casi vomita, pero logró contenerse.

Gamble abrió la puerta de la tienda. Entraron. El patólogo del Ministerio del Interior seguía trabajando sobre el cadáver.

Estaba de costado y torcido en una postura poco natural. Los globos oculares habían estallado y luego se habían secado, y la boca estaba abierta como si la víctima hubiera muerto gritando. Pero Poe sabía que el calor hacía cosas raras con los cuerpos, y cabía la posibilidad de que la boca se hubiera abierto después de la muerte. Las manos habían quedado reducidas a muñones, y aunque se confirmaría más adelante, estaba seguro de que el uno por ciento de la víctima habría desaparecido. El cadáver tenía el color y la consistencia de áspero cuero negro sin tratar. Parecía como si lo hubieran metido en lava y luego lo hubieran secado en un horno. Todo salvo las plantas de los pies, que seguían sorprendentemente rosadas.

El patólogo alzó la vista y profirió un gruñido a modo de saludo.

Poe preguntó:

—¿Cree que se utilizó el mismo acelerante?

—Sin duda —contestó. Era un hombre mayor y delgado. El traje de protección se le iba hinchando, dibujando ondas como un globo de aire caliente. Señaló el muslo de la víctima—. ¿Ve esa grieta? La Universidad de Florida Occidental lleva años estudiándolo, y ahora saben que la superficie externa de la piel se fríe y se pela primero. La dermis es más gruesa y tarda cinco

minutos en encoger y romperse, y teniendo en cuenta que la gasolina sin tratar solo arde durante un minuto más o menos, tuvo que añadir otro combustible.

Poe tampoco necesitaba saber por qué la Universidad de Florida Occidental había llevado a cabo un estudio de esa índole. Y menos aún cómo lo habían hecho. Aunque allí ejecutaban a muchos presos en el corredor de la muerte...

—Y, si se fija aquí —continuó el patólogo, señalando los muslos, los glúteos y la cintura—, toda la grasa se ha derretido. La grasa humana es un buen combustible, pero necesita algo que actúe de mecha. La víctima estaba desnuda, así que sabemos que no fue su ropa. Sabré más cuando lo vuelva a poner sobre la mesa, pero sospecho que, cada vez que el fuego empezaba a apagarse, el asesino añadió más acelerante.

—¿Durante cuánto tiempo?

—¿Hasta que muriera?

Poe negó con la cabeza.

—Para reducir un cuerpo a esto.

—Yo diría que entre cinco y siete horas. Los músculos han encogido y se han contraído, lo que provocó la extraña postura en la que se encuentra el cuerpo, y eso lleva su tiempo.

—¿Y qué hay de las plantas de los pies?

—Estuvo de pie durante todo el proceso. El suelo las protegió. —Volvió a lo que estaba haciendo.

Gamble dijo:

—Desde aquí no se ve, pero el cuerpo tiene un pequeño agujero en la parte inferior. La víctima fue empalada de pie. Es uno de los detalles que ha cambiado desde que empezó.

—Debía de ser de metal —dijo Poe—. Una de madera se habría quebrado en quince minutos.

Gamble no dijo nada. Poe pensó que seguramente ya lo habría deducido.

—Creo que sé por qué este se quemó más que los otros —dijo Poe—. Imagino que llevan aquí todo el día...

Gamble asintió.

—Desde las diez de la mañana.

—Entonces, lo que no saben es que desde la carretera no se ve nada de esto. Apenas se distinguen los focos. El círculo está oculto a la vista prácticamente hasta que llegas aquí. Teniendo en cuenta que esta carretera la frecuenta sobre todo gente que viene o va al campo de golf, la mayoría de los que salieran de la sede del club se alejarían de él, en dirección a Cockermouth.

—O sea, que el asesino tuvo más tiempo —dijo Gamble.

Poe asintió.

—Y si esperó hasta que cerraran el bar, es prácticamente imposible que nadie le viera.

—Un dato muy útil.

Aunque Poe no sabía cómo: ya sabían que el Hombre Inmolación era meticuloso.

—¿Alguna idea? —preguntó Gamble.

—Solo que no pienso aceptar ninguna invitación de la Universidad de Florida Occidental a sus barbacoas.

Gamble asintió, pero sin sonreír.

Salieron de la tienda y del cordón interno, y volvieron con Flynn y Reid. Poe agradeció desprenderse del asfixiante traje de protección.

—No hemos dado ninguna información a los medios sobre la conexión del inspector Poe con el caso —dijo Gamble—. El subcomisario y yo creemos que podemos utilizarlo como filtro de control adicional para todo el que llame reivindicando la autoría. Es información extremadamente restringida, así que no lo pongan en ninguna documentación.

—Tiene sentido —dijo Flynn, asintiendo—. También creo que deberíamos mantenernos alejados de la investigación oficial, señor. Que Poe esté al margen de todo esto. Por ahora, podemos trabajar desde el hotel.

Gamble asintió. Parecía aliviado de que Flynn lo hubiera sugerido primero.

—Y el sargento Reid parece llevarse bien con el sargento Poe, así que podría ser nuestro enlace. Le pondré con ustedes por ahora. Él se asegurará de que tengan todo lo que necesitan —dijo Gamble—. Aparte de la asistencia analítica, ¿podría encargarse la SCAS de lo del nombre? Intenten averiguar qué tiene que ver Poe con todo esto. Intercambiaremos información todos los días cuando termine la jornada, aunque no haya nada de lo que informar. ¿Les parece?

—Perfecto —contestó Flynn.

Tras una nueva ronda de saludos, Poe y Flynn volvieron hacia el coche.

En cuanto estuvieron seguros de que no los oían, Flynn miró a los ojos a Poe.

—¿Y eso?

—¿Lo del enlace?

—Sí. Eso. —Parecía enfadada—. ¿No se fían de mí?

Poe se encogió de hombros.

—No, Steph. Es de mí de quien no se fían.

12

Shap Wells era un hotel con historia. Casi tan aislado como *Herdwick Croft*, solo se podía acceder a él por un estrecho caminito de un kilómetro y medio de longitud. Durante la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas aliadas aprovecharon su aislamiento, requisándolo al conde de *Lonsdale* para convertirlo en el campo de prisioneros de guerra número Quince. Dio cobijo hasta a dos centenares de presos, sobre todo oficiales alemanes; en cierto momento, hubo encerrado allí un príncipe alemán emparentado con la reina *María I* de Inglaterra.

La vía principal del ferrocarril que conectaba norte y sur estaba cerca, de modo que tuvieron que extremarse las medidas de seguridad porque los trenes estaban facilitando la huida a los prisioneros del campo. Se erigieron dos alambradas de espinos alrededor del edificio del hotel, mientras que sus torres se utilizaron como torres de vigilancia con poderosos focos para controlar hasta el último ángulo de la propiedad. De hecho, los cimientos de hormigón de las torres seguían a la vista si uno sabía buscarlos. Y Poe era una de esas personas; él conocía bien el hotel. Su coche estaba aparcado ahí de manera permanente, utilizaba el wifi gratuito siempre que necesitaba conectarse y comía en el restaurante al menos un par de veces por semana.

A la mañana siguiente, antes de salir hacia el hotel, dejó a Edgar con *Thomas Hume*, el granjero al que le compró la casa y las tierras colindantes el año anterior. Habían entablado amistad y de vez en cuando se hacían algún favor. Poe le dejaba esquilar las ovejas en sus tierras y le ayudaba haciendo algún trabajillo, construyendo muros de piedra seca, normalmente cuando hacía falta más músculo que habilidad técnica, y *Hume* cuidaba de Edgar cuando Poe estaba fuera.

A pesar de que solía hacer a pie los tres kilómetros y pico de camino hasta el hotel, esa mañana Poe decidió coger su *quad*. Recogió el correo de manos de la recepcionista, una neozelandesa que siempre tenía una sonrisa para él, y fue en busca de *Flynn* y *Bradshaw*.

Acababan de terminar el desayuno y Poe se sirvió un café. *Flynn* llevaba nuevamente traje, esta vez negro. *Bradshaw* lucía los mismos pantalones cargo y las mismas zapatillas de deporte, pero una camiseta distinta. Esta tenía una imagen desgastada del Increíble Hulk con la frase «No me cabrees». Le sorprendía que *Flynn* se lo permitiera. Aunque, en realidad, tampoco tanto: el arte de la dirección se basaba en evitar batallas inútiles.

Cinco minutos más tarde, apareció *Kylian*. *Flynn* le dio la mano frunciendo el ceño. Les puso al día con respecto a la cuarta víctima. Aún no había sido identificada, pero ya tenían el cadáver de vuelta, y en esos momentos lo estaban preparando para la autopsia. *Gamble* quería saber si la SCAS lo sometería a una tomografía multicorte. *Flynn* confirmó que sí.

Flynn había conseguido que les dejaran la pequeña sala de reuniones del hotel mientras

estuvieran trabajando en el caso. Poe estaba contento con la decisión de mantenerse al margen de la investigación principal. Nunca había sido demasiado popular dentro de la policía de Cumbria: su tendencia a decir la verdad hacía que lo toleraran en el mejor de los casos, y sabía que su suspensión de la Agencia Nacional del Crimen había sido recibida con regocijo en su antiguo cuerpo. Tampoco le importaba, pero no quería que ninguna hostilidad existente interfiriera con lo que estaban haciendo.

Les habían habilitado el Salón del Jardín en la planta baja. A pesar de lo antiguo y majestuoso del hotel, el espacio era moderno y estaban bien equipado. Flynn había pedido una sala más grande de lo que necesitaban. Así podrían dividirla en secciones. Pasaron la primera media hora montando el equipo de Bradshaw y disponiendo las mesas para tener una zona de reunión y suficiente espacio para moverse. No estaba permitido poner chinchetas ni Blu-Tack en las paredes, de modo que Flynn pidió que trajeran pizarras blancas y rotafolios.

Las salas de incidencias eran el corazón de las grandes investigaciones, y Poe empezó a sentir un cosquilleo familiar de emoción; había algo apasionante en montar una nueva. No tardaría en llenarse de pistas y preguntas, de cosas que ya sabían y de otras que querían saber.

Aquella iba a ser distinta al resto de las investigaciones en las que Poe había participado. En la sala de incidencias oficial de Carleton Hall, Gamble tenía todo un ejército de empleados: directores de oficina, jefes de actuación, analistas de documentos, indexadores, oficiales encargados de las pruebas, coordinadores de investigación vecinal, oficiales de divulgación y de preparación de expedientes.

En Shap Wells, solo estaban ellos tres. Era una auténtica liberación.

En cuanto Bradshaw conectó los ordenadores, se pusieron manos a la obra.

Flynn abrió la veda.

—Sugiero que empecemos con por qué estaba grabado el nombre de Poe en el pecho de Michael James. ¿Alguien no está de acuerdo?

Poe dio al resto la oportunidad de hablar. Ninguno lo hizo.

Entonces levantó la mano.

—Solo una idea.

Todos le miraron.

—Creo que, al menos por ahora, deberíamos asumir que es una pista falsa. No conozco a ninguna de las víctimas y sé que el comisario Gamble está revisando todos mis antiguos casos para ver si alguno de los que metí en la cárcel encaja con el perfil de un asesino en serie. ¿Qué nos puede aportar?

—Supongo que tendrás una línea de investigación alternativa, ¿no? —dijo Flynn.

Poe asintió.

—Hay una pregunta mucho más importante por contestar todavía.

—¿Y es? —preguntó Reid.

—¿Por qué pasó tanto tiempo entre la primera y la segunda víctima, y tan poco entre la segunda, la tercera y la cuarta?

Flynn parecía un poco molesta, y él sabía por qué. La experiencia, apoyada con estadísticas, sugería que los asesinos en serie empezaban lentamente y luego aceleraban.

Antes de oír comentarios condescendientes, prosiguió.

—Sé que me vas a dar toda una lección sobre los asesinos en serie y cómo sacian su necesidad de matar con el primer asesinato, pero cada vez aguantan menos tiempo antes de volver a hacerlo. ¿Me equivoco?

Flynn asintió.

—Y ninguna de las víctimas se conocían entre sí, ¿verdad?

Esta vez fue Reid quien contestó.

—La investigación no ha encontrado ninguna conexión entre ellos. Evidentemente, no puedo decir si se aplica a la cuarta víctima: todavía no ha sido identificada.

—¿Adónde quieres llegar, Poe? —preguntó Flynn.

—Lo que quiero decir, Steph, es que piensas como alguien que no conoce Cumbria. Puede que sea el condado más grande de Inglaterra, pero está poco poblado.

—Y eso significa...

—Que estadísticamente es poco probable que esos hombres no se conocieran.

Flynn y Reid se quedaron mirándole. Bradshaw, para quien la palabra «estadística» era un pistoletazo de salida, empezó a teclear.

—Yo soy de aquí, y Kylian también, y los dos te diremos que todo el mundo parece conocer a todo el mundo.

—Eso no tiene mucha solidez —dijo Flynn.

—Cierto —replicó Poe—. Pero si también tienes en cuenta que todas las víctimas eran del mismo grupo etario y socioeconómico, la probabilidad de que no se conocieran es aún menor. Esto no es Knightsbridge. Hay zonas de Cumbria con un PIB inferior al de la República Checa. ¿Cuántos millonarios crees que tenemos?

Lo único que se oía era el teclado de Bradshaw.

—Pero estamos seguros de que no se conocían —insistió Flynn—. ¿O insinúas que estamos pasando algo por alto?

Poe se encogió de hombros.

—Pues más o menos, pero eso me lleva a la primera pregunta. ¿Por qué pasó tanto tiempo entre la primera y la segunda víctima?

Esperó unos segundos.

—¿Y si estos hombres sí se conocían, pero hacían esfuerzos concertados por ocultarlo? ¿Y si sabían que les estaban eligiendo a ellos? Un patrón que solo ellos podrían ver. A ver, cuando Graham Russell fue asesinado, ¿qué más daba? El tipo había hecho la vista gorda cuando pincharon los teléfonos de víctimas de asesinato y pedofilia en todo el país: la lista de gente que querría hacerle daño debía de ser inmensa. Y, diga lo que diga su expediente ahora, sabemos que esa es la línea de investigación que eligió Gamble en un principio. Si estoy en lo cierto, es bastante posible que los demás lo achacaran simplemente a la mala suerte de Russell. Pero cuando la segunda víctima muere del mismo modo, hasta el más optimista de ellos sabría lo que estaba pasando. El Hombre Inmolación ya no tiene ningún motivo para tomárselo con calma; de hecho, si tiene una lista de víctimas, le sobran razones para darse más prisa.

Flynn frunció el ceño.

—Pero, si sabían que eran un objetivo, ¿por qué no fueron a la policía?

—Porque no podían —contestó Reid—. Si Poe tiene razón, es posible que los uniera algo de lo que no podían hablar.

—Y, teniendo en cuenta sus fortunas, es casi seguro que fuese algo ilegal —añadió Poe.

—Pero no sabemos con exactitud cuándo fueron secuestrados —dijo Flynn—. Es posible que los secuestrarán a todos antes de que muriese el primero.

«No hay teoría perfecta», pensó Poe.

—Tres coma seis por ciento —dijo Bradshaw, alzando la vista de su ordenador.

Todos se quedaron mirándola.

—He creado un programa para calcular las probabilidades de que no se conozcan tres varones de ese grupo social, en un condado con una población de setenta y tres coma cuatro personas por kilómetro cuadrado, y el resultado es de tres coma seis por ciento. Hay algunas variables que lo reducen hasta un dos por ciento y lo incrementan a un tres coma nueve, pero los números cuadran.

Reid la miraba boquiabierto.

—¿Has creado ese programa? —Miró su reloj—. ¿En menos de cinco minutos?

Bradshaw asintió.

—No me ha costado nada, sargento Reid. Simplemente, he adaptado una herramienta que ya tenía.

Poe se levantó.

—Bueno, pues asunto zanjado. No discutimos a Tilly y a los números.

Bradshaw lanzó una mirada tímida y agradecida a Poe.

Doce horas más tarde, todos estaban de un humor de perros.

No habían encontrado ni el menor indicio de que los hombres pudieran conocerse. No eran miembros de los mismos clubes de golf, ni formaban parte de las mismas juntas benéficas, y en los pocos restaurantes donde comieron todos, fue en fechas distintas. Bradshaw había conseguido los datos de sus tarjetas de fidelidad de grandes superficies, y tampoco compraban en los mismos establecimientos. Reid llamó a Gamble, que se comprometió a volver a interrogar a los vecinos y amigos de las víctimas por si se habían dejado algo, pero la teoría de Poe no tenía buena pinta.

A su desgracia se añadía el hecho de que la sala elegida no estaba funcionando. Era imposible colgar material confidencial o gráfico en las paredes por las constantes interrupciones, ya fueran camareros con té o café, la directora de eventos comprobando si necesitaban alguna cosa, y en tres ocasiones distintas, otros huéspedes convencidos de que aquello era el comedor. Un zoquete, dos veces.

Por si fuese poco, al terminar el día, tuvieron que recoger y guardarlo todo porque la sala no era segura.

Era la primera vez que se sentaban con todo el material delante, y el desánimo era ya palpable.

Alguien llamó a la puerta y la directora de eventos asomó la cabeza.

—Sé que han dicho que no quieren que se les moleste; solo quería cerciorarme de si van a querer la carta para que les traigan la cena. El comedor está a punto de cerrar.

—¿Puedo hacer una sugerencia? —dijo Poe en cuanto desapareció—. ¿Por qué no trabajamos en mi casa mañana? El salón es abierto y más o menos del mismo tamaño que esto. No tengo reglas sobre chinchetas en las paredes, y es más seguro que este sitio. Además, yo estaré gran parte del tiempo allí, de todos modos.

—No sé qué decirte, Poe —dijo Flynn—. Se supone que tú eres la siguiente víctima, ¿recuerdas?

—Pues, entonces, mucho mejor no tener que ir y venir del hotel todos los días. Si alguien va a intentar secuestrarme, será cuando esté solo en el páramo.

Se hizo un instante de silencio mientras Flynn lo consideraba.

—¿Tilly? —preguntó—. ¿Tendrás cobertura allí arriba?

—Si no la hay, lo conectaré a mi teléfono cuando necesitemos Internet para acceder a algo.

—¿Cómo llegamos hasta allí? —preguntó Flynn—. La excursión no me importó una vez, pero no pienso hacerla todos los días.

—Os dejaré el *quad* a Tilly y a ti. Y todo lo que tengáis que traer puede ir en el tráiler.

—¿Y yo? —preguntó Reid.

—¿Tú? Tú puedes ir a pata —dijo Poe.

Reid sonrió.

Todos miraron a Flynn, esperando una decisión.

—Bueno, supongo que merece la pena intentarlo. Hoy ha sido un desastre.

13

Poe fue a recoger a Edgar y devolvió el *quad* al hotel. El paseo por el monte hasta Herdwick Croft era vigorizante. Al caer, la luz de la tarde le daba un bello tono carmesí a todo. Edgar salió disparado detrás de un conejo, pero no tardó en volver dando saltitos. Si algún día cazaba uno, no sabría qué hacer.

Se preparó una cena sencilla: sándwich de queso y pepinillos, una bolsa de patatas fritas y una taza de té fuerte. El día no había sido un éxito precisamente, pero estaba seguro de que estaba en lo cierto: el Hombre Inmolación elegía a sus víctimas basándose en algo más que la edad y el dinero. Volvió a poner sus ideas en orden. Esperaba tener razón. Si no era así, ahí fuera había un asesino en serie muy organizado, con conocimientos forenses y técnicamente apto, a quien le gustaba castrar y quemar personas.

Y él era el siguiente.

Aunque Edgar aullaría como un lobo en cuanto alguien se acercara a la casa de noche, por primera vez desde que vivía allí, echó la llave a la puerta y cerró las contraventanas. Sorprendentemente, durmió bien. Ni una sola pesadilla.

En cuanto abrió los ojos, Poe supo que les esperaba otro glorioso día de primavera. Se hizo un huevo hervido, paseó a Edgar y esperó a que llegara el equipo. Reid vino andando desde la carretera: fue el primero en llegar. Flynn y Bradshaw llegaron en el *quad* poco después.

Bradshaw gritó entusiasmada al ver a Edgar.

—¡No me había dicho que tuviera un perro, Poe! —exclamó.

Durante los diez minutos siguientes, el trabajo quedó completamente aparcado, mientras Bradshaw y Edgar se hacían íntimos. El spaniel, desde siempre adicto a los mimos, fue directo hacia ella y la cubrió de lametazos y de pelo. Bradshaw se reía con aullidos y se abrazó a su cuello como si temiera que fuese a escapar. Poe le dio unos premios para Edgar y la amistad quedó cimentada.

—Tilly, si te enseña el pintalabios, no se lo toques, recuerda —dijo Reid, guiñando un ojo a Poe.

Bradshaw hundió la cabeza en el cuello del perro.

—Tú no tienes pintalabios, ¿verdad, Edgar? Qué tonto es el sargento Reid. Debe referirse a tu pene.

Después de las carcajadas, ante la mueca de asombro de Reid, Flynn los llamó al orden.

—Tilly, ya jugarás con Edgar más tarde. Tenemos que ponernos las pilas.

Poe había abierto todas las ventanas y la luz del sol de primavera entraba a raudales en la habitación. La planta baja de Herdwick Croft era rectangular, sin escondrijos ni recovecos caprichosos. Tenía dos ventanas en la parte delantera, una en la trasera y la puerta. Según Poe, hacía años, durante los duros inviernos, el pastor vivía arriba y dejaba a las ovejas en lo que ahora era el salón. Así se refugiaban del frío al tiempo que calentaban el edificio. Los muros eran de mampostería de piedra vista tanto en el exterior como en el interior. Las vigas del techo, viejas y robustas, estaban ennegrecidas por un siglo de humo. Una estufa de leña presidía la estancia. Tenía troncos preparados, pero aún no estaba encendida. A pesar de que era un día caluroso, Poe tenía intención de encenderla, pues así calentaba el agua.

Puso una cafetera en medio de la mesa y comenzaron a trabajar. Flynn le dejó que dirigiera la primera sesión, pues era su línea de investigación.

—Volvamos a lo básico. Quiero que asumamos que estos hombres se conocieron en algún momento. Es posible que lo ocultaran, pero ese es nuestro trabajo como detectives: detectar cosas.

Bradshaw levantó la mano.

Poe esperó, pero no decía nada. La miró, confundido, pero luego recordó que hasta hacía un año, Matilda se pasaba la vida en aulas y auditorios.

—Tilly, no tienes por qué levantar la mano. ¿Qué pasa?

—Yo no soy detective, Poe. Soy empleada de la Agencia Nacional del Crimen, pero no tengo capacidad de detener, como usted, el sargento Reid y la inspectora Stephanie Flynn.

—Eh..., gracias por aclararlo, Tilly. Es bueno saberlo.

Bradshaw asintió.

Durante las cuatro horas siguientes, se sumergieron en las vidas (y las muertes) de Graham Russell, Joe Lowell y Michael James. A mediodía, Reid recibió una llamada.

—Tenemos el nombre de la cuarta víctima. Clement Owens. Sesenta y siete años. Procurador jubilado. Trabajaba en el sector privado y representaba a la industria bancaria. Aparte de su fortuna, no hay vínculo aparente con el resto. En breve nos darán más información.

Flynn propuso un descanso. Todos empezaban a tener hambre y había traído sándwiches. Poe sugirió que comieran fuera.

A pesar de que a Poe le gustaba la dura belleza del invierno de Cumbria, tras más de un año viviendo en Shap, se sentía preparado para decir que su estación preferida era la primavera. Aparte de las omnipresentes ovejas, el invierno hacía desaparecer cualquier rastro de vida del monte, dejando hectáreas y más hectáreas de paisaje duro y sin color hasta donde alcanzaba la vista. La primavera era como una resurrección. Los días se hacían más largos, las plantas durmientes sacaban brotes verdes a través de la tierra que iba calentándose poco a poco, y el brezo florecía. Exóticos lechos de líquenes y musgo estallaban y cobraban vida. Los vientos feroces y heladores se tornaban cálidas brisas perfumadas. Los pájaros construían sus nidos, los animales se reproducían y se respiraba un optimismo renovado en el aire. Era el momento del año que le hacía a uno apreciar la belleza y el ritmo ralentizado de la vida de la Cumbria rural.

Mientras Flynn hacía una llamada, y Bradshaw perseguía a Edgar por toda Shap Fell, Poe se volvió a Reid y dijo:

—Me alegro de volver a verte, Kylian. ¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco años —gruñó Reid con la boca llena de jamón y huevo.

—¿Cinco años? No puede ser. La última vez que te vi fue...

—En el funeral de mi madre —dijo con voz acusadora.

Un estallido de sangre inundó las mejillas de Poe. La madre de Reid murió de una enfermedad de la neurona motor, tras años de sufrimiento. Tenía razón: aquella fue la última vez que le había visto.

—Lo siento, tío —dijo, pero Reid apartó la disculpa con la mano—. ¿Cómo está tu padre? —preguntó entonces.

—Ya le conoces, Poe. Solo se retiró porque mamá le dijo que tenía que hacerlo. Sigue haciendo algún trabajillo para una cuadra de Lancashire. Ni siquiera sé si le pagan, lo hace para llenar el tiempo. Si no hace eso, se echa a dormir delante de la chimenea o lee libros sobre carreras de caballos.

El padre de Reid era un respetado veterinario especializado en caballos de carreras. De niño, a Poe le encantaba ir a la clínica de George Reid. Siempre tenían animales para mimar.

—¿Cómo está el tuyo? —dijo Reid, sonriendo—. ¿Sigue siendo un *beatnik*?

Poe sonrió. No iba desencaminado. Su padre vivía para viajar, y raramente volvía al Reino Unido. La única vez que residió en el mismo sitio durante un tiempo fue mientras criaba a Poe. Su madre era incapaz de llevar una vida convencional y los abandonó cuando Poe era un bebé. Su padre sacrificó temporalmente su espíritu nómada y le crio solo. En cuanto Poe se alistó en la Guardia Negra, volvió a marcharse. Se comunicaban por correo electrónico, pero llevaban casi tres años sin verse. Por lo que sabía, su padre estaba en algún lugar de Brasil. Pero no tenía ni idea de qué hacía allí. Podía estar perdido en las profundidades de la selva o presentándose a un cargo político, quién sabe. Le quería mucho, pero nunca había sido lo que se dice un padre «tradicional».

La madre de Poe murió a las pocas semanas de que le suspendieran, atropellada por un coche que no se detuvo a socorrerla. Se enteró por un correo de su padre cinco semanas después de que la incineraran. Su muerte le entristeció, del mismo modo que le apenaba la muerte de cualquiera, pero tampoco le dio demasiadas vueltas. Ella había antepuesto sus propias necesidades a las de su hijo hacía mucho tiempo.

—¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Reid.

Poe sacudió la cabeza. Siempre le había costado construir relaciones. Cuando estaba en Hampshire, hubo un par de mujeres, pero ninguna historia duró más de unas semanas. Un terapeuta tal vez le diría que era por causa de su profundo miedo al abandono, y Poe le habría contestado que se equivocaba: él no temía el abandono, eso era lo único que había tenido en su vida...

—¿Y tú? —preguntó.

—Nada permanente.

—Vaya par de cabrones románticos... —dijo Poe sonriendo.

Flynn volvió de hacer la llamada.

—Acabo de hablar con el director Van Zyl —dijo—. Quiere que nos quedemos aquí todo el tiempo que haga falta. Le he hablado de nuestra nueva línea de investigación y dice que merece la pena seguirla.

Tomó asiento, se sirvió un café y cogió un sándwich. Parecía cansada, y Poe sabía que la

investigación le estaba afectando. Nada parecía tener sentido, especialmente su conexión con el caso, y se suponía que la SCAS debía contestar preguntas, no hacerlas.

El sol lucía con fuerza y la vista era tan impresionante como siempre. Kilómetros de terreno irregular, laderas sin árboles y rocas escarpadas, miraras donde miraras. Edgar le estaba pidiendo los bordes del pan, pero, a diferencia de Bradshaw, que básicamente le había dado toda su comida, Poe parecía inmune al numerito de cachorro de ojos tristes. Al ver que no quedaban premios, el perro se marchó; al poco tiempo, se oyó a un zarapito que salía aterrado. Edgar reapareció con aire satisfecho.

—¡Deja en paz a los pájaros, Edgar! —gritó Poe, antes de que el perro encontrase el nido en el suelo.

Era lo último que necesitaba: que el spaniel volviera al lado de Bradshaw con la boca llena de crías. Edgar volvió a la casa a regañadientes.

Flynn se quitó algunas migas de la chaqueta. Llevaba el mismo traje que el día que vino por primera vez, el de raya diplomática. Bradshaw lucía pantalones cargo y camiseta, como de costumbre. Reid iba impecable: siempre había sido un maniquí y jamás vestía informal. Incluso cuando salían por la noche juntos, llevaba traje, y Poe sospechaba que Reid veía su falta de esfuerzo como un lastre y una vergüenza. Él, sin embargo, seguía con la misma ropa del día anterior. Y eso le recordó que tenía cartas por abrir en el bolsillo.

Cogió el fajo de correo y lo empezó a ojear. Había una carta de la compañía del gas diciendo que habían cambiado la hora de entrega del tanque nuevo, y otra del fabricante de la bomba del pozo, comunicándole que había expirado la garantía. Si quería renovarla, serían seis libras al mes. Poe no quería renovarla.

El último sobre era marrón y liso. Su nombre estaba escrito a máquina en la parte delantera y el sello postal era local. Pasó un cuchillo por debajo de la solapa y lo abrió. Agitó el sobre para hacer caer el contenido.

Era una postal. Una fotografía de una taza de café. El dibujo sobre la espuma hacía pensar que lo había hecho alguien con demasiado tiempo libre. «Arte Latte», así creía que lo llamaban. Cosas que se hacían en Londres, no en Cumbria.

Le dio la vuelta. Debió de soltar un grito ahogado, porque Flynn, Reid y Bradshaw se volvieron a mirarle.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Flynn.

Giró la postal para que viesen lo que ponía en el dorso.

Un símbolo, dos palabras.



Washington Poe

14

—¿Qué demonios? —murmuró Flynn. Miró a Poe—. ¿Qué es eso?

Poe no apartaba los ojos de la postal.

—No tengo ni idea —contestó a duras penas.

Era evidente que ninguno lo sabía. Lo único que se oía era a Edgar royendo el hueso que había encontrado. Nadie quería saber de dónde lo había sacado.

—¿Y qué demonios es ese signo de interrogación del revés? —añadió Flynn.

Metió la postal y el sobre en una bolsa de pruebas transparente mientras Reid llamaba a Gamble para informarle. El comisario dijo que enviaría a alguien a recogerlo, para analizarlo, aunque ninguno de ellos albergaba demasiadas esperanzas. Si el Hombre Inmolación no cometía errores en las caóticas escenas del crimen era poco probable que lo cometiera cuando no tenía prisa.

Bradshaw escaneó ambas caras de la postal a través del plástico de la bolsa para quedarse con una copia electrónica. Se quedó observando la tablet durante casi diez minutos, tocando de vez en cuando la pantalla y separando los dedos para agrandar distintos puntos. De repente, frunció el ceño y empezó a murmurar para sí.

—¿Qué pasa, Tilly? —preguntó Flynn.

—Tengo que entrar —contestó.

Se levantó sin decir más. Para cuando se unieron a ella dentro de la casa, ya había abierto su portátil. Estaba buscando algo. Se volvió a Poe y dijo:

—Poe, ¿tiene alguna sábana blanca que pueda colgar en la pared?

Tenía una, y por suerte estaba limpia. Reid le ayudó a colgarla mientras Bradshaw montaba el proyector que había traído consigo.

Cuando terminaron, Bradshaw ya estaba preparada. Apuntó la luz sobre la sábana. Se metió en la página de inicio de Google y escribió «Punto *percontation*». Al ver que no ocurría nada, se disculpó por la mala conexión de Internet.

De pronto, apareció una imagen. Era el mismo símbolo; la interrogación del revés:



Debajo estaba su definición:

El punto *percontation*, también conocido como *punctus percontativus* o *ironicon*, es un símbolo poco conocido y utilizado para indicar que la frase debe interpretarse de forma retórica, irónica o sarcástica. También puede indicar que la frase tiene otro significado.

—Tilly —dijo Flynn—, ¿adónde quieres...?

—Déjala hablar, jefa —dijo Poe—. Creo que lo sé.

Bradshaw le miró agradecida.

—Gracias, Poe. Lo que quiero decir, inspectora Stephanie Flynn, es que, si hago esto —jugó con el proyector para desenfocarlo—, ¿qué parece el punto *percontation*?

Poe entornó los ojos. Sí, creía que lo tenía. Miró a Flynn para ver si ella también lo había visto.

—Parece un número cinco —dijo ella.

Bradshaw asintió emocionada.

—Habíamos asumido que el asesino había grabado el número cinco en el pecho de Michael Williams. Pero ¿y si era simple apofenia? Es decir...

—Sabemos lo que significa apofenia, Tilly —dijo Flynn.

—... ver patrones donde no los hay. —Bradshaw terminó de todos modos—. ¿Y si vimos el número cinco porque estamos condicionados para buscar números? Y mi programa trabaja sobre probabilidad, así que no reconocería un punto *percontation*, simplemente insertaría lo más parecido.

—El número cinco —dijo Poe.

—Sí, Poe —contestó—. El número cinco sería lo más parecido a los puntos de referencia del programa. Lo siguiente habría sido la letra S.

—¿Hay algún modo de comprobar las lesiones originales? —preguntó Poe.

—Sí, Poe. Todavía tengo la información en mi portátil.

Apretó varias teclas del ordenador y una imagen tridimensional de su nombre apareció sobre la pared. Era la más clara que tenían; cada letra estaba tomada de un corte distinto para que todas se vieran lo mejor posible.

—¿Puedes aislar el símbolo? —preguntó Poe. En su cabeza, ya había desechado el número cinco.

Bradshaw siguió buscando. Había cincuenta imágenes del símbolo, cada una tomada desde una profundidad ligeramente distinta. Las puso en una presentación, empezando por la menos profunda. Debido al daño provocado por la carne quemada, las primeras sí parecían un cinco. A medida que profundizaba, los cortes se hacían más claros. En las últimas ya no se veía nada claro, solo unos cortes en el esternón. Retrocedió un par de imágenes.

—Esa —dijo Reid—. Esa es.

Bradshaw paró la presentación.

Se quedaron mirando la pantalla. Lo que habían interpretado como la parte inferior del número cinco, en realidad era una herida distinta y más pequeña. El Hombre Inmolación había dado otra puñalada más, debajo de la parte curva del *percontation*, para representar el punto. Probablemente clavara el arma y luego la girara para darle más profundidad y definición. Cuando el fuego hizo que la carne se rasgara, la herida inferior había seguido el camino de la menor

resistencia y se había unido a la parte de abajo del punto *percontation*. Mientras que en las imágenes superiores de la tomografía parecía un número cinco, en las inferiores no. No era una explicación perfecta, pero Poe sospechaba que el Hombre Inmolación había intentado grabar un símbolo elegante y misterioso en el pecho de una víctima que no paraba de gritar y retorcerse, y lo hizo lo mejor que pudo.

Y como nadie le vio hacerlo, había enviado una postal para cerciorarse.

Si estaban en lo cierto, y Poe creía que sí, entonces él no era la quinta víctima planeada. Era una buena noticia. La mala era que el Hombre Inmolación sabía dónde vivía.

—Bueno, jefa —dijo—, no sé tú, pero si tuviera que apostar, diría que eso no era un número cinco, después de todo. Era un punto perforación.

—Punto *percontation* —le corrigió Bradshaw.

—Estoy de acuerdo —dijo Flynn—. Es demasiada coincidencia como para que no lo sea.

Poe sintió un cosquilleo de emoción. Bradshaw había dicho que uno de los usos del punto *percontation* era señalar que una frase o párrafo tenía otro significado o connotación irónica. Cogió la bolsa de pruebas.

—¿Creemos todos que me han enviado esto porque no entendimos el primer mensaje?

Flynn hizo una pausa.

—No podemos pensar otra cosa.

—¿Y seguro que no dejó nada sobre las primeras dos víctimas? —preguntó.

—No —contestó Reid—. Han sido comprobadas *a posteriori*.

—Y la SCAS entró en la investigación tras la segunda víctima, pero después de la autopsia, ¿no?

Flynn asintió.

—Entonces, sería justo decir que, si tuvieras un mensaje para la SCAS, usarías el cadáver de la tercera víctima, no el de la primera.

—Desde un punto de vista lógico, no puedo discutirte —dijo Flynn—. ¿Qué hacemos ahora?

—Creo que deberíamos echar otro vistazo al pecho de Michael James —contestó Poe—. En todas las imágenes, no solo las que fueron destacadas. Y esta vez nos ponemos el mono de pensamiento lateral.

Bradshaw levantó rápidamente la mano.

—Lo decía en sentido figurado —dijo Poe sin perder comba.

Bajó la mano inmediatamente.

Bradshaw abrió la imagen en 3D del nombre de Poe y todos se quedaron mirándola.

—¿Es la única que tenemos, Tilly? —dijo Reid. Al igual que antes, les mostró una serie. La última era la más profunda y mostraba fragmentos de las heridas que había utilizado para construir las letras de Washington Poe. Eran las lesiones que habían llegado hasta las costillas. Gran parte de las demás no llegaron tan hondo. Ninguna de las demás imágenes parecía ofrecer nada nuevo, y volvió a la primera.

Nadie habló durante cinco minutos, mientras absorbían la proyección sobre la pared de Poe. Tilly abrió todas las pantallas que pudo cuadrar en la sábana y las llenó de imágenes distintas.

—¿Alguien? —preguntó Flynn.

Poe estaba mirando tan fijamente que empezaba a ver borroso. Al igual que ocurría con el

punto *percontation*, las imágenes superiores eran las más deformadas por el fuego. Los bordes de las heridas no eran tan nítidos como las imágenes tomadas de partes más profundas del cuerpo.

Bradshaw abrió otras imágenes. Eran diferentes a las que habían estado mirando. El fuego no había llegado tan adentro y las lesiones proyectadas sobre la sábana eran más nítidas. Finas y precisas.

Poe se acercó, miró una de ellas entornando los ojos y dijo:

—¿Soy yo o estas letras parecen distintas?

Bradshaw fue la primera en contestar.

—¡Es verdad, Poe! La inclinación de las letras no es consistente. Ni tampoco el espaciado. — Sacó un puntero láser de la nada y lo apuntó sobre la sábana—. He estudiado caligrafía forense, y creo que la segunda, la tercera y la cuarta letra de Washington, y la primera de Poe, se hicieron con la mano izquierda. La diferencia en el espaciado también sugiere que fueron escritas antes de trazar las letras con la mano derecha.

—¿Steph? Es tu investigación. ¿Qué opinas? —preguntó Poe.

Flynn se levantó y fue hacia la pantalla improvisada. Pasó la mano por encima de las cuatro letras, se volvió y dijo:

—Creo que tenéis razón. Esas cuatro letras son distintas, y creo que significan algo. Por desgracia, no son de ninguna ayuda.

15

Poe se sintió desanimado. Esperó a la explicación de Flynn.

—Es un anagrama —dijo ella.

A Poe nunca se le habían dado demasiado bien los juegos de letras; él era de pensamiento lateral más que analítico. A Reid se le daban aún peor que a él, lo cual era sorprendente, para alguien con su vocabulario. Bradshaw podría resolver probablemente anagramas al tiempo que despejaba ecuaciones avanzadas.

Pero incluso él podía intentar encontrar la solución a un problema de cuatro letras.

Flynn ni siquiera le dio tiempo para pensar.

—Es Shap —dijo—. Por eso eran distintas las letras. Era para asegurarse de que vendríamos a por este Washington Poe.

Poe volvió a hincharse inmediatamente: sabía algo que Flynn ignoraba. Reid y él se miraron.

—¿Alguna vez te has buscado en Google, Steph?

Se sonrojó un poco y dijo que no.

«Sí que lo has hecho», pensó él. Todo el mundo lo hace.

Poe era de esos a los que le importa un bledo lo que piensan los demás, y se había buscado en Google. Cuando Peyton Williams murió y alguien filtró su nombre a los medios (casi con toda seguridad fue el subdirector Hanson), se mantuvo alejado de Internet mientras la prensa le tachaba de justiciero. En realidad, fue fácil; para entonces ya le habían suspendido y vivía en Herdwick Croft, donde navegar por la Red como pasatiempo ya no era posible. Pero la curiosidad es algo extraño. Una noche, estaba en el bar de Shap Wells y, aprovechando el wifi gratuito, buscó su nombre en Google. Era la primera vez que lo hacía.

Los resultados fueron asombrosos. La cantidad de veneno que le habían dispensado era increíble. Peyton Williams secuestró y asesinó a dos mujeres, casi acaba con la vida de una tercera, y, sin embargo, para algunos, el malo era él. Le hizo pensar en los buenos tiempos, cuando opinar con rotundidad sobre temas de los que no sabías nada se veía como algo negativo. Los hechos ya no importaban. Aparentemente, el populismo y las noticias falsas habían convertido a la mitad de la población en gnomos estúpidos.

Ahora bien, lo que también descubrió en Google era que había otra persona con su mismo nombre: un político estadounidense de Georgia que murió en 1876.

Estaba seguro de que habría más Washington Poe ahí fuera, pero dudaba que Gamble necesitara su nombre y ubicación para deducir a cuál de ellos se refería el Hombre Inmolación. Podía imaginarse a los inspectores de Cumbria, algunos compañeros suyos durante años,

diciendo: «Ah, ese Washington Poe. Ahora que ha mencionado Shap, sé perfectamente a quién se refiere».

Les explicó que no había otros Washington Poe, pero Flynn no parecía convencida.

—Es demasiada coincidencia —dijo—. Y el Hombre Inmolación no tiene por qué saber necesariamente que solo hay uno en Internet.

Poe se encogió de hombros.

—Creo que merece le pena investigarlo. Si introdujo Shap en el mensaje para asegurarse de que vinierais hasta mí, de acuerdo, no nos cuesta nada comprobarlo.

Esperó a que Flynn tomara la decisión correcta. Y no falló.

Asintió y, volviéndose a Reid, dijo:

—Creo que puede ser una tarea para nuestro agente de enlace. ¿Puede acceder a los sistemas de inteligencia de Cumbria y ver si ha pasado algo extraño recientemente?

—¿Como qué?

—SNC —interrumpió Poe—. Lo sabrás cuando lo veas.

—«Simplemente No Cuadra» —dijo Reid—. Vale, me meteré en Kendal y comprobaré el SLEUTH.

SLEUTH era el nombre del sistema de inteligencia de la policía de Cumbria (y, en inglés, significaba «detective» o «sabueso»). Cualquier información, ya fuera de comportamiento criminal o no, estaría documentada en él. Reid dijo que también llamaría a Gamble para comunicarle en qué punto se encontraban.

Después de marcharse, Poe le dijo a Bradshaw.

—Tilly, mientras está fuera, ¿podrías mirar a ver qué encuentras?

—¿Puedo volver al hotel, Poe? El wifi va mejor allí.

—Si quieres, te llevo..., a no ser que prefieras que te enseñe a conducir el *quad*.

Bradshaw miró entusiasmada a Flynn.

—¿Puedo, inspectora Stephanie Flynn? Por favor. Por favor...

—¿Puede? —le preguntó Flynn a Poe.

—Tiene sentido —contestó él—. No sabemos cuánto tiempo vamos a estar aquí y todos necesitamos tener movilidad.

—Adelante —dijo Flynn. Entonces miró a Poe y añadió—: Pero no se lo cuentes a su madre.

Poe estuvo veinte minutos enseñándole a llevar el *quad*. Más allá de los juegos de ordenador, Bradshaw no tenía ninguna experiencia conduciendo, pero era fácil y aprendió rápidamente. Le enseñó a arrancarlo y a apagarlo, a quitar el freno y a meter la marcha. Que el acelerador estaba en la empuñadura de la derecha y, aparte de eso, que el secreto estaba en no quedarse atascado. Bradshaw no paraba de sonreír y reírse.

Después de cinco minutos conduciendo bajo su vigilancia, Tilly mostraba suficiente destreza como para marcharse sola.

La vieron alejarse como si fuera su hija partiendo a la universidad.

—¡Y cuidado con la carretera! —exclamó Poe.

El único momento en que estaría en la carretera sería para cruzar la A6, y, técnicamente, necesitaba carné para atravesarla. Miró a Flynn con la esperanza de que no se hubiera dado cuenta.

Bradshaw los saludó con el brazo sin volverse a mirar.

Con la mitad del equipo fuera realizando tareas, y sin nada que hacer hasta que los informaran, Flynn y Poe fueron a pasear a Edgar. Era media tarde y tenían la sensación de haber avanzado un poco. El tiempo era igual que el día anterior, pero, de algún modo, parecía más luminoso. Era curioso cómo el estado de ánimo afectaba a los sentidos.

Flynn le preguntó por Herdwick Croft y por cómo había acabado viviendo allí.

—La verdad, tuve un poco de suerte —contestó—. Quería comprar inmediatamente después de vender mi piso, pero necesitaba algo barato porque daba por hecho que me expulsarían del cuerpo. Un día, estaba en la cola de la oficina municipal de Kendal, viendo si tenía derecho a ayudas para la vivienda, y dio la casualidad de que tenía un granjero justo delante. Se puso hecho una fiera con la pobre mujer del mostrador de recepción. Intenté tranquilizarle y me lo llevé a tomar una pinta de cerveza. Me contó que tenía varias parcelas grandes en Shap Fell, esta montaña donde estamos ahora, y que un contabilucho del Departamento de Hacienda Municipal había decidido que, como Herdwick Croft fue la vivienda de un pastor, aunque fuera hace doscientos años, estaba sujeta a impuestos municipales. Y sin más discusión le habían mandado la factura por correo.

Flynn se volvió a mirar la casa desde lejos.

—Pero es un edificio bastante pequeño. ¿Por qué no la pagó y ya?

—Puede que sea pequeño, pero, al estar cerca de Kendal, significa que se encuentra en una franja fiscal alta. Y tampoco podía derruirla porque es un edificio protegido.

—O sea, ¿que te ofreciste a comprársela?

—Cerramos el trato esa misma tarde. Le pagué la casa y las tierras en efectivo. Ocho hectáreas de páramo desolado. Me gasté varios miles de libras en un generador de confianza, contraté a una compañía para abrir un pozo y puse una bomba. Y otros me enterraron la fosa séptica; aparentemente, se vacía cada dos años. Mis únicos gastos son el combustible para el generador, el gas y mi coche. No llega a doscientas libras al mes.

—Y ahora estás de vuelta en el mundo real.

—Y ahora estoy de vuelta en el mundo real. La investigación de la Comisión Independiente sigue en marcha, así que puede que no sea por mucho tiempo.

Flynn no dijo nada. Tampoco podía darle ninguna garantía, y Poe agradecía que no tratase de suavizarlo.

Una semana antes, habría preferido el despido. Hubiera sido un punto final a ese capítulo de su vida, pero ahora, con la placa otra vez en el bolsillo, ya no estaba seguro de estar preparado para dejar de ser policía. Volver al «modo poli» le había resultado deprimentemente fácil. Aunque de una cosa estaba seguro: Herdwick Croft era su hogar. Ya no se iría nunca: le gustaban demasiado la tierra y la soledad. Independientemente de lo que le deparara el futuro, la vivienda aislada de pastor seguiría formando parte de su vida.

De repente, sonó el teléfono de Flynn. Contestó, y luego dijo:

—Era Tilly. No ha encontrado nada.

«Maldita sea.»

Si Bradshaw no había encontrado nada era poco probable que Reid lo hiciera.

Emprendieron el regreso a Herdwick Croft. Llegaron al mismo tiempo que Bradshaw. La

chica paró el *quad* derrapando y se bajó de un salto con una enorme sonrisa en los labios. Tenía la respiración entrecortada de la emoción y, aunque en un principio Poe pensó que al final había encontrado algo, no tardó en comprender que era meramente la euforia de conducir. Fue dando saltitos hacia Edgar y, con la astucia de una niña de cinco años, le dio medio a escondidas un trozo de carne que debía de haber pedido en la cocina del hotel. Luego miró a Poe con gesto inocente.

Una hora más tarde, apareció Reid. «Voy a tener que conseguir otro *quad*», pensó Poe. Reid había recorrido varios kilómetros a pie en un solo día.

—¿Algo? —preguntó Flynn.

—Nada que llame la atención. No ha habido muertes sospechosas desde hace años, y tampoco he visto nada en el sistema que parezca lo bastante extraño como para conectarlo con el Hombre Inmolación.

Poe presentía un «pero» inminente.

—Pero —dijo Reid—, y detesto tener que mencionarlo siquiera, cuando salía de la oficina, lo comenté entre los compañeros, por si alguien sabía algo.

—¿Y?

—Y un tipo que vive en Shap me recordó que allí fue donde encontraron al Hombre de Tollund.

Poe quedó desconcertado. No recordaba bien la historia, pero hasta él sabía que la momia del Hombre de Tollund, de dos mil quinientos años de antigüedad, se había descubierto en Dinamarca, no en Cumbria. Era uno de esos hechos extraños que te devolvían a la época del colegio. Eso... y que la Spinning Jenny tuvo algo que ver con la Revolución Industrial.

—Evidentemente, no el auténtico Hombre de Tollund —aclaró Reid—. Pero, hace doce meses, encontraron un cadáver sin identificar en un almacén de sal en Shap. Aunque la sal había secado el cuerpo reduciéndolo al cascarón, estaba perfectamente conservado. Los policías que trabajaron en el caso le pusieron ese apodo, y con él se ha quedado. Una cagada de principio a fin. El tipo de la excavadora lo sacó con la cuchara, le entró el pánico cuando su compañero vio una mano colgando y soltó toda la carga sobre su colega, que murió de un ataque al corazón.

Poe no se había enterado, pero ¿por qué iba a hacerlo? Había pasado el último año y medio viviendo prácticamente como un ermitaño.

—¿Quién era?

—Nunca llegaron a identificarle. No tenía lesiones evidentes, y el patólogo pensó que probablemente muriese de causas naturales. La teoría principal es que se desplomó mientras intentaba robar sal para el camino de entrada a su casa, algo bastante habitual cuando la ciudad almacenaba sal y gravilla al aire libre. O bien murió de inmediato, o se heló de frío. La nieve cubriría el cuerpo y el excavador no lo vería mientras cargaba la grúa.

—Pero habría atascado el quitanieves, ¿no?

—No necesariamente. Lo encontraron en el almacén de sal de Hardendale, ese edificio absurdo de la salida treinta y nueve de la M6.

Poe lo conocía bien, estaba a pocos kilómetros de Herdwick Croft. Tenía forma de cúpula y siempre había creído que cuando la construyeron era una especie de instalación de defensa aérea. Aún recordaba la decepción cuando se enteró de su prosaica función.

Reid continuó:

—En fin, Highways England tiene un contrato con el Ayuntamiento para mantenerlo lleno. Cuando el Ayuntamiento cerró algunos de sus depósitos más pequeños, trasladaron la mayoría de la sal a Hardendale. Es probable que el Hombre de Tollund muriese mientras robaba sal de uno de los depósitos pequeños al aire libre, y su cuerpo fuera transportado a Hardendale en un camión del Ayuntamiento. De no haber sido por el invierno brutal que acabamos de pasar, no habrían sacado suficiente sal como para encontrarle.

—¿Y seguro que fue por causas naturales? —preguntó Flynn.

—Eso es lo que dijo el patólogo.

—¿Y el hombre que murió mientras excavaban?

—Al parecer, era un riesgo cardíaco andante. El capullo que llevaba la excavadora dimitió antes de que le despidieran, pero no hubo ninguna sospecha de algo sucio.

—¿Nunca se llegó a identificar al cadáver? Alguien tuvo que echarle de menos.

—No llevaba nada encima, y la sal hizo que el patólogo no pudiera determinar cuánto tiempo llevaba muerto —contestó Reid. Sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta—. El informe oficial dice que probablemente tenía cuarenta y pocos años cuando murió, pero pudo ser hace mucho.

—Y la unidad de desaparecidos no era tan sofisticada en aquella época —dijo Poe.

—Exacto.

Para variar, Bradshaw se había puesto de nuevo con su ordenador. A pesar de que el Hombre de Tollund parecía irrelevante, se había tomado a pecho que su adorada Internet la dejase en la estacada.

Poe oyó que la impresora se ponía en marcha. Bradshaw recogió las hojas de información y entregó una a cada uno. Era un artículo publicado en la *Westmorland Gazette*, titulado: «Hombre muere tras descubrirse un cadáver sin identificar en el almacén de sal de Hardendale». Era un resumen de lo que sabía la prensa. Menos de lo que les había contado Reid, y casi todo conjeturas.

Lo leyeron en silencio.

Poe llegó al informe del patólogo. Decía que, para que el hombre sin identificar alcanzase tal estado de desecación, habría tenido que pasar al menos tres años enterrado en sal, y la ropa que llevaba hacía pensar que podían ser más de treinta. Su chaqueta empezó a venderse a mediados de los años ochenta.

Sin embargo, Poe no se creía que la fecha de la muerte fuese tan poco precisa. No en el contexto donde se encontraban y con lo que estaba pasando. Y tampoco al tener en cuenta otro factor.

—Es él —dijo—. El Hombre Inmolación nos está dirigiendo a él.

Silencio.

—Sigue —dijo Flynn.

—La chaqueta que llevaba puesta —explicó Poe—. No era cara. Desde luego, no es una chaqueta de esas que uno tendría muchos años.

Flynn asintió.

—Eso indica que llevará muerto más tirando a treinta que a tres años. ¿Estamos de acuerdo?

De nuevo, Flynn asintió.

—Puede. Pero ¿y qué?

—Sí, Poe, comparte lo que tienes con el resto de la clase —dijo Reid.

—Te diré por qué es importante, jefa —contestó Poe—. Si este Hombre de Tollund siguiera vivo, estaría en la misma franja de edad que el resto de las víctimas del Hombre Inmolación...

16

—«¡No! No me lo trago —dijo Reid—. Es una coincidencia. —Miró alrededor en busca de apoyos—. ¿Cómo no va a serlo?

—Estoy de acuerdo con el sargento Reid —dijo Flynn—. No veo que sea relevante, Poe. Aunque tengas razón en lo de la fecha, y eso es mucho suponer, recuerda que murió por causas naturales.

Poe aceptaba las coincidencias de mala gana, en el mejor de los casos, y no estaba dispuesto a descartar la posibilidad tan fácilmente. Aquello era Shap: una localidad de mil doscientos habitantes donde nunca ocurría nada. El punto *percontation* tenía que ser una alusión al Hombre de Tollund. Al menos, merecía indagarse más. Los cabos sueltos y los detalles sin explicación le fastidiaban más de lo que debían.

—Buen punto —reconoció—. Sin embargo, dado que no tenemos nada más, podemos seguir tirando un poco de este hilo y ver adónde nos lleva. ¿No os parece?

Flynn asintió, aunque era evidente que no estaba convencida.

—Vamos a investigarlo, pero tampoco quiero que ignoremos todo lo demás.

—¿Qué hace falta que haga? —dijo Reid, poniéndose en pie y estirándose—. Puedo husmear el expediente, estará en alguna parte en el sistema.

—Coge el *quad* hasta tu coche, Kylian —dijo Poe.

Una vez que se hubo marchado, Bradshaw abrió su portátil, pero no empezó a escribir.

—Poe, ¿puedo comprobar la base de datos de la Oficina de Personas Desaparecidas, por favor?

—¡Mierda, me había olvidado de eso! —contestó—. Ponte con ello, Tilly.

Cuando se creó la Agencia Nacional del Crimen en 2013, uno de los organismos que subsumió fue la Oficina de Personas Desaparecidas del Reino Unido, el punto de contacto para cualquier investigación sobre desaparecidos y cadáveres sin identificar. El Hombre de Tollund estaría en sus registros.

—¿Cuánto tardarás, Tilly?

Teniendo en cuenta que cada mes se registraban quince cadáveres sin identificar y en cualquier momento había más de mil en su base de datos, encontrarle podía llevar tiempo. A cada cuerpo se le asignaba un número, y había información básica accesible al público para ayudar a su identificación.

—Ya lo tengo, Poe —contestó—. Caso número 16-004528. Voy a imprimir una copia.

La impresora escupió un documento de dos páginas. Bradshaw se lo entregó a Poe.

No había foto; muchos de los casos que aparecían en el registro no incluían imágenes. Un porcentaje importante de suicidios en vías ferroviarias nunca serían identificados, ya que el cuerpo quedaba irreconocible, y muchos más aparecían en playas, traídos por la marea tras pasar demasiado tiempo expuestos a los elementos. A veces, encargaban a un artista hacer un esbozo de cómo podía haber sido el cadáver en vida, pero, teniendo en cuenta que el Hombre de Tollund había sido disecado, momificado, petrificado o fuera cual fuera la palabra correcta para alguien que hubiera estado guardado en sal durante años, Poe dudaba que tuviese ningún valor incluir su foto en la página web o tratar de adivinar qué aspecto tenía antes de perder hasta la última gota de agua de su cuerpo.

Poe ya sabía gran parte de lo que decía el documento por el artículo de periódico. Normalmente, la página web mencionaba características como edad, altura y constitución aproximadas, y fecha estimada de la muerte. Sin embargo, en aquel documento concreto, ponía «se desconoce» en todas ellas. En el color de pelo, decía marrón. Sí figuraba la ropa que llevaba puesta, pero era irrelevante. Desde luego no era nada que pudiera hacer que alguien dijera: «¡Ese es el viejo Jim! ¡Siempre llevaba un sombrero de copa y capa verde!».

Tampoco aparecían objetos personales.

Bradshaw logró meterse en la base de datos y encontró información que no estaba a disposición del público, pero tampoco añadió nada valioso. En la sección de la página restringida para la Agencia Nacional del Crimen sí había una foto, pero parecía más atrezo de una película de terror que un ser humano. Poe no albergaba esperanzas de reconocerle.

—En algún momento, vamos a tener que ver el cuerpo —dijo.

Flynn le miró.

Se encogió de hombros.

—Puede que no nos quede elección. Si esto guarda relación, probablemente no fuese un accidente. Tendremos que someterlo a una de esas máquinas vuestras. Averiguar qué pasó en realidad.

—¿Una tomografía multicorte?

—Eso.

—¿Tienes idea de cuánto cuesta una de esas pruebas? —preguntó Flynn.

Poe sabía que debería. Tampoco hacía tanto tiempo desde que estaba al mando de la unidad que las encargaba. Negó con la cabeza.

—Tenemos que pedir cita en el hospital. Y por ley no pueden quitar a un paciente vivo de la lista de espera para meter a un muerto. Se pagan horas extra al especialista, al radiólogo y a cualquier personal médico necesario. De noche.

A Poe no le preocupaba el precio. Si era necesario, lo pagaría él.

—Cuesta unas veinte mil libras... —dijo Flynn.

«O quizá no...»

—Y no voy a gastar todo nuestro presupuesto en un capricho.

—No es un capricho —murmuró Poe—. ¡Tiene que estar relacionado con esto!

Para ser justos con Flynn, hasta Poe notaba lo desesperado que sonaba.

—¿No eras tú el que solía dar la chapa con lo de que hay que saber la diferencia entre hechos, opiniones y suposiciones? —saltó ella—. Esto es una suposición, Poe, nada más. Y no puedo perder dinero en suposiciones.

Poe quería decir: «Nunca me cites mis propias palabras», pero se mordió la lengua. Sabía que parte del trabajo de inspector consistía en frenar el entusiasmo de algunos empleados, pero la edad que tendría el Hombre de Tollund en ese momento era demasiado relevante como para no tenerla en cuenta.

—Se supone que debemos hacer lo correcto, no lo fácil —dijo.

—¿Cómo? —gruñó ella.

Poe sabía que había momentos en los que lo mejor era dar un paso atrás. También sabía que a veces era incluso mejor callarse.

Seguían echando chispas por los ojos cuando Reid volvió. Percibió la tensión enseguida.

—¿Qué pasa?

—¡Nada! —ladró Flynn.

—Un pequeño desacuerdo —añadió Poe.

Reid era tan descarado que era casi imposible avergonzarle. Sacó la carpeta de su mochila y la puso sobre la mesa.

—No he tenido tiempo de leerla.

Flynn no hizo ademán de cogerla.

Poe la abrió y leyó el resumen. Había fotos del cadáver *in situ*: ya las miraría después. Las últimas páginas eran datos cronológicos de las medidas que se habían tomado. El comisario de Kendal había archivado el caso. La última entrada databa de menos de un mes.

—Chorradas...

Flynn preguntó a pesar de sí misma:

—¿Qué?

Poe la ignoró y dirigió la pregunta a Reid:

—¿El protocolo de Cumbria no era guardar los cuerpos sin identificar durante un año antes de deshacerse de ellos?

—Lo era. Pero se acaba de cambiar. Los guardan dieciocho meses si se van a incinerar; nueve si se van a enterrar.

Poe miró a Flynn.

—¡Ni de coña! —estalló ella.

—Es la única manera de estar seguros —contraatacó Poe.

—¿Seguros de qué, idiota? ¡Aunque me apeteciera tirar mi carrera a la basura, el forense dijo que había muerto por causas naturales, y es su departamento el que autoriza las exhumaciones! ¿Qué? ¿Crees que podemos entrar ahí, sin más, y decirles que se equivocan porque el Hombre de Tollund hoy sería un viejo? Ellos trabajan con hechos, Poe, no con teorías de conspiración desquiciadas.

—La necesitamos —insistió él.

—¡No la necesitamos, joder! —respondió Flynn—. Y no vamos a pedirla, así que quítatelo de la cabeza ya. No voy a avergonzar a la agencia solicitando una orden de exhumación que casi con toda seguridad nos van a negar y que no necesitamos. Fin del asunto.

Poe mostró su frustración con silencio. Flynn tenía razón: nunca les darían la autorización, a no ser que la solicitara personalmente el comisario jefe Gamble al ver relación entre ambos casos; y, viendo cómo llevaba las investigaciones, parecía imposible que se lo plantease siquiera. Raramente se solicitaba una orden de exhumación forense: se daba por hecho que la policía y el

patólogo habrían hecho su trabajo bien la primera vez.

Sin embargo, Poe sabía que tenía que haber alguna relación. Su nombre no había aparecido en el pecho de Michael James por accidente. Alguien le estaba dando información con cuentagotas y no estaba dispuesto a darse por vencido con esta última perla. No todavía. Lo dejaría pasar por el momento, pero, cuando se vieran en un callejón sin salida, volvería a intentarlo. Y Flynn acabaría entrando en razón.

Volvió con el expediente y relejó el resumen. Un chico que había conseguido un trabajo en el Ayuntamiento gracias al enchufe de su padre encontró el cadáver en la cuchara de la excavadora, le entró el pánico y, en vez de dejarlo en el suelo, lo tiró sobre su compañero, un tal Derek Bailiff. Bailiff sufrió un paro cardíaco inducido por el estrés y murió allí mismo.

—Entonces, quiero autorización para hablar con el testigo —le dijo a Flynn.

—¿Qué testigo? —preguntó.

—Francis Sharples. El que mató accidentalmente a su compañero cuando encontraron el cuerpo. Si no puedo examinar el cadáver, al menos déjame hablar con alguien que lo vio. Puede que haya algo que pareciera irrelevante entonces, pero no ahora. —Poe insistió—: Venga, Steph, parte del trabajo de ser jefa es saber cuándo ceder.

—De acuerdo —dijo ella finalmente—. Pero voy contigo.

17

A Bradshaw no le importaba seguir trabajando en Herdwick Croft, así que Poe no tuvo que llevar a Edgar a casa de su vecino. Prometió que no le daría demasiados premios. Poe dejó unos cuantos fuera y escondió el resto: Edgar era todo un artista mendigando y Bradshaw ya había demostrado su pusilanimidad.

Reid envió un mensaje a Poe con la dirección de Sharples. Tras el incidente en el almacén de sal de Hardendale, había dejado la casa de sus padres para instalarse en un piso en Carlisle. Nadie sabía cómo se ganaba la vida.

Como Poe sabía adónde iba y Flynn no, cogieron el coche del primero. Al cabo de unos minutos, estaban en la A6; pocos kilómetros después, llegaron a la salida hacia la M6, pero, en lugar de incorporarse en dirección norte, Poe pasó por encima del puente de la autopista y se detuvo ante una valla de hierro forjado. Apagó el motor.

—Ese es el almacén de sal de Hardendale —dijo—. Allí encontraron al llamado Hombre de Tollund.

Se bajaron del coche y fueron hacia el almacén. Estaba a un paso de la autopista. Desde el exterior, el edificio abovedado parecía un planetario o un auditorio moderno. Decenas de miles de conductores pasaban junto a él a diario, preguntándose qué era. Las puertas metálicas estaban cerradas con llave. Poe dudaba que abrieran mucho durante los meses más calurosos, pero el pequeño desvío había funcionado. El paseo apenas les había llevado diez minutos y, en su opinión, dejaba clara la posible relación entre el cadáver y él.

—Y allí detrás —dijo, señalando por donde habían venido— es donde vivo yo. Son menos de doce kilómetros en línea recta.

Flynn no lo veía así.

—Eso no significa nada, Poe. Tal y como dijo el sargento Reid, es casi seguro que el hombre no muriera en este almacén.

Poe no dijo nada.

Cuarenta minutos más tarde, Poe detuvo el coche delante del piso de Francis Sharples. Se encontraba en un palacete reformado en Stanwix, un barrio rico, lleno de tiendas *delicatessen* y *pubs* sin portero.

—Al norte del río —dijo Poe—. Muy pijo.

—¿Lo es? —preguntó Flynn.

—Para Carlisle, sí. La ciudad no es tan rica como los pueblos y aldeas del Valle de Eden o

del Parque Nacional, pero la mayoría de las zonas no están mal.

Flynn se tapó el sol de los ojos y echó el cuello hacia atrás para mirar la casa.

—¿Cómo crees que se gana la vida Sharples?

—A saber... Es licenciado en filosofía: supongo que estará en el paro.

Flynn sonrió y apretó el botón del telefonillo donde ponía «Sharples» con letra impresa. Poe notó que había añadido «Lic. Fil.» a boli.

Una voz metálica respondió:

—¿Sí?

Se miraron. Flynn dejó los ojos en blanco.

Se acercó al telefonillo y con voz clara dijo:

—Agencia Nacional del Crimen, señor Sharples. Nos gustaría hablar con usted.

Hubo una pausa considerable. Siempre la había después de presentarse. Tal vez no tuviesen el estatus del FBI, sus homónimos estadounidenses, pero el nombre de la agencia bastaba para asustar a la gente. Por fin, la puerta se abrió.

El piso estaba en el ático. Sharples los estaba esperando junto a la puerta. Era alto y fibroso. No les pidió que enseñaran la placa, pero lo hicieron de todos modos. Sin llegar a mirarlas, dio media vuelta, y le siguieron adentro.

El palacete podía ser de época georgiana, pero su interior era completamente del siglo XXI. El amplio salón tenía suelos de roble pulido y cuadros de arte moderno colgados de las paredes blancas. Un escritorio grande con un portátil Apple dominaba el lado de la ventana. En una estantería, había una selección de libros para intelectuales. *Guerra y Paz* de Tolstói, *Crimen y Castigo* de Dostoievski, y una edición en inglés antiguo de *Beowulf*: ninguno de los lomos estaba gastado, así que Poe supo instintivamente que solo estaban por aparentar.

Les tendió la mano y dijo:

—Los amigos me llaman Frankie.

Esta vez fue Poe quien dejó los ojos en blanco. Y se aseguró de que Sharples lo viera.

Después de inspeccionar el resto del salón, dijo:

—¿Puedo preguntarle qué estaba haciendo cuando llamamos abajo?

—Estaba trabajando —contestó.

Poe lo dudaba. El portátil estaba en reposo y vio que tenía el reproductor de Blu-ray encendido. Había una carátula de *Transformers* abierta y una taza de café encima de la mesa delante de la enorme televisión. Poe no esperó a que lo invitaran a hacerlo y se sentó en el sillón de cuero marrón claro.

Sharples intentó lanzarle una mirada torva. Era un tipo de aspecto raro. Una barba pública le cubría el mentón y el bigote podía estar hecho de pestañas. Su nuez era tan grande que parecía como si se hubiera tragado un triángulo. Tenía el pelo ralo y recogido en una coleta. Vestía pantalones cortos, una camiseta y sandalias de cuero. Y en el hueso detrás de la oreja se vislumbraba un tatuaje negro.

«¿Cómo es posible que un capullo de primera como este trabajara en algún momento para el Departamento de Carreteras del Ayuntamiento?» Nada de lo que había visto indicaba que aquel tipo pudiera haber tenido un trabajo manual.

Flynn le explicó por qué estaban allí y Sharples se tensó. El recuerdo volvió con fuerza. Cuando Flynn le preguntó si sabía alguna cosa que pudiera ayudarlos, se empezó a tocar la oreja.

Poe se fijó en el gesto. Lo que se tocaba era el tatuaje. Siguió haciéndolo mientras relataba lo ocurrido en el almacén de sal de Hardendale.

Admitió que soltó la carga de la excavadora, en vez de bajar la cuchara. Derek Bailiff era su amigo y mentor. Le destrozó haber causado su muerte. Y no, no recordaba nada útil sobre el cuerpo que no hubiese contado ya a la policía. Tampoco lo vio mucho. Solo una mano asomando al principio; incluso después de soltar la carga sobre Bailiff por accidente, la mayor parte del cadáver seguía enterrado. Cuando se llevaron el cadáver, él ya no estaba allí. Dimitió antes de que le echaran.

Era evidente que había contado la historia muchas veces. No necesitaba detenerse para recordar los detalles. Su discurso sonaba a ensayado, y Poe no podía evitar la sensación de que Sharples ocultaba algo. Solía pasar con los testigos: intentaban dar la mejor imagen de sí mismos, y todavía más un pavo real como Sharples.

Tenía que descentrarle.

—¿De qué es su tatuaje, señor Sharples? —Poe preferiría comer sushi de gasolinera que llamarle Frankie.

Sharples giró la cabeza para que lo vieran. Flynn se inclinó hacia delante.

—Parece un círculo.

—Es un uróboros. Una serpiente que se muerde la cola. Simboliza la naturaleza cíclica de la vida. Significa...

—Sé lo que significa —interrumpió Poe.

—Me lo hice después del accidente. Es un recordatorio personal de la fragilidad de la vida.

—Ojalá pudiera recordar cuál era mi filosofía —murmuró Poe. Tenía que sacarle de la sociedad de admiradores de Francis Sharples, pincharle, hacerle hablar sin pensar—. Recordatorio personal... ¡y un huevo! Lo tiene detrás de la oreja para que la gente le pregunte. Le encanta hablar de lo que pasó. Probablemente sea lo más emocionante que le ha pasado en la vida.

—¡No!

«No le dejes parar; mantenle de puntillas.»

—¿Qué hace, señor Sharples?

—Ya se lo he dicho, estaba trabajando.

—No, ¿a qué se dedica? ¿Cuál es su profesión?

—Soy escritor. Estoy escribiendo un libro sobre cómo la filosofía gana relevancia en un mundo que se encoge cada vez más.

—¿Algo publicado?

—Aún no. Pero he recibido contestaciones muy prometedoras a mis propuestas.

—¿Puedo verlas?

—¿Ver qué?

—Las cartas de los editores y los agentes.

—Es evidente que no conoce la industria editorial, sargento Poe. Hoy en día, se hace todo verbalmente.

—Ya. Menuda gilipollez —contestó Poe. Antes de que Sharples pudiera protestar o que Flynn interviniera, preguntó—: ¿Qué es lo que no nos está contando?

Sharples palideció y buscó a Flynn, que le atravesó con la mirada.

—Na..., na..., nada —tartamudeó.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Unos tres meses —contestó.

—¿Y antes de eso?

—Vivía en casa de mis padres.

—Entonces, ¿qué es lo que no nos está contando? —dijo Poe—. Sabe que lo averiguaremos.

Sharples se irguió en el asiento. Poe sospechaba que había algo de riesgo-beneficio en el asunto, pero sin palo con el que atizarle, ni zanahoria para tentarle, no tenía motivo para decir nada. Aunque el tipo era un gilipollas sobreeducado: media hora más, y se lo sacaría. Por desgracia, Sharples también lo presentía. Se levantó y dijo:

—Siento no haberles sido de ayuda, pero tengo que seguir.

Poe se quedó sentado, pero Flynn le dio las gracias y esperó a su compañero.

—Podría haberle sonsacado —dijo Poe mientras bajaban las escaleras.

—Es posible. Pero no es un sospechoso. El hecho de que los seudointelectuales te pongan nervioso no significa que te estén ocultando algo.

No sabía qué decir. Flynn tenía razón: Sharples le había tocado la fibra.

—Vamos —dijo ella—. Por hoy está bien.

Poe podría haberse ofrecido a llevarla a cenar a un indio en Carlisle, pero lo único que quería era marcharse a casa. Tenía que pensar. Se estaban estancando, y lo sabía. El Hombre Inmolación era demasiado listo y organizado como para que le cogieran ciñéndose rigurosamente al manual de homicidios. Pero el manual de homicidios e investigaciones predecibles era lo único que Gamble y Flynn tenían.

Y Poe tenía que cambiar eso, de algún modo.

18

Cuando Poe llegó a Herdwick Croft, se encontró a Bradshaw inmersa en el ordenador, con Edgar hecho un ovillo a sus pies, roncando como un gordo. No había encontrado nada más sobre el Hombre de Tollund. Sabía que a ella no le importaría nada seguir trabajando, pero insistió en llevarla al hotel. Le hubiera gustado su compañía, pero tenía que pensar.

Cuando volvió a la casa, llamó a Edgar con un silbido y salieron a dar un largo paseo: esa era la mejor manera de despejarse.

Caminó a paso ligero hasta que empezó a sudar, luego ralentizó la marcha hasta alcanzar un ritmo que podría mantener durante horas. Aún le quedaban un par de horas de luz. Encontró una piedra plana en un afloramiento rocoso y se sentó. Sacó un pastel de cerdo del bolsillo y lo partió en dos trozos iguales. Dio un bocado a una mitad, y la otra se la dio a Edgar. Desapareció en menos de un segundo.

Estaba en una zona que conocía bien. La llamaba su zona de pensar. Era parte de una montaña en la que se encontraban dos muros limítrofes. Por la evidente diferencia de estilos, los debían de haber construido dos artífices distintos, aunque ambos eran imponentes y bellos.

Se quedó mirando el muro que tenía delante y dejó que su mente se concentrara en él. Los muros de piedra seca estaban contruidos sin ningún agente aglutinante y eran básicamente rompecabezas tridimensionales a gran escala. Dos muros, con piedras más pequeñas rellenoando el hueco entre ambos. Poe pensó en lo mucho que se parecían a las dos formas de resolver un asesinato complejo.

Una eran Gamble y Flynn, que construían el caso metódicamente, piedra a piedra. De forma minuciosa y reflexiva. Y, por otro lado, había policías como Reid y él. Más intuitivos. Metían piedras en huecos, las giraban una y otra vez hasta que encajaban. Probando con ideas distintas. Y, aunque Poe sabía que su lado del muro se derrumbaría sin el que Flynn y Gamble estaban levantando, también sabía que algunos casos nunca se resolverían sin su lado del muro.

También veía otra semejanza, antes de tener que admitir que estaba llevando la analogía demasiado lejos, y eran las piedras que se ponían atravesadas en ambos muros, trabándolos como una llave. Y lo que Poe estaba buscando era eso: una prueba que conectara ambos lados de la investigación.

Estaba convencido de que el cuerpo del almacén de sal era una de esas piedras. Tendría que encontrar la forma de verlo, o conseguir permiso para presionar a Sharples.

Si no lo conseguía, la pista de Shap sería un callejón sin salida. Se quedaría sin opciones.

A no ser que...

La idea se le había ocurrido mientras volvía de Carlisle con Flynn. Sumido en la niebla roja

de un testigo que miente y una jefa incómoda, le pareció una medida lógica. Sin embargo, con el aire fresco de la tarde, parecía todo lo contrario.

Sabía que algunas personas creían que su fama de seguir las pistas hasta dondequiera que le condujeran provenía de algún sentimiento de superioridad, como si tuviese una vocación y una visión más pura de la verdad, inaccesible a otros policías inferiores. En realidad, era bastante más sencillo: cuando creía que tenía razón, ese elemento autodestructivo de su personalidad se apoderaba de él. A menudo, dejaba que el demonio que llevaba dentro se impusiera al angelito. Y, ahora mismo, su ángel no podía decir ni mu...

Su rostro se endureció como el granito. Si no lo hacía él, ¿quién lo haría? A veces, alguien tenía que dar el paso adelante. Hacer lo desagradable para que otros no tuvieran que hacerlo.

Metió la mano en su bolsillo, comprobó que tenía cobertura y marcó un número de teléfono. Reid contestó al tercer tono.

—Kylian, necesito que me hagas un favor, y no puedes decírselo a nadie.

19

Poe emprendió el regreso a Herdwick Croft. Cogió otro pastel de cerdo, volvió a compartirlo con Edgar y se sentó a esperar. No fue mucho tiempo. A la media hora, Reid le llamó. Tenía lo que Poe necesitaba y le explicó a Reid por qué lo quería. Lo apuntó, le dio las gracias y colgó el teléfono.

Sin apagar la BlackBerry, buscó entre los contactos hasta dar con el número de Van Zyl. Barajó varios escenarios posibles y al final decidió ir con la verdad por delante.

Van Zyl contestó al primer tono. Poe le dijo lo que quería. El director no perdía el tiempo con numeritos de aficionado: era un hombre astuto y seguía siendo un excelente policía. Le hizo varias preguntas perspicaces. Poe contestó con toda la sinceridad que pudo.

Cuando terminó de hablar, Van Zyl se quedó en silencio. Tras unos instantes, dijo:

—¿Está seguro, Poe?

—No, señor.

Van Zyl gruñó.

—Pero ¿está todo lo seguro que se puede estar?

¿Cómo de seguro estaba de ello? ¿Era una suposición documentada o un intento a la desesperada de un hombre sin opciones? Pensó en todo lo que sabía.

—Poe... —insistió Van Zyl con un rugido.

—Señor —contestó finalmente—. Estoy todo lo seguro que se puede estar.

—¿Y no hay otro modo de hacerlo?

—No lo creo, señor.

—De acuerdo —suspiró—. Deme lo que tenga.

—Es un impreso de doce páginas, señor —dijo Poe—. Lo relleno y luego se lo envío por correo electrónico.

—Está en su casa, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Para cuando llegue a ese hotel suyo para usar el wifi, habrá perdido media hora —dijo Van Zyl—. Supongo que querrá que esto se haga lo antes posible...

A pesar de que estaba al teléfono, Poe asintió:

—Sí, señor.

—Entonces, ya lo relleno yo. De todos modos, necesitará mi firma, y si quiere que esto se acelere, me hará falta esa media hora extra para sacar a las personas adecuadas de la cama.

—¿Qué necesita de mí, señor?

—Le sugiero que duerma un poco, Poe. Le llamaré si necesito alguna información más. Si no, le llegará una copia del fax al hotel.

Cuando ya había colgado, Poe cayó en la cuenta de que Van Zyl no había mencionado ni una sola vez a Flynn.

Mejor. Así no había tenido que mentir.

Y aunque sería complicado, si todo iba como esperaba, tal vez lo conseguiría sin que nadie se enterara.

Dos horas después, aún no tenía ninguna noticia. Decidió irse al hotel a esperar. Tenía el estómago hecho un nudo y no se estaba enterando de nada de la novela que estaba leyendo. De dormir, ni hablar.

No creía que el fax llegara tan rápido, pero podía ver si Bradshaw seguía despierta. Si lo estaba, tal vez quisiera buscar algún trapo sucio de Sharples. Aún no había acabado con ese capullo.

Se puso el abrigo y le dijo a Edgar:

—¿Quieres ir a ver a Tilly?

La cola del spaniel empezó a menearse. Al parecer, sí quería.

Poe le dijo a la recepcionista que estaba esperando un fax. Luego le pidió que llamara a la habitación de la señorita Bradshaw. No contestaba. Miró el reloj de la oficina. Eran las diez y supuso que ya estaría dormida y con el teléfono descolgado. El hecho de que él sufriera insomnio no significaba que todo el mundo lo tuviera.

Cuando se disponía a pedir una taza de café, uno de los camareros del hotel se acercó al mostrador.

—¿Dónde está el gerente? —preguntó.

—Con los huéspedes, en la Casa de Baños —contestó la recepcionista—. ¿Por qué?

La Vieja Casa de Baños era exactamente lo que su nombre sugería: una casa de baños. Estaba en un edificio independiente en la parte delantera del hotel, que actualmente se usaba para huéspedes que deseaban más intimidad.

Darren parecía nervioso.

—¿Qué pasa? —preguntó la recepcionista.

—Hay un problema en el bar.

Poe ya no trabajaba con la policía local, pero en su corazón seguía siendo policía.

—Vamos —dijo.

Su tono no invitaba a discusiones. Siguió al camarero hasta la parte principal del bar. Era un espacio anticuado y algo desgastado que recordaba a un club de caballeros de clase obrera y que atraía a una curiosa mezcla de clientes. Cuando Poe se tomaba una copa en el hotel, solía ir a otro bar más pequeño que había al lado de recepción. Solo iba al principal cuando necesitaba el wifi gratuito.

—Les he pedido que la dejen en paz, señor —dijo Darren—, pero me han dicho que «me vaya a la mierda».

Poe miró hacia donde le señalaba. Se le aceleró la respiración. El animal en su interior comenzó a despertar. Y Bradshaw estaba empezando a salir de su cascarón...

Estaba sentada junto a la ventana, tratando de jugar a algo en su portátil. Poe reconoció los cascos que se ponía cuando conversaba con otros jugadores. Tenía tres hombres alrededor. Los tres llevaban credenciales en la solapa. Poe odiaba a los asiduos a conferencias: en cuanto salían de casa, parecían creer que las normas de la sociedad ya no eran aplicables. Y era evidente que aquellos payasos llevaban todo el día bebiendo. Mientras los observaba, uno de ellos le quitó los cascos a Bradshaw para susurrarle algo al oído.

—¡Para! —dijo ella, recuperándolos.

Tenía los ojos muy abiertos y clavados en la pantalla del ordenador. El tipo que le había quitado los cascos volvió a repetir la gracia. Bradshaw los recuperó otra vez. Y los tres se echaron a reír.

Otro de ellos le puso una botella de cerveza en la boca y la animó a que bebiera. Ella sacudió la cabeza y se le derramó un poco en la camiseta. Los tipos se rieron otra vez.

—¿Llamo a la policía, señor Poe?

—Ya me ocupo yo, Darren.

Se acercó a la mesa. Uno de los hombres le vio. Susurró algo a sus colegas y se volvieron hacia él, como si les hubieran cogido con las bragas de su madre puestas. Bradshaw parecía pequeña y frágil, aunque... había algo acerado en ella. No estaba llorando ni pidiendo ayuda a gritos. Les estaba plantando cara.

—¿Qué pasa, chicos? —preguntó Poe. Su voz sonaba serena, pero la intención era clarísima.

Bradshaw le vio. En ese momento, supo que aquella expresión de alivio ya no le abandonaría nunca.

El tipo que había intentado quitarle los cascos a Bradshaw dijo:

—Solo nos estamos divirtiendo un poco con la señora Ratoncilla. —Tenía acento del sur y arrastraba las palabras.

Poe le ignoró.

—¿Estás bien, Tilly?

Asintió. Su rostro estaba más pálido de lo normal, pero estaba recomponiéndose. Tenía agallas, de eso no cabía duda. Poe conocía policías que a esas alturas ya se habrían rajado.

—¿Tilly? ¿Cómo es que este montón de mierda sabe tu nombre, pero no se lo quieres decir al viejo Karl? —preguntó el borracho—. Como si no te gustara. No me gusta cuando no le gusto a la gente.

Joder...

—Tilly, ¿por qué no me esperas en la barra? Estaré contigo dentro de un momento —dijo Poe.

Bradshaw intentó levantarse, pero el hombre que se hacía llamar Karl le puso una mano sobre el hombro y la empujó hacia abajo.

—No vas a ninguna parte, cariño.

El animal que Poe llevaba dentro se puso en pie. Hizo crujir sus nudillos y calentó los hombros... Sabía que podía detener la situación con solo sacar su placa de la agencia, pero también sabía que no lo iba a hacer. Algunas lecciones tienen que darse físicamente.

—Todo bien, Tilly —dijo—. Estos caballeros ya se iban.

—¿Ah, sí? —dijo Karl.

Se levantó para recalcar su altura y corpulencia. Sonrió al ver cómo Poe se fijaba en ese

detalle.

—¿Por qué no te largas de una puta vez, tío? —dijo—. No pienso irme hasta que sepa si esta puta frígida escupe o traga. —Cogió una botella vacía por el cuello. La amenaza era clara.

Poe le miró directamente a la cara, pero se dirigía a los tres.

—Dejad las bebidas. Marchaos ahora mismo. Y no volváis. —Su voz sonó como un gruñido.

El tipo que estaba algo más sobrio y que, por lo que pudo ver, llevaba credenciales con las palabras «jefe de equipo», dijo:

—Venga, vámonos.

Poe supo que había visto venir problemas que sus colegas no atisbaban.

—¡Sentaos! —siseó Karl—. No vamos a ninguna parte. Le voy a dar una lección a este macaco del norte.

Poe sonrió educadamente.

—Mira, cabrón, me estás tocando los huevos. Lárgate.

Poe seguía sin decir nada. Sonriendo.

Karl tenía la frente cubierta de sudor.

—Es tu última oportunidad —dijo Karl—. ¡Fuera!

«¿Mi última oportunidad? ¿Y qué fue de la primera?»

—Voy a contar hasta cinco —dijo Poe—. Ese es el tiempo que tenéis.

—¡Karl! —dijo uno de sus amigos—. ¡Vamos!

Pero Karl había pasado el punto sin retorno.

—¿Y qué pasa si llegas a cinco?

—Uno —dijo Poe.

—Uf, estoy cagado... —dijo sonriendo.

—Lo sé —dijo Poe—. Dos.

Los tipos como Karl casi nunca tienen un plan B.

Poe siguió:

—Tres..., cuatro...

La frente de Karl se arrugó. Poe le tenía arrinconado. Iba a pelear.

«Bien.»

Poe pesaba menos y era más bajo, pero había sido policía en Cumbria durante casi una década. Las técnicas de defensa personal salían a menudo, y sabía qué hacer cuando alguien amenazaba con atacarle con cristal. Sus músculos actuaron antes que su mente para agarrar la mano de Karl. El tipo asió la botella con más fuerza.

Craso error.

Poe no estaba intentando desarmarle. Quería que tuviera la botella bien agarrada. Le levantó la mano y la estampó contra la mesa.

La botella se hizo añicos.

Los trozos de vidrio volaron sobre la mesa. Nadie se movió, aparte de Bradshaw, que levantó su ordenador para apartarlo. Las pocas personas que quedaban en el bar miraron hacia ellos. Al ver la mirada asesina de Poe, volvieron a sus copas.

Poe no soltaba la mano de Karl, que se echó a temblar: su expresión pasó de la ira alimentada por la cerveza a un dolor agónico. Empezó a gemir.

Romper una botella para usarla como arma no es como parece en las películas. Golpearla contra una mesa para dejar el cuello limpio y fácil de empuñar, con unos cuantos cristales afilados con los que apuñalar a alguien, no funciona en la vida real. El vidrio es quebradizo e impredecible, como Karl acababa de comprobar. Cuando se rompe, no se puede controlar cuánto se rompe. Karl tenía un arma letal en la mano, y ahora era un puñado de trozos de vidrio afiladísimos. La sangre empezó a manar entre sus dedos.

Poe apretó.

Y Karl chilló.

Poe sabía que había riesgo real de daños permanentes, pero le daba igual: con gente como Karl, no se intercambia puñetazos. Y tenían que entender que, si intentaban tomar represalias, se encontrarían con una respuesta desproporcionada que les cambiaría la vida.

Poe bajó la mano. Karl cayó de rodillas como si le hubieran disparado. Volvió a gritar. Con la mano libre, Poe sacó su placa y se la enseñó.

—Buenas noches, caballeros —dijo—. Soy el sargento Poe y la dama a la que estaban acosando es amiga mía. Los dos trabajamos para la Agencia Nacional del Crimen. En fin, ¿estamos todos de acuerdo en que se han metido en un lío de pelotas?

El más sobrio asintió.

Poe se inclinó hacia delante para leer lo que decía su credencial.

—¿MWC Ingeniería Informática? No había oído hablar de vosotros...

—Somos una empresa que...

—No necesito la segunda parte, capullo —dijo Poe—. Pero si nuestro amigo Karl quiere volver a usar esa mano, tiene que ir a un hospital ahora mismo. No mañana por la mañana, cuando se os pase el pedo.

Karl rompió el silencio al sorberse la nariz.

—Y ahora, fuera de este hotel.

Cogiendo a Karl por la mano destrozada, Poe se lo llevó a través del bar hasta la recepción. El tipo sobrio se volvió hacia las escaleras.

—¿Dónde coño vas? —dijo Poe.

—A por mi maleta.

—No, hijo, no —dijo Poe—. He dicho fuera, y eso significa ahora mismo, no cuando os venga bien.

—Pero, nuestras cosas... Tengo ordenadores arriba... —La frase se quedó en el aire bajo la mirada de Poe.

Dirigiéndose a la recepcionista, Poe dijo:

—Zoe, ¿podría pedir un taxi para estos caballeros? Dile al conductor que no hace falta que entre hasta el hotel. Estos idiotas saldrán a buscarle a la A6. Creo que les vendrá bien un poco de aire fresco. —Se volvió hacia los tres tipos—. El taxi os llevará al hospital. Yo que vosotros me pondría en marcha: hay al menos un kilómetro hasta la carretera.

Poe soltó la mano de Karl y se fueron tambaleándose hacia el aparcamiento.

—Antes de iros, ¿cuánto dinero tenéis?

—¿Nos está robando? —preguntó el sobrio.

—La alfombra del bar se ha manchado con la sangre de Karl —dijo Poe—. No creo que el hotel deba hacerse cargo de eso. ¿Y tú?

Bradshaw seguía en el bar. Estaba temblando, pero sonrió al ver a Poe entrar otra vez. Estaba acariciando a Edgar, que había estado callado durante todo el día. Poe pidió algo de beber para los dos. El camarero se negó a cobrarle.

—¿Estás bien, Tilly? —preguntó—. Siento que hayas tenido que ver eso.

—¿Por qué está siempre rescatándome, Poe? Ya van dos veces.

Poe se rio. Ella no. Lo decía en serio.

—No ha sido eso —contestó él—. De todos modos, no soporto a los abusones.

—Ah —dijo Bradshaw. Parecía un poco desilusionada.

—Y venga, Tilly, puede que empezáramos con mal pie, pero eres mi amiga. Lo sabes, ¿no?

No contestó.

Durante un instante, pensó que había hecho algo mal. Una lágrima cayó por su mejilla.

—Tilly...

—Nunca he tenido un amigo —dijo.

No se le ocurría nada que decir.

—Pues ahora lo tienes —soltó finalmente.

—Gracias, Poe.

—Bueno —dijo él—. Ahora te toca a ti rescatarme.

—Lo haré. —Frunció el ceño y dijo—: ¿Escupir o tragar qué, Poe? ¿De qué hablaba?

Le salvó la recepcionista, que acababa de entrar en el bar con un fajo de papeles. Poe arqueó las cejas y ella asintió.

Su fax había llegado. Leyó la primera página.

Por alguna razón, se haría a las cinco y dieciocho minutos, pero los preparativos empezarían en las próximas horas. No hacía falta que estuviera presente, pero Poe quería estarlo.

—Me voy a tener que ir, Tilly. —Se levantó, olvidando cualquier pensamiento de que investigara a Francis Sharples—. ¿Estarás bien?

—Sí, Poe.

Hizo una pausa.

—Y trata de no preocuparte por esos idiotas. De no haber sido tú, habría sido otra. Míralo por el lado positivo: estás en la Agencia Nacional del Crimen. Imagina lo que habría sido para alguien que no lo estuviera. Intenta ver la botella medio llena, y esas cosas...

Bradshaw se quitó las gafas y las limpió con un trapo especial que llevaba en el bolso. Tras ponérselas de nuevo, se recogió un mechón de pelo detrás de la oreja y dijo:

—La botella no está medio llena, Poe. Ni tampoco medio vacía.

—¿Entonces?

Sonrió.

—Simplemente es el doble de grande de lo que hace falta.

Bradshaw estaría perfectamente.

20

Parkland era uno de los dos cementerios que dependía del concejo municipal en la zona de Kendal. Poe ya había estado allí en varios funerales, de modo que no necesitó indicaciones. Era inmenso, se extendía a ambos lados de Parkside Road y estaba dividido en secciones según la confesión religiosa.

Él buscaba la sección K. Era la más lejana a la capilla y al aparcamiento. ¿Y por qué no? Nadie la iría a visitar.

Encontrar la tumba le costó más de lo que pensaba. La nubosidad mantenía la temperatura del ambiente cálida, pero hacía que el cementerio estuviera completamente envuelto en un manto de negrura. Eso limitaba mucho sus sentidos y se maldijo por no haber pensado en coger una linterna. Tenía una en el coche, pero era poco más que un tubito para llevar baterías muertas. La linterna de la BlackBerry apenas servía en la oscuridad.

Después de media hora andando a trompicones, tropezando con raíces al aire y atravesando telas de araña, por fin dio con la sección K. Algunas estaban situadas entre árboles, pero la K se encontraba en una de las zonas más abiertas.

Empezó a leer las lápidas. Aquella era una de las secciones más antiguas del cementerio, y la mayoría de sus tumbas eran monumentos sencillos, piedras desgastadas con inscripciones que apenas se leían ya. Nombres, fechas y mensajes de amor sencillos. De vez en cuando, un rango militar. Algunas estaban limpias, otras manchadas de verde y media docena de ellas estaban completamente cubiertas de musgo. Varias de las lápidas más viejas se apoyaban entre sí como viejos amigos. Poe se estremeció: ¿cómo podía un sitio estar tan lleno y tan vacío a la vez?

Por fin encontró la tumba. Estaba en un extremo de la sección K, dentro de una zona que no conocía, oculta por un mausoleo. No la había visto nunca porque ninguna de las tumbas tenía lápida.

El espacio estaba parcialmente cubierto por un arce. Poe miró al suelo y vio siete placas de madera dispuestas en fila. Inmediatamente, supo que eso era lo que estaba buscando.

La lógica, y en aquella parte de la sección K era probable que la lógica jugara su papel, dictaba que debería empezar por un extremo de la fila. Olía a tierra recién movida. Cuando apuntó la linterna del móvil sobre la placa que estaba más a la derecha, encontró lo que había venido a buscar.

La inscripción decía simplemente: «Varón desconocido». La fecha del entierro figuraba en ocho dígitos de menor tamaño que encajaban con la que le había dado Reid. El mismo número que aparecía ahora en el fax de Van Zyl.

Poe dio un paso atrás y examinó el suelo a su alrededor. No sabía lo que buscaba, pero no vio

nada fuera de lugar. Esa era una de las razones por las que quería ir al cementerio antes de que llegase la caballería municipal: para echar un vistazo a la zona antes de que la corrompieran y pisotearan. Y ver si la habían tocado. No lo parecía: la tumba del Hombre de Tollund era reciente, pero no del todo.

De encontrar algo, sería bajo tierra.

Se sentó a esperar. Miró su reloj. No tardarían.

La responsable de medio ambiente se llamaba Freya Ackley. Tenía una mata de pelo rojo y hablaba con acento de Newcastle. Parecía aliviada de que alguien hubiera ido a recibirla.

—¿Sargento Poe?

Mostrándole su placa, dijo:

—¿Debe hacer alguna cosa antes de que empiece el circo?

Ella asintió.

—Se supone que tengo cinco días para hacer comprobaciones. Hace dos horas, el director de Salud Ambiental del Concejo Municipal de South Lakeland me despertó para decirme que el Ministerio de Justicia tenía un trabajo que no podía esperar.

No era una queja: parecía nerviosa. Poe comprendió que aquella era la primera exhumación que dirigía. Sacó una gruesa carpeta de su mochila y fue directamente a la hoja de resumen.

—Necesito encontrar la tumba —dijo.

—Esa —señaló Poe—. La nueva, al final.

Ackley sacó un documento de la solapa interior de la carpeta. Era el mismo que tenía Poe. Se acercó a la tumba y apuntó su linterna sobre la placa de madera. La comprobó tres veces y llamó a Poe.

—Puedo confirmar que esta es la tumba en la orden de exhumación.

—Estoy de acuerdo —dijo Poe.

—¿Puede confirmar el motivo de la exhumación?

Poe lo leyó en el fax que tenía en la mano.

—Para ayudar en una investigación en curso.

—¿Y el motivo de la urgencia?

Era el mismo. Poe lo repitió. Ella se quedó mirándole, pero él no añadió nada.

Ackley volvió a mirar su formulario.

—Dado que el cuerpo es de un desconocido, no hay familia a la que pedir autorización y puedo confirmar que esta sección del cementerio no es terreno consagrado ni un cementerio de guerra registrado. También confirmo que el cuerpo puede ser desenterrado sin alterar otros restos y que la autoridad que controla el cementerio no tiene objeción alguna.

—Entonces, ¿estamos listos para empezar?

—Lo estamos, sargento Poe. Mi gente llegará en breve. Empezaremos a las cinco y dieciocho minutos.

Poe la miró de manera burlona. Esa extraña hora en la orden de exhumación ya le había llamado la atención.

—Es la hora oficial del amanecer. Si hacemos esto durante las horas de luz, no necesitamos iluminación especial. Y eso significa que no necesito que el Departamento de Seguridad en el

trabajo certifique el generador, los focos y los cables. Reduce el papeleo y la cantidad de personas que tienen que estar aquí.

¿Una empleada municipal que odiaba la burocracia? Freya Ackley le caía bien.

21

Los sepultureros llegaron a las cuatro y media. Eran tres. Estaban preparados para el trabajo. Quitaron los tributos florales de las tumbas adyacentes y levantaron pantallas de plástico azul para garantizar la privacidad. Una vez acabados los preparativos, desaparecieron y volvieron con trajes de protección para todos. Ya no vendría nadie más. Como ya se había realizado una autopsia, Poe no necesitaba agentes de la policía científica, ni tampoco los hubiera querido. Todo esto era para satisfacer su curiosidad: si encontraba algo fuera de lo normal, lo pararía todo y llamaría a Flynn.

Dado que la orden de exhumación solo confería autoridad para realizar un examen de los restos junto a la tumba, dos de los sepultureros fueron a por el nuevo ataúd del Hombre de Tollund, un féretro grande llamado «cascarón». Era de madera y con el interior revestido de brea. Tenía un forro de cinc y una membrana impermeable. Los restos del Hombre de Tollund, su ataúd y cualquier cosa que encontraran en la tumba lo colocarían dentro del «cascarón», sellados y enterrados de nuevo en la tumba original.

Ackley tenía que aprobar el «cascarón», una labor que normalmente habría realizado en los cinco días que se le asignaban. Comprobó la nueva placa identificativa en la tapa para asegurarse de que cuadraba con la de la tumba y con la de la orden de exhumación. Pidió a Poe que se cerciorara también. Así lo hizo. Coincidían.

Estaban listos. Solo había que esperar la luz del día. Ackley se tomó su tiempo para hacer el *briefing* de rigor. Como responsable de medio ambiente, su labor consistía en garantizar que se respetara al difunto. Y lo que era más importante: debía asegurarse de que se protegía la salud pública durante la exhumación. Informó a Poe y a los sepultureros del riesgo de infección por los restos humanos y la tierra alrededor de las tumbas. Podían transmitir la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob, el tétanos o la viruela, incluso después del sepelio. Ackley iba leyendo unos apuntes preparados. Poe le prestaba la misma atención que a una demostración de seguridad antes de despegar un avión. El Hombre de Tollund había estado décadas enterrado en sal y le habían practicado pruebas y autopsias, así que no había ningún riesgo. De hecho, dudaba que llevase suficiente tiempo bajo tierra como para empezar a descomponerse.

Poe miró su reloj. Ya era oficialmente de día: las cinco y dieciocho. Cerró los ojos e intentó tranquilizarse y no imaginar los titulares de los periódicos el día siguiente: «Expolicía convertido en ladrón de tumbas».

En ese preciso instante, oyó una voz gruñéndole al oído:

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Poe?

Sus ojos se abrieron de golpe. Flynn le observaba con una mirada feroz. Nunca la había visto tan furiosa.

Poe empezó a hablar pero le interrumpió.

—¿Cómo te atreves!

—Steph, espera...

—No, Poe —saltó ella—. Ni se te ocurra, joder.

Pero lo hizo.

—Anoche hablé con Van Zyl. Él lo autorizó y se puso a perseguir a todo el mundo para hacerlo rápido —dijo—. Lo siento, pero aquí estamos.

—¿Has pasado por encima de mí? —lo dijo con voz grave.

Poe se encogió de hombros.

—Yo no diría eso.

—Y entonces, ¿cómo lo dirías?

No tenía respuesta, y tampoco pretendía escudarse tras tópicos banales. Si estuviera en la posición de Flynn, se habría puesto furioso, pero el Hombre Inmolación no había grabado el nombre de ella sobre el pecho de una víctima. Poe no podía permitirse el privilegio de someterse a sutilezas procesales.

—Es de mí de quien se está mofando, Steph. No de ti ni de Gamble. Además, ya sabes cómo soy, y por qué Van Zyl me quería en esto desde un principio: voy hasta donde me lleven las pruebas. Y me han traído aquí.

—Vete a la mierda, Poe —rugió ella—. Eso es pensamiento binario y es indigno de ti. No es tan fácil como dices. Hay una manera correcta y una manera incorrecta de hacer las cosas, y esta es la incorrecta, desde luego. ¿Qué va a decir el comisario Gamble cuando sepa que la agencia ha exhumado un cadáver involucrado en su investigación sin comunicárselo? Se va a poner hecho una furia.

—Échame la culpa a mí —contestó Poe.

—¿Y a quién coño iba a culpar si no?

Buen punto. Era como revivir el caso de Peyton Williams: incluso cuando tenía razón, se equivocaba. Le entregó la copia de la orden de exhumación que venía en el fax.

—¿Y a Van Zyl no le ha importado excluirme de mi propia investigación? —Parecía un poco más calmada. Probablemente, veía que iban a exhumar el cuerpo lo quisiera o no. La curiosidad profesional estaba mitigando su indignación.

—La verdad, no creo que se diera cuenta, Steph. Creo que dio por hecho que yo seguía tus órdenes. —No lo creía en absoluto. Van Zyl era un hombre inteligente y pragmático: si no había mencionado a Flynn era porque no quería hacerlo. Tampoco quería que Poe mintiera. Probablemente, se dio cuenta de que iba por libre y se alegraba de que Poe no hubiese excavado ya la tumba personalmente. Pero no quería subvertir demasiado la cadena de mando; de lo contrario, habría consecuencias. Cuando el cadáver volviera bajo tierra, tendría que ponerse del lado de Flynn.

—Supongo que te ha llamado Van Zyl, ¿no?

Asintió.

—A primera hora. Me dijo que la orden de exhumación estaba abajo, en recepción. Imagina la sorpresa.

La imaginaba. Casi se le escapa una sonrisa, pero se contuvo. No era momento de ponerse conciliador: Flynn tenía que seguir enfadada con él un poco más.

—Mira, Poe, cuando todo esto haya acabado, es bastante posible que vuelvas a estar al mando. Y si eso ocurre, perfecto: estaré encantada de volver a ser tu sargento. Pero hasta entonces, por el amor de Dios, ¿puedes mostrarme el respeto que yo te demostraba?

Así pues, ¿eso era lo que pensaba de él? ¿Que la había puenteado porque no la respetaba? ¿Que le costaba estar a las órdenes de una antigua subordinada? Esperaba que no, porque no había nada más lejos de la realidad. Flynn era una sargento muy mala, pero se estaba convirtiendo en una gran inspectora. De hecho, podía llegar a ser la mejor jefa que había tenido nunca. Tenía motivo para cabrearse.

Se lo dijo. Le gustó ver cómo se sonrojaba.

—Es todo culpa mía, Steph. Cuando Gamble se entere, levantaré la mano. Diré que tú no has tenido nada que ver.

—Que te jodan, Poe —contestó suspirando—. Estamos en esta mierda juntos. —Miró su reloj—. Venga, ya es la hora.

El terreno estaba blando y húmedo, y los sepultureros hacían que pareciese fácil. Usando palas más largas de lo habitual, movieron la tierra con movimientos rápidos y precisos. Poe no tenía ni idea de la profundidad de las tumbas. Le venía a la mente «a seis metros bajo tierra», pero no sabía si eso era desde la tapa o desde el fondo del ataúd, o si simplemente era una frase sin relación alguna con las normativas modernas de los cementerios. Tras diez minutos excavando, soltaron las palas. Uno de los sepultureros se metió dentro y empezó a quitar el resto de barro con las manos. Momentos después, empezó a aparecer la madera. Las correas que se habían empleado para bajar el féretro estaban mojadas y sucias, pero aún en buen estado: no llevaban mucho tiempo bajo tierra. Las pasó hacia arriba, a sus compañeros. No tenía sentido poner unas nuevas cuando aquellas valían perfectamente.

—Vamos a sacarlo y lo colocaremos directamente dentro del cascarón, sargento Poe —dijo Ackley—. A partir de ahí, puede quitar la tapa y examinar su contenido. Cuando termine, ampliaremos un poco más la tumba y volveremos a enterrarlo.

El hombre que había quitado la tierra del ataúd y había encontrado las correas se agarró a la mano de un compañero para salir del agujero. Al hacerlo, se enganchó la pierna con las correas y resbaló golpeando el lateral del ataúd.

La tapa se movió.

Era extraño. Las tapas de los féretros no se ponían encima sin más, como la tapa de un bote de Pringles, ¿no? ¿No se fijaban con clavos?

—La tapa. Está suelta —dijo Poe.

Todos se asomaron a la tumba.

Les golpeó un empalagoso tufo a putrefacción.

Flynn arrugó la nariz, asqueada.

—¿Qué es? —Sacó un pañuelo del bolsillo y se cubrió la boca y la nariz.

Había algo extraño en aquel olor.

—No lo sé, pero no viene de alguien que ha estado en sal durante treinta años —contestó Poe.

Era demasiado... orgánico.

El sepulturero que seguía dentro de la tumba se estiró para quitar la tapa.

—¡Pare! —gritó Poe. Alargó el brazo, cogió la mano del hombre y le ayudó a subir. Se quedó mirando a los tres hombres—. Necesito que dejen sus palas y se quiten el traje de protección. —Se volvió hacia la responsable de medio ambiente. —Usted también, Freya. Esto ya no es un lugar de exhumación: es una escena del crimen.

22

El cadáver dentro del ataúd no era la cáscara disecada del hombre anónimo que esperaban encontrar: era otra víctima del Hombre Inmolación. A juzgar por el olor, tampoco era una víctima reciente. Estaba tan quemada como el cuerpo que Poe había visto en el círculo de Cockermouth, pero, a diferencia de aquel, que olía asqueroso pero reciente, este olía asqueroso y podrido.

—Es la quinta víctima —dijo Poe—, o la quinta que hemos encontrado.

Flynn no parecía capaz de apartar los ojos del cuerpo ennegrecido.

—Supongo que ahora ya me creerás cuando digo que guardan relación, ¿no?

—¿Qué demonios está pasando, Poe? ¿Y dónde demonios está el Hombre de Tollund?

Poe no tenía ni la menor idea.

Pero Flynn había dado en el clavo: que la nueva víctima estuviera allí era secundario y no tenía demasiado interés para ellos. Eso atañía a Gamble y a la investigación principal. Poe estaba seguro de que el Hombre Inmolación no había reemplazado el cadáver con otra víctima para jugar con ellos, sino para evitar que averiguase quién era el Hombre de Tollund.

«Entonces, ¿por qué le había llevado hasta allí?»

A no ser que..., a no ser que se supusiera que no accederían al ataúd tan rápido. Al ir directamente a Van Zyl, en lugar de pasar por los canales burocráticos habituales, Poe había conseguido la orden de exhumación al cabo de unas horas en vez de tener que esperar semanas. Su insubordinación para con Flynn tal vez les había dado una ventaja con la que no se suponía que fueran a contar.

Y eso significaba que ahora tenía un posible atajo para dar con la verdad: ahora solo necesitaba averiguar cómo cogerlo.

Una hora más tarde, la policía de Cumbria llegaba al cementerio. Gamble y Reid fueron los primeros, vestidos con traje y botas de protección. La policía científica y la forense llegaron poco después. Al cabo de pocos minutos, el grupo de investigación por asesinato acabó con la tranquilidad de la sección K del cementerio.

Montaron un puesto forense sobre la tumba. Dispusieron un cordón interno alrededor de varias lápidas y uno externo rodeando toda la sección K.

Cuando Gamble se dio cuenta de lo que había pasado, se puso rojo de furia. Flynn le plantó cara. Le mostró la orden de exhumación, pero eso no mejoró su humor. Se la arrancó de las manos y fue indignado hacia Poe.

—¿Qué demonios es esto?

Poe miró la primera página del documento. Llevaba la firma del forense del Ministerio de Justicia y del director de la Oficina de Cementerios del Concejo Municipal de South Lakeland. Como motivo de la exhumación ponía: «Examen urgente de contenido de ataúd». Aparte de otros datos, esencialmente decía que la Agencia Nacional del Crimen tenía razones para creer que el ataúd contenía pruebas fundamentales para la captura de un asesino en serie. Estaba firmado por «Edward van Zyl, director de Inteligencia».

—Es una orden de exhumación, señor.

—¡Sé lo que es, joder! —gruñó Gamble—. ¿Por qué no está el nombre de Flynn aquí? ¿Por qué aparece usted como «solicitante»?

Flynn se acercó a ellos.

—Tal vez pueda explicarlo yo, señor —dijo—. Como dije antes, Ian, la postal que recibió Poe ayer nos indujo a pensar que en esta tumba había pruebas fundamentales para la investigación de su equipo. Intenté llamarle para hablarle de ello, pero no daba señal. Sabía que usted quería que nos pusiéramos con ello lo antes posible, así que acudí directamente a mi director para obtener un permiso rápido. Por suerte, él fue capaz de salvar un par de obstáculos y ahorrarnos varios días.

Gamble sabía que Flynn estaba mintiendo, pero también era consciente de que habían sido más hábiles que él.

—Maldita gente... —Se mantuvo unos instantes en sus trece, pero finalmente dijo—: Inspectora Flynn, quiero que envíe un informe completo a HOLMES para mediodía. —Y mirando hacia Poe, añadió—: ¡Y le quiero fuera de mi investigación!

Cuando ya no les podía oír, Flynn se volvió hacia Poe.

—Lo siento.

—¿Cómo? —exclamó—. Él no tiene autoridad para...

—Órdenes del director. Acabo de hablar con Van Zyl. Has actuado a mis espaldas y a las de Gamble. Van Zyl no puede permitirse tener un enfrentamiento con Cumbria. Además, políticamente, tampoco puede insistir en que te sigan dando cabida.

Sonó el teléfono de Poe. Era el director Van Zyl.

Si creía que le estaban gastando una broma sobre la cadena de mando, se equivocaba.

—Ayer hablé con Recursos Humanos, Poe —dijo Van Zyl sin preámbulos—. Al parecer, como no contactó con nadie durante la suspensión y, sobre todo, como nadie se puso en contacto con usted, ha acumulado más de doce meses de baja. Podemos pagárselos si lo desea, pero si prefiere solicitar solo una parte en este momento, lo vería con buenos ojos. Estoy seguro de que la inspectora Flynn también.

Solo acertó a decir:

—Eh..., ¿qué?

—¿Quiere cogerse parte de la baja? —preguntó Van Zyl, lentamente—. O eso, o vuelve hoy mismo a Hampshire.

—Eh..., pues, sí.

—Bien, arreglado. Tiene usted un mes de baja, con efecto inmediato.

—¿Por qué, señor? —preguntó Poe.

Pero ya había colgado.

Se quedó mirando el teléfono en su mano. Flynn se acercó. Gamble la seguía de cerca.

—¿Por qué sigue este aquí? —gruñó Gamble.

—El sargento Poe ha sido reasignado, señor —contestó Flynn—. Pero tengo entendido que va a tomarse un mes de baja antes. ¿No es así, Poe?

Él asintió. Gamble soltó un gruñido de satisfacción y se marchó con paso pesado. Flynn y el director habían ideado una manera de que Gamble salvara las apariencias sin que Poe tuviese que abandonar Cumbria. Le querían trabajando en el caso, aunque por ahora no sería de manera oficial.

Justo como él prefería.

Sabía lo que tenía que hacer. Revisó la lista de contactos en su teléfono, entró en la última entrada y apretó el botón de llamada. Teniendo en cuenta lo pronto que era, contestó muy rápido. Su voz no sonaba adormilada en absoluto.

—¿Te apetece un poco de trabajo de campo, Tilly?

23

Poe dejó a Edgar con el vecino y recogió a Bradshaw en la puerta del hotel. No se molestó en apagar el motor del coche. Bradshaw, una auténtica estrella en potencia, había entendido que Poe llevaba toda la noche trabajando y había conseguido unos sándwiches de huevo frito y un termo de café. Se comió los sándwiches y luego bebió el café a sorbitos, hasta que se enfrió lo bastante como para tragarlo.

El trayecto por la M6 les llevó menos de media hora. A las ocho de la mañana habían llegado a Stanwix. Poe aparcó y subieron los escalones que daban al palacete. Le señaló el «Lic. Fil.» bajo el nombre de Francis Sharples y dijo:

—¿Sabes lo que significa eso, Tilly?

—Licenciado en Filosofía, Poe.

Poe negó con la cabeza.

—Significa que es un gilipollas. —Apretó el botón del telefonillo y no lo soltó hasta que contestó una voz adormilada.

—¿Sí?

—¿Ves? —dijo Poe.

Después de presentarse a Sharples e ignorar sus quejas sobre el abuso de sus libertades civiles, este les dejó pasar.

Como la vez anterior, los estaba esperando a la entrada del piso. O dormía con los pantalones cortos o había conseguido vestirse en el tiempo que tardaron en subir la escalera. En lugar de la sonrisita condescendiente que lucía en la primera visita, ahora apenas lograba mantener una mueca nerviosa.

En esta ocasión, Poe no veía ningún motivo para ser amable. No tenía intención de marcharse hasta que Sharples se lo contara todo.

—La información que está ocultando ahora forma parte de la investigación de un asesinato.

—Yo no estoy ocul...

—¡Venga, hombre! —saltó Poe—. Llevo quince años haciendo este trabajo y nunca me he topado con nadie que mintiera tan mal.

—¡Cómo se atreve!

—Que sí... —No sabía si Sharples estaba consternado por el cambio en su tono o por el hecho de que alguien no le creyera—. Puede hacerse el indignado todo lo que quiera, «Frankie», estoy a punto de detenerle por colaborar con un delincuente y obstaculizar el curso de la justicia. —Antes de que Sharples pudiera objetar, añadió—: Y, a estas alturas, dado que es la única

persona relacionada con el caso y como sabemos que está mintiendo, le comunico oficialmente que ahora mismo se le considera sospechoso de cinco asesinatos. Como mínimo, será condenado por empresa criminal conjunta.

Era un farol, pero Poe contaba con saber más de la ley que él.

—Vístase, se viene conmigo.

Sharples estaba temblando. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Poe miró el salón a su alrededor. La noche anterior había estado trabajando en su libro. O al menos quería dar esa impresión. Al lado de su portátil había un montón ordenado de papeles. Sería su manuscrito, pensó Poe, porque estaba donde cualquiera que le visitara lo pudiera ver. Tenía unas setenta páginas. Cogió la hoja con el título: «La creciente relevancia de la filosofía en un mundo menor».

—Bonito ordenador, señor Sharples —dijo Bradshaw, mirando su portátil Apple—. Ese modelo es de la gama más alta.

Mientras ellos hablaban de ordenadores, Poe se fijó en la decoración cara de aquel piso caro en la zona más cara de la ciudad. La última vez se había quedado con ganas de preguntar a Sharples cómo un licenciado en Filosofía sin libros publicados podía permitirse una casa así.

—¿Cómo pagó este piso, señor Sharples?

Su mirada se clavó en el suelo.

—Puedo hacer que venga un auditor forense en cuestión de horas, señor Sharples. Lo revisarán todo. Y todo quiere decir todo. Será mucho mejor que me lo cuente ahora.

Sharples murmuró algo, pero demasiado bajo como para que Poe lo oyera.

Pero Bradshaw sí lo oyó:

—Ha dicho que cogió algo del cadáver.

Poe asintió.

—¿Y de qué se trataba?

—Un reloj —contestó con voz ronca.

Poe no era ningún gurú de la moda, pero hasta él sabía que algunos relojes era increíblemente caros.

—¿Marca y modelo?

—Un Breitling 765 de 1962. La correa debió de romperse cuando se me cayó el cuerpo por accidente encima de Derek. Y ni me lo pensé: me lo metí en el bolsillo. Para mantenerlo a salvo.

—Para mantenerlo a salvo.

—Sí.

—¿Y qué, se le olvidó que lo tenía?

—Pues sí. Cuando lo encontré más tarde, me dio miedo que la policía pensara que lo había robado.

—Claro... —dijo Poe—. ¿Y dónde está?

No contestaba. Poe sospechaba que lo había vendido. Sharples seguía mirando al suelo.

—He dicho que...

—¡Ya no lo tengo!

—Quiero el número de serie y fotos —dijo Poe.

Se volvió a Bradshaw. Eso era lo que había que hacer cuando quería comprobar algo en

Internet. Ya se había puesto a buscarlo en el móvil.

—¿Valor? —le preguntó.

—Un Breitling de 1962 costaría aproximadamente diez mil libras, Poe —contestó ella.

La chica parecía estar disfrutando de su primera expedición sobre el terreno. En algún momento, Poe tendría que explicarle que no era una salida oficial, y dejar que decidiese si quería seguir adelante. Pero todavía no.

Se volvió nuevamente hacia Sharples y le preguntó:

—¿A quién se lo vendió?

—Quiero un trato.

Poe resopló por la nariz, riendo. Hasta a Bradshaw le entró la risilla.

—Ve demasiada mala televisión, señor Sharples —dijo—. Esto no es Estados Unidos. No va a haber trato que valga. Lo único que puede haber es una reducción de condena. Eso ocurre cuando el juez se fija en lo bueno que ha podido hacer, no solo en lo malo. Y la única manera de que haya alguna reducción para usted es que encontremos ese maldito reloj. A ver, dígame a quién se lo vendió.

—No puedo —susurró—. Lo vendí en una página especializada a un coleccionista anónimo en Estados Unidos.

—¿Tilly?

—Por favor, ¿puede apartarse un momento, señor Sharples? —dijo mientras Bradshaw le quitaba de en medio para encender su Mac—. ¿Contraseña, por favor?

Se la dijo.

Mientras Bradshaw registraba el ordenador, Poe le preguntó:

—¿Cuánto sacó por él?

—¡Desde luego no fueron diez mil libras! —dijo. Parecía cabreado porque le habían estafado—. Me dieron cinco mil dólares, que eran un poco más de tres mil libras esterlinas. —Miró a Bradshaw con inquietud—. ¿Qué está haciendo?

—Algo que no sabe la mayoría de la gente, señor Sharples —dijo Poe—, es que, aunque puede borrar todo lo que uno quiera de su ordenador, se puede recuperar todo. Tilly va a encontrar todo lo que haya escrito sobre ese Breitling. ¿Cuánto tardarás, Tilly?

—Ya lo he encontrado, Poe —contestó—. ¿Tiene impresora, señor Sharples?

Abrió un armario y apretó un botón. Se encendió una luz verde y la impresora empezó a ponerse en marcha con zumbidos y sonidos metálicos.

—Es inalámbrica —dijo.

Bradshaw dejó los ojos en blanco.

—Obvio.

Imprimió varios documentos y se los dio a Poe sin mirarlos.

Los hojeó. Eran imágenes en color. Las primeras páginas eran buenas, desde luego lo suficiente como para garantizar que Sharples iría a la cárcel, pero al llegar a las últimas supo que había dado con el filón.

El comprador quiso ver lo que iba a comprar y Sharples le había complacido. Seis fotografías a todo color, tres a tamaño folio. La quinta le arrancó una sonrisa.

Era del dorso del reloj.

Y ahí, claro como el agua, estaba el número de serie.

24

Se fueron de casa de Sharples diciéndole que se quedara allí mismo. Varios agentes de uniforme vendrían a buscarle. Pero no lo harían hasta que Poe averiguase quién era el propietario original del reloj.

Le explicó a Bradshaw que estaba oficialmente de baja y que, por tanto, ella debería volver a Shap, pero parecía con ganas de seguir con la línea de investigación del Breitling. Poe acabó cediendo. Decidieron parar a desayunar en la cafetería de Sainsbury's. Poe pidió un desayuno inglés completo; Bradshaw, el equivalente vegetariano. Compartieron una tetera.

Mientras el beicon se quebraba sobre su lengua, estallando como una bomba de sal, discutieron la mejor manera de encontrar al propietario del reloj. Bradshaw quería que Poe acudiera directamente a la casa Breitling, asumiendo que habría una base de datos central en alguna parte, pero él tenía sus reservas. Era una compañía grande, con clientes en todo el mundo, y algunos de ellos serían extremadamente ricos. Breitling no rompería su política de confidencialidad por el mero hecho de que se lo pidiera un capullo de la Agencia Nacional del Crimen. Él prefería ir a los comerciantes de artículos valiosos del condado y asustarlos hasta que le dieran lo que necesitaba. No había muchos. Además, si el Hombre de Tollund era oriundo de Cumbria, cabía la posibilidad de que el reloj fuera comprado dentro del condado.

Mientras Poe rebañaba los rastros de yema de huevo con un poco de pan frito, Bradshaw le preguntó por qué había cogido la baja precisamente ahora.

—Solo necesito un poco de tiempo, Tilly.

—¿Estás seguro de que no es por mí, Poe?

—¿Cómo?... No, claro que no. ¿Por qué iba a ser por ti?

—La gente se cansa de mí.

—Pues si lo hacen es que son idiotas —dijo él—. No, el verdadero motivo es que anoche el comisario Gamble me pidió que abandonase su investigación.

—¿Por eso me llamó la inspectora Flynn para decir que te ayudase si me lo pedías?

—No lo sabía.

—Dijo que no te lo contara.

—Pero...

—Los amigos nunca deberían mentirse, Poe.

Asintió con gesto reflexivo.

—Venga, cómete el serrín. Las tiendas abrirán pronto.

Mientras hablaban, Bradshaw había aprovechado el wifi gratuito de la cafetería. Intentó

acortar la búsqueda buscando joyeros que llevaran mucho tiempo en el negocio. Hizo una lista y luego pasó a un canal de noticias. Eran las nueve de la mañana y estaban saliendo los titulares. De repente, se quedó boquiabierto mirando la pantalla.

—No..., no..., eso no está bien —exclamó.

—¿Qué pasa? —dijo Poe despistado, mientras perseguía una alubia por el plato con el cuchillo.

—¡Mira esto, Poe!

Dio la vuelta a la *tablet* para verlo juntos. Subió el volumen y apretó el *play*.

En medio de una melé enorme de cámaras y micrófonos, estaba Gamble, luciendo un traje impecable como si no acabara de pasar las últimas horas en un cementerio de Kendal. El presentador empezó diciendo: «La policía ha dicho que el cadáver hallado en una tumba de Kendal la pasada madrugada podría ser otra víctima de un asesino en serie llamado el Hombre Inmolación. Damos paso en directo a Cumbria, donde el comisario jefe Ian Gamble va a hacer unas breves declaraciones».

Gamble estaba esperando la señal para empezar. En cuanto el presentador terminó, comenzó a hablar: «Después del excepcional trabajo policial realizado por inspectores del condado de Cumbria, el equipo de investigación solicitó una orden de exhumación de una tumba en el cementerio de Parkside, en Kendal. Teníamos razones para creer que un ataúd que debía contener el cuerpo sin identificar hallado el año pasado en el almacén de sal de Hardendale podía haber sido manipulado recientemente. Tal y como sospechábamos, el ocupante original del ataúd no se encontraba dentro de este. En su lugar, encontramos el cadáver de un varón aún por identificar que creemos que es otra víctima del Hombre Inmolación».

El comunicado de Gamble era preciso, estaba bien redactado, no contenía ni una sola mentira... y era una auténtica patraña. La Agencia Nacional del Crimen no se atrevería a contradecirle: no se arriesgarían a revelar sus propias fallas geológicas. Poe ya lo había comprobado.

—Cabrón —dijo—. Venga, en marcha.

Aunque sabía que el reloj podía haberse comprado en cualquier sitio, quería empezar a mirar en Carlisle, ya que estaban allí. Con suerte, la compra pudiera haber sido antes del boom de las transacciones en línea, de cuando la gente compraba los artículos de valor en persona.

Decidió descartar las tiendas baratas y centrar sus esfuerzos en cadenas caras más pequeñas y en negocios familiares. Apenas había un puñado de comercios que vendían relojes. Para ser exhaustivo, optó por comprobar los que no, en caso de que antes sí lo hicieran. Sin embargo, no tardaron en darse cuenta de que iba a ser difícil.

Todas las tiendas menos una dejaron que Bradshaw revisara sus registros, y la única que no se lo permitió les aseguró que nunca habían vendido Breitlings, ya fueran nuevos o de segunda mano.

El número de serie BR-050608 no figuraba en ninguna de las bases de datos comprobadas y, como muy pocos comercios habían transferido sus registros en papel a formato electrónico, revisar sus viejos libros de contabilidad resultó lento y laborioso.

Un joyero sonrió al soltar sus diez libros de cuentas sobre la mesa, todos ellos más gruesos que una guía telefónica. Al verlos, Poe no pudo evitar soltar un gemido, pero aquello no pareció

achantar a Bradshaw. Tenía una mente analítica que parecía gozar con cosas como listas de referencias cruzadas.

No obstante, todo aquel esfuerzo no garantizaba resultados. Una vez revisado el séptimo y último libro de contabilidad en una tienda que podía haber vendido Breitlings años atrás, Poe decidió parar. Era la hora de comer y estar sin hacer nada le daba hambre.

Fueron hasta el coche para poner otro tique de aparcamiento y luego pasearon hasta una cafetería al estilo antiguo y poco conocida que había descubierto recientemente en Carlisle. Coffee Genius estaba en Saint Cuthbert's Lane, cerca de la Muralla Oriental de la Edad Media. Tenía una barra alta, máquinas de cromo de aspecto caro y muchas tartas y *scones* caseros. Tostaban su propio grano y era un paraíso para los esnobs del café. Poe se embriagaba con los olores: café recién molido, el aroma acre del expreso, caramelo y chocolate dulce y calentito, toques de canela... Su boca empezó a hacer agua nada más franquear la puerta.

Aunque estaba atestado de gente que iba a comer, encontraron una mesa junto a la ventana. Poe pidió un café de filtro peruano y el sándwich club del día: *pulled pork* con cebolla caramelizada. Bradshaw pidió un chocolate caliente y luego preguntó si podía pedir un menú: sopa y sándwich.

—Pide lo que quieras, Tilly. Invito yo.

Asintió con cara de felicidad e hizo su pedido. Sus ojos no paraban quietos, como aves revoloteando de rama en rama, absorbiendo todas aquellas nuevas experiencias. Según le había explicado su madre, hasta unirse a la SCAS, siempre había estado sobreprotegida, pero Poe no imaginaba hasta qué punto. Mientras esperaban a que trajeran la comida y la bebida, Bradshaw le preguntó qué pensaba de lo que habían hecho esa mañana.

—Es como arremeter contra molinos de viento —contestó.

Empezaba a dudar de aquella línea de actuación. Tenía la impresión de que habían malgastado la mañana.

—No lo es, Poe —dijo ella—. Simplemente, va a llevar tiempo. Si está en alguna parte, lo encontraré.

Dicho eso, pidió la contraseña del wifi al camarero y sacó su *tablet*. A los pocos segundos, ya estaba sumergida en otra cosa. Poe sabía que no podría decirle una sola palabra hasta que llegase la comida.

El camarero llegó con parte del pedido y dejó un temporizador con tres relojes de arena sobre la mesa. El que estaba a la derecha de Poe era para su café y se quedó observando cómo caía lentamente. Era terapéutico y notaba cómo su mente se iba relajando. Tendría que comprarse uno. Cuando terminó, se sirvió.

Los sándwiches llegaron diez minutos después. Bradshaw hizo una foto del plato y se la envió a su madre.

—Le gusta saber lo que estoy haciendo —explicó.

Poe ya se estaba acostumbrando a sus excentricidades, por lo que se guardó cualquier comentario. Ella colocó la servilleta a su gusto y le dio un mordisco al sándwich.

—Está bien esto, ¿verdad, Poe? Estaba acostumbrada a comer sola.

Cuando terminaron, pidieron más bebidas calientes.

Una de las cosas que más le gustaban de Coffee Genius era que los empleados siempre estaban dispuestos a pararse y a charlar. Mientras Bradshaw trabajaba, Poe y el camarero

hablaron de las ventajas de comprar tu propio café y molerlo en casa.

—¿En qué trabajáis? —preguntó el camarero.

Poe le contestó sin dar demasiados detalles.

—Hoy estamos buscando al propietario de un viejo reloj.

El camarero se sentó y, sin mencionar la parte del asesinato, Poe se lo explicó.

—Es como buscar una aguja en un pajar, ¿no? —dijo el camarero.

—Qué me vas a contar...

El camarero se rio.

—Y eso sin incluir las tiendas que ya no existen. No hay manera de buscarlas en línea.

El camarero se le arrimó un poco.

—Hay un tipo que viene un par de veces por semana con su mujer. Ahora está jubilado, pero estoy seguro de que antes trabajaba con joyas. Lo sé porque me acabo de comprometer y él me aconsejó qué joyeros no me timarían.

—¿Sabes su nombre?

—Charles. Su mujer se llama Jackie, creo. —Miró por encima de su hombro—. La jefa está aquí, puede que ella lo sepa. Voy a preguntarle.

Dos minutos después volvió con un trozo de papel.

—Charles Nolan. La jefa dice que viene casi todos los miércoles y casi todos los sábados. Cree que hacen la compra en Marks and Spencer. Si me dais vuestro nombre y vuestro número de teléfono, le puedo dar un mensaje, si quieres.

Poe rechazó la oferta. La cosa no podía esperar. Se disculpó y salió a hacer una llamada.

Kylian Reid contestó inmediatamente.

—¡Uy, uy! ¡Burke y Hare! —dijo Reid sin más preámbulo, haciendo referencia a dos irlandeses del mismo nombre emigrados a Edimburgo en el siglo XIX, conocidos como presuntos asesinos que vendían los cadáveres de sus víctimas como material de disección.

—Muy gracioso —contestó Poe—. Te he mantenido al margen, ¿no? Y ya he visto a Gamble pavoneándose en la tele esta mañana. Sabe que le hice un favor.

—Como si eso importara. Sigue furioso.

—Necesito otro favor —dijo Poe.

—Vale... —contestó Reid—. ¿No se supone que estás de baja?

Estaba receloso. Si Gamble se enteraba de que Reid le había pasado la información para la orden de exhumación, tal vez le costara el trabajo.

—Y lo estoy. Solo es una cosa que quiero averiguar. Nada que vaya a despertar sospechas.

—Voy a necesitar algo más que eso, tío.

Poe dudaba de si debía contárselo. Reid era amigo suyo, pero también era un buen policía. Si creía que el equipo de investigación estaba mejor preparado que él para ello, no tendría reparos en cortarle el grifo.

—Será mejor que no lo sepas, Kylian.

—Capullo —dijo—. Quiero decir que voy a necesitar algo más que «necesito otro favor»: necesito saber en qué consiste el maldito favor.

25

En menos de una hora, Reid había enviado a Poe un correo con una lista de todos los «C. Nolan», «Charlie Nolan» y «Charles Nolan» que figuraban en el registro tributario de Cumbria. Había catorce. Pasó la lista a Bradshaw, que preguntó cómo podía cribarla aún más.

No fue difícil.

Excluyendo servicios de autopista, solo había cuatro Marks and Spencer en Cumbria. También le dijo que eliminase a cualquiera que residiese en Cumbria Occidental o Eden, ya que estos irían a las tiendas de Workington o Penrith a hacer sus compras regulares. Por el mismo motivo, le pidió que quitara a cualquiera que viviese más al sur del cruce 39 en el corredor de la M6, pues la tienda de Kendal abastecía a la mitad sur del condado.

Eso lo reducía a la zona de Carlisle, y la lista quedaba en cuatro personas. Uno vivía en el centro de la ciudad, y Poe lo descartó, porque era más probable que los joyeros jubilados vivieran en alguna de las muchas aldeas pintorescas salpicadas por Cumbria, no en el corazón de una sucia ciudad.

Otro vivía en Brampton, y los dos restantes, en sendas aldeas: uno en Warwick Bridge y el otro en Cumwhinton. Partiendo de la base de que podía ser cualquiera de los tres, Poe decidió empezar por el Nolan que tenía más cerca y, de ahí, seguir trabajando hacia fuera. El primero sería el C. Nolan que vivía en Warwick Bridge, un bonito pueblecillo a las afueras de Carlisle. Luego seguirían con el de Cumwhinton, y volverían a por el Charles Nolan de Brampton.

Tuvieron suerte a la primera, aunque, como Poe le dijo a Bradshaw, cuando reduces la lista a cuatro personas, ¿hasta qué punto es suerte?

El hombre que les abrió la puerta era amable y educado. Tendría sesenta y pocos años. Lucía un cárdigan desgastado, gafas de culo de vaso y una sonrisa ancha. Una vez confirmado que ellos eran los Nolan que iban dos veces por semana a Coffee Genius, su esposa preparó una tetera e insistió en que se sentaran a tomar un poco de tarta.

—¿Washington, eh? Es nombre de embajador, si es que existe tal cosa. Me lo puedo imaginar resonando en despachos de altos cargos diplomáticos. Es la clase de nombre que evita que se declaren guerras. Seguro que tiene una historia fascinante...

«Aquí todo el mundo es un maldito especialista en nombres...»

—No la sabes, ¿verdad, Poe? —dijo Tilly, rescatándole sin querer.

Poe le sonrió y negó con la cabeza.

—Así es, Tilly. No lo sé.

—Ah —dijo Nolan—. ¿En qué puedo ayudarlos?

—Estamos buscando un reloj —dijo Poe.

—Entonces ¿no es alta diplomacia?

—Desde luego que no. Mi jefa le diría que la diplomacia no es uno de mis fuertes —dijo Poe, que dio un bocado a aquella deliciosa tarta.

Le explicó el problema a Nolan.

—Supongo que el reloj ha sido robado...

—Más o menos... —contestó Poe.

—¿Y la Agencia Nacional del Crimen investiga robos? —dijo con un brillo en los ojos.

Poe no contestó.

—Perdonen. Por supuesto que los ayudaré en todo lo que pueda. Tenía tres joyerías, y me gusta pensar que vendíamos algunos de los mejores relojes que había.

—¿Qué pasó?

Flexionó la mano.

—Artritis. La maldición del joyero. Eso y la vista cansada hicieron imposible que sostuviera o mirara nada más pequeño que un penique. Así que las vendí. Y las tres ya han desaparecido. Una de ellas es hoy Coffee Genius, por eso vamos allí. —Suspiró—. Pero, bueno, la cosa salió bien, así que no debería quejarme. En fin, háblenme de este reloj con el que necesitan ayuda.

Bradshaw le enseñó la fotografía en la que figuraba el número de serie del Breitling.

—Este es el que estamos buscando —dijo Poe—. ¿Necesita el modelo y el año?

—Si lo tienen... —dijo Nolan—, aunque los números de serie de Breitling son únicos en toda la gama. Dicho de otro modo: no hay dos modelos con el mismo número. Pero el modelo sí puede ayudar a recordar.

Poe suspiró. Era agradable encontrar a alguien que sabía de lo que hablaba.

—Haré unas llamadas, a ver qué puedo averiguar —dijo Nolan—. Aún sigo en contacto con algunos compañeros del oficio, así que tal vez pueda indicarles a alguien capaz de ayudarlos.

—Se lo agradezco —dijo Poe.

Escribió su nombre y su número de teléfono en la misma hoja del número de serie y se levantó para darle la mano.

—Le llamaré, sargento Poe —dijo Nolan.

Su mujer los acompañó a la puerta.

—Esto le mantendrá ocupado el resto de la tarde. Desde que se jubiló, está un poquito perdido.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Bradshaw en cuanto se metieron en el coche.

—A esperar —contestó Poe.

No tuvieron que esperar mucho. Nolan los llamó al cabo de menos de dos horas.

—Creo que tengo algo para ustedes, sargento Poe —dijo.

Nolan había empezado llamando a joyeros que tenían tiendas parecidas a las suyas: negocios de joyería y pequeñas franquicias. La mayoría no vendía relojes de gama alta: costaba demasiado dinero tener *stock* que tal vez no se vendiera; de todos modos, la mayoría de los artículos que vendían estaban hechos a medida. Hacían sus joyas desde cero y tenían poco interés en nada

más.

—Pero hasta eso es un arte en extinción —dijo lamentándose—. Hoy en día, todo se diseña por ordenador, y luego se corta con un láser preprogramado. Resultados perfectos: supongo que eso es el progreso. Aunque, en mi opinión, hace que a la obra final le falte alma.

Poe quería que fuera al grano, pero sabía que era mejor no decir nada.

—De todos modos, un amigo mío recordaba a un comerciante de relojes nuevos y antiguos que iba a las distintas tiendas y dejaba folletos e información para los clientes. Trabajaba para todos los principales fabricantes. La tienda facilitaba la compra y se llevaba una comisión. De ese modo, podía considerarse proveedor oficial sin necesidad de comprar ninguna de las piezas.

Tenía sentido, pensó Poe. También se evitaban los robos relámpago que atraían los relojes de treinta mil libras.

—El comerciante se llama Alastair Ferguson y está jubilado.

—¿Y?

—Y acabo de hablar con él. Viene de camino. Pero está en Edimburgo, así que aún tardará un par de horas. Si usted y la señorita Bradshaw vuelven, podemos esperarle tomando una taza de té.

—¿Y él sabe algo?

—Pues no tenía registros del número de serie a mano, pero cree que conoce el reloj en concreto.

—¿Y eso?

—Porque en cuanto le mencioné el Breitling, dijo que llevaba veintiséis años esperando esa llamada...

26

Alastair Ferguson hablaba con un marcado acento escocés. Era menudo e iba impecablemente vestido con un traje de tres piezas, representante de una generación que aún creía en arreglarse para las citas. Cogió una copa de whisky de manos de Nolan y se sentó a contarles lo que sabía.

El reloj que sospechaba que estaban buscando había sido vendido por una tienda que ya no trabajaba. Tenían dos locales, ambos en Keswick. Uno vendía bisutería a turistas; el otro era una joyería más tradicional.

Un cliente con bastante presupuesto pidió al propietario que le consiguiera un Breitling. *Alastair* Ferguson bajó desde Edimburgo para reunirse con él con una caja fuerte llena de relojes con la idea de llevarse una jugosa comisión.

—¿Recuerda quién era el cliente? —preguntó Poe.

Ferguson asintió.

—El obispo de Carlisle.

Nadie dijo una palabra por unos instantes.

«En esto se va a mezclar la política», pensó Poe.

Ferguson prosiguió:

—No era para él, y se hizo todo legalmente. Lo abonó con un cheque de la Iglesia y se aseguró de llevarse un recibo firmado.

—¿Sabe para quién era el reloj? —preguntó Poe.

Ferguson sacó un recorte de periódico del bolsillo. Estaba amarillo por el tiempo, pero todavía en buen estado. Se lo dio a Poe. Procedía del *News & Star*. Era un artículo de relleno. Una sola columna en la página ocho. Probablemente, solo tuviera interés para los implicados. La fecha aparecía en lo alto de la página: era de hacía veintiséis años.

Poe la leyó y tomó una foto con su móvil. Luego le pasó el recorte a Bradshaw, que lo escaneó en su *tablet*. Poe se quedó mirando la foto que había hecho en la pantalla. Era completamente nítida:

En una ceremonia celebrada en el castillo de Rose, el obispo de Carlisle presenta un reloj al reverendo Quentin Carmichael, deán de Derwentshire, en reconocimiento a sus extraordinarios servicios a la beneficencia.

Quentin Carmichael, conocido por organizar paseos benéficos en barco por el lago de Derwentwater, cerca de Keswick, por entonces tenía cuarenta y cinco años, y una deslumbrante carrera por delante en la Iglesia.

Poe miró rápidamente a Bradshaw preguntándose si se había dado cuenta de la importancia de su edad. Y ella le estaba esperando: era evidente que sí. Hacía veintiséis años, Quentin Carmichael tenía cuarenta y cinco. Eso le situaba exactamente en la franja de edad que perseguía el Hombre Inmolación.

Las sospechas de Poe se habían confirmado.

Si Carmichael estaba involucrado, eso significaba que Poe tenía razón: el Hombre Inmolación no elegía a sus víctimas aleatoriamente. En cuanto descubriera el porqué, estaría un paso más cerca de dar con el quién.

Se volvió hacia Ferguson:

—Cuando hablé con Charles hace un rato, me dijo que usted estaba esperando esa llamada...

Ferguson asintió y sacó otro recorte de periódico de su bolsillo. Poe lo leyó.

Era otro artículo sobre Carmichael. Este no era tan halagador.

Quentin Carmichael, miembro deshonorado de la Iglesia, huye del país por presunta malversación.

El artículo estaba plagado de las típicas expresiones periodísticas como «presuntamente» o «según fuentes destacadas», pero la esencia de las acusaciones contra él versadas estaba clara: Carmichael había abandonado el país porque estaban a punto de delatarle por malversación de fondos. A pesar de que no eran demasiado sólidas, había suficientes pruebas que corroboraban que huía de la justicia: un pasaporte y un talonario desaparecidos. El artículo no aportaba nada más que resultase significativo, y Poe se dijo que debía buscar el expediente policial.

—O sea, ¿que usted esperaba una visita de la policía porque el señor Carmichael era sospechoso de malversación? —preguntó Poe.

—No exactamente.

Poe esperó.

—Guardé estos recortes porque me parecía que había algo extraño en él. Mucho después de que le regalaran el reloj, se puso en contacto conmigo. Cuando eso ocurre, suele ser porque la persona quiere darme las gracias o, todavía mejor, porque le ha entrado el gusanillo del coleccionismo y quiere ampliar su colección.

—Pero Carmichael no quería ninguna de las dos cosas...

—No, señor. Lo único que le interesaba a Quentin Carmichael era cuánto había costado. Cuando le dije que no podía decírselo, se enfadó bastante. Incluso ofreció volver a vendérmelo por dos tercios de la cantidad que había pagado el obispo. Como yo no compro relojes, le dije que no. Y me ofrecí a hacerle de intermediario, pero se marchó furioso.

—Es decir, que lo de la malversación tiene sentido para usted...

—Sí, sí. A ese hombre le movía el dinero.

Un hilo económico. Lo único que tenía que hacer era tirar de él.

—¿Me disculpan un momento? —Se levantó y fue a un rincón apartado del amplio salón.

La señora Nolan entró con una tetera y otra tarta. Si no tenía cuidado, Poe iba a engordar veinte kilos para cuando terminaran el caso.

Llamó a Reid.

—¿Qué buscas ahora, Burke?

Poe le dijo lo que habían averiguado y se ofreció a ayudar.

—Necesito todo lo que haya sobre la investigación a Carmichael por malversación. Fue hace veinticinco o veintiséis años —susurró al teléfono. No quería que Nolan ni Ferguson supieran que no tenía autoridad suficiente para solicitar la información por vías oficiales.

—¿La Iglesia? ¿No tienes bastantes problemas ya...?

—Por favor, Kylian.

—Va a ser difícil sin llamar la atención, Poe. Todos nuestros sistemas dejan huellas, ya lo sabes.

—Pues cuéntaselo a Gamble. De todas formas, estaba a punto de decírselo a Flynn.

—¿Sí?

—Desde luego —mintió.

—Te llamaré —dijo Reid antes de colgar.

Poe volvió a su sitio y se acabó el té. Hizo un par de preguntas más a Ferguson, pero era evidente que ya disponía de todo lo que sabía el exvendedor de relojes. Tras dar las gracias a la señora Nolan por su hospitalidad, se disculparon y se fueron.

De camino al coche, llamó a Flynn, y sintió alivio al oír que saltaba el contestador. Le dejó un breve mensaje para ponerla al día y apagó el teléfono. Tendría que hacerlo de la manera más difícil, y no quería interrupciones.

Ni siquiera habían dejado Warwick Bridge cuando sonó el móvil de Bradshaw. Lo contestó con voz suave y frunció el ceño.

—Es para ti, Poe —dijo.

Él detuvo el coche en una parada de autobús y cogió el teléfono de Bradshaw.

—Poe —dijo.

—Poe, soy el comisario jefe Gamble. ¿Qué demonios cree que hace? Debería estar de baja. A veces, lo mejor que se puede hacer es negarlo todo. Y esta era una de esas veces.

—No sé de qué me habla, señor.

Gamble gruñó.

—El sargento Reid dice que usted cree haber descubierto la identidad del Hombre de Tollund...

—Quentin Carmichael, señor. Desaparecido hace veinticinco años.

—¿Y cree que guarda relación con el Hombre Inmolación?

—Sí, señor.

—¿Cómo?

No tenía ni idea, y se lo dijo. Gamble parecía molesto de que no tuviera más que ofrecer.

—¿Y cómo ha conseguido su nombre?

—Le he enviado un informe completo a la inspectora Flynn, señor. Creo que será mejor que se lo explique ella.

O no se daba cuenta, o no le importaba que se lo quitara de encima, pero Gamble dijo:

—Quiero que quede absolutamente claro: le prohíbo que se acerque a ningún miembro de la Iglesia. ¿Entendido, Poe? Mi equipo usará las vías convenientes y organizará entrevistas adecuadas, si es necesario.

Silencio.

—¿Me oye, Poe? ¡No se acerque a la Iglesia!

—¿Señor? No le oigo bien, señor... —Apretó el botón de colgar y le devolvió el teléfono a Bradshaw, que empezó a toquetearlo.

—No le pasa nada, Tilly. Tenía que acabar la llamada. A veces, es más fácil decir cosas como esa.

—Ah —dijo ella—. ¿Qué ha dicho, Poe?

—Nada.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

Poe frunció el ceño. Siempre había creído que si alguien prefería que dejaras lo que estabas haciendo era porque ibas bien encaminado, pero... no quería arrastrar a Bradshaw consigo. Por adorablemente torpe que fuera, tenía una carrera importante ante sí. Le dijo que el siguiente paso lo daría él solo.

Ella se negó.

Se quedó mirándola, tratando de dilucidar si de veras quería ayudar, o si simplemente le seguía a ciegas, llevada por un nuevo y erróneo sentido de la lealtad. Sin embargo, lo único que veía era determinación. Suspiró y pensó que por qué no. Estaba de baja, ¿qué tenía de malo llevar a su nueva amiga a conocer las vistas del Distrito de los Lagos? Y si, por casualidad, acababan en Keswick, cerca de la residencia del obispo de Carlisle, pues que así fuera...

27

Entre 1230 y 2009, la residencia oficial del obispo de Carlisle fue el castillo de Rose, cerca del pueblo de Dalston. Imponente y extenso, formaba parte importante del legado histórico del país, y se consideraba una de las joyas del patrimonio de la Iglesia. Sin embargo, el último obispo había optado por mudarse, pues había creído inadecuado vivir envuelto en tanta opulencia, mientras otros, incluidos los curas de sus parroquias, vivían en la pobreza.

La noticia había llegado a los titulares, de modo que Poe ya lo sabía. Bradshaw encontró rápidamente la ubicación de la nueva residencia episcopal en Internet. Se había mudado a Bishop House, en Keswick. Poe no conocía el edificio, pero sí la calle.

A pesar de que llevaba despierto desde el día anterior, notaba que iba cobrando inercia, y ningún policía que se precie duerme cuando un caso está que arde. Tras veinte minutos de viaje volvió a sonar el teléfono de Bradshaw. Era Flynn, que les prohibió que se acercaran a la Iglesia.

—Dile que estoy conduciendo y que no tengo manos libres —dijo cuando Flynn pidió hablar con él—. La llamaré en cuanto tenga cobertura, pero estamos entrando en el Parque Nacional para tomarnos un helado. Casi no hay cobertura por las montañas.

Oía a Flynn maldiciendo a través del pequeño altavoz del teléfono. En fin, qué se le iba a hacer... De todos modos, ella tampoco tenía por qué llamarle: estaba de baja. Aunque aquello sí suponía un problema: Bradshaw seguía con él. No pasaba nada por ser temerario, tampoco le preocupaba la inevitable bronca que le esperaba, pero cuando hay una pelea con perros grandes, los que salen mal parados son los pequeños. Sin embargo, allí no había transporte público para dejarla, ni le apetecía perder dos horas para llevarla de vuelta a Shap. Al final encontró un término medio: la llevaría a Keswick y la dejaría en uno de esos *pubs* elegantes mientras él terminaba de arruinar lo que quedaba de su carrera.

Se lo dijo.

Bradshaw se opuso, cruzándose de brazos, y se negó a ceder hasta que por fin Poe se rindió. Trató de explicarle las posibles consecuencias, pero ella se mantuvo en sus trece.

«Pues vale.»

Bradshaw no era la persona más espabilada del mundo, pero sí era adulta y podía tomar decisiones desastrosas como todo el mundo. Y, por extraño que pareciera, trabajaban bien juntos. Suele pasar entre los inadaptados, pensó Poe.

El teléfono de Bradshaw sonó de nuevo.

—Es la inspectora Stephanie Flynn otra vez —dijo, mirando la pantalla.

—Contesta. No queremos que te metas en líos.

Cambió la pestaña para silenciarlo y se lo metió en el bolsillo.

—No tengo cobertura.

Poe se estremeció. «¿Qué es lo que he creado...?»

Puede que el obispo hubiera adoptado una vida más humilde al dejar el castillo de Rose, pero desde luego no se había ido a una chabola. La casa, a la que habían llamado Bishop House con una evidente falta de imaginación, se encontraba en Ambleside Road, en el centro de Keswick. Era un edificio imponente, típico del Distrito de los Lagos, con un triple remate de pizarra en la fachada. Se erguía al fondo de un jardín de media hectárea, que aún necesitaba años para tomar cuerpo. Poe no veía ningún camino de entrada ni lugar evidente donde aparcar, así que se rindió a la lotería de estacionar en las calles de Keswick.

Finalmente, encontró una plaza que alguien acababa de dejar libre en Blencathra Street, una calle cercana. Dejó su permiso de estacionamiento sobre el salpicadero con una notita que decía «asuntos policiales». Si el guardia de tráfico era nuevo, tal vez se saliera con la suya.

Bradshaw y él volvieron hacia Ambleside Road, y entraron por el sendero de gravilla que llevaba hasta Bishop House. Tenía timbre y una enorme aldaba. Poe llamó al timbre.

Como no había avisado, no sabía si habría alguien en casa. No conocía demasiado la jerarquía eclesiástica, pero sabía que ser obispo era algo importante e imaginaba que pasaría mucho tiempo fuera por razones de trabajo.

Cuando alguien llamaba a su puerta y Poe no abría en diez segundos, era porque había salido o porque estaba muerto, pero en aquella casa estaba dispuesto a esperar tres minutos si hiciera falta. Pasado uno, decidió que tal vez tendría más suerte con la inmensa aldaba. La levantó y la dejó caer contra la base.

Se miraron consternados: aquel ruido podría despertar a un muerto. Unos segundos después, se abrió la puerta.

Un hombre corpulento asomó la cabeza, pestañeando por el sol bajo de la tarde. Tendría unos sesenta años y llevaba una chaqueta de punto desaliñada y unas gafas colgadas de una tira de cuero alrededor del cuello. Les sonrió con expresión de curiosidad. Bradshaw había encontrado una foto reciente del obispo mientras iban de camino, por lo que Poe supo que estaban ante el muy reverendo Nicholas Oldwater.

—Usted debe de ser el sargento Poe —dijo—. Me avisaron de su posible visita. —Frunció el ceño—. Aunque dijeron que vendría solo.

Antes de que pudiera decir nada, Bradshaw dio un paso al frente e hizo una reverencia.

—Matilda Bradshaw, su santidad.

Poe se estremeció de vergüenza, pero Oldwater se echó a reír y contestó:

—Me va bien con Nicholas, Matilda. Será mejor que pasen. Sea lo que sea, suena intrigante. Nunca había tenido tanto contacto con la policía. El comisario jefe me ha llamado dos veces, y una tal Stephanie Finn de la Agencia Nacional del Crimen me llamó hace menos de quince minutos.

—Inspectora Stephanie «Flynn», Nicholas. Es nuestra superior en la SCAS, la Sección de Análisis de Delitos Graves —dijo Bradshaw—. Formamos parte de la Agencia Nacional del Crimen, ¿verdad, Poe?

—Así es, Tilly.

—Pues todos parecen bastante reacios a que hablemos —dijo Oldwater—. ¿De qué se trata?

Les guio a través de dos salones y un vestíbulo alargado hasta llegar a su despacho. Estaba trabajando cuando le interrumpieron. Había una lámpara de escritorio encendida y varios libros abiertos.

Se sentó detrás de su escritorio e hizo un gesto señalando las sillas repartidas por la habitación.

—La señora Oldwater está en Londres y el ama de llaves ya se ha ido. Puedo prepararles un café, si les apetece beber algo.

Normalmente, Poe habría dicho que no, pero quería que la cosa fuera informal.

—Yo me tomaré uno, por favor. ¿Tilly?

—¿Tiene té de frutas, Nicholas?

—Me parece que a la señora Oldwater le gusta un té de regaliz de vez en cuando. ¿Le vale con eso?

Bradshaw negó con la cabeza.

—No, gracias, Nicholas, el regaliz me da diarrea.

«Ay, Dios...»

El obispo sonrió.

—Tiene razón, señorita. Evidentemente, a mi edad, ya no tengo ese tipo de problemas.

—Cierto, Nicholas. El estreñimiento es un problema habitual entre los ancianos.

Poe la miró horrorizado.

—¿Qué? —dijo ella, al ver su expresión—. Lo es. El treinta por ciento de la población de la tercera edad hace menos de tres deposiciones por semana.

Poe hundió la cabeza entre las manos. Se volvió hacia el obispo y dijo:

—A veces cuesta un poco conseguir que Tilly no diga lo que piensa, Nicholas.

Afortunadamente, a Oldwater le pareció hilarante y soltó una enorme carcajada.

—Fantástico. Entonces, ¿le traigo un poco de agua caliente? —dijo.

Tilly contestó:

—Sí, por favor, Nicholas.

Fue a buscarlos. Poe oyó que seguía riéndose por el pasillo. Se volvió hacia Bradshaw y levantando los pulgares como diciendo: «¡Así se hace!».

—Muy bonito —dijo.

—¿El qué, Poe?

—Da igual.

El obispo volvió a los cinco minutos, con una bandeja repleta de café, agua caliente y un plato de galletas. Poe fue a coger una. Ah... Rich tea, para cuando te apetece una galleta, pero no sabes si dulce o salada. La dejó a un lado del platito y se concentró en el delicioso café.

Poe miró a su alrededor. Por todas partes había libros y manuscritos de aspecto singular. Derramar una taza de café en esa habitación podía causar daños irreparables; una idea espantosa para Poe, que, de hecho, sostenía una taza de café en las manos. Oldwater vio lo que estaba mirando.

—Voy a hablar ante la Cámara de los Lores sobre el papel que debería jugar la Iglesia en la crisis de los refugiados. Me he estado poniendo al día con algunos precedentes, a ver si puedo

avergonzar al Gobierno para que haga lo correcto, aunque sea menos popular.

—Entonces será todo lo breve que pueda, Nicholas —dijo Poe—. Hemos venido a hablar de Quentin Carmichael.

—¿Qué han encontrado?

No lo dijo a la defensiva y Poe sabía que ponerle en esa posición tampoco era la mejor estrategia. Si manejaba bien la situación, el obispo podía ser un aliado para ellos. Quería limitar la información que le daba, pero a veces convenía seguir el instinto...

—Nicholas, le voy a contar la historia de un reloj desaparecido. Si es posible, agradecería que me dejase contarla hasta el final.

Oldwater sonrió.

—Tengo la sensación de que la tarde no va a ser tan aburrida como pensaba.

Cuando Poe terminó, con breves aportaciones de Bradshaw en algún detalle técnico, Oldwater se inclinó hacia delante, juntó las yemas de los dedos y le hizo varias preguntas incisivas. Daba la impresión de que había entendido todo perfectamente, y que su relato había aclarado algunas preguntas sin respuesta.

—¿Sabe que el hombre que regaló ese reloj a Carmichael fue el predecesor de mi predecesor? Varias organizaciones benéficas con las que había trabajado dieron dinero para comprarlo. La Iglesia no se gastaría tanto en una fruslería.

Poe asintió.

—Y saben que ni la investigación policial ni la de la Iglesia encontraron ninguna prueba de que hubiera malversado fondos...

Poe tenía la teoría de que la Iglesia lo había encubierto tan bien que la policía no logró encontrar nada. Si los católicos podían ocultar abusos a menores, era evidente que la Iglesia anglicana sería capaz de esconder algún robo.

—Ah —continuó Oldwater—. ¿Usted cree que estamos intentando proteger nuestra reputación?

—Se me ha pasado por la mente...

El obispo sacó una carpeta fina de un archivador. La abrió y se la mostró a Poe.

—Estos son los bienes de la Iglesia, sargento Poe.

Era una reluciente hoja de cálculo. La cifra al pie de la misma le impactó. No eran millones, sino billones. No tenía ni idea de que la Iglesia fuera tan rica.

—¿Se pregunta por qué le he enseñado esto?

Poe estaba a punto de decirle que era para demostrar la fortaleza de su organización, pero la respuesta murió en sus labios. Oldwater no parecía enfadado. Tal vez no fuera eso.

—No es para demostrarle lo fuertes que somos, si es eso lo que cree.

¿Es que leía la mente...?

—No se me había pasado por la cabeza.

—Es para demostrarle lo buenos que somos. Tenemos a varios de los mejores contables del país. No pagamos mucho a nuestros clérigos y, de vez en cuando, uno o dos se desvían del camino. Lo que quiero decir es que siempre nos enteramos. Y cuando le digo que se llevó a cabo una investigación en toda regla y no un encubrimiento, puede darlo por hecho. La Iglesia protege sus inversiones celosamente.

Poe miró de nuevo la hoja de cálculo. Era cierto, pensó. Las personas con muchísimo dinero casi siempre sabían dónde se encontraba hasta el último penique de su fortuna, mucho más que la gente como él.

—De acuerdo, pues cuénteme lo que sepa. Dígame por qué la prensa creía que había estado malversando fondos de la Iglesia.

Oldwater parecía intentar aclarar las cosas en su cabeza.

—Sargento Poe, ¿de verdad es usted policía?

—Lo soy. ¿Por qué?

—Porque me da la impresión de que no ha leído sus propios expedientes.

—Nicholas, somos la Agencia Nacional del Crimen. No siempre nos compenetramos bien con otros departamentos. Ahora mismo, estamos teniendo algunos... problemillas de comunicación.

Oldwater asintió. Poe sospechaba que aquel hombre era astuto y sabía que estaba ocurriendo mucho más de lo que le habían contado; aun así, parecía querer ayudarlos.

—Sargento Poe, cuando el señor Carmichael desapareció, tenía medio millón de libras en su cuenta bancaria, y no era dinero nuestro malversado. Actualmente, nadie sabe de dónde provenía ese capital.

Poe se inclinó hacia delante.

—Cuéntemelo todo —dijo con urgencia.

28

—*Quentin Carmichael* era un miembro honorable de la Iglesia —dijo *Oldwater*—. Sí: era ambicioso, pero eso no es siempre malo.

Había cogido una carpeta marrón grande de otra habitación, probablemente un archivo de personal. Lo leyó para refrescar su memoria y se metió de lleno en un resumen.

—¿Era deán? —preguntó Poe.

Oldwater asintió.

—Tenía el decanato de *Derwentshire*. Abarca la mayoría de *Allerdale*, una zona muy adinerada del condado.

—¿Y el trabajo de beneficencia por el que le regalaron el reloj?

—Todo legal y verificado. La investigación reveló que los fondos recaudados no pasaron por ningún banco al que tuviera acceso en ningún momento. *Carmichael* se hacía cargo de causas concretas y ejercía como representante, pero les dejaba los detalles a otros.

Poe hizo una pausa antes de preguntar.

—¿Cabe alguna posibilidad de que aceptara sobornos de las organizaciones benéficas? Algo así como: «Si me das dinero, recaudaré diez veces esa cantidad»...

—La investigación policial planteó tal posibilidad. Pero todas eran organizaciones reputadas y tenían las cuentas inmaculadas. No fueron ellas.

—Las cuentas pueden falsificarse —dijo Poe.

—Cierto, pero pusieron a gente seria a investigarles. ¿Me está diciendo que más de veinte organizaciones benéficas consiguieron burlar a un equipo de auditoría forense?

—No parece creíble, no.

—Pero como era una persona conocida, y el dinero se descubrió poco después de su desaparición, los medios de comunicación ataron cabos y tiraron de cliché.

—¿Qué fue del dinero? —preguntó Poe.

Si el dinero era el móvil, seguirlo podía llevarles hasta el asesino, o al menos a la relación de *Carmichael* con el resto de las víctimas.

—¿Ha oído lo que dije que afirmaban sus hijos? —dijo *Carmichael*.

—¿Que había sentido la llamada de las misiones en África?

—Exacto.

—¿Se lo creyó? —preguntó Poe.

—En ese momento, no. Ahora, no lo sé —contestó *Oldwater*.

—¿No dijeron que había muerto de malaria o algo así?

—De dengue. Y nunca hubo ninguna prueba.

—Pero los tribunales revelaron su patrimonio.

—Así es. —Oldwater suspiró—. Mire, tiene que verlo desde el punto de vista de los hijos. Su padre desapareció y había muchísimo dinero en el banco. La investigación policial no pudo demostrar que se hubiera conseguido de forma ilegal y, por derecho, se tenía que aplicar la sucesión intestada. Su esposa ya estaba muerta, así que, en cuanto se le declarara muerto, el dinero pasaría a sus manos.

—Entonces, ¿lo simularon?

—Es difícil asegurar tal cosa. Según los documentos, cuando la prensa fue a por Carmichael, los chicos lo pasaron mal en el colegio. Quizá no sea tan sorprendente que se inventaran una historia para explicar su desaparición. Aunque no sé si lo planearon tan por adelantado pensando en acceder a su dinero.

—¿Cree que ellos escondieron su pasaporte y su chequera?

—Es posible. Y una vez contada la mentira, no les quedaría otra elección que aferrarse a ella.

No parecía muy normal que tres niños sostuvieran la misma mentira al ser interrogados por la policía. Lo más probable era que uno de ellos lo hiciera, y luego mintiese a los otros dos.

—He leído todas sus declaraciones —continuó Oldwater—, y se cuidaron de no afirmar que hubiese dejado el país. Únicamente dijeron que creían que había dejado el país.

—Y decir a la policía lo que crees no es delito. —Poe terminó su frase—. ¿Qué hay del dengue? Seguro que eso sí podía comprobarse.

—Muchos misioneros cristianos se van a África y no vuelven. La guerra, el crimen y las enfermedades son los tres grandes males —explicó Oldwater—. Si se lo inventaron los chicos, fueron muy astutos.

—¿Por qué lo dice?

—¿Conoce la fiebre del dengue, sargento Poe?

Negó con la cabeza.

—Pues solo necesita saber dos cosas. Que es una manera horrible de morir y que es sumamente contagiosa. En África, en aquellos tiempos, cualquiera que sucumbiera a una enfermedad como esa era incinerado inmediatamente.

—Así que...

—Así que lo único que necesitaban era algún documento del fallecimiento de un varón blanco sin identificar y de la edad adecuada, para empezar a hacer campaña para que se le declarase muerto. En África, ese tipo de documento prácticamente no existe, sobre todo en zonas de guerra.

Poe no dijo nada.

—Y no olvide que, a esas alturas, Carmichael ya llevaba años desaparecido. Recurrieron a los tribunales, enseñaron pruebas circunstanciales. Y, en 2007, obtuvieron el certificado de defunción de su padre. Y el patrimonio quedó en sus manos para hacer lo que quisieran.

—¿Y qué? ¿Lo despilfarraron?

—No, ni mucho menos.

—¿Entonces?

Oldwater parecía estar tomando una decisión.

—Me da la impresión de que es usted de esas personas que no dejan pasar las cosas

fácilmente, sargento Poe.

—No es una de mis virtudes, Nicholas —admitió Poe.

—Bien —dijo Oldwater.

—¿Por qué?

—Esta semana está de suerte. —Sonrió—. ¿Puede conseguir un traje?

29

Cuando Poe dejó a Bradshaw en Shap Wells, Cumbria empezaba a mostrar su verdadero carácter. El tiempo había cambiado y el viento del este amenazaba con tornarse temporal. Edgar gruñía mirando el cielo oscuro, pero un largo paseo consiguió ponerle de buen humor.

Al sentir que el viento empezaba a atravesar su fino abrigo, Poe decidió dar la vuelta: no existía el mal tiempo, solo la mala selección de ropa. Cuando emprendían el regreso, sonó un mensaje en su móvil. Era de Flynn: «Voy de camino a tu casa, Poe. Tenemos que hablar».

Tampoco tenía que echarle mucha imaginación para adivinar lo que quería, y se preguntó distraído si tendría suficiente tiempo para construir un foso alrededor de Herdwick Croft e impedir que llegara. La casa era suya, pero cuando llegaron a la puerta, llamó con varios golpes.

Flynn estaba hecha una furia.

—¿Dónde demonios has estado?

Poe pasó por delante de ella y abrió la válvula de una bombona de butano. Tras encender el fuego y poner a hervir un poco de agua, se volvió hacia ella:

—¿Perdona? No me estarás diciendo lo que puedo o no puedo hacer cuando estoy de baja...

Flynn no se achantó, tal y como él esperaba.

—¡No me vengas con esas excusas, Poe! Has ido a ver a un testigo.

—¿A quién? —dijo Poe. No pudo evitarlo.

Afortunadamente, Flynn parecía creer que solo estaba intentando provocarla.

—Sabes perfectamente a quién me refiero. Francis Sharples llamó a la comisaría de Carlisle preguntando cuándo irían a detenerle.

¡Mierda..., se había olvidado de Sharples! Intentó contener la sonrisa.

—¡No tiene gracia! Han quedado como un hatajo de idiotas.

—Es que son un hatajo de idiotas.

—No, Poe, no lo son. Tienen una misión imposible, y los medios de todo el mundo están cuestionando cada cosa que hacen. Gamble no se puede permitir que alguien vaya por ahí contando estupideces a los testigos.

—Pero Van Zyl...

—Van Zyl te quería aquí para que ayudaras a crear estrategias, Poe. Para que pensaras en todo aquello que nadie más piensa —contestó—. No quiere que vayas por libre. Se ha pasado una hora al teléfono con el jefe de la policía de Cumbria.

—Lo siento —dijo Poe—. Tienes razón; no hay excusa. Debería habérselo dicho a alguien.

Eso pareció apaciguarla.

—Cuéntame qué has descubierto. Tu mensaje de voz sobre el reloj era un poco vago.

Poe le contó todo su día, aunque se le olvidó mencionar la visita al obispo. Sabía que Flynn no perdonaría que hubiese desobedecido una orden expresa. No después de haber actuado a sus espaldas al pedir la orden de exhumación. Puede que Bradshaw se lo contara más adelante (tampoco le había dicho que fuera un secreto), aunque esperaba que no lo hiciera. De todos modos, él estaba de baja y Bishop House formaba parte de la oferta turística. A pesar de la rabia, Flynn parecía impresionada por lo que habían descubierto.

El hervidor empezó a silbar y se dieron un descanso. Mientras se enfriaba el café, Poe se tomó su tiempo para asegurar todas las contraventanas y cerciorarse de que todo estuviese bien sujeto fuera. La casa no le preocupaba: llevaba siglos allí (los constructores de otras épocas parecían saber cómo hacer estas cosas), y todas las modificaciones que había hecho estaban en el interior o bajo tierra. Alzó la vista y vio una de las inevitables ovejas de Herdwick, masticando hierba del monte, ajena al temporal. ¿Por qué iba a afectarle? Aquella raza era dura como el acero. Se decía que habían sobrevivido semanas de ventisca comiendo su propia lana. Un poquito de viento no las molestaría.

Edgar salió a ver lo que hacía, pero cuando el viento casi le arranca las orejas volvió a entrar. Poe terminó de sujetarlo todo. Tras atar la bombona de butano que tenía de sobra, volvió y cerró la puerta.

Flynn estaba dando sorbitos a su café mientras miraba el panel de la pared. No habían añadido nada desde la última vez que estuvo allí.

—Sopla un vientecillo —dijo Poe quitándose el abrigo.

Ella se acabó el café y dejó la taza en el fregadero.

—Bueno, ¿cuál es la siguiente jugada?

—¿Seguro que quieres saberlo?

—No, pero dímelo.

—Tilly y yo vamos a ir a un evento benéfico con el obispo de Carlisle.

Flynn se cubrió la cabeza con las manos y gimió.

30

Después de llevar a Flynn de vuelta a Shap Wells, Poe se probó su viejo traje. Estaba arrugado, tenía manchas de grasa y le quedaba grande. No sabía cuánto peso había perdido desde que volvió a Cumbria, pero antes le quedaba tan prieto que le dejaba marcas; ahora colgaba de él como si fuera una percha. Parecía el antes y el después de una pastilla milagrosa para adelgazar, sin duda por el duro trabajo físico que había estado haciendo durante el último año para mantener habitable Herdwick Croft.

Era evidente que necesitaba un traje nuevo. Por suerte, el evento benéfico no era hasta la noche siguiente. Tenía un día entero para comprarse algo. Llamó a Bradshaw por teléfono para cerciorarse de que ella sí tenía vestido.

Dijo que no.

—Seguro que hay algo en Kendal —dijo Poe—. ¿Te recojo a las diez?

—Sí, gracias, Poe. ¿Podemos comer fuera otra vez?

—Eh..., claro.

—Bien.

—¿Has hablado con la inspectora Flynn? —preguntó.

—Aún no. Hemos quedado para cenar más tarde.

—Pues recuerda: si te pregunta alguna cosa, no mientas.

—No lo haré —prometió ella.

A pesar de que, en cierto momento de la noche, el «vientecillo» se convirtió en ventarrón, Poe durmió de maravilla. Al despertar, tenía la sensación de que el temporal había sido cosa de su imaginación.

Abrió las contraventanas para que entrara el aire. Había salido el sol y el cielo tenía un color azul silíceo. El aire era cálido como el pan recién hecho.

Se puso un par de prendas viejas y salió a comprobar los desperfectos en el exterior de la casa. Asintió satisfecho. La casa había sobrevivido sin un solo rasguño. La oveja de la noche anterior seguía en el mismo sitio. Apenas se molestó en alzar la vista de su alimento.

Poe cogió la carpeta que había estado reuniendo y releyó los apuntes que había tomado por la noche para ver si descubría algo nuevo con la mente fresca. No encontró nada, y decidió prepararse un buen desayuno. Normalmente, Edgar y él habrían ido paseando hasta Shap Wells para desayunar allí, pero no quería toparse con Flynn. La noche anterior, las cosas habían quedado bien entre ellos, y no quería que eso cambiara.

Se decidió por un buen pastel de morcilla de carnicería, dos huevos de pato frescos y tostada con mantequilla.

Una hora más tarde, estaba a la puerta de Shap Wells esperando a Bradshaw.

Cada uno fue de compras por su lado y quedaron en comer juntos. Poe encontró un traje en la primera tienda en la que entró. Había considerado la posibilidad de comprar uno específicamente para la gala, pero su nueva obsesión por la vida austera le llevó a quedarse con algo sensato y que se pudiese lavar a máquina.

Como aún quedaba una hora hasta encontrarse con Bradshaw, se pasó por la comisaría de Kendal para ver a Reid.

Su amigo no estaba y el sargento del mostrador le dejó bien claro que no era bienvenido para pegar la hebra con sus excompañeros. «Vete a la mierda, Poe», no dejaba mucho margen para interpretaciones. Así pues, ya que hacía buen día y, al fin y al cabo, estaba de vacaciones, fue a dar un paseo por el pueblo.

Durante la comida, Bradshaw le enseñó lo que había comprado. Su vestido era un estallido de rojos, dorados y verdes. Al fijarse, vio que era un mosaico de portadas de cómic. Seguro que le quedaría bien.

—Muy bonito, Tilly. Colorido —dijo. Entonces metió la mano en su bolsa y le tiró una camiseta—. Toma, te he comprado algo.

Ella la desplegó y se echó a reír de felicidad al ver que ponía: «Nerd Power» (poder empollón). Pero entonces desaparecieron las risillas. Poe pensó que la había cagado.

—Lo siento —dijo suavemente—. Creí que te gustaría.

—¡Me encanta, Poe! —dijo ferozmente.

Ella volvió a doblar y la dejó cuidadosamente en el fondo de su bolsa, debajo de su vestido de superhéroes. Poe veía a Spider-Man mirándole.

La noche prometía...

31

Poe nunca había ido al Theatre by the Lake. El teatro era una construcción contemporánea. Aunque recordaba un poco a una oficina de Gobierno municipal, la piedra típica del Distrito de los Lagos que habían utilizado le daba cierto encanto. El entorno compensaba lo soso del edificio. Estaba a las afueras de Keswick, al lado del lago Derwentwater, y al pie de las Western Fells.

Poe siempre había pensado que las montañas cercanas a Keswick, Grasmere y Amblesid eran demasiado perfectas, como si alguien las hubiera puesto de fondo con Photoshop. Prefería los paisajes más salvajes al oeste y al sur. Los únicos turistas que encontraba en el monte cerca de Shap estaban, o muy perdidos, o muy entregados.

A pesar de todo, el lugar era realmente bonito.

La flor y nata de Cumbria, o al menos aquellos que creían serlo, acudió esa noche al teatro en masa. La mitad iba de esmoquin; la otra lucía una gama deslumbrante de trajes modernos. Azules, verdes, hasta morados. Un hombre incluso llevaba un fez en la cabeza.

«La clase esnob, siempre intentando ser diferente, y siempre igual», pensó Poe.

A pesar del eclecticismo del vestuario, Bradshaw y él destacaban como si estuvieran retroiluminados. Poe sabía que no iba lo suficientemente acicalado. Su traje parecía barato porque lo era. Incluso el tipo que comprobaba las invitaciones llevaba un atuendo más elegante.

«Que les den.» Estaba buscando a un asesino en serie, no tratando de hacer amigos.

A Bradshaw le había salido un poco mejor la jugada. Su vestido de cómic tenía la ventaja de darle un aire estrafalario. Y como había hecho un esfuerzo con el peinado, dejándolo caer suavemente sobre sus hombros, en vez de llevarlo recogido en una severa coleta, y se había cambiado las eternas gafas de Harry Potter por lentillas, despertaba miradas de admiración entre algunos hombres. Aunque ella no se daba cuenta.

Cuando Nicholas Oldwater dijo que Poe estaba de suerte, se refería a la gala benéfica para recaudar fondos para niños desfavorecidos en el viejo condado de Westmorland. La velada estaba organizada por los hijos de Quentin Carmichael.

Así contestó a la pregunta de Poe sobre qué habían hecho con el dinero: habían creado la Fundación Carmichael.

—En 2007, cada uno de los hijos se quedó con cien mil libras y el resto lo invirtieron en la fundación sin ánimo de lucro —dijo.

—Un gesto generoso —admitió Poe.

—No mucho. En 2007, cualquier cantidad por encima de las trescientas mil libras estaba sujeta a un impuesto de sucesiones del cuarenta por ciento. Al quedarse cada uno con cien mil y meter el resto en su fundación, se evitaron pagar impuesto alguno.

—Y todos deben de estar en el consejo de administración.

—Y con un jugoso sueldo anual —terminó Oldwater—. Aunque supongo que es comprensible. Su padre les jugó una mala pasada. Solo estaban protegiendo lo suyo todo lo posible. Y la fundación hace el bien.

El reverendísimo obispo de Carlisle tenía la noche libre, y no llevaba el atuendo eclesiástico, sino un traje anticuado que, así y todo, era veinte veces más elegante que el de Poe.

Les guiñó un ojo nada más verlos. Si estaba decepcionado con su aspecto, no lo demostraba. Se acercó a ellos:

—Típico de un ex de la Guardia Negra, siempre puntual.

Interesante: le había estado investigando. Y, aun así, había venido. Poe volvió a pensar que tal vez tuviese un aliado.

Sacando la invitación con bordes dorados del bolsillo interior de su chaqueta, Oldwater dijo:

—¿Vamos?

La gala celebraba el décimo aniversario de la fundación. Poe no sabía cómo se sentirían los niños desfavorecidos de Westmorland al ver el despliegue de canapés y champán para los invitados, pero desde luego a él le hacía sentir incómodo.

—Obsceno, ¿no cree? —dijo Oldwater.

Poe asintió.

—No es tan terrible como parece. Esta gente —dijo moviendo los brazos— no suelta su dinero si no se la mima. Es un viejo truco de las organizaciones benéficas. Les hacen creer que tienen tanto dinero que solo apreciarán las donaciones sustanciosas. Cuanto más gastan en volovanes y caviar, más beneficios sacan.

Si la cosa funcionaba así, pues que así fuera. Las asociaciones benéficas nunca habían formado parte importante de la vida de Poe. Tenía un pago domiciliado a la Real Legión Británica y siempre donaba su ropa vieja a la tienda local de Oxfam, pero jamás había acudido a ningún evento como aquel.

Oldwater dijo:

—Tengo que estrechar varias manos y luego pronunciar un discurso. ¿Nos vemos más tarde en el bar y tomamos un whisky? Puedo presentarles a quien quieran. Mientras tanto, sugiero que se aprovechen de la hospitalidad de los Carmichael durante una horita.

32

La experiencia de Poe en el bufé fue desalentadora. Los Carmichael habían puesto comida que ni entendía ni le gustaba; para él, lo de las ostras era prácticamente como degustar flema salada, y la langosta no era más que una gamba enorme. Las opciones vegetarianas eran igual de pretenciosas, así que Bradshaw y él decidieron aprovechar la barra libre. Poe pidió una pinta de Cumberland ale, y Bradshaw, un vaso de agua con gas.

Bebida en mano, empezaron a deambular por el teatro. La mayoría de los espacios estaban abiertos. Habían instalado un podio sobre el escenario del auditorio. A derecha e izquierda, junto a la pared, había mesas cubiertas con manteles. En las de la izquierda se veía gente recogiendo donativos sin parar. Sobre las mesas de la derecha había vitrinas ensalzando las virtudes de Quentin Carmichael y de la fundación creada en su honor.

Poe fue hacia la izquierda y cogió un sobre para donativos. Había un espacio para escribir su código postal, y así obtener desgravaciones fiscales. Era algo llamado Programa Gift Aid. No lo hizo. Ni tenía código postal ni le apetecía. Metió un billete de veinte libras y cerró el sobre. Dejó el nombre en blanco. Un hombre vestido de esmoquin vio su donativo y se quedó mirándole de arriba abajo.

—¿Algún problema? —dijo Poe, que le clavó la mirada hasta que el tipo se sonrojó y se alejó.

«Capullo.»

Notó que alguien más le miraba desde el otro lado de la sala.

Cuando estaba a punto de repetir la estrategia, le reconoció.

—Mierda —murmuró.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Bradshaw.

—Es el jefe de la policía de Cumbria.

—Ah —dijo Bradshaw—. ¿Y qué?

—Que me odia.

—Caray, qué casualidad.

«Pero ¡bueno!... ¡Mira la descarada!» Por primera vez, Bradshaw le estaba tomando el pelo. Poe sonrió para mostrar que no le importaba.

—Es un imbécil rencoroso. Quería que me quedase en Cumbria e intentó impedir que entrara en la Agencia Nacional del Crimen. —Hizo una pausa—. Mierda, viene para acá.

El jefe de la policía caminaba como si necesitara desesperadamente un laxante. Lucía el uniforme al completo, incluidas las medallas que Poe estaba seguro de que no se había merecido,

y llevaba la gorra bajo el brazo. Tenía el pelo ralo peinado en una cortinilla criminal, nariz de borrachuzo y la barbilla doblada hacia arriba como si fuera la bota de un bufón. Se llamaba Leonard Tapping y tenía el encanto de un guardia fronterizo de Alemania del Este.

—Poe —dijo.

—Leonard —respondió.

Se le hincharon las fosas nasales.

—Para ti, «señor».

Poe estaba a punto de decir que ya no era su superior, pero decidió no pelear. Achacó aquella madurez recién descubierta a la influencia de Bradshaw.

—¿Qué demonios haces en un evento como este? —dijo Tapping. Antes de que pudiera contestar, añadió—: Creía que los Carmichael tenían valores.

—Es evidente que no —respondió Poe. Dio un sorbo a su cerveza y dijo—: Tilly y yo estamos aquí como invitados.

Bradshaw le extendió la mano, pero Tapping la ignoró.

—¿Qué imbécil te ha invitado, Poe? Me gustaría hablar con él.

—Por supuesto —dijo Poe. Se volvió hacia Bradshaw—. Tilly, ¿puedes ver si está libre el obispo de Carlisle?

Tapping se quedó pálido.

Ella asintió:

—¿Le digo de qué se trata, Poe?

—Claro. Dile que el jefe de la policía de Cumbria quiere hablar con él.

Tapping palideció aún más. Miró a Bradshaw y luego a Poe.

—¡Qué valor! —exclamó entre dientes—. ¡Se te ordenó que no te acercaras al obispo!

—¿Era eso lo que decía el mensaje del comisario Gamble? Tenía muy mala cobertura, señor.

Bradshaw empezó a caminar hacia el obispo.

—El obispo de Carlisle tiene mucha influencia sobre el arzobispo, ¿no, señor? Me pregunto qué le parecerá que le haya llamado imbécil.

La mandíbula de Tapping se tensó.

—Y tengo entendido que el arzobispo está en la junta asesora para la vacante de subcomisario de la policía metropolitana, ¿no?

Las aspiraciones de Tapping eran bien conocidas. Y entre ellas no estaba quedarse en Cumbria.

—¡Basta! —exclamó.

La gente se volvió a mirarlos.

Bradshaw miró a Poe, esperando indicaciones. No dijo nada.

—Por favor —añadió Tapping, con un gemido.

—Tilly —dijo Poe.

—¿Sí, Poe?

—Después de decirle que venga, ¿podrías traerme otra pinta de Cumberland ale, ya que estás cerca de la barra?

—Claro, Poe.

La chica se volvió y fue directa hacia el obispo, que estaba momentáneamente solo.

En silencio, contemplaron cómo abordaba a Nicholas Oldwater. Le dio un golpecito en el brazo y él se volvió. Se inclinó para oír lo que decía, y los dos alzaron la vista hacia Poe y Tapping. Poe los saludó con la mano. Tapping no. Bradshaw y Oldwater empezaron a acercarse. No fue un proceso rápido, porque todo el mundo quería hablar con el obispo.

—Muchas gracias, Poe —farfulló Tapping—. Que te jodan.

—Calculo que tienes unos treinta segundos —dijo Poe.

—¿Treinta segundos para qué? —No intentaba ocultar el pánico.

—Para convencerme —contestó Poe.

—¿De qué? Venga... —No podía apartar la mirada del obispo que iba acercándose.

—De no contarle al obispo que has insultado a sus invitados y lo has llamado imbécil.

—¿Cómo?

—Quiero volver al caso del Hombre Inmolación.

Dos segundos más. El obispo estaba más cerca.

—¡De acuerdo!

—Esta noche —dijo Poe—. Quiero una llamada de mi inspectora diciéndome que en Cumbria han cambiado de idea. Y que tengo el mismo acceso que antes.

Tapping hizo rechinar los dientes.

—Vale.

—Yo de ti, sonreiría, Leonard. El obispo tiene mucha influencia...

—Bueno, pues ha sido divertido —le dijo a Bradshaw.

El obispo acababa de dejarles para pronunciar su discurso, y Tapping estaba haciendo la llamada.

—Venga —dijo—. Vamos a ver si averiguamos algo sobre los Carmichael. Quiero hablar con los tres antes de que acabe la noche.

Eso era más fácil de decir que de hacer. Sin perjuicio del obispo de Carlisle, los Carmichael eran las verdaderas estrellas del espectáculo. En cuanto acababan de hablar con un fan, otro ocupaba su lugar. Mientras esperaban a que se presentara una oportunidad de abordarlos, se quedaron deambulando por la parte derecha del auditorio, donde estaban las vitrinas.

Las recorrieron todas, empezando por el extremo más alejado del escenario. Estaban dispuestas en orden cronológico. Poe se dio cuenta de que habían empezado por el extremo equivocado. Lo primero que vio fue la invitación para la velada de aquella noche. En las siguientes vitrinas, había fotos de los Carmichael posando con varios dignatarios y famosuchos de tercera, con cheques enormes o flautas de champán.

Cuando estaba a punto de acabar la última década, Poe notó un suave tirón en el codo. Era el obispo.

—Sargento Poe, le presento a Jane Carmichael.

Era una mujer alta de cuarenta y tantos años. Llevaba el pelo rubio recogido en un moño alto, estilo colmena, y su discreto vestido probablemente debía de costar más que Herdwick Croft.

Carmichael sonrió educadamente, extendiendo la mano, pero no de la forma habitual, sino con la palma hacia abajo, como si fuera de la realeza. Poe contuvo el impulso de hacer una reverencia. Estrechó suavemente sus dedos. Ella ignoró a Bradshaw, que se alejó de ellos, ajena al desaire.

—Encantada —dijo Carmichael—. ¿Qué le trae a mi gala, sargento Poe?

No contestó. Estaba observando a Bradshaw.

Carmichael tosió. Era evidente que no le gustaba que la ignorasen, pero era un lastre con el que tendría que aprender a vivir. Bradshaw estaba mirando algo en la vitrina y se había quedado pálido. Se volvió hacia Poe y le miró.

Había encontrado algo.

—¿Qué ocurre, Washington? —preguntó Oldwater.

—Disculpen —dijo Poe, yendo hacia Bradshaw.

El obispo le siguió.

—¿Qué pasa, Tilly? —preguntó en cuanto llegó donde estaba ella.

De repente, sonó su teléfono. Miró la pantalla: era Flynn. El jefe de la policía había cumplido su parte del trato. Puso la BlackBerry en silencio.

Bradshaw no apartaba los ojos de una fotografía en la vitrina. Era de un barco, parecía uno de esos de vapor que recorrían los lagos más turísticos. Poe se inclinó hacia delante y la estudió detenidamente. No veía lo que le había llamado la atención a Bradshaw.

El obispo también se acercó más.

—¿Qué hay en la foto, Tilly? —preguntó Poe—. Dime lo que ves.

—Mira, Poe.

Señaló algo, pero no era la foto lo que quería que mirase, sino la tarjeta de invitación que había debajo. Era para otro evento benéfico: una travesía en barco por el lago Ullswater. La fecha era anterior a la creación de la fundación; probablemente, fuera una de las últimas que organizó Carmichael.

Poe volvió a acercarse y la leyó. Era como la invitación para el evento en el que estaban, si la hubieran impreso... Poe miró la fecha: hacía veintiséis años. El motivo era una subasta benéfica, y la entidad beneficiaria, un hogar de menores local. El evento se llamaba: «¿Te sientes afortunado?»

». Era la típica gala benéfica que se celebraba por todo el país. Una fiesta ofrecida por la organización en la que los comercios donaban cosas y la gente rica licitaba por ellas. Cenas para dos en sofisticados restaurantes, escapadas de fin de semana, ese tipo de cosas. Nada que emocionara a Poe.

La tarjeta decía: «Solo con invitación».

—¿Qué pasa, querida? —preguntó Oldwater.

Y entonces, como si se abrieran las nubes y el sol entrara de repente, Poe cayó en la cuenta. Ya sabía lo que Bradshaw estaba mirando.

Era el título: «¿Te sientes afortunado?»

». Lo había leído, sin verlo.

—Maldita sea —susurró Poe.

Al ir a la gala esperaba aguantar conversaciones forzadas y esnobismo, pero había encontrado algo muy distinto.

—¿Qué pasa, Washington? ¿Qué has visto? —preguntó Nicholas Oldwater.

—Todo, Nicholas —contestó suavemente Poe—. Lo he visto todo.

Porque «¿Te sientes afortunado ?
»no acababa con un signo de interrogación. Sino con un punto *percontation*.

33

Poe pensaba que el descubrimiento de la víctima en el interior del ataúd de Quentin Carmichael sería un atajo hacia la verdad. Se equivocaba. Independientemente de los obstáculos que se había encontrado, creía que el Hombre Inmolación le había dirigido hacia el cementerio de Kendal. Probablemente, no esperara que Poe llegase tan rápido, pero sí que lo encontrara.

Hasta aquella misma tarde, estaba convencido de que todo lo que habían descubierto había sido orquestado, pero, por muy listo que fuese el Hombre Inmolación, sabía que entre sus planes no estaba que Bradshaw viera el signo *percontation* en la invitación para un evento de veintiséis años antes. Y si no lo estaba, por primera vez en la investigación, el Hombre Inmolación ya no llevaba la delantera. Poe no estaba seguro todavía de si había cometido un error o no, pero, si no era así, había estado a punto.

Todos los documentos de las vitrinas eran ahora pruebas; por ello pidió al jefe de la policía que aplicase su autoridad y declarase el lugar «escena del crimen». Mientras Tapping daba vueltas sin conseguir nada, Jane Carmichael llamó a su hermano Duncan y empezó a gritar que Poe estaba intentando aguarles la velada.

Era un tipo rollizo de rostro amorcillado.

—¿Sabe usted quién soy? —le dijo.

Poe se crispó. Sabía que no debía, pero se volvió hacia Bradshaw.

—Tilly, ¿puedes llamar al equipo de asistencia psicológica? Tenemos un individuo que no sabe quién es.

—Voy, Poe.

Con el rabillo del ojo, Poe vio cómo sacaba y encendía su *tablet*.

—¿Tilly?

—¿Sí, Poe?

—Guarda la *tablet*.

—De acuerdo, Poe.

Los tres hijos de Carmichael, pues para entonces ya había llegado Patricia, empezaron a quejarse de la intrusión en su gran día. Poe se mantuvo impertérrito.

—¡Maldita sea! ¡Es usted un mal bicho repugnante! —exclamó Duncan Carmichael.

Poe dudaba de que eso fuera lo peor que le llamarían esa noche. Se puso a telefonear a Flynn. Señaló su móvil y dijo:

—*Shh*.

—¡Oh, estoy harta de este impertinente! —dijo Patricia Carmichael—. Voy a decirle a

Nicholas que ponga fin a esta estupidez.

—Él fue quien me invitó —contestó Poe, que aún no había logrado dar con Flynn.

Eso no impidió que fueran a por el obispo. Oldwater hizo lo que pudo para aplacarla, pero era evidente que estaba del lado de Poe.

Aparentemente, confiaba en su juicio.

Al final, también lo hizo el jefe de la policía. Tal vez fuese un trepa egoísta, pero no era tonto. Cuando Poe le dijo que la identidad del Hombre Inmolación podría estar escondida entre aquellas vitrinas, y que dejarse ver con los Carmichael podía ser políticamente desaconsejable en un futuro próximo, hizo su cometido y pidió refuerzos. Al ver que los Carmichael seguían protestando, amenazó con detenerles.

Se acercó a Poe y susurró:

—Más vale que tengas razón.

Mientras tanto, Bradshaw empezó a fotografiar los artículos de las vitrinas a través del cristal. Así tendrían su propio material y no dependerían de que Gamble quisiera compartirlo. Pero daba igual: Poe sabía que todo acabaría reduciéndose a aquel oscuro signo de puntuación.



Era inocuo y estaba completamente fuera de contexto en una subasta benéfica. Y, sin embargo..., el último punto *percontation* que habían encontrado los había conducido a siniestros destinos. Poe sabía que este también lo haría.

No sabía si sería fácil averiguar más sobre un evento benéfico de hacía veintiséis años, pero si estaba en la Red, Bradshaw lo encontraría. Dudaba que los Carmichael les fueran a brindar mucha ayuda: tenían mucho que perder. De todos modos, en aquella época, ellos todavía eran niños.

Una voz ronca le hizo volverse. El comisario jefe Gamble había entrado en escena. Reid iba con él. Y Flynn no tardaría en llegar. Gamble ignoró a Poe y se dirigió con pasos pesados hacia el jefe de la policía. No oía lo que decían, pero, a juzgar por sus exagerados gestos, Gamble no entendía qué era lo que estaban buscando. Fue decidido hacia Poe.

—No sé cómo lo has conseguido, Poe, pero el jefe dice que tienes pleno acceso otra vez —dijo, apretando los labios.

Por unos segundos, se fulminaron con la mirada, pero Poe sabía que a Gamble tampoco le importaba tanto. Aunque estaba furioso, gran parte de su enfado era con sus propios agentes, por haberse quedado tan atrás en aquel asunto. No quería acabar mal con él, así que lo más adecuado era un gesto en son de paz.

—Señor, por lo que a mí respecta, esta es su investigación —dijo—. Estaré encantado de ayudar como sea, pero sí insistiría en que considere utilizar a la SCAS tal y como se había planeado: para ofrecerles apoyo y asesoramiento analítico.

—De acuerdo —contestó Gamble. Hizo un gesto a Reid para que se acercara—. Sargento Reid, volverá a actuar de enlace con la SCAS, pero esta vez hágalo bien.

—Señor —dijo Reid asintiendo con gesto impávido.

No era culpa suya que Poe hubiera exhumado un cadáver e irrumpido en una gala, pero era

mejor no protestar.

Bradshaw los interrumpió.

—Ya está todo escaneado, Poe.

Asintió.

—Pues, entonces, vámonos de aquí.

—¿Adónde? —preguntó Reid.

—Al pub —contestó Poe—. Necesito beber algo.

The Oddfellows Arms en Keswick seguía sirviendo comida, pero comida de verdad, y cogieron una mesa tranquila en el jardín enlosado que daba a uno de los aparcamientos del pueblo. Poe pidió uno de los enormes pasteles de Yorkshire rellenos de estofado de cordero para Reid y para él, y lasaña vegetal para Bradshaw.

—¿Qué es lo siguiente que necesitamos averiguar? —preguntó.

—Ni siquiera sé lo que sabemos ahora mismo, tío —dijo Reid.

—Cierto —contestó Poe.

Entre Bradshaw y él revisaron lo que había pasado recientemente. Para cuando terminaron, media hora después, ya había llegado la comida y Poe pidió hacer una pausa hasta terminar de comer para no acabar con salsa por todas partes.

Pidieron más bebida. Bradshaw, que había estado con la *tablet* desde que se sentaron, dijo:

—Hace veintiséis años había dos compañías que organizaban paseos por el Ullswater. Una de ellas cerró hace varios años. El padre murió (antes de que lo preguntes, por causas naturales), y los hijos no querían seguir con el negocio, así que lo dieron de baja. La otra sigue funcionando bien y lo ha hecho durante los últimos ciento cincuenta años.

—Vale —dijo Poe—. Si asumimos que el barco es importante, deberíamos investigar a ambas compañías.

—Yo me encargo —dijo Reid—. Puedo acceder al Departamento de Licencias del Consejo Municipal del Distrito de Eden y enterarme. Si hace falta hacer seguimiento de cualquier cosa, pongo un par de agentes a ello.

Poe asintió. Esperaba que Reid se ocupara de eso. Sería más fácil que lo hiciera alguien de Cumbria.

—¿Crees que pasó algo en ese barco? ¿Un accidente? —dijo Reid—. La gente rica no suele ser muy hábil cuando hace una estupidez. Lo primero que se les ocurre es tratar de encubrirlo.

Poe negó con la cabeza.

—No, si pasó algo, el hecho de que haya un punto *percontation* en la invitación significa que fue planeado. Al menos, una persona lo sabía de antemano.

—¿Quentin Carmichael? —preguntó Reid.

—Puede ser. Pero no es seguro.

—¿Tú qué crees? —insistió Reid.

—La mayoría de los asesinatos son por dinero o por sexo. Por ahora, no veo motivos para indagar más. Quentin Carmichael murió con casi medio millón de libras en el banco. Y nunca se ha justificado ese dinero.

—¿Entonces?

—Pues creo que tenemos que ir a hablar con alguien en ese hogar para menores. A ver si realmente les llegó algo de esta subasta benéfica.

34

Era la mañana siguiente de una larga noche. Bradshaw, Reid y Flynn llegaron a Herdwick Croft, donde Poe los esperaba. Flynn debía marcharse a Hampshire horas más tarde, ya que se estaba formando cierto escándalo público con el tema de Quentin Carmichael. Como era de esperar, los hijos estaban armándola, tratando de evitar que la investigación tocara a su padre. Tenían contactos en Westminster, algunos de los cuales compartían el mismo interés por preservar el buen nombre de Carmichael para que no les afectara la onda expansiva, y un joven ministro había convocado una reunión con el director de la Agencia Nacional del Crimen. Quería a Flynn con él.

Ella quería llevarse a Bradshaw de vuelta a la SCAS, pero esta se negó.

—No podemos justificar el gasto de una habitación de hotel, Tilly —dijo Flynn—. Puedes ser igual de útil en las oficinas.

—Podría quedarme con Poe y Edgar, ¿verdad, Poe? —contraatacó Bradshaw.

No hizo falta que Poe le explicase por qué tal vez no era tan buena idea que una joven ingenua se quedara con un cascarrabias de mediana edad, porque Flynn puso los ojos en blanco y dejó caer la cabeza diciendo:

—De acuerdo, un par de noches más.

Mientras tanto, les pidió que siguieran trabajando e intentaran no alterar a todo el que se encontraran.

Poe sonrió con ironía: no podía prometerle nada.

Después de pasarse la mitad de la noche buscando en Internet, Bradshaw había encontrado por dónde empezar. El hogar de menores que figuraba como beneficiario en la invitación se llamaba Seven Pines, y ya no existía. Aunque era propiedad de una asociación benéfica religiosa, como todos los albergues de menores, estaban bajo la supervisión de las autoridades municipales.

Que ya no existiera despertó las sospechas de Poe, pero al hablar con el asistente social de turno en la oficina de Servicios Infantiles de Carlisle, esta le dijo:

—Cumbria ya casi no tiene hogares, sargento. La mayoría de nuestros niños están con familias de acogida. Es más económico y se consigue un ambiente mucho mejor para ellos. Si un niño de Cumbria no puede ser ubicado en una familia y necesita hogar, normalmente se va a otro condado. Aunque cuesta un dineral.

—De acuerdo —dijo Poe. Estaba aprendiendo algo—. Y si quisiera hablar con alguien acerca

de Seven Pines y un evento benéfico organizado para recaudar fondos para el hogar, ¿a quién debería dirigirme?

—Es que eso es antes de que yo llegara... —contestó.

Pero luego no resultó ser una boba negativa y prometió hablar con alguien que llevara más tiempo allí. Apuntó su número de teléfono y dijo que le llamaría.

Mientras esperaban, Poe puso una jarra llena de café fuerte sobre la mesa; todos tomaron una taza, hasta Bradshaw. Reid había llevado donuts y un paquete de café recién molido para reponer el que se habían bebido en los últimos días. Al olerlo, Poe suspiró. Era buen grano. Guatemalteco y tostado a mano en la tienda a la que él mismo iba. Se lo agradeció, y dijo que no era necesario, pues jamás se había quedado sin café. Tenía reservas para la reserva. Aun así, era todo un detalle. Lo puso delante de sus provisiones. Sería el siguiente que abriría.

Además del café y los donuts, Reid había traído una copia del expediente de Quentin Carmichael: estuvieron media hora familiarizándose con su contenido. No había nada que llamara la atención. A Poe le alegró ver que la investigación inicial no había pasado nada por alto. No lograron explicar de dónde venía el dinero, pero tampoco había pruebas de ilegalidad. Bradshaw lo escaneó todo en su *tablet* para no tener que llevar el expediente en papel encima.

De repente, sonó el teléfono de Reid. Miró la pantalla y se llevó un dedo a los labios.

—Es Gamble —susurró, antes de añadir—: Sargento Reid.

Poe estaba intentando escuchar lo que decían cuando su teléfono empezó también a sonar. El número empezaba por 01228, el prefijo del área de Carlisle. Apretó el botón verde para recibir la llamada.

—¿Sargento Poe?

—Al habla.

—Me llamo Audrey Jackson, soy la directora adjunta de Looked After Children. Creo que ha hablado con una de mis asistentes sociales hace un rato. Quería información acerca de Seven Pines, ¿no es así?

Así era, le confirmó Poe.

—¿Le importaría decirme de qué se trata?

—El hogar ha aparecido en la investigación de un asesinato.

—Ya veo —dijo. Era evidente que no lo esperaba—. Supongo que no es de la policía de Cumbria.

Después de explicarle que trabajaba en la Agencia Nacional del Crimen, pero que estaban colaborando en una investigación de la policía de Cumbria, ella dijo:

—¿Puede desplazarse? Si no le importa venir al Ayuntamiento de Carlisle hacia mediodía, podríamos hablar. Para esa hora, podré encontrar la documentación del hogar.

—¿Eso incluye los estados financieros? —preguntó.

Si así era, tal vez tendrían pruebas documentales que rastrear.

—Pues no los he visto. Pero ahora mismo me pongo con la sección financiera para asegurarme de que nos dan todos los documentos desde... ¿cuándo?

—Desde hace veintiséis años —contestó.

Cuando terminó de hablar con Audrey Jackson, Reid ya había colgado.

—Era el jefe —dijo—. El cuerpo que encontramos en el ataúd de Carmichael ha sido

identificado como Sebastian Doyle, de sesenta y ocho años. Todo el mundo creía que se había ido a vivir con su familia en Australia, por eso no denunciaron su desaparición.

—¿Encaja con el mismo perfil? —preguntó Poe.

—Es todo lo que sé. Gamble dijo que me mantendría al corriente a lo largo del día.

Poe no dijo nada. Otra víctima, otro hombre mayor y, por el momento, todos los caminos conducían hacia el barco alquilado por la organización benéfica de Quentin Carmichael. Se levantó.

—Venga, hay que ponerse en marcha si queremos llegar a esa reunión a mediodía.

Por muchos eventos benéficos que organizara, el Ayuntamiento de Carlisle era el edificio más desangelado de todo Cumbria. Poe era de los que creía que un entorno poco inspirador genera pensamiento poco inspirador, y no había nada menos inspirador que el edificio de doce pisos en el que trabajaban los líderes del condado. Resultaba asombroso que en la tierra que inspiró a William Wordsworth o a Beatrix Potter se hubiera concedido permiso para construir aquel monstruoso engendro junto al casco histórico de la ciudad. Aunque había planes inminentes de derribarlo y trasladarse a otra sede, nunca sería lo bastante pronto.

Los llevaron a la sala de reuniones C, un espacio impersonal sin nada que pudiera ser ofensivo: solo una mesa ovalada, sillas de plástico y varios carteles plastificados con la declaración de objetivos fundamentales del Ayuntamiento. La luz era tenue y parpadeante. Les habían preparado café, té y galletas. Reid abrió un paquete de Bourbons y cogieron una cada uno.

Audrey Jackson apareció a las doce en punto, acompañada por un hombre con anteojos. Poe se presentó y todo el mundo hizo lo propio. Al sentarse, notó que Jackson se ponía al otro lado de la mesa; el hombre de gafas, a su lado.

Otra cosa que notó fue que no traían ningún documento.

El hombre que iba con Jackson empezó a hablar.

—Me llamo Neil Evans y trabajo en los servicios legales del consejo municipal, sargento Poe. Voy a necesitar que me diga qué relación guarda el hogar de menores Seven Pines con la investigación de un asesinato.

—Ya se lo dije a la señora Jackson por teléfono.

—Me temo que ahora me lo va a tener que explicar a mí —dijo—. A pesar de que no era uno de nuestros hogares, el Consejo Municipal del Condado de Cumbria tiene un deber de diligencia hacia todos los menores alojados en Seven Pines. A pesar de que, actualmente, todos son mayores de veintiún años, siguen teniendo derecho a ciertos servicios, y uno de ellos es la confidencialidad.

—Esto es una investigación de un asesinato —dijo Poe.

—Puede ser —interrumpió Jackson—, pero los chicos que han sido niños de acogida siguen llevando un estigma, sargento Poe. Esto ya nos ha pasado antes. En vez de buscar pruebas reales, lo único que hace la policía es reunir a todos los chicos a nuestro cuidado y ver cuál encaja más con el perfil del sospechoso.

Poe no contestó. Probablemente, fuera verdad.

—Así que, si han venido solo a pescar, el señor Evans se asegurará de que no nos obliguen a revelar los nombres de nuestros chicos.

Poe les explicó resumidamente todo lo que sabían y cómo habían acabado en el Ayuntamiento, reunidos con la directora adjunta de Looked After Children.

—Y no tengo ningún interés en los chicos que estuvieron en Seven Pines, señora Jackson. Por ahora, solo me interesa ese evento en el barco, y que la única persona que sabemos que estuvo allí con toda seguridad está muerta. Se trata de Quentin Carmichael, ¿han oído hablar de él?

Por la mirada que intercambiaron, era evidente que sí. Ninguno de los dos intentó negarlo.

—Lo siento, sargento Poe —dijo Evans—, pero no ha pasado el umbral de razonabilidad. No puedo exponer al consejo al riesgo de que vean nuestros documentos. Agradezco su franqueza, y doy fe de que en ningún momento ha pedido ver nada relacionado con los antiguos residentes de nuestro hogar, pero si quiere ver esos documentos, va a necesitar una orden judicial.

Normalmente, Poe habría dado un puñetazo a la pared, pero Evans tenía razón.

—Si solicito una orden judicial, ¿merecería la pena? —preguntó.

Evans se quedó mirándole. Y con un gesto apenas perceptible, asintió.

Poe se volvió hacia Reid.

—¿Cuánto pueden tardar en conseguir una tus chicos?

—Les has visto trabajar. Gamble es un buen comisario, pero es bastante riguroso. No toma decisiones rápidamente.

Era la respuesta que esperaba. Poe no tenía ni tiempo ni ganas de seguir esperando siempre a Gamble. Salió de la sala de reuniones y llamó a Flynn.

Contestó de inmediato. Sonaba como si estuviera conduciendo.

La puso al día sobre el obstáculo legal con el que se habían encontrado y le dijo que creía que tal vez hubiera algo digno de ver en aquellos documentos.

—Steph, necesito una orden judicial, y no puedo esperar a Gamble. ¿Puedes hacer que Van Zyl autorice una? Si la mandan por fax al Ayuntamiento de Carlisle, mandaré a Reid corriendo al juzgado de instrucción. Está al otro lado de la calle, así que tardarán dos minutos en firmarla.

—¿Estás seguro de que no nos los enseñarán si no tenemos una orden?

—Sí. Temen las repercusiones legales.

—¿Qué repercusiones?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo Poe.

—Yo me encargo —dijo Flynn.

Poe volvió a la pequeña sala de reuniones y explicó lo que estaba pasando. Evans accedió a esperar.

—El tribunal de instrucción será más accesible para un policía de Cumbria, Kylian. ¿Te importa bajar y esperar a que llegue?

—¿Quieres que llame a Gamble?

Poe negó con la cabeza. Quería ser el primero en ver lo que había en esos documentos, fuera lo que fuera.

—Si encontramos algo, ya se lo diremos.

—Se va a cabrear... —dijo Reid— otra vez.

—Sí —asintió.

Le daba igual.

Al parecer, a Reid tampoco le importaba. Se fue a esperar junto a la máquina de fax en la recepción. Poe sabía que al cabo de menos de cinco minutos tendría a las recepcionistas comiendo de su mano, peleándose por ofrecerle bebidas y pastel. Para cuando llegase el fax, se sabría todas sus vidas: los defectos de sus maridos, los sueños de sus hijos y dónde se iban a tomar un vinito después del trabajo, por si le apetecía unirse...

Poe hizo varias preguntas generales sobre el hogar de menores.

—Si lo llevaba una asociación benéfica, ¿por qué tienen ustedes los documentos?

—Es la ley —contestó Evans, sintiendo que pisaba terreno más seguro—. Oficialmente, no compramos camas de hogares privados, sino que nos asociamos con ellos. Eso significa que toda la financiación tiene que ser autorizada por la Administración.

—Es una forma de garantizar que el Ayuntamiento siga siendo responsable de esos niños —añadió Jackson—. No podemos pagar los servicios y olvidarnos de ellos, así sin más. Seguimos estando muy implicados.

Tenía sentido.

—¿Quién estaba al mando hace veintiséis años? —preguntó Poe.

Jackson miró a Evans, que asintió.

—Enviamos a una mujer llamada Hilary Swift en comisión de servicios. En aquella época, para gestionar un hogar de acogida, era necesario ser asistente social titulado.

—¿Y sigue con ustedes?

—Se jubiló.

Poe esperaba más, ya fueran alabanzas de sus cualidades o condenas de sus fracasos. Parecía extraño mencionar a una excompañera y no decir nada más. Había algo que no le estaban contando.

Pero Jackson no había llegado a la dirección a base de chismes. Se cruzó de brazos y se negó a decir nada más.

Evans le ayudó.

—Los empleados y los antiguos empleados tienen derecho a la misma confidencialidad, sargento Poe.

La puerta se abrió. Era Reid. Le entregó un documento a Poe, que lo examinó. Era una orden para recuperar y requisar todos los documentos de los últimos treinta años del hogar de menores Seven Pines. Se lo entregó a Evans, que se quitó las gafas para ponerse las de cerca. Lo estudió y luego dijo:

—Todo en orden. Bueno, como creía que llegaríamos a este punto, lo tengo todo en mi despacho. Necesitaré que alguno de ustedes me eche una mano para traerlos...

—¿Kylian? —preguntó Poe.

—Voy. —Reid se puso en pie—. Le sigo, señor Evans.

Antes de salir de la sala, Evans se volvió a hablar con Jackson.

—Audrey, si quieres hablar con el sargento Poe, por mí no hay inconveniente.

Poe miró a Jackson. Descruzó los brazos.

—Tengo una historia que contarle, sargento Poe —dijo.

36

—*Hilary* Swift dimitió —dijo *Audrey Jackson*—. No fue una dimisión tras años de dedicación. Fue más bien un «si no dimites, te despedimos». Y todo empezó con aquel acto benéfico.

A Poe empezó a acelerársele el corazón. Se inclinó hacia delante.

—¿El del Ullswater?

Bradshaw buscó entre las fotos que tenía en la *tablet* hasta dar con la imagen más clara de la invitación que encontraron en la gala. Se la mostró.

Jackson apenas tuvo que mirarla.

—Este.

—¿Está segura?

—Sí. Lo sé porque fui una de los asistentes sociales que investigaron después del incidente.

Poe la miró confundido.

—¿Por qué iba a investigarlo una asistente social? Si había sospechas de malversación de fondos, lo lógico sería poner al equipo financiero o al departamento legal del consejo municipal, ¿no?

Frunció el ceño.

—Yo no sé nada de finanzas, sargento Poe —contestó—. Aunque no he visto el expediente, el señor *Evans* dice que nunca hubo sospecha de ningún delito. Por lo que yo sé, *Seven Pines* salió bien parada.

Poe también frunció el ceño. Su teoría acababa de recibir un golpe.

Pero cuando una puerta se cierra...

—No, yo investigaba lo que ocurrió después del acto...

—Explíquese —dijo Poe.

—Lo que no sabrá, porque no lo dice en la invitación, es que ese acto no solamente era para reunir fondos para *Seven Pines*, sino que *Seven Pines* lo organizó.

Bradshaw empezó a observar las fotos de las vitrinas. Miró a Poe y asintió.

Jackson prosiguió:

—Y lo que quiero decir es que *Hilary Swift* se implicó mucho en la organización. Como montaron el evento ellos mismos (alquilaron el barco por un día y lo hicieron todo ellos), se llevaron a cuatro chicos del hogar a trabajar como camareros para reducir gastos. Llevando bebidas y platos con canapés para los invitados, ese tipo de cosas.

—Suen a abuso de menores —dijo Poe.

—Pues no. El hogar hacía ese tipo de cosas varias veces al año y, la verdad, para los chicos

era un chollo.

—¿Por qué, Audrey? —preguntó Bradshaw.

—Porque sabían que cuanto más monos y desvalidos parecieran, más propinas se llevarían. Aquellos chavales eran despabilados, y sabían tocar la fibra sensible. Cuando hablé con Hilary Swift después del evento, dijo que creía que los chicos se habían sacado más de quinientas libras por cabeza.

—¿En propinas? —exclamó Poe.

Hacía veintiséis años, era una cantidad asombrosa para un chaval.

—En propinas —confirmó Jackson—. Y supongo que, si lo piensas, tampoco es absurdo. Todos los invitados estaban allí para ayudar al hogar de menores. Así pues, ¿por qué no dárselo a los chicos directamente?

—Se me ocurren unas cuantas razones —contestó Poe—. ¿Cuántos años tenían?

—Diez y once —respondió.

—Pues ahí lo tiene. —Entonces se volvió hacia Bradshaw—. ¿Cuánto eran quinientas libras hace veintiséis años, Tilly?

Lo buscó.

—Según la calculadora de inflación del Banco de Inglaterra, eran casi dos mil libras de ahora, Poe.

Poe volvió a dirigirse a Jackson.

—¿Cuántos chavales, especialmente los de origen desfavorecido, son capaces de arreglárselas cuando les caen casi dos de los grandes de repente?

—Es un poco difícil cuando usted plantea mi propio argumento.

—¿Qué pasó?

—¿Qué cree que pasó?

Drogas, alcohol. Nada bueno. Poe se quedó pensándolo. Tal vez creyera que el dinero pudo ser el móvil en un principio, pero eso no le cegaba ante todo lo demás: las investigaciones casi nunca seguían una línea recta. Si esto le alejaba de adonde esperaba llegar, que así fuera.

—Voy a tener que hablar con ellos, señora Jackson —dijo—. Para ver si pueden arrojar luz sobre lo que pasó aquella noche. Supongo que sus nombres estarán en los documentos...

—Eso va a ser más difícil de lo que cree, sargento.

—¿Por qué?

—Porque, al día siguiente, todos ellos compraron un billete a Londres. Y, más allá de unas postales que enviaron poco después a Hilary, nadie sabe qué ha sido de ellos desde entonces.

37

Poe estaba tratando de ordenar sus pensamientos cuando Reid y Evans volvieron a entrar. Llevaban un montón de carpetas.

Al ver la expresión de Poe, Reid dijo:

—¿Qué pasa?

Poe mantuvo la boca cerrada. No estaba preparado para aventurarse con nuevas teorías delante de desconocidos. Ignorando la pregunta miró a Jackson:

—¿Qué pasó? Supongo que por eso hubo una investigación...

—En parte. Algunos de los hombres que iban en el barco dijeron que los chicos habían estado bebiendo. Que daban sorbos a todas las bebidas que llevaban del bar. Como una especie de juego, creo, a ver quién se emborrachaba más.

Poe tampoco había sido un angelito en su adolescencia: sabía que mantener a los chavales alejados del alcohol era una batalla imposible.

—E imagino que eso era inaceptable...

—Por supuesto —contestó Jackson—. Esa es la principal diferencia entre que se ocupe de ti el Estado o una familia. El Estado no tiene criterio. Si la edad legal para el consumo de alcohol son los dieciocho años, nadie tiene autoridad para permitirlo, facilitarlo o para hacer la vista gorda.

Tenía sentido. El Estado no podía permitirse tener cuidadores que fueran por libre haciendo lo que quisieran. Si haces la vista gorda con el alcohol, puedes hacer lo mismo con la marihuana o con la edad de consentimiento.

—¿Y Hilary Swift no los detuvo?

—Es que no estaba allí. Debería haber estado: nuestras normas son claras, ninguna actividad sin supervisar.

—Entonces...

—¿Que por qué no estaba allí? Esa fue una de las cosas que investigamos, sargento, se lo garantizo. Dijo que su hija se puso enferma de repente. Como la mitad de los chicos estaba en el barco aquella noche, tenía menos empleados a los que llamar para cubrirla. Según dijo en una de las muchas entrevistas que le hicimos, los hombres que iban en el barco eran pilares de la comunidad; los chicos no corrieron peligro en ningún momento, según ella.

—Eso suena a cuento chino —dijo Reid.

—A nosotros también nos lo pareció, sargento Reid —coincidió Jackson—. Eso y el hecho de que bebieran acabaron obligando a Swift a dimitir. Sí, hay chicos que se escapan de hogares e

instituciones. Además, de vez en cuando, consiguen evitar a las autoridades hasta que son mayores de edad, pero tenemos procesos para minimizar todo lo posible el riesgo de que eso ocurra.

—¿Lo denunció? —preguntó Poe.

—Bueno, yo personalmente no, claro; pero sí, se denunció —contestó—. Hubo una investigación policial. Sin embargo, cuando se trataba de nosotros, en aquella época no había un síndrome de chica blanca desaparecida precisamente. Si la hija de una familia de clase media se va de casa, a todo el mundo le entra el pánico; pero cuando desaparecía uno de nuestros chicos, su respuesta casi siempre era: «¿Y qué esperabais? Suele pasar».

Poe sabía que Jackson tenía razón. A pesar de que la policía había endurecido su política con los niños que desaparecían de la acogida, la mera idea de cuántos habrían escapado entre las redes le hacía estremecer. Más aún cuando pensaba en todos los depredadores que había ahí fuera, aguardando a chicos como los de Seven Pines. Por su bien, esperaba que estuviesen sanos y salvos. Recientemente, había leído que un chaval obligado a prostituirse a los dieciséis años ganaba más de doscientas mil libras para el chulo antes de ser demasiado mayor como para atraer clientes. Y cuando una mamada costaba apenas veinte libras en Londres, había demasiados pervertidos a los que dar servicio antes de que su juventud se viera depreciada lo suficiente como para que le desecharan.

—De hecho —dijo Reid—, recuerdo que leí algo sobre esos chicos. Compraron los billetes para el primer tren que salía de Carlisle el día después del acto en el barco. La policía de Cumbria se puso en contacto con la metropolitana de Londres y les pidió que los buscaran.

—Y nosotros contactamos con los treinta consejos municipales de Londres —añadió Jackson—. Les dijimos que nos faltaban cuatro chicos y que, si aparecían pidiendo ayuda, nos llamaran de inmediato. A los pocos meses de escaparse, Hilary recibió varias postales de ellos. Decían que Londres les encantaba. Eso no hizo que se cancelara la búsqueda, pero, de algún modo, aminoró la urgencia.

—¿Y ya está? —preguntó Bradshaw—. No puede ser, ¿verdad, Poe?

—Los chicos en acogida no siempre toman decisiones correctas, Tilly —explicó Poe—. A veces, corren riesgos. Las personas como la señora Jackson solo pueden ayudar hasta cierto punto.

Jackson asintió.

—Supusimos que volverían en algún momento, pero nunca lo hicieron. O la cosa les salió bien, o...

—O no —terminó Poe por ella.

Bradshaw le miraba fijamente. Tenía los ojos vidriosos. Estaba alterada, y Poe no podía darle el consuelo que necesitaba. La sociedad sentía instintivamente que debía saltar una alarma cada vez que desaparecía un menor, pero el problema era que no había alarma. Además, aunque la hubiese, algunos de esos chicos huían de situaciones todavía peores. Obligarlos a volver no siempre era lo más adecuado. No era la primera vez que se preguntaba cómo lograban mantener la cordura los asistentes sociales. Tenía que ser uno de los trabajos más desagradecidos que había, incluso peor que el de policía. No había días buenos: todo iba de malo a terrible. Eran vilipendiados cuando apartaban a niños de familias, y crucificados cuando no lo hacían.

«Menuda mierda...»

Jackson tampoco tenía ganas de contestar a Bradshaw.

—Nuestra investigación concluyó que Hilary Swift había quebrantado varios protocolos instaurados para evitar que chicos como aquellos se escaparan —dijo—. Les permitió beber (y es imposible que no estuvieran borrachos cuando subieron al tren a Londres) y les dio acceso a grandes cantidades de dinero.

—¿Y? —preguntó Poe.

—Y, finalmente, concluimos que no era la persona más adecuada para dirigir un hogar de acogida como aquel. Le interesaba demasiado la parte social del asunto. Y, aunque la directora tenía que dejarse ver, porque el hogar dependía tanto de las donaciones como de la financiación municipal, la investigación concluyó que Swift estaba obsesionada con ello. Y si a algunos ricos influyentes les pareció divertido emborrachar a niños, daba la sensación de que ella no les habría parado los pies aunque hubiese estado en el barco.

Poe tenía que seguir adelante. Que los chicos hubieran huido a Londres podía ser importante o no, pero sí lo era estudiar el expediente que había sobre la mesa. Se volvió hacia Evans.

—Supongo que usted sabe lo que hay en estos documentos.

—Apruebo todo lo que sale de aquí. Con o sin orden judicial.

—Entonces, indíqueme dónde cree que debería buscar —dijo Poe.

Evans tenía una carpeta fina en lo alto del montón. La deslizó hacia Poe.

—He hecho una copia de varios documentos que probablemente querrá revisar antes que el resto. —Miró su reloj—. El juzgado sigue abierto. Cuando vea la primera hoja, puede que quiera ir a pedir otra orden.

Poe la abrió y sacó un folio. Era un extracto bancario de Seven Pines fechado hacía veintiséis años. En él aparecían los gastos habituales en cualquier extracto bancario mensual: comida, licencia de televisión, servicios públicos. Todas las cantidades estaban en la parte derecha de la página. A la izquierda, había otra serie de cifras. Eran menos, pero de más valor. Ahí venían reflejados los ingresos. Aquel mes tenían tres orígenes distintos. Una donación, que parecía un pago domiciliado de una asociación benéfica propietaria de Seven Pines, y el pago de una institución local, que variaba cada mes dependiendo de cuántas camas estuvieran utilizando.

Poe se quedó mirando el tercero. El pago se había realizado por cheque.

Comprobó la página del libro de cuentas correspondiente que había traído Evans. El cheque era de Quentin Carmichael. Como concepto de la donación figuraba el evento «¿Te sientes afortunado ?

». Y el valor era de nueve mil libras.

También figuraba el número de cuenta de Carmichael.

«¿Qué demonios...?»

Se le aceleró la respiración.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Bradshaw, que cada vez leía mejor sus expresiones faciales.

Deslizó la hoja hacia ella. Se quedó mirándola, aunque al principio no lo vio.

—Tilly, sigues teniendo las fotos de la investigación sobre el dinero que se encontró en las cuentas de Carmichael, ¿verdad?

Asintió.

—Cotéjalas con la cuenta de la que procede ese cheque.

Ni siquiera le hacía falta que lo comprobase. Poe siempre había tenido la capacidad de grabar detalles sobresalientes en su memoria.

Bradshaw encendió su *tablet* y empezó a buscar. No iba tan rápido como de costumbre. Finalmente, alzó la vista con mirada confusa.

—No la encuentro —dijo.

—Exacto —contestó Poe—. Quentin Carmichael hizo el pago desde una cuenta bancaria que nadie conocía.

38

En cuanto el gerente de la sucursal bancaria recibió confirmación de la oficina central de la validez de la segunda orden judicial, les hizo hablar con una tal señorita Jefferson, directora de relaciones del banco. Poe ni siquiera sabía que existiera ese cargo, aunque sospechaba que no era tanto porque no le interesara el asunto (era evidente que sí), sino porque no sabía cómo funcionaba su sistema.

La señorita Jefferson, que prefería que la llamaran Rhona, encontró la cuenta desconocida en su ordenador. Frunció el gesto:

—Es raro.

Imprimió varias hojas, las grapó y les entregó una copia.

—Como ven, el señor Carmichael abrió una cuenta en mayo de ese año y la cerró un mes después. —Giró la copia que tenía en la mano para mostrarles lo que estaba mirando.

Poe lo estudió. Aparentemente, hubo muchos movimientos antes del acto en el barco, con siete depósitos de veinticinco mil libras, seguidos de otros tres depósitos el día después del evento: uno de cien mil libras, otro de doscientas cincuenta mil y un tercero de quinientas mil libras. En total, ascendían a ochocientas mil libras exactas.

—¿Hay alguna relación de retiradas de dinero? —preguntó Poe.

—Página dos —contestó Rhona.

Pasó la hoja y siguió leyendo. Había habido dos retiradas de fondos: un cheque por valor de nueve mil libras emitido a nombre del Hogar de Menores Seven Pines y otra de siete mil noventa y una libras en efectivo realizada por Quentin Carmichael. La cuenta se cerró con el saldo a cero.

«¿Qué demonios hizo?»

—Veo que todos los ingresos en esta cuenta se hicieron por cheque o transferencia bancaria, Rhona —dijo Poe—. ¿Podría conseguirme una lista de ellos?

Parecía indecisa.

—Tendré que comprobar si eso está incluido en su orden judicial.

—Muy bien —dijo Poe.

Como buena empleada, Rhona bloqueó su ordenador antes de salir del despacho. Poe sonrió. Es como si supiera que Poe habría girado la pantalla en cuanto saliese.

Pero daba igual. El director del banco ya había hablado con la oficina central. Si alguien había hecho un ingreso de dinero en la cuenta que figuraba en la orden, podían dar su nombre a la policía. Ahora bien, si luego quisieran averiguar más información sobre las cuentas de alguna de las personas que figuraban en esa lista, tendrían que conseguir otra orden judicial.

Rhona imprimió otro documento.

Este sí incluía nombres.

De pronto, el frío se hizo palpable en el despacho. Poe se quedó mirando los primeros cinco nombres. En su mente, fue añadiendo un lugar tras cada uno:

Graham Russell: Círculo de piedra de Castlerigg, Keswick.

Joe Lowell: Círculo de piedra de Swinside, Broughton-in-Furness.

Michael James: Long Meg y sus Hijas, Penrith.

Clement Owens: Elva Plain, Cockermouth.

Sebastian Doyle: el cuerpo hallado en el ataúd de Quentin Carmichael.

Cinco hombres.

Cinco víctimas.

Poe ya tenía la conexión.

Todos ingresaron veinticinco mil libras en la cuenta de Carmichael antes del acto en el barco; tres de ellos realizaron otras donaciones sustanciales después. Sebastian Doyle, el hombre al que Poe encontró en el ataúd de Quentin Carmichael, había hecho el depósito más cuantioso, trescientas mil libras; Michael James, el menor, de cien mil tristes libras. Clement Owens estaba entre los dos, con doscientas cincuenta mil.

El tercer nombre en la lista era Montague Price. Al igual que Joe Lowell y Graham Russell, ingresó veinticinco mil libras antes del acto en el barco, pero nada más después.

Tendría que pedir a Flynn que comprobara la base de datos HOLMES 2 que llevaba la policía de Cumbria, pero estaba seguro de que Price todavía no había surgido en la investigación. Aunque, en realidad, ninguno de los demás lo hizo hasta que los quemaron vivos.

Poe y Bradshaw se miraron en un silencio desconcertado. Reid seguía estudiando la lista. A pesar de que, desde el principio, le costaba creer que las víctimas estuvieran siendo elegidas de forma aleatoria, Poe jamás habría imaginado que encontrarían pruebas tan definitivas.

Lo que tenía en las manos era una lista negra.

Reid miraba fijamente el documento. Estaba pálido.

—Es increíble —dijo—. La has encontrado.

Bradshaw parecía emocionada y asustada al mismo tiempo. A veces, cuando se resolvía un caso importante, la sensación era sobrecogedora.

—¿Qué crees que significa esto, Poe? —preguntó.

Él volvió a leer la lista. Seis hombres se subieron al barco aquella noche. Cinco de ellos están muertos.

—Solo puede significar dos cosas, Tilly —contestó—. O Montague Price es la próxima víctima, o...

—¿O...?

—O es el Hombre Inmolación.

39

A Poe no le importaba que Gamble tomase las riendas. Una vez identificado el asesino, encontrarle era cosa de almádena, no de escalpelo. Hacía falta una búsqueda organizada. Llamó a Gamble inmediatamente y le dijo que había encontrado la conexión entre las víctimas. Todo sea dicho, el tipo no gritó mucho.

Flynn había vuelto a Cumbria e insistió en que la pusieran al día. Se reunieron en el bar de Shap Wells; parecía contenta con los logros alcanzados durante su ausencia. Al final, la SCAS había salido bien parada de la investigación. Ella dijo que le contaría más adelante cómo había ido la reunión con el director y el ministro.

Bradshaw expuso detalladamente la información financiera mientras Flynn tomaba apuntes. Ella tendría que redactar el informe oficial de la SCAS, que formaría parte del proceso judicial posterior, así que debía ser meticulosa. Reid entró en el bar tranquilamente mediada la reunión y esperó a que terminasen.

—¿Qué nos trae, sargento? —preguntó Flynn, dejando claro que había vuelto y estaba al mando.

Así debía ser: la inspectora organiza el espectáculo; el sargento lo dirige.

—Ha desaparecido —dijo Reid.

—¿Montague Price? —preguntó Poe.

—Sí. He estado en el registro. Su casa estaba vacía, pero da la sensación de que se marchó a toda prisa.

—¿Y? —Con Reid siempre había un «y». Era un *showman* nato.

Su rostro serio se deshizo en una sonrisa.

—Y... él es nuestro hombre. La Científica ha encontrado rastros de sangre en varias prendas tuyas, están analizando el ADN. Había una botella vacía que creemos que contenía un poco del acelerante que utilizó; también un frasco con un líquido sin identificar. Parece alguna sustancia médica. La han mandado al laboratorio.

Estiró el brazo y estrechó la mano de Flynn.

—Señora, tengo que darle las gracias oficialmente. El comisario jefe Gamble está ocupado y no quería que se quedara en el tintero. Es consciente de que esto no habría sido posible sin la SCAS.

Se volvió hacia Poe.

—Ni tampoco sin ti, Poe. Me ha pedido que te diga que sigue creyendo que eres un poco imbécil, pero...

—Imbécil. ¿Eso me ha llamado?

—Estaba parafraseando. Sus palabras fueron «un inmenso capullo», pero hay damas presentes.

Bradshaw soltó una risilla. Hasta Flynn sonrió.

Poe ya había vivido aquello. Era el momento tonto después de acabar un caso. Un subidón natural. Todo hacía gracia. Aún no habían encontrado a Price, pero lo harían pronto. Gamble emplearía todos los recursos a su disposición. Dentro de unas horas saldría en las noticias y habrían hecho circular alguna foto de Montague Price entre la prensa. Poe hubiera hecho lo mismo. Cerrar la red. Hacer creer a Price que había ojos y orejas por todas partes. Que no tenía dónde esconderse. Para ser un loco psicópata, tal vez fuera inteligente, pero Montague Price no tenía ni idea de que estaba a punto de convertirse en el hombre más famoso del país.

Poe fue a la barra. Todos se merecían una copa. Mientras esperaba para pedir al camarero, se volvió a mirar a sus amigos. Estaban riendo y bromeando. Disfrutando del trabajo bien hecho.

Y, sin embargo, ¿por qué no se sentía como ellos?

Sabía por qué: el dinero de Carmichael le tenía intranquilo, como un guisante bajo el colchón.

La cantidad extraída de su cuenta secreta antes de cerrarla y el dinero encontrado en su cuenta oficial no cuadraban. Los seis hombres a bordo de aquel barco le dieron ochocientas mil libras. Solo se habían encontrado quinientas mil. Sin contar las nueve mil libras donadas a Seven Pines, nadie sabía adónde habían ido a parar casi trescientas mil.

Y seguía sin tener ni idea de por qué habían grabado su nombre en el pecho de una víctima.

No le gustaban los finales abiertos. Eran desordenados. Y, a veces, se desmontaban.

Mientras todos lo celebraban, Poe siguió pensando, rumiando.

40

Poe y Reid se quedaron hasta tarde. Flynn se retiró temprano para ponerse con el informe de la SCAS. Bradshaw se quedó hasta la una, pero al final se echó atrás diciendo que tenía cosas que hacer.

Nada más marcharse, Reid arqueó las cejas y dijo:

—¿Qué cosas tiene que hacer a estas horas de la noche?

—Supongo que jugar al ordenador —contestó Poe.

Reid decidió quedarse a pasar la noche en el hotel. Cogió una habitación y estuvieron bebiendo whisky y fumando puros hasta altas horas de la madrugada. Hablaron de cómo llevaría Gamble la búsqueda de Montague Price. Le habían visto en las noticias de las diez, en la primera de las muchas apariciones que Poe sabía que haría. Y, aunque en privado había mostrado su agradecimiento a la SCAS, públicamente prefirió no hacerlo. A juzgar por sus palabras, todo lo que se había descubierto era gracias a su liderazgo decidido e inquebrantable, así como a la extraordinaria habilidad de sus inspectores.

Pero Poe tampoco buscaba la gloria.

Una noche larga y el estómago lleno de whisky no contribuyen a una mañana agradable. Edgar le despertó a las ocho. Sus ojos decían: «Un pis, desayuno y paseo, por favor».

Se levantó gruñendo y abrió la puerta de entrada. No sintió la puñalada de luz que esperaba, sino gruesos tentáculos de niebla que entraron reptando en la casa. Se puso unos viejos pantalones de chándal y salió afuera a ver cómo se estaba. La niebla de Shap era legendaria: podía atrapar las montañas en un denso manto en cualquier momento del año. Hoy estaba preciosa, era como mirar por la ventanilla de un 747 mientras atraviesa una nube. Edgar salió corriendo y desapareció en la inmensa blancura. Solo se veía a unos metros de distancia: la niebla lo había borrado todo como una goma gigante. No podía ver Shap Wells. Apenas distinguía su propia mano.

Hasta que la niebla levantara, no saldría de casa: era demasiado peligroso. Puso a freír unas lonchas de beicon y tostó algo de pan. Edgar encontraría el camino de regreso siguiendo el olor.

Sonó su teléfono. Era Flynn.

—Buenos días, jefa.

—Ya le tienen.

Le dio un vuelco el estómago, y no por la resaca.

—¿A Price?

—Sí.

—¿Dónde?

—No le han detenido. Él mismo se ha presentado hace tres cuartos de hora en la comisaría de Carlisle con su abogado.

Desconcertado ante la posibilidad de que el Hombre Inmolación se hubiese entregado, a Poe solo le salió una palabra:

—Joder.

—Ya te digo.

—¿Y qué ha dicho?

—Todavía nada. Sigue metido en una sala con su abogado. Gamble quiere saber si te apetece estar presente cuando empieza a hablar.

Poe no quería. Y, afortunadamente, tenía la excusa perfecta. Cualquiera en Cumbria conocía la niebla de Shap. Gamble lo entendería.

—Esta mañana está un poco espesa —dijo Flynn después de que Poe declinara educadamente su oferta—. Iré yo en representación de los dos. Creo que desde aquí puedo encontrar la carretera.

—Vale, jefa. Tenme informado.

—Lo haré.

Después de desayunar, se sentó fuera con un café mientras Edgar hacía ejercicio. Sobre las diez, el sol empezó a abrirse paso entre la niebla. Ya era seguro caminar hasta el hotel a ver si Reid había revivido.

Estaba a medio camino cuando le sonó el móvil. Era un número de Londres. Contestó y el director de Inteligencia, Edward van Zyl, le dio los buenos días.

—¿Con quién está hablando, Poe? —preguntó Van Zyl.

Poe se quedó parado, miró la pantalla del teléfono antes de decir nada.

—Eh... con usted. El director de Inteligencia Van Zyl.

Van Zyl respondió.

—Se equivoca, Poe. La última vez que hablamos fue antes de cogerse la baja.

—Eh, vale...

—¿Se ha enterado de que Price está bajo custodia?

—Sí, señor.

—¿Qué opina?

Poe se recompuso antes de contestar.

—Me preocupa que el dinero no cuadre, señor. Desaparecieron casi trescientas mil libras.

Hubo una pausa y Van Zyl continuó:

—¿Cree que Price es el asesino?

Poe se tomó un instante.

—Es posible, señor.

—¿Solo posible?

—Puede que haya pruebas materiales, señor, pero aún no he encontrado un móvil. Es posible que fuera por dinero, pero, en tal caso, ¿por qué ha esperado hasta ahora? Creo que tenemos que

aguardar hasta que le interroguen, señor.

—Hmmm..., desde luego, es una opción, Poe. ¿Ha hablado con la inspectora Flynn sobre nuestra visita al despacho del ministro?

—Aún no, señor.

—Pues no lo haga. Esa lista que le dieron del banco ha alborotado el gallinero, créame. Hay gente influyente en Londres que se está poniendo nerviosa por lo que se pueda descubrir. Quieren que esto se zanje rápida y discretamente, Poe.

No sabía si le estaba animando o amenazando.

Van Zyl continuó:

—Quentin Carmichael organizó más de una fiesta, y actualmente algunos de los asistentes ocupan cargos en el Gobierno. No quieren verse involucrados en nada. Hay gente en altos cargos de la Administración que ha revisado el expediente. Ahora que Montague Price está bajo custodia, creen que todos deberíamos centrarnos en que vaya a la cárcel. Están presionando a la fiscalía para que lo haga y aplastarán a cualquiera que intente interponerse. La versión oficial será que Quentin Carmichael fue una de las primeras víctimas de Price.

—¿Es eso lo que dicen, señor?

—Así es, Poe. Hay varias cosas que nos preocupan a usted y a mí, pero ellos quieren que su hombre sea Montague Price. Un punto final muy conveniente.

El director no dijo nada más por unos instantes. Finalmente, añadió:

—Pero así no es como nosotros hacemos las cosas, ¿verdad, Poe?

—No, señor, no lo es.

—Y ahora que ha terminado el caso y la SCAS no está metida, seguro que quiere volver a cogerse la baja.

—Sí, señor, y gracias.

—¿Por qué me las da, Poe? Hace mucho que no hablamos, recuerde...

Bradshaw ya estaba en pie, con los cascos puestos y la mirada clavada en su *tablet*. Le saludó en cuanto le vio entrar. No había ni rastro de Reid. Poe preguntó su número de habitación a un mozo y fue a llamar a su puerta.

—Largo.

Volvió a llamar.

La puerta se abrió y Reid se asomó por la rendija con los ojos enrojecidos. Poe esperaba que se encontrara mejor de lo que parecía.

—Vamos —dijo Poe—, te invito a desayunar.

—No pienso levantarme —soltó, apestando a whisky rancio.

—Montague Price está en comisaría. Se entregó esta mañana.

Los ojos de Reid se abrieron de par en par.

—Dame diez minutos.

—Tómate quince —contestó Poe—. Y cepíllate los dientes.

Veinte minutos más tarde, un Reid recién duchado se unió a ellos en el restaurante. Bradshaw seguía con la *tablet*. Poe no sabía si estaba luchando contra el crimen o contra duendes: su nivel

de concentración parecía igual en ambos casos. Sirvió bebida caliente a todos y le dio una caja de paracetamol a Reid.

Este se metió un par en la boca y las masticó sin agua mientras esperaba a que se enfriara el café. Durante unos segundos, se quedó mirando a la nada. Estaba callado. Demasiado, para un policía después de que su único sospechoso hubiera sido capturado. Se volvió hacia Poe y dijo:

—¿No te rechina un poco todo esto?

Reid era un gran policía, con instintos aún mejores. Si a los dos les inquietaba lo de Price, alguien tenía que pensar en qué hacer si las cosas no salían como Gamble esperaba. Van Zyl le había dicho que siguiese de baja, pero ahora se preguntaba si no era una decisión algo prematura. Tal vez Gamble autorizase alguna investigación complementaria. Tendría que hacerse de todos modos, y Poe quería seguir haciendo cosas.

—Yo veo dos posibilidades —dijo Reid—. O el verdadero asesino está tendiendo una trampa a Price, o...

—O él es el verdadero asesino y cree que puede salirse con la suya. —Poe terminó la frase por él—. Y si se cree capaz, tenemos que asumir que lo es. De cualquier forma, no creo que esto haya acabado.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Algo que deberíamos haber hecho ayer —contestó Poe—. Hacerle una visita a Hilary Swift.

Reid parecía preocupado.

—No sé, Poe. Tampoco podemos interrogar a alguien que podría acabar siendo testigo clave en el caso. Al menos, deberíamos esperar hasta que interroguen a Price.

Poe se quedó mirándole.

Reid suspiró.

—Voy a llamar a Gamble. Al fin y al cabo, es su investigación.

Claro que sí, tenía razón. Era decisión del jefe de la investigación, no suya.

—Ya le llamo yo —dijo Poe.

—Venga. Aunque te va a mandar a la mierda.

Poe se acercó a la ventana para tener más cobertura y llamó a Gamble. Debía de tener el móvil en la mano, porque contestó inmediatamente.

—Señor, sé que la SCAS ya no tiene un papel activo en la investigación, pero el sargento Reid y yo estábamos pensando en ir a hablar con Hilary Swift.

—¿Por qué demonios iban a hacerlo?

—Información de apoyo. Para atar un par de cabos, ese tipo de cosas. Puede que ella no estuviera presente aquella noche, pero probablemente sabía que Price sí lo iba a estar.

—Esperen a que hable con Price. Ahora mismo está con su abogado tratando de proponernos un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Sí, ¿se lo puede creer? —contestó—. En fin, supongo que está en su derecho. Oiremos lo que tenga que decir y la fiscalía le mandará a la cárcel para el resto de su vida.

—Esperemos, señor —dijo Poe.

—¿No está convencido?

—Como usted mismo dice, señor, hay que escuchar lo que tenga que decir.

—A pesar de nuestras diferencias, sé que, de no haber sido por usted, ahora mismo no le tendríamos —dijo Gamble.

Poe no necesitaba halagos; lo que necesitaba era permiso para seguir investigando. Pero tenía que seguirle el juego.

—Muy amable, señor, pero lo único que he hecho es aportar un punto de vista distinto. Al final, le habrían encontrado.

—Entonces, vaya a verla. Pero llévese a Reid, nada de hacerlo bajo apercibimiento. Y solo preguntas para obtener información de apoyo. Si averiguan algo que podamos usar contra Price, quiero saberlo de inmediato.

Poe le dio las gracias y volvió con Reid y Bradshaw.

—Hecho —dijo.

Reid le miró.

—¿Ha dicho que sí? No te molesta que lo compruebe, ¿verdad?

—Me molesta, pero hazlo.

Reid hizo un gesto despectivo con la mano.

—Me fío de ti, Poe. —Miró su reloj—. Más vale que nos tomemos otro café antes de ponernos en marcha. Todavía ninguno de los dos está en condiciones de conducir.

41

Reid se puso al volante. Con lo mal que se sentía, prefería no ir en el asiento del acompañante. Poe no se lo discutió.

A pesar de que el hogar de menores llevaba años cerrado, por el censo electoral descubrieron rápidamente que Hilary Swift seguía viviendo en Seven Pines. A Poe le sorprendió que lo encontraran siquiera, porque el navegador les dijo que ya habían llegado cuando aún faltaban casi cinco kilómetros (era uno de los placeres de vivir en Cumbria), pero Reid llamó a la comisaría de Ambleside para que los guiaran.

Seven Pines se encontraba entre Ambleside y Grasmere. Era un edificio magnífico: independiente, lleno de personalidad y del tamaño de un hotel pequeño. La madera del exterior estaba pintada de amarillo (por alguna razón, todas las casas tradicionales del Distrito de los Lagos tenían vigas pintadas de colores llamativos). Estaba al final de un pequeño camino y tenía vistas al Rydal Water.

A Poe le empezaron a vibrar las antenas. Miró a Reid y percibió la misma inquietud. Ambos sabían cuánto costaba la vivienda en aquella zona. Los precios estaban como en Londres.

Antes de bajarse del coche, Poe envió un mensaje a Bradshaw. Esperaron a que contestara; cuando lo hizo, gruñó de satisfacción.

Ya sabía cómo empezar la entrevista.

Habían llamado para avisar, de modo que Hilary Swift los estaba esperando, aunque no le habían dicho de qué se trataba. Poe y Reid subieron por la impecable entrada de piedra lutita roja y llamaron a la puerta. Se abrió inmediatamente. Se identificaron y ella estudió minuciosamente sus placas.

Hilary Swift tenía uno de esos acentos que chirría. Arrastraba las palabras como la clase alta, de un modo afectado. Lo había ido perfeccionando con los años. Poe sospechaba que sabía más de ella de lo que Swift quería. Nació y creció en Maryport, aunque si alguien le preguntaba, ella cambiaba la historia y hablaba de orígenes más sofisticados en Cockermouth. A Poe le parecía perfecto que la gente se superara, así era como avanzaba la raza humana, pero el esnobismo no era la manera de hacerlo.

Llevaba una falda por las rodillas y chaqueta a juego. Lucía una imitación perfecta del peinado de Margaret Thatcher. Poe sabía que tenía sesenta años, pero con poca luz podría aparentar cincuenta.

Con una sonrisa que no alcanzó a sus ojos, los invitó a pasar y los guio hasta el salón. Estaba claro que esa era la gran sensación de la casa. Las vistas a través de los ventanales eran

impresionantes. Un túnel de árboles conducía la mirada hacia el lago, a lo lejos. Sin embargo, el interior de la casa no iba nada con la fachada. Mientras que el exterior seguía la normativa del Parque Nacional, por dentro era una clara demostración de que el buen gusto no se compra. Parecía como si hubieran mezclado una botella de Pepto-Bismol con purpurina y luego la hubiesen pulverizado por todas partes. Y dejando a un lado la espantosa paleta de color, era evidente que Swift tampoco creía en las líneas limpias ni en el minimalismo: Poe jamás había visto una habitación tan abarrotada de muebles. Tenía un sinfín de mesas cubiertas de lámparas, cuencos y relojes. Las paredes estaban llenas de estanterías y librerías, decoradas con baratijas de aspecto caro. Como si la filosofía de Swift fuese: si brilla, lo quiero.

Poe tenía miedo de sentarse y tirar algo.

El sueldo de una asistente social no daba para pagar todo aquello, ni de broma.

—Me temo que no podré dedicarles mucho tiempo —dijo Swift—. Mis nietos han venido de Australia conmigo, y mi hija vendrá dentro de dos semanas. Vamos a pasar las vacaciones en familia. Ahora están arriba, jugando, pero no sé cuánto tiempo estarán tranquilos. Voy a buscar un poco de té.

—La ayudo, señora Swift —dijo Reid.

Sabía que Reid había ido con ella para que él husmeara un poco. Se acercó a la ventana y contó los pinos. Eran cinco. Estaba buscando los otros dos cuando Reid y Swift volvieron a entrar con una bandeja llena a rebosar. Swift vio lo que estaba mirando.

—La tormenta Henry —dijo—. Perdimos dos de ellos en febrero de 2016.

Poe siempre había pensado que, si querían que la gente se tomara en serio una tormenta, deberían llamarlas Destructora o Cabrón, no Henry o Desmond. Así, no era de extrañar que sorprendiesen a la gente.

—¿Podría decirme cómo acabó viviendo aquí, señora Swift? —preguntó Poe.

—Sargento, voy a formular su pregunta con otras palabras —contestó—, porque creo que lo que quiere decir es: «¿Cómo puedo permitirme vivir aquí?». ¿Me equivoco?

—No.

—Cuando la organización benéfica cerró el hogar, me concedieron un derecho de tanteo sobre la propiedad. Para comprarla.

—Me refería más bien a...

—¿A cómo la pagué?

—Sí —dijo Poe.

El mensaje de Bradshaw le había confirmado que no tenía una hipoteca pendiente. Swift era propietaria de Seven Pines en su totalidad.

Un destello de carácter encendió su mirada.

—Mi difunto marido sabía cómo y cuándo invertir nuestro dinero, sargento Poe.

Aunque había leído algo sobre su esposo, que había trabajado en una empresa de contabilidad en Penrith, la respuesta le resultó bastante vaga. Los contables ganaban dinero, pero tampoco tanto. Decidió dejarlo estar por el momento. Se oyó un ruido en el piso de arriba, seguido del llanto de un niño. Swift se levantó y fue hacia la puerta. Alzando la voz, dijo:

—¡Annabel! ¡Jeremy! La abuela está hablando abajo. ¿Podéis no hacer ruido, por favor?

—Lo siento, abuela —contestó uno de ellos.

Poe notó que, al levantar la voz, el acento cultivado de Swift se esfumaba y aparecía la chica

de Maryport.

—¿Sabe por qué estamos aquí, señora Swift? —preguntó cuando volvía a estar sentada.

—Si me lo pregunta, diría que alguno de los chicos del hogar ha hecho una trastada y quieren información sobre él. Suele tratarse de eso. Hace mucho que me jubilé, pero aún sigo en contacto con algunos de los chicos a los que cuidé.

—¿Recuerda a un hombre llamado Quentin Carmichael? —preguntó Poe.

Sus ojos se entornaron.

—Así que por eso están aquí..., por lo que pasó en Ullswater. Pero ¿por qué ahora? Hace más de veinticinco años de aquello.

—Ha surgido algo —contestó.

—¿Sobre los chicos que se escaparon o sobre el acto en el barco?

Poe no contestó. A veces es mejor dejar que el testigo te lleve adonde quieres ir.

El gesto de Swift se endureció y se quedó mirando fijamente a lo lejos.

—¡Malditos chicos!

Poe esperó a ver si decía algo más.

—Sargento, en mis años aquí, cuidé a más de un centenar de niños, y no me estoy tirando flores cuando digo que mi influencia sobre sus vidas no fue poca. Los chicos apreciaban el hogar que los mantenía. Ellos entendían los límites que yo les ponía y agradecían el empujón que necesitaban sus vidas.

—Parece que era usted el pilar de la comunidad —dijo Poe.

—Pero esos cuatro chicos... En fin, algunos niños, simplemente, no se dejan ayudar. Les conseguí una oportunidad estupenda con gente fantástica. Si hubieran hecho lo que les pedí, aquel día todos ellos habrían salido con una formación decente para cuando llegase el momento de abandonar el hogar. Aquellos hombres tenían contactos fantásticos y querían ayudar en todo lo que pudieran. Lo único que les pedí es que se comportasen. Pero ¿me hicieron caso? No: en cuanto supieron que no los iban a vigilar, se emborracharon. Como unos vulgares gamberros. No tuvieron ninguna consideración por el hogar ni por mi reputación.

—Parece que fueron un poco desagradecidos —dijo Poe.

—¿Verdad? Bueno, pero créame: les eché un buen rapapolvo cuando volvieron. Casi despierto a toda la casa.

—¿Ah, sí? —Poe había hecho suficientes entrevistas como para saber cuándo alguien mentía. La ira de Swift sonaba forzada.

—Sí —dijo.

—Así que se escaparon...

—Eso es. Cogieron sus cosas y el dinero que habían sacado en propinas e hicieron autostop hasta la estación de Carlisle.

—¿Por qué Carlisle? —preguntó Poe—. Penrith está más cerca.

Swift dijo que no lo sabía. Eso era lo único que le había contado la policía.

Poe miró rápidamente a Reid para ver si tenía alguna pregunta. Aparte de ayudar con el té, no había abierto la boca. Increíblemente, se estaba quedando dormido. Pero ¿tanto había bebido la noche anterior?

Poe notó que también empezaba a sentirse débil. En aquel salón hacía calor y se habían acostado tarde. Pero quedarse dormido así, delante de una testigo, no era normal. Aunque tenía el

teléfono silenciado, notó que vibraba en su bolsillo. Se disculpó ante Swift. Antes de que ella le diera permiso para contestar, apretó el botón de aceptar la llamada. Era Flynn.

—¿Qué hay? —dijo.

—¿Dónde estás?

Poe miró a Swift, que estaba sonriendo. Los párpados empezaban a pesarle. Si no tenía cuidado, pronto seguiría el mismo camino que Reid.

—En casa de la señora Swift. El sargento Reid y yo llegamos hace unos cuarenta minutos, ¿por qué?

—Poe, escúchame con atención. Te voy a decir una cosa, pero no puedes reaccionar. ¿Entiendes?

Poe contestó que sí. Notó que arrastraba las palabras y sentía la lengua más gruesa de lo normal. Miró a Reid: se había quedado completamente dormido. Y estaba babeando.

«¿Qué demonios...?»

—Montague Price acaba de hacer una declaración detallada. Niega ser el Hombre Inmolación —dijo Flynn.

—Sí que lo es —dijo Poe, empezando a confundir sus pensamientos.

—Poe, te patina la lengua. ¿Estás borracho? —gritó Flynn.

Poe no contestó. Había estado borracho. Pero no creía estarlo ahora.

Flynn no esperó a que ordenara sus pensamientos.

—Da igual, no tengo tiempo para esto. Préstame atención: Price ha admitido que estuvo en el barco, pero lo que se subastaba no eran vacaciones de fin de semana.

—Entonces ¿qué era? —Apenas podía entender lo que Flynn le estaba diciendo.

—A los niños, Poe —dijo ella—. ¡Estaban vendiendo a los niños!

Eso sí lo entendió. «Mierda...»

Miró a Swift, que le observaba de un modo extraño.

—Y Poe: Hilary Swift sí estaba en el barco.

«Mierda. Mierda. Mierda.»

—Carmichael y ella lo organizaron todo.

Poe intentó centrarse en la mujer que tenía enfrente. La vista se le empezó a nublar. Y entonces comprendió que no tenía nada que ver con la resaca ni con la falta de sueño.

Aquello era distinto.

—No tenemos a nadie cerca. Tú y Reid vais a tener que detenerla. ¿Puedes hacerlo, Poe?

Reconoció los primeros síntomas de la sedación. Intentó combatirlos, pero no había escapatoria: iba a sucumbir a lo que fuera que les había dado.

—Steph —dijo farfullando—. Nos ha drogado...

Trató de ponerse en pie, pero se desplomó de nuevo en el sofá. Su teléfono cayó al suelo. Apenas oía vagamente a Flynn gritando por el micrófono de la BlackBerry.

—¡Poe! ¡Poe! ¿Estás bien?

La voz acabó apagándose y sus ojos se quedaron en blanco. Unos segundos después, todo se desvaneció.

42

Poe volvió en sí poco a poco. Intentó despertar varias veces antes de conseguirlo. No tenía ni idea de cuánto tiempo había estado inconsciente: podían haber sido días o minutos. Abrió los ojos e intentó enfocar la vista en las personas que daban vueltas a su alrededor.

—¡Joder! ¿Qué ha pasado? —le oyó decir a Reid—. Tengo la boca como el escroto de un camello.

Poe también sentía la boca seca y la cabeza a punto de estallar.

Trató de encajar todas las piezas. Pasado un rato, empezaron a cobrar forma fragmentos de recuerdos y su cerebro fue capaz de formar pensamientos. Hilary Swift los había drogado y, a juzgar por el espantoso color rosa, seguían en su casa. Si era así, no podían haber estado mucho tiempo inconscientes. Veía a más de una veintena de personas en el salón y algunos llevaban el uniforme verde de enfermeros. De repente, notó presión en el brazo y bajó la vista. Le estaban tomando la tensión. Un imbécil intentó meterle algo en la oreja y se apartó.

—Poe, no seas mamón y deja que te tomen la temperatura.

Era Flynn.

—¿Steph? —Apenas le salió un hilo de voz ronca.

—Os han drogado a Reid y a ti.

Poe refunfuñó.

—Hasta ahí llegaba. —De pronto, se formó otro pensamiento en su cabeza—. ¿Dónde está Swift?

—Ha desaparecido, Poe. El equipo de Gamble está registrando la casa, pero parece que se marchó a toda prisa. Alguien debió de recogerla, porque su coche sigue fuera.

—¿Y qué hay de los niños?

—¿Qué niños?

—Había niños en la casa.

—¿Estás seguro? —preguntó con urgencia.

—Los oí.

Flynn se volvió hacia Reid.

—Reid, el sargento Poe dice que había niños en la casa.

—Creo que dos —confirmó Reid.

Llamó a Gamble alzando la voz, y este se acercó, con gesto de cabreado.

—El sargento Reid y el sargento Poe dicen que había niños aquí antes de llegar ellos, señor. Creo que se los ha llevado.

—¡Lo que me faltaba, joder! —gruñó Gamble. Se volvió hacia uno de sus inspectores—. Ponte en contacto con la policía fronteriza ahora mismo. Diles que es posible que viaje con niños. —Miró a Reid y preguntó—: ¿Edad? ¿Sexo? ¿Descripción? ¿Algo que pueda ayudar?

—No los vimos, jefe —dijo—. Estaban arriba. Creo que dijo que se llamaban Annabel y Geoffrey.

—Jeremy —añadió Poe, corrigiéndole.

—Annabel y Jeremy —confirmó Reid—. El que llamó «abuela» a Swift sonaba bastante pequeño.

—¡Mierda! —exclamó Gamble.

Poe entendía su enfado. Si la policía fronteriza tenía órdenes de buscar a una mujer sola, no habría prestado tanta atención a alguien que viajara con niños. Y, si Swift había logrado cruzar la frontera, dudaba que volvieran a verla.

—Señor, me pondré en contacto con la hija de Swift para que me mande fotos —dijo Reid.

Parecía que Gamble se lo iba a prohibir, pero al final dijo:

—Al menos, así podrá explicarle su cagada y decirle que han secuestrado a sus hijos delante de sus narices.

Reid se sonrojó y asintió.

No era justo. Poe tampoco sabía bien qué significaba la rápida desaparición de Swift, pero que tuviese drogas para administrarles debía significar que estaba involucrada de algún modo en todo aquel asunto. Ya había oído a uno de los inspectores de Gamble comentando que ahora buscaban a la «Mujer» Inmolación. Empezaba a haber consenso.

Cuadraba con los hechos, hasta donde sabían. Y daba respuesta a todas las preguntas de Gamble.

Todo eso estaba bien, pensó, pero no contestaba todas sus preguntas. La más importante seguía sin respuesta: «¿Por qué?».

Le daba igual lo que pensarán los demás. Seguía teniendo el mismo problema, fuese Price o Swift el asesino. ¿Por qué esperó todos estos años? Evidentemente, con todas las pruebas apuntando hacia ella, parecía probable que la asesina fuese Swift, y que tuviera una explicación lógica para aguardar tanto tiempo para matar a sus cómplices. Poe no quería morir esperando: no podría dormir hasta conocer sus motivos o de qué modo estaba involucrado él.

Acuñando una de las frases preferidas de Bradshaw, necesitaba más datos.

Y solo había un sitio por donde empezar.

La confesión de Montague Price.

Intentó levantarse, pero sus piernas eran como de goma. Se doblaban con su peso.

—Uy —dijo el enfermero—. No va a ir a ninguna parte hasta que le vea un médico. Tenemos que ponerle un poco de suero.

—Considérela una orden, sargento Poe —añadió Flynn desde el otro extremo del salón.

Por una vez, no tenía intención de desobedecer.

43

La sala de incidencias estaba abarrotada. Hasta el último asiento de plástico estaba ocupado por un culo peludo. Los techos altos tenían tubos de iluminación temblorosa cubiertos por unos paneles de color blanquecino. Algunos eran más nuevos que el resto y su color resultaba distinto y molesto. Como cualquier sala de incidencias de la policía, olía a comida frita, a café y a frustración. A Poe le resultaba reconfortante.

Se quedó al fondo escuchando como Gamble se dirigía al numeroso equipo que buscaba a Hilary Swift. Hacía dos días que los había drogado para después huir. Era el primero de Poe de vuelta al trabajo. Por el momento, nadie la había visto. O bien había logrado salir del país, o bien todavía no lo había intentado.

Además de buscar a Swift, Gamble pretendía localizar a los chicos que según Price fueron subastados en el barco. Su teoría era que, si los billetes de tren fueron una mera treta para hacer creer a la policía que habían huido a Londres, entonces tenían que estar en otro sitio. Estaba convencido de que, si encontraban aunque fuera solo a uno de ellos, no sería tan difícil resolver el resto del rompecabezas. Tenía varias unidades dedicadas a la búsqueda.

Poe les deseó buena suerte, pero no estaba demasiado convencido. Una de las consecuencias accidentales de la Operación Yewtree, la preeminente investigación de ámbito nacional sobre delitos sexuales contra menores, era que cualquier denuncia de abuso quedaría registrada. Ahora sus alegaciones ya se tomaban en serio.

Sin embargo, ¿aquellos chicos no habían dicho nada en veintiséis años? ¿Ni siquiera con toda la reciente atención mediática respecto de las víctimas del Hombre Inmolación? Alguno de ellos habría dado un paso al frente. Aunque solo fuera para preguntar qué recompensa les podía corresponder.

Para Poe, la explicación del silencio de aquellos chicos era más sencilla. Y mucho más aterradora.

Estaban muertos.

Pero prefería guardársela para sí.

Durante la noche que pasó en el hospital, Bradshaw le puso al corriente de lo ocurrido durante su ausencia. Swift había empleado una droga llamada propofol para dormirlos. Ya habían terminado de analizar las pruebas encontradas en la casa de Montague Price: el líquido hallado en el frasco también era propofol.

Se trataba de una de las sustancias anestésicas más frecuentes. Su efecto era rápido, podía administrarse por vía oral y no permanecía demasiado tiempo en la sangre. Era una sustancia

muy controlada. Gamble había puesto a cuatro agentes para tratar de localizar de dónde la sacó Swift.

Aunque todavía no supieran de dónde provenía aquel propofol, que lo hubiese utilizado ya de por sí contestaba una de las preguntas sin respuesta hasta ese momento: ¿cómo es posible secuestrar a cuatro hombres sin rastro de forcejeo? Casi con toda seguridad, los drogaron y los trasladaron a otro sitio mientras estaban semiinconscientes. La teoría actual de Gamble era que, o bien estaban compinchados, o bien Swift había intentado incriminar a Price. Una vez resuelto el cómo, el porqué podía esperar.

Todas las víctimas tenían el estómago vacío, lo cual daba mayor credibilidad a la teoría de que se había empleado propofol para facilitar el secuestro. Gamble creía que para que no descubrieran su método, Swift había retenido a las víctimas hasta que no quedaba propofol en su organismo (y eso requería que pasaran al menos dos días, según la información facilitada por especialistas médicos). Ahora se estaba buscando también el lugar improvisado donde los retenía.

Mientras Gamble seguía cotorreando, Poe le hizo un gesto a Bradshaw para que se acercara al fondo de la sala.

—¿Qué te parece si nos largamos de aquí? —dijo—. ¿Vamos a Shap Well y hacemos un poco de trabajo policial?

—Creí que nunca me lo dirías, Poe.

Sabía que Flynn estaba al corriente del interrogatorio de Montague Price, y que ya le habría mandado una copia del vídeo a Bradshaw.

—Poe, ¿tú crees que Hilary Swift es la Mujer Inmolación? A mí me extrañaría mucho.

—¿Por qué, Tilly?

—Estadísticas. El ochenta y cinco por ciento de los asesinos en serie son varones.

—Eso aún nos deja un quince por ciento —contestó.

—Y menos del dos por ciento de las mujeres emplearon el fuego para matar.

—Venga, sigue.

—¿Adónde?

—Sé que lo tienes calculado. ¿Qué probabilidades hay de que una asesina en serie utilice el fuego para matar?

—Estadísticamente, es improbable, Poe.

Suspiró. Ausencia de móvil y ahora los cálculos de Bradshaw. Daba igual lo que pensara Gamble: su instinto le decía que Swift sí estaba involucrada, pero no era la asesina.

—Venga, vamos a ver la confesión de Price.

El vídeo se veía tan claro como una televisión de 4K. La sala de interrogatorios que había escogido Gamble era pequeña y cuadrada. Todas las líneas eran rectas, y sus ángulos, perfectos. Las paredes eran de color crema y estaban desnudas. Solo había unas sillas, una mesa y el equipo de grabación. Era una sala seria, para un propósito serio.

Montague Price era un hombre delgado de unos setenta años. Se le veían manchas en las manos. Estaba impecable con su traje de *tweed* de tres piezas y corbata de enganche: el perfecto caballero de campo que todos creían que era.

Figura destacada en la fraternidad de la caza y del tiro, llegó a representar a Gran Bretaña en

un concurso de tiro al plato. En Cumbria, eso le convertía prácticamente en miembro de la realeza.

Estaba temblando. Poe sospechaba que el motivo subyacente era médico, no tanto el miedo por lo que se le avecinaba. Su abogado, Bartholomew Ward, había viajado desde Londres; se rumoreaba que cobraba tres mil libras por día.

Como comisario jefe, Gamble ocupaba un cargo demasiado alto para participar en los interrogatorios, pero Price y su abogado habían accedido de antemano a hacer una excepción en un guiño de cooperación. Flynn estaba presente en nombre de la Agencia Nacional del Crimen; también había un agente al que Poe no conocía.

Una vez hechas las presentaciones y comprobado el equipo de grabación, Bartholomew Ward dio el pistoletazo de salida.

—Caballeros —dijo, sin deferencia alguna a la presencia de Flynn—, me dispongo a presentarles una declaración preparada de mi cliente. Quisiera que quede constancia oficialmente de que él mismo se ha entregado de forma voluntaria a la policía.

Gamble soltó una risa socarrona.

—Su rostro apareció en todas las noticias.

—Aun así.

—Doy fe de ello —dijo Gamble.

—¿Y está de acuerdo? —preguntó Ward.

Gamble hizo una pausa.

—De acuerdo. Su cliente acudió a la comisaría de Durranshill de forma voluntaria.

Sin quitar los ojos de la pantalla, Bradshaw preguntó a Poe:

—¿Durranshill?

—Es la comisaría más nueva de Carlisle. Se trasladaron allí hace unos años, después de que las inundaciones de 2005 destruyeran la antigua. Costó ocho millones de libras y parece la parte trasera de unas gradas de fútbol.

Siguieron con el interrogatorio.

—También quisiera que quede constancia de que mi cliente no ha sido acusado de nada.

—Doy fe de que su cliente no ha sido acusado de nada... todavía.

Con esas dos pequeñas victorias en el saco, Ward prosiguió:

—Mi cliente está profundamente arrepentido del pequeño papel que jugó en los terribles acontecimientos ocurridos hace veintiséis años. Admite que debería haber acudido a las autoridades antes, pero, como van a comprobar, en ningún momento participó en la planificación ni la ejecución de lo sucedido.

Expuestos los atenuantes, entregó un documento a Gamble.

Nadie habló durante los siguientes cinco minutos. De vez en cuando, Gamble alzaba la vista con escepticismo. Price y Ward permanecían inmutables.

Por fin, Gamble soltó el documento.

—Creo que será útil que resuma el contenido del documento para mis dos compañeros y para la grabación en vídeo.

Ward asintió.

—Su cliente era uno de los seis hombres invitados al acto benéfico en el lago Ullswater.

Sabía que iba a ocurrir algo ilegal porque la invitación estaba en clave. —Gamble alzó la vista. Aunque ya lo sabía, preguntó—: ¿Cómo en clave?

Price habló por primera vez: su voz sonaba tan ronca como la de Poe dos días antes.

—La invitación tenía un signo de puntuación antiguo en el título. Se llama punto *percontation* y significa...

—Sé lo que significa, que hay un mensaje oculto en la frase anterior.

Price y Ward se miraron.

—¿Puedo preguntar cómo lo sabe? Ya no se usa —dijo Ward.

—No, no lo puede preguntar —soltó Gamble, que continuó—: Su cliente creía que en el paseo en barco habría una fiesta para adultos. Chicas de clase alta y cocaína sin límites, si he entendido bien...

—Así es —contestó Ward.

—Y para ello estaba dispuesto a pagar, por anticipado, veinticinco mil libras, ¿me equivoco?

—Sí, lo estaba, y las pagó.

—Veinticinco mil, ¿por unas putas y coca? Un pelín caro, ¿no cree?

—Mi cliente no conoce la tarifa estándar de ese tipo de cosas. La ingenuidad no es un crimen.

Gamble mantenía la calma de manera admirable. Poe se estaba poniendo nervioso solamente viendo la entrevista a través de la pequeña pantalla de un ordenador. El propósito de interrogar a Price era exponerle lo mínimo a lo malo. Admitiría aquello que se pudiera demostrar y negaría lo que no.

—Y, una vez a bordo, ¿se dio cuenta de que lo que vendían no era cocaína y prostitutas, sino niños?

—Así es.

—¿Los cuatro chicos que Hilary Swift había llevado consigo al acto para trabajar de camareros?

Price trató de reprimir una sonrisa. Poe notó que, incluso después de tanto tiempo, el tipo seguía disfrutando.

—Éramos seis hombres, pero solo había tres chicos disponibles. Carmichael se quedó con uno. Quería que licitáramos entre nosotros para subir el precio —explicó.

Ward le puso una mano en el hombro:

—Ya hablo yo. Los chicos, al igual que mi cliente, no sabían que eran la atracción principal. Para cuando el señor Price se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo, el barco ya estaba lejos de la costa. No le quedó otra opción que seguir la corriente.

—¿Por qué?

—Temía por su vida —dijo Ward—. Y estarán de acuerdo en que el temor era justificado dadas las circunstancias en las que nos encontramos ahora.

Gamble no mordió el anzuelo. Continuó resumiendo la declaración.

—Atiborraron de alcohol a los chicos antes de empezar la subasta. Hilary Swift los hizo desfilar uno por uno delante de todos. Después de varios pases y una vez que los hombres habían podido inspeccionar la mercancía, comenzó la...

—Espere —interrumpió Flynn—. ¿Hilary Swift iba a bordo?

—Desde luego. Ella y Quentin Carmichael lo organizaron todo —contestó Ward—. ¿Hay algún problema?

Gamble y Flynn se inclinaron para susurrarse algo. Flynn abandonó la sala. Probablemente, fue entonces cuando llamó a Poe para pedirle que detuviera a Hilary Swift.

El hecho de que Flynn no estuviese en la sala no detuvo a Ward.

—Evidentemente, mi cliente estaba horrorizado al ver lo que estaba ocurriendo y no participó en ello.

—Evidentemente —dijo Gamble—. Y después de la subasta, ¿el barco volvió a la costa y los hombres desaparecieron con sus compras?

Ward negó con la cabeza.

—No, antes de volver, Quentin Carmichael sacó un vídeo que había grabado de todo lo ocurrido y les explicó que era un seguro para todos.

—¿Y entonces?

—Entonces nada. Mi cliente no volvió a ver a ninguno de aquellos hombres. Dejó de tener contacto con ellos.

—¿Y qué cree que fue de los chicos?

—No lo sabe. Le gustaría que quede constancia de que espera que no sufrieran ningún daño.

El otro policía, que hasta entonces había estado callado, saltó de la silla gritando:

—¡Maldito cabrón mentiroso!

Intentó dar un puñetazo a Price, pero Gamble le sujetó por detrás y pidió ayuda. Un par de agentes uniformados entraron rápidamente y se lo llevaron a la fuerza.

Ward abrió los dos brazos como si le hubieran dado la razón.

—Y por esto mi cliente no ha acudido a la policía hasta ahora.

—Espere a que entre en la cárcel —murmuró Gamble—. Allí le van a adorar.

—Ah —dijo Ward—. Pues entonces, creo que tenemos un problema. Porque si quiere que mi cliente testifique contra los verdaderos culpables, Hilary Swift y Quentin Carmichael, tendrán que darnos garantías de que no se le acusará de nada más que de cooperar con un delincuente.

—Y una mierda —contestó Gamble—. No va a salirse de rositas. Ya sabía gran parte de lo que dice esta declaración. Ah, y por cierto, Quentin Carmichael lleva casi un cuarto de siglo muerto: no tienen la mitad de sus bazas.

Esto último los cogió por sorpresa. Susurraron con urgencia entre ellos. Price empezó a hacer gestos a Ward. Por primera vez, parecía preocupado.

En ese momento, la puerta se abrió y Flynn entró corriendo. Se inclinó hacia Gamble y le dijo algo al oído.

—Se interrumpe la entrevista —dijo Gamble.

Ward y Price se le quedaron mirando.

—Se acabó su suerte: Hilary Swift ha desaparecido. Señor Price, parece que se ha acabado la música y usted no tiene silla.

44

Flynn los encontró en el Salón del Jardín de Shap Wells. En este momento, Reid le era más útil a Gamble y había sido reasignado a la investigación principal.

—Repugnante, ¿verdad? —preguntó *Flynn*.

—Eso se queda corto —contestó *Poe*—. ¿Dónde está Price ahora?

—Sigue en una celda en la comisaría de Carlisle. Gamble se reunirá con la Fiscalía en breve para ver de qué se le puede acusar.

—¿Un cargo menor para retenerle bajo custodia?

—Desde luego lo suficiente para que haya prisión preventiva. Los cargos importantes vendrán después, una vez terminada la investigación.

—¿Y las pruebas encontradas en su casa?

—Parece que Swift le tendió una trampa. Es posible que las pruebas sean auténticas, pero Price tiene una coartada muy sólida para los dos últimos asesinatos. Puede demostrar que estaba escondiéndose en Londres. Gamble cree que Swift estaba intentando ganar tiempo, y estoy de acuerdo con él. Probablemente, no pensaba que Price fuese a entregarse tan pronto.

Poe ignoró la suposición de que Swift era culpable. Estaba involucrada, sí, pero eso no significaba que ella lo hiciera todo.

—Si Price estaba escondiéndose, puede que el Hombre Inmolación dejara pruebas en su casa para hacerle salir del escondite.

Flynn frunció el ceño.

—¿Crees que Price es una víctima potencial?

—¿Por qué no? —contestó—. El resto de los presentes en aquel barco lo ha acabado siendo. ¿Qué le hace distinto? Y si quienquiera que esté haciendo esto hubiera logrado secuestrarle y hacerle desaparecer discretamente, ¿crees que habríamos buscado más allá de él?

—Probablemente, no —admitió *Flynn*—. Y has dicho «Hombre Inmolación» y no Swift. No pareces convencido de que ella sea culpable.

—Está claro que trabaja con el Hombre Inmolación: no podemos obviar que utilizó propofol. Es posible incluso que fuera ella quien dejó todas esas pruebas en casa de Price. Pero que haya estado quemando viva a la gente es una historia completamente distinta. Tilly ha hecho unos cálculos que deberías ver.

—Los miraré luego. ¿Qué más tienes?

—Bueno..., hasta ahora, el único móvil que se nos ha ocurrido ha sido económico —dijo *Poe*—. Y no tiene ningún sentido. ¿Castrarlos y quemarlos vivos? ¿Por dinero? No lo creo.

—Entonces, ¿qué?

—Aún no lo sé —contestó.

Sí lo sabía, pero no quería decirlo en alto. No, delante de Bradshaw...

Flynn juntó las yemas de los dedos y cerró los ojos. Pasados unos instantes, volvió a abrirlos y se inclinó hacia delante.

—Vale, pues vamos a hacer el trabajo por el que nos pagan. Que Gamble vaya a por Swift: nosotros somos la Sección de Análisis de Delitos Graves, y eso significa que podemos hacer cosas que otros no pueden.

Bradshaw asintió. Al final, Poe también.

—Empecemos por el transporte —dijo Poe—. Tenemos cinco secuestros y cinco asesinatos. Y, dado que no había rastro de propofol en ninguna de las víctimas, sabemos con toda seguridad que tuvieron que retenerlas antes de morir. Eso son viajes extra de los que no sabíamos nada.

—Entonces el asesino tuvo que conducir hasta el lugar del secuestro, del lugar del secuestro adonde los tuviera retenidos y de allí al lugar del asesinato —resumió Bradshaw—. Son muchos datos, Poe.

—Creía que te gustaban los datos.

Sonrió y dijo:

—¡Me encantan! —Apretó varias teclas y la impresora se puso en marcha—. Cuanto más tenga, más podré hacer. Voy a abrir nuestro enlace con la base de datos del Reconocimiento Automático de Matrículas y me pongo con ello.

Poe se llevó a Flynn a un lado, y, cerciorándose de que Bradshaw no podía oírlos, le contó lo que no quería decir antes.

—Creo que tenemos que asumir que los chicos están muertos.

Flynn asintió. Estaba muy seria.

—Eso pensé. ¿Tienes alguna teoría?

—Sí. Creo que las veinticinco mil libras les daban derecho a abusar de ellos.

—¿Y los dos que pagaron cantidades de seis cifras?

—Por ese dinero, me da que podían matarlos.

—Es lo mismo que creo yo —dijo Flynn después de una larga pausa.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que la impresora había dejado de funcionar. Bradshaw los había oído.

—¡No! —exclamó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y de repente rompió a llorar.

Flynn se sentó junto a ella y la rodeó con el brazo.

Bradshaw llevaba más de un año resolviendo algunos de los peores crímenes del país, pero hasta ese momento había sido siempre con el brazo largo de la ley. Incluso cuando tuvo que analizar el nombre de Poe grabado sobre el pecho de Michael James, lo que había visto eran imágenes de ordenador, no un cadáver de verdad. Aquí, sobre el terreno, estaba tan metida como él. O incluso más, porque ella era bondadosa, y Poe no lo era.

Al cabo de menos de una hora, Bradshaw se había recompuesto y empezó a trabajar de nuevo. Poe se sentía culpable. De no haber sido por su insistencia en que los acompañase a Cumbria (y él sabía que en ese momento lo hizo por anotarse el tanto), se habría ahorrado todo esto.

Flynn le susurró:

—Parece que Tilly y tú os lleváis bastante bien. Independientemente de lo que acaba de ocurrir, le ha venido muy bien salir de la oficina.

Poe se quedó mirando a su nueva amiga. Se había ajustado las gafas sobre la nariz y tenía la punta de la lengua asomando en señal de determinación. Aún tenía la marca de las lágrimas en las mejillas. Un mechón de pelo le ondeaba por el aire acondicionado. Sacó el labio inferior y se apartó el pelo de los ojos. A Poe le inundó una cálida ola de sentimiento protector. Apenas le sacaba unos años de edad, pero los separaban décadas de experiencia. Su ingenuidad y su inocencia contrastaban radicalmente con la naturaleza oscura de Poe, pero, en muchos sentidos, se parecían: ambos eran obsesivos y ambos irritaban a la gente.

Pensar en Bradshaw le llevó a otra cosa. Ella fue quien interpretó los datos de la tomografía que revelaron su nombre en el pecho de Michael James. Y su conexión con el caso seguía sin estar clara. Hilary Swift estaba implicada de alguna manera, pero Poe estaba seguro de que no le había reconocido, ni a él ni su nombre. Si Swift era cómplice del Hombre Inmoción, no le habían dado demasiada importancia en el plan global. Gamble aún tenía a uno de sus hombres investigando el pasado de Poe por si salía alguna conexión. Por ahora, no habían encontrado nada.

Pero Poe dudaba que la respuesta estuviera en su pasado. Hasta el caso de Peyton Williams, su vida había sido bastante poco controvertida. Metió a varios indeseables en la cárcel, pero ninguno había salido en los últimos doce meses. Sin embargo..., habían grabado su nombre en el pecho de la tercera víctima. Eso era un hecho irrefutable.

Y significaba que aún se le escapaba algo.

Miró de nuevo a Bradshaw. La impresora no dejaba de escupir documentos, y ella se había puesto a poner algunos de los primeros con chinchetas sobre la pared. El RAM (Reconocimiento Automático de Matrículas) era la base de datos más grande del mundo en su campo. Tendrían muchos datos que revisar.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en organizar todo este caos, Tilly? —preguntó Poe, moviendo los brazos a su alrededor sobre los montones de documentos.

Bradshaw dejó lo que estaba haciendo; casi pudo oír cómo lo calculaba mentalmente: a ella no le iban las suposiciones.

—Cuatro horas y treinta minutos, Poe —contestó—. Creo que para entonces ya tendré algo que analizar.

Poe se volvió hacia Flynn:

—Jefa, creo que tenemos que considerar un móvil distinto.

—Soy toda oídos —dijo.

—Sospechamos que los hombres que ingresaron cantidades de seis cifras estaban pagando por matar a sus víctimas, ¿no?

Flynn asintió.

—Y si es así, antes de morir, los chicos tuvieron que sufrir mucho.

Volvió a asentir.

—Bueno..., ¿y si alguien se enteró? —preguntó Poe.

—¿Y ahora quiere hacer justicia por su cuenta?

—Eso explicaría la ferocidad de los asesinatos.

—¿Crees que es posible que alguno de los chicos sobreviviera? —preguntó Flynn.

Poe negó con la cabeza.

—Si hubiera sobrevivido alguno, esos seis hombres habrían sido mucho más cautelosos de lo que han sido. No, ellos no conocían a quien está haciendo esto, sea quien sea. Además, ¿por qué iban a esperar veintiséis años?

—Pero, entonces, ¿quién? Ya los hemos identificado a todos.

—¿Sí? —contestó Poe—. Sabemos que estaban en un hogar de acogida, pero esos chicos tuvieron que tener familia en algún momento. ¿Y si esto despertó, de repente, el sentido de responsabilidad parental latente de alguien?

No parecía convencida.

—Mira, tenemos cinco horas por delante. Mejor hacer algo.

—¿Qué tienes en mente?

—Creo que deberíamos volver al principio.

—¿Cómo llegó Carmichael a ese almacén de sal? Ahora ya es irrelevante, ¿no?

—No, antes que eso —dijo él—. La orden judicial para Seven Pines se emitió para nosotros, no para la policía de Cumbria. Y sigue siendo válida. Vamos otra vez a Servicios Infantiles e indagemos un poco más en la vida de esos chicos. Quiero saber por qué estaban en Seven Pines.

45

—¿Qué necesitan? —preguntó Audrey Jackson.

Flynn y Poe estaban otra vez en el Ayuntamiento de Carlisle. Después de convencerla de seguir aprovechando la orden judicial, parecía muy decidida. Como si se hubiera hartado de ser la ayudante de Gamble.

—Más información sobre los chicos —contestó.

—Y de sus familias —añadió Poe—. Y de los empleados y del resto de los menores que había con ellos en Seven Pines.

—Va a ser una lista larga. El hogar también se encargaba de dar albergue por espacios cortos de tiempo. Algunas camas rotaban mucho.

Ninguno de los dos respondió. Flynn se cruzó de brazos.

—Veré lo que puedo encontrar —dijo Jackson.

Volvió con carpetas sobre los chicos. Poe sospechaba que había estado mirándolas recientemente. Las dejó sobre la mesa. Eran tristemente delgadas.

Había cuatro. Una sobre cada chico. Cuatro chavales con muy mala suerte, criados por el Estado porque sus padres no podían, o no querían, o no debían hacerse cargo. Seven Pines debería haber sido como un santuario. Un lugar donde sanar, donde aprender a querer y ser queridos. Un sitio donde volver a confiar en los adultos.

Sin embargo, los vendieron para entretenimiento de unos hombres ricos y aburridos.

La determinación de Poe cobró aún más fuerza. Le daba igual si tenía que pasarse los siguientes quince años revisando documentos: si la respuesta estaba en esas carpetas, la encontraría.

Las abrió todas y puso los documentos fundamentales unos al lado de otros.

Michael Hilton.

Mathew Malone.

Andrew Smith.

Scott Johnston.

Cuatro vidas apagadas. Dio un sorbo al café que Jackson les había traído y empezó a leer. Flynn se puso con el resto de los menores.

Una hora después, su desesperación era más profunda. Cada carpeta era un espanto distinto e igual de deprimente.

Michael Hilton: desatendido hasta tal punto que, a los nueve años, estaba por debajo del peso medio de un niño de cinco. Cuando los asistentes sociales consiguieron sacarle de la casa familiar, había estado comiendo moscas para sobrevivir. Sus padres pasaron un año en la cárcel. Poe pensó que ojalá los obligaran a comer insectos en prisión. Michael había pasado de un lugar del sistema a otro, pero los problemas de comportamiento derivados de sus terribles primeros años de vida no le permitieron echar raíces. Seven Pines era su última oportunidad y, aparentemente, la agarró con las dos manos.

Andrew Smith: alumno destacado en el colegio hasta que sus notas empezaron a caer. Cuando una tarde le pidieron que se quedara después de clase para hablar de ello, le entró miedo. Le dijo a su maestra que tenía que ir a trabajar. Desconcertada, ella llamó a la policía, que encontró heroína en su mochila. El padre le había estado utilizando como mula. Él y la madre huyeron a España, donde aparentemente seguían viviendo. Cada año mandaban una tarjeta de felicitación por su cumpleaños a Servicios Infantiles, junto con algo de dinero. Como no tenían ninguna dirección donde reenviárselas a Andrew, aún había algunas tarjetas en la carpeta.

Scott Johnston: a este chico se lo llevaron de casa de su familia por el motivo más habitual: su madre era víctima de violencia doméstica, pero se negaba a dejar a su pareja. A Poe no le sorprendía. Era más común de lo que la gente creía. Independientemente de las consecuencias, a algunas mujeres les resultaba imposible dejar a sus abusadores. Cuando Servicios Infantiles le dijo que aquel entorno no era seguro para el pequeño Scott y que tenía que elegir entre su hijo y su pareja, ella eligió a su pareja. La asistente social trató de localizar al padre biológico, sin éxito. Scott entró en el sistema y nunca salió de él. Poe anotó el nombre del padre: luego llamaría a Reid para que lo investigara. Por ahora, era la única persona con un mínimo indicio de tener un móvil.

Y, finalmente, Mathew Malone: tal vez el más triste de todos los casos, porque provenía de una familia feliz y equilibrada de Brighton. La madre murió cuando era pequeño, y su padre se lio con una heroinómana de Zaire, lo cual demostraba lo frágil que podía ser una unidad familiar. Al cabo de menos de un mes, huyeron de Brighton, por las deudas que ella tenía por las drogas, y se trasladaron a Cumbria. Un mes después de eso, la mujer empezó a decir que Mathew estaba hechizado. Su padre, que por entonces ya gastaba ochenta libras diarias en su propio consumo, o no se dio cuenta, o le pareció bien. La mujer estaba obsesionada con sacarle los demonios al niño y creyó que la mejor forma de hacerlo era a base de dolor. Ataba a Mathew a una silla y le apagaba cigarrillos en los brazos y el torso. El chico se negó a aguantarlo, lo cual dice bastante a su favor; en cuanto pudo, acudió a la comisaría de Workington. Su padre fue condenado a cuatro años de prisión por permitirlo. Cumplió dos de ellos y, según el expediente, murió de una sobredosis el mismo día que le pusieron en libertad (una historia demasiado familiar de drogadictos que infravaloran el poder de la heroína de la calle comparada con la de la cárcel). La mujer fue condenada a nueve años por lesiones físicas graves con premeditación, pero murió durante su primer año en prisión, después de hacer algo parecido. Esta vez, en lugar de a un niño de ocho años, acusó de brujería a su compañera de celda, una escocesa loca de noventa y cinco kilos. La tipa, que cumplía cadena perpetua por matar a su marido, le golpeó la cabeza contra el borde del lavabo de la celda hasta que su cráneo tuvo la consistencia de un plátano maduro.

Poe gruñó de satisfacción.

Revisó los apuntes que habían ido haciendo varios trabajadores sociales, jueces de familia y guardianes *ad litem* a lo largo de los años. Aquellos chicos nunca tuvieron una oportunidad.

Aparte del padre de Scott Johnston, había pocas pruebas de que ningún familiar pudiera estar ahí fuera, tratando de vengarlos. Todos estaban, o muertos, o en la cárcel, o no les importaban un carajo.

Había una foto de los cuatro chicos juntos. Parecía tomada con una cámara instantánea. Tenía esa franja blanca en la parte inferior, por donde se sostiene mientras se agita para que se seque al aire. La imagen era de mala calidad y parecía tomada durante alguna excursión de Seven Pines a la playa. Todos ellos sonreían al sol. Hacía tiempo de ir sin camiseta. Smith sostenía un balón de fútbol. Parecían contentos. A pesar de la mala calidad de la vieja fotografía, se podían ver las marcas de las quemaduras de cigarro en los brazos y el pecho de Malone. Poe la dejó sobre la mesa con cuidado. Tenía lágrimas en los ojos y se las enjugó antes de que cayeran.

—¿Por qué no pusieron a ninguno de ellos en una familia de acogida? —preguntó—. Sé que Hilton tenía problemas de comportamiento, pero parece que los otros tres mejoraron en Seven Pines. ¿Fue porque no querían que los separaran?

Jackson negó con la cabeza.

—Aparte de Michael, que, como dice, tenía problemas psicológicos muy profundos que no logró superar, todos nos llegaron demasiado tarde, en un momento en que es prácticamente imposible colocar a los chicos. Se hicieron amigos precisamente porque no les adoptó una familia de acogida —explicó—. Para ellos se convirtió en una especie de insignia de honor, algo así como «nadie nos quiere y nos da igual».

Era una respuesta deprimente, y Poe volvió a los documentos.

Después de mirarlos por encima, los dejó sobre la mesa. Necesitaba un poco de aire fresco antes de analizarlos en profundidad. Flynn, que estaba leyendo historias igualmente espantosas de otros chicos, le siguió. Jackson se unió a ellos momentos después. Se encendió un cigarrillo y dio una profunda calada al veneno.

—¿Cómo consigue aguantar esta mierda, día tras día? —preguntó Poe.

Se encogió de hombros.

—Si no lo hago yo, ¿quién lo va a hacer?

Era una de esas respuestas que no invitan a seguir con la conversación. Jackson se encendió otro cigarrillo con el que estaba acabando. Pasados cinco minutos, regresaron adentro. Poe abrió de nuevo las carpetas, decidido a encontrar algo.

De repente, sonó el teléfono de Flynn. Le mostró la pantalla a Poe: era Gamble.

—¿Señor?

Su expresión se ensombreció según escuchaba.

—Mierda —murmuró finalmente—. ¿No hay duda?

Siguió escuchando con el ceño fruncido y colgó.

Poe arqueó las cejas.

—La hija de Hilary Swift acaba de aterrizar. Ha confirmado que su madre estaba en Australia cuando Clement Owens fue asesinado en Cockermouth.

Poe notó cómo se le aceleraba el pulso.

—Pues entonces, busquemos a otra persona...

46

Gamble convocó una reunión de urgencia esa misma tarde. Como las carpetas sobre los chicos de Seven Pines no habían revelado nada sobre lo que pudieran tomar medidas, volvieron a Shap Wells. Jackson les hizo fotocopias de todo, y Poe dijo que lo revisaría más tarde en casa. A veces, su cerebro necesitaba un poco de tranquilidad.

Bradshaw no había perdido el tiempo durante su ausencia. Estaba rodeada de toneladas de papel. Necesitaba toda la potencia del wifi del hotel, así que, a pesar de sus defectos, el Salón del Jardín se había convertido otra vez en sala de incidencias improvisada. Estaba tan atestada como la cabeza de Poe. Bradshaw alzó la vista, angustiada.

—Inspectora Flynn, creo que he gastado todo nuestro dinero en impresiones en color.

—No te preocupes, Tilly, soy la que lleva el presupuesto... —Se quedó mirando las montañas de papeles—. Eh..., ¿cuántas hojas has impreso?

—Ochocientas cuatro —contestó.

Flynn parecía preocupada.

Bradshaw cavó un poco más su propia tumba.

—El hotel ha tenido que mandar a por más tinta dos veces.

—Si encontramos algo, será barato, jefa —dijo Poe—. Ahora que sabemos que hay alguien más, puede que el RAM sea nuestra mejor opción.

A diferencia de la policía de Cumbria, la Agencia Nacional del Crimen tenía acceso directo a la base de datos del Reconocimiento Automático de Matrículas, el sistema nacional que lee, comprueba y registra todos los vehículos que pasan ante alguna de las ocho mil cámaras fijas y móviles del Reino Unido. Con más de cuarenta y cinco millones de coches en el país, las cámaras del RAM hacen cerca de veintiséis millones de fotos al día; teniendo en cuenta que el Centro de Datos del RAM (CDRAM) las guarda todas durante dos años, en cualquier momento tienen más de diecisiete mil millones de imágenes en sus archivos. Poe sabía que *Gamble* había solicitado cámaras móviles del RAM en las rutas probables hacia algunos de los círculos de piedras más importantes, pero luego lo había dejado de lado.

—¿Qué tienes para nosotros, Tilly? —preguntó Poe.

Bradshaw, que aún no sabía si se había metido en un lío, tosió con nerviosismo y dijo:

—Después de descargar los datos de las cámaras del RAM, los pasé por el programa en el que he estado trabajando un par de meses en mi tiempo libre. Creo que es un problema del sistema caótico, así que adapté el modelo Kuramoto para evaluar el orden de sincronización.

Los miró como si acabara de decir algo que podían llegar a entender.

—Ponlo un poco más para tontos, Tilly —dijo Poe, sin malicia.

—Ah, vale, Poe. Básicamente, en las circunstancias adecuadas, el caos evoluciona espontáneamente hacia un sistema *lockstep*.

Flynn y Poe se quedaron mirándola, perdidos.

—He restablecido los parámetros —dijo con un suspiro.

Ninguno de los dos respondió.

—¿Estáis de broma? —dijo Bradshaw, sacudiendo la cabeza—. Caray, ¿vosotros seguís señalando los aviones que pasan?

—¿Eh? —dijo Poe.

—He ejecutado un programa y os he sacado una lista de matrículas de coche.

—Ah, una lista. ¿Por qué no lo has dicho antes?

Bradshaw le sacó la lengua y le dio un fajo de papeles a Flynn.

—Me he centrado en los trayectos que el Hombre Inmolación habría tenido que hacer. Del lugar del secuestro a donde los tuvo retenidos, y de allí a la escena del crimen.

Poe asintió. Eso sí que lo podía entender.

—Sabemos cuándo y cómo fueron asesinadas las cuatro víctimas, y lo he puesto en relación con las cámaras más cercanas a sus domicilios.

Tenía sentido. Estaba intentando encontrar los vehículos que habían pasado por delante de las cámaras más cercanas a los lugares de los asesinatos y también había revisado las cámaras cerca de los posibles lugares de secuestro.

—Tenemos cinco víctimas —le recordó Flynn.

—Sí, inspectora Flynn, pero, en términos analíticos, el hombre que encontraron en el ataúd de Quentin Carmichael es un caso aparte. No sabemos cuándo le metieron en el ataúd ni dónde ni cuándo le asesinaron.

Hizo una pausa para que pudieran seguirla. Poe notó que, cuando hablaba de datos, no parecía nada torpe.

—Evidentemente, no estamos en Londres, así que las cámaras del RAM solo cubren la M6, las carreteras principales y algunas de las secundarias más importantes, pero he calculado que, en todos los secuestros, tuvo que pasar por alguna de esas cámaras al menos una vez: las de la M6 y las que cubren las carreteras que la atraviesan.

Poe estaba de acuerdo. El corredor de la M6 era como un río principal que dividía el condado por la mitad. Era impensable que el Hombre Inmolación no hubiese tenido que cruzar la autopista al menos una vez. Casi con toda seguridad pasó por encima, por debajo o por la misma M6.

Bradshaw prosiguió.

—Pero la lista del RAM era demasiado extensa. De más de seis cifras.

—La gente utiliza más el coche en zonas rurales —explicó Poe—. El RAM cubre todas las rutas de gente que va al trabajo en coche, así que me sorprende que la lista no sea mayor.

—Después de pasar todas las matrículas por mi programa, se hizo más manejable. Dividí la lista en tres. La primera son los vehículos con mayor probabilidad. Ochocientos cuatro en total —dijo—. Es la que he rellenado.

Aparte de registrar todos los datos necesarios, como matrícula del vehículo, cuándo y dónde se hace la foto y ese tipo de cosas, las cámaras del RAM toman dos instantáneas: una de la

matrícula y otra del vehículo entero. Cuando Bradshaw dijo que había «rellenado» algunos de los datos del RAM, quería decir que se había bajado esas fotos. Y, seguramente para tranquilizar a sus compañeros, las había impreso.

El coste daba igual: Bradshaw tenía dos doctorados, era miembro del Instituto Matemático de la Universidad de Oxford y tenía un coeficiente intelectual superior a nadie que Poe hubiese conocido. Si ella decía que el asesino estaba en algún lugar en aquel montón de papeles, la creía.

Se sentó a leer. Flynn hizo lo mismo.

Bradshaw sonrió.

El RAM era una herramienta de investigación fabulosa cuando uno sabía lo que buscaba, pero su gran debilidad era que, cuando estabas haciendo una búsqueda amplia, resultaba prácticamente inútil. Cogía a todo el mundo, y Poe sabía que esa era la razón por la que Gamble no se había molestado en hacerlo antes. Estaba seguro de que en algún momento había puesto a su gente a revisar el RAM, pero solo para cubrir el expediente y no como parte de una estrategia propiamente dicha. No podría reducir la lista de seis cifras que había hecho Bradshaw. Pero la gente de Gamble no eran genios matemáticos; Bradshaw, sí.

Aun así, se trataba de una enorme cantidad de datos, pero Poe no se descentró. Tenía una fe absoluta en Bradshaw: la respuesta estaba allí, en algún lugar. Cada vez que terminaba de leer una página, Bradshaw la cogía y la ponía en la pared siguiendo un patrón que solo ella conocía. Era una buena idea. Verlas en un montaje le daba un punto de vista distinto a si las miraba de una en una. Evidentemente, en algún momento tendrían que enfrentarse con el cabreo de la directora del hotel, al ver lo que habían hecho con sus paredes recién decoradas, pero ese era un problema para otro día. O para Flynn. Durante un descanso para estirar las piernas, Poe se acercó al rotafolio que el hotel les había facilitado y que aún no habían tocado (a Bradshaw le chirriaban herramientas tan obsoletas tecnológicamente), y cogió un rotulador de la bandeja inferior. Fue hacia la pared y empezó a hacer cruces rojas sobre los vehículos que creía que podían descartar.

De los ochocientos cuatro vehículos, más de treinta eran autobuses llenos de pasajeros. Los tachó con una cruz, porque dudaba que el Hombre Inmolación se llevara un autobús lleno de admiradores a sus hogueras. También descartó las motocicletas: podían llevarle a cualquier parte, pero era imposible que usara una para transportar a sus víctimas, recipientes con acelerante y estacas. Había cuatro minibuses y, aunque las fotos eran pequeñas, parecía evidente que se trataba de asociaciones benéficas que llevaban a personas con dificultades de aprendizaje. Los tachó.

A otros vehículos también los descartó rápidamente. Por ejemplo, los coches patrulla. Era posible que el Hombre Inmolación fuese policía, pero un agente jamás cogía un coche solo: hacían turnos de ocho o diez horas, y volvían de inmediato a la carretera para el siguiente turno. Tachó las ambulancias por el mismo motivo.

Los siguientes eran furgones para el traslado de presos. Durante años, el eslogan del condado había sido: «Cumbria. Un lugar seguro para vivir, trabajar y viajar»; dejando al Hombre Inmolación aparte, normalmente lo era. Sin embargo, seguía habiendo un núcleo duro de delincuentes e incorregibles, y aunque ahora había menos juzgados, la cantidad de idiotas era la misma. Era frecuente ver furgones de seguridad carcelaria en las carreteras de Cumbria, trasladando presos entre los juzgados y la única cárcel del condado. Sin embargo, también funcionaban por turnos. Así pues, Poe los descartó.

Eliminó también los camiones más grandes. Habrían sido perfectos para transportar cadáveres y material, pero las rutas sinuosas que conducían hasta algunos de los lugares de los asesinatos los descartaba como posibilidad.

La cantidad de fotografías sin tachar seguía siendo inabarcable. Poe empezó a subir y bajar sobre los dedos de los pies para estirar los gemelos mientras pensaba en cómo reducir todavía más la lista.

Volvió a la pared. En un arranque de enfado, tachó todos los coches que le parecieron demasiado pequeños para que cupieran cómodamente un conductor, un cadáver y un bidón de gasolina. Cuando terminó, tiró el rotulador, frustrado.

—Perdón —dijo, más por Bradshaw que por Flynn.

—¿Estás bien? —preguntó Flynn.

Poe asintió.

—Pues entonces, sigue. Creo que has dado con algo.

Volvió al rotafolio y cogió un rotulador verde. Marcó con un *tick* los vehículos que quería priorizar. Señalaba cualquier furgoneta con cristales tintados. Cualquier coche de finca, cuatro por cuatro o monovolumen. Había hasta un coche fúnebre. A ese le puso doble *tick*.

Finalmente, todos los vehículos quedaron con una cruz roja o con un *tick* verde. Algunos cambiaron de color después de discutirlo, pero, al cabo de una hora, había una especie de consenso.

Poe oscilaba de atrás hacia delante sobre los talones mientras analizaba la pared.

Sabía que la respuesta estaba allí. Solo necesitaba una chispa de inspiración para dar con ella.

Estuvieron contemplando la pared hasta la noche. Para no tener que quitar las fotos del RAM que habían sujeto con chinchetas, y como ninguno de ellos quería cenar por turnos, Poe fue a comprar comida para llevar al British Raj Indian and Tandoori de Kendal. Acababa de pedir pollo a la mantequilla para Flynn, balti de verduras para Bradshaw y cordero madras para él, cuando su móvil le avisó de que había recibido un mensaje. Era de Reid: había estado en Herdwick Croft. Quería saber dónde estaba. Poe le respondió que estaban en el hotel y que se uniera a ellos. Pidió otro cordero madrás.

El hotel tuvo el detalle de dejarles platos y cubiertos. Cuando habían empezado a cenar, llegó Reid, que decía estar hambriento y devoró su plato, negándose a hablar hasta que hubo terminado.

Luego se acercó a la pared. Era tarde y hacía calor, pero él iba impecable como siempre, mientras Poe, ya sin chaqueta y con las mangas arremangadas, notaba un ligero tufillo de sus axilas. Necesitaba una ducha, y pronto.

—¿Habéis oído que Hilary Swift está libre de sospecha?

—Pero está implicada —dijo Poe.

—Sin duda —añadió Reid—. ¿Crees que trabajaba para alguien? ¿O alguien para ella?

Poe se encogió de hombros.

—No me reconoció. Si está trabajando con el Hombre Inmolación, entonces es su aprendiz.

Reid no contestó. Tampoco había respuesta. Swift estaba involucrada; simplemente, no sabían de qué modo. Hasta que la detuvieran, la cosa seguiría así.

—¿Qué le habéis sacado a la asistente social? —preguntó Reid, con ganas de pasar a lo siguiente—. Supongo que creéis que los chicos están muertos...

—¿Es lo que tú piensas? —contestó Poe.

—Cuesta verlo de otro modo. Imagino que, si volvisteis a Servicios Infantiles, estaréis investigando a las familias.

—Sí, pero por ahora no hay nadie que destaque diciendo: «¡Yo! ¡Yo!». En tu vida has leído tanto sobre tanto cabrón. Sus hijos les importaban una mierda mientras estaban vivos, así que no me los imagino preocupándose por ellos ahora.

—Entonces volvemos a buscar a un desconocido. Alguien que aún no ha mostrado sus cartas... —Se sentó—. Y, hablando de Hilary Swift, Gamble me ha pedido que os diga que no hay pruebas de que haya conseguido salir del país. Nadie con su nombre ni que encaje con su descripción ha pasado por ningún puesto de control fronterizo. Gamble está convencido de que

se esconde en alguna parte, y yo estoy con él.

Poe gruñó.

Reid se levantó.

—Bueno, parece que estáis atareados, así que os dejo. Os llamo mañana si hay novedades.

—Llama de todos modos, Kylian —dijo Poe—. Podemos contarte lo que hayamos descubierto.

Asintió y se fue.

Bradshaw se acercó a la pared. Poe se unió a ella.

—Poe, ¿y si utilizamos otro color? Para los vehículos que hemos descartado, pero queremos reconsiderar.

Poe cogió un rotulador azul:

—Pongámonos a ello.

Estuvieron toda la noche trabajando, durmiendo por turnos en un sofá que había traído un mozo del hotel.

Para cuando dieron las nueve de la mañana, ya habían utilizado cuatro colores más y los ojos casi les sangraban de tanto mirar las fotos.

—Esto no funciona —dijo Poe. Se volvió hacia Bradshaw—. Tilly, ¿puedes darle uso a ese pedazo de cerebro que tienes, por favor? Encuéntrame algo que pueda reconocer, porque ahora mismo no veo una mierda.

Bradshaw se encogió. Y él se disculpó. No era culpa suya, desde luego.

—No pasa nada, Poe —dijo la chica—. Id a desayunar tú y la inspectora Flynn. Yo voy a intentarlo con un viejo truco de la universidad: si no ves el patrón, prueba a cambiar el punto de vista.

No les explicó a qué se refería ni pidió permiso para hacerlo; simplemente, se acercó a la pared y empezó a quitar fotos. Poe ya la había visto en ese modo y sabía que no tenía ningún sentido tratar de disuadirla: no estaba escuchando.

—Venga, jefa. Te invito a un sándwich de beicon.

Cuando volvieron, las fotos volvían a estar en la pared, pero en cuatro bloques distintos. Había una mezcla de cruces rojas y *ticks* verdes. Poe se quedó mirando a Bradshaw inquisitivamente. La impresora tintineaba según se iba enfriando. Bradshaw había impreso más fotos.

—¿Hemos añadido más vehículos, Tilly? —preguntó Poe.

Eso sería dar un paso atrás.

—No, Poe. He reordenado las fotografías: ahora están colocadas según el día en que fueron asesinadas las víctimas. Cada bloque es un día distinto. Solo tenía una foto por vehículo, así que si estaban en más de un día, he tenido que imprimir otra copia.

Evidentemente, se había pulido más presupuesto de la SCAS para imprimir, porque algunos vehículos aparecían en los cuatro bloques. Al lado de cada bloque, había escrito la fecha y el nombre de la víctima. Poe ojeó la nueva presentación.

—Mientras miras, voy a pedir un huevo duro —dijo la chica, que miró su reloj—. Rayos. El desayuno era hasta las diez. Ya no llego.

—Solo miércoles y domingos, Tilly. Esos días tienen que montar las cosas para el asado. Hoy estará abierto hasta las once: ve a buscar tu huevo du... —La palabra murió en sus labios.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Bradshaw.

Ignorándola, se acercó al bloque de la segunda víctima. Joe Lowell había sido inmolado en medio del círculo de piedras de Swinside, cerca de Broughton-in-Furness. Al hablar a Bradshaw del desayuno del hotel, algo se había despertado en su mente. Casi casi podía tocarlo. Casi, pero no. Poe observó fijamente los vehículos hasta grabarlos a fuego en su retina. Durante veinte minutos, se quedó mirando sin ver nada.

Estudió el bloque de vehículos cinco veces. Y a la sexta, vio la foto que lo cambió todo.

Allí estaba. Descarada. La anomalía. El vehículo que no tenía derecho a estar ahí. Poe notó que se le erizaba el vello de la nuca.

Pero no podía ser tan sencillo..., ¿no?

—¿Poe? —dijo Flynn.

Durante unos instantes, no se atrevió a abrir la boca; cuando lo hizo, ignoró a su superior. En su lugar, le dijo a Bradshaw:

—Tilly, ¿puedes meterte en la web del Servicio Judicial de la Corona y ver qué juzgados de Cumbria funcionaban el día que asesinaron a Joe Lowell? Comprueba también el tribunal de la corona de Preston.

Se quedó mirando a Poe y a Flynn, sin saber qué hacer.

—Haz lo que dice, Tilly —dijo Flynn.

Se quedaron esperando mientras Tilly entraba en la página. La información que Poe quería era pública y podría haberla buscado él mismo, pero Bradshaw era más rápida. Flynn le conocía desde hacía suficiente tiempo como para saber que no le sonsacaría nada hasta que estuviese preparado, de modo que no se molestó en intentarlo.

Cinco minutos después, Tilly dijo:

—Ningún tribunal abrió el día en que asesinaron a Joe Lowell, Poe. Era domingo.

Poe asintió. Estaba en lo cierto. Hincó el dedo sobre una foto en el bloque de Joe Lowell. Luego se volvió hacia Bradshaw y Flynn.

—Entonces, ¿qué coño hace aquí un furgón de traslado de presos?

Como la mayoría de los policías, Poe tenía mala opinión sobre el servicio de traslado de presos y el vergonzoso bajón que experimentó en 2004, cuando dejó de estar en manos de los servicios penitenciarios y se vendió a una gigantesca compañía multinacional. Esas empresas llevaban tiempo contemplando el millón y medio de traslados de presos anuales con su insaciable sed de beneficios. El hecho de que fuera un Gobierno laborista el que lo permitiera no le sorprendió, pues era tan susceptible como cualquier otro a las falsas promesas del sector privado: eficiencia e innovaciones.

Entre las innovaciones estaba hacinar en el traslado a los presos en espacios de menos de un cuarto de metro cuadrado, y su eficiencia implicaba negarse a parar para descansar e ir al baño, con el resultado de que los reclusos (algunos de los cuales estaban en prisión preventiva y no habían sido sentenciados por ningún delito) tenían que mear y cagar en ese cubículo. Legalmente, hasta los animales trasladados al matadero tenían derecho a mejores condiciones. Para cuando el Ministerio del Interior supo lo que estaba ocurriendo, ya era demasiado tarde (manos untadas, cargos directivos prometidos y contratos firmados), de modo que hicieron lo que haría cualquier Gobierno: mentir y manipular las estadísticas. Poe sabía que no se ganaban votos diciendo la verdad.

Como puntilla y ejemplo de la ley de las consecuencias involuntarias, nadie en el Ministerio del Interior había considerado qué pasaría cuando venciera el primer bloque de contratos y entraran en juego nuevos contratistas. En una sorprendente falta de previsión, a nadie se le ocurrió regular qué pasaría con los vehículos propiedad del contratista original cuando ya no fueran necesarios.

Flotas enteras de furgones se pusieron a la venta en el mercado público. A pesar de que un artículo del *Daily Mail* subrayó el riesgo de abuso, el Gobierno fue incapaz de evitarlo. Mientras el ministro de turno culpaba a sus funcionarios, y los funcionarios al ministro, la consecuencia fue que cualquier persona pudo comprar por varios miles de libras un vehículo que era, en todo salvo en el nombre, una cárcel móvil.

El furgón penitenciario que Bradshaw había puesto en el bloque de vehículos del domingo era uno de los modelos más pequeños. Tenía cuatro cubículos. Poe sabía que los más grandes podían tener hasta tres veces ese número. Su reducido tamaño lo hacía suficientemente manejable como para entrar en todos los sitios donde había estado el Hombre Inmolación.

El conductor no aparecía en ninguna de las fotos. Al parecer, había tratado el parabrisas con alguna especie de sustancia colorante. A Poe no le sorprendió.

Tenían trabajo que hacer. Flynn llamó a Gamble para contarle lo que habían encontrado, mientras Bradshaw comprobaba la matrícula en el Ordenador Nacional de la Policía. Descubrió que seguía matriculado con GU Security. Cuando llamó a sus oficinas centrales, se mostraron colaborativos, tal y como era de esperar, ya que la imagen lo es todo para las compañías privadas que compiten por contratos del sector público.

En efecto, era uno de sus furgones para cuatro presos.

Y no, nunca había estado en Cumbria, ni tampoco se había utilizado en contratos de traslados penitenciarios en el noroeste. El vehículo 236, tal y como lo llamaban, se usaba para un contrato con la Agencia Fronteriza del Reino Unido en el sureste del país.

Y lo podían demostrar. Todos sus vehículos estaban equipados con sistemas de seguimiento vía satélite, de modo que la sala de control sabía dónde estaban en todo momento.

Después de que GU prometiera enviarle la información, Poe puso fin a la conversación.

—¿Qué significa eso, Poe? —dijo Bradshaw.

—Significa que clonó el número de matrícula para asegurarse de que no lo detuvieran por ser falso o por ir en un tipo de vehículo equivocado.

—Vaya. Qué listo.

Lo era.

—Y como GU tiene el contrato de traslado de presos en el noroeste, se pasan todo el día y buena parte de la noche en nuestras carreteras. Estamos tan acostumbrados a verlos que casi forman parte del paisaje.

El Hombre Inmolación se había estado escondiendo a plena vista.

Flynn se había ido a una reunión urgente con Gamble. Con algo de suerte, volvería con una estrategia coherente para localizar el furgón de GU.

Pero por si acaso...

Poe miró a Bradshaw. Había empezado a recoger. Parecía abatida. La emoción del hallazgo se había evaporado una vez que se lo habían comunicado a Gamble. El cambio en ella era sorprendente. Hacía una semana, los datos eran simplemente un rompecabezas que resolver; ahora que lo había logrado, se lo habían pasado a Flynn y ya lo había olvidado. Poe sabía que no tendría que pensar en el coste humano que había detrás de los datos que había descifrado, más allá de lo abstracto. Y ahora que lo había conseguido, estaba seguro de que sería todavía mejor analista. Sin embargo, a veces no basta con el razonamiento frío; en ocasiones, el juego necesita algo más. Implicarte personalmente te obliga a hacer esfuerzos extraordinarios.

—No creerás que ya hemos acabado con esto, ¿verdad, Tilly? —le preguntó, sonriendo—. Ponte cómoda, tenemos trabajo que hacer.

Bradshaw aplaudió. Abrió su portátil, se acomodó las gafas en la nariz y esperó instrucciones.

Poe tomó asiento junto a ella y dijo:

—El comisario Gamble va a empezar a comprobar las ventas de esos vehículos, Tilly. Necesitará una orden judicial.

Estaba esperando a que fuese al grano.

—Sin embargo, si el Hombre Inmolación es tan inteligente como creemos, esa compra estará oculta. No habrá pagado con tarjeta de crédito. Y, de todos modos, GU no las vendería

directamente al público: las enviarían a alguna de esas empresas que compran coches al por mayor. Puede que comprara el furgón que buscamos en una subasta, o a través de alguna filial de una filial de una... En fin, ya me entiendes.

—No estoy segura, Poe...

—Quiero decir que tenemos que encontrar un modo más rápido, Tilly. Que Gamble rastree el furgón en el papeleo. Al final dará con él, pero, mientras lo hace, quiero que pienses en otra manera de coger a ese cabrón...

49

Bradshaw sonrió con timidez.

—Poe, ¿qué te dije hace un par de días?

Podría ser cualquier cosa. Los temas de sus conversaciones recientes habían sido muy diversos, desde los hábitos intestinales de los ancianos hasta por qué le pusieron Washington de nombre.

—No lo sé —dijo, e intentó adivinarlo—. ¿Algo de que la industria del juego ya es más grande que la industria musical?

—Sobre los puntos de datos —contestó ella para refrescarle la memoria.

Poe recordaba algo sobre los puntos de datos. Había sido una de esas conversaciones en las que Bradshaw no entendió ninguna de sus señales no verbales y le soltó un discurso acerca de un aspecto técnico de la teoría del caos. Al final, le pareció más fácil dejarla acabar que intentar detenerla. Pero su mente no tardó en entrar en modo salvapantallas.

—Puede que haya olvidado los detalles principales —admitió.

—Pues dije que, teniendo suficientes puntos de datos, puedo encontrar el patrón de cualquier cosa.

—¿Y?

Poe tenía la impresión de que su torpeza con la estadística seguía siendo una fuente de frustración para ella. En parte, echaba de menos la involuntaria rudeza de Bradshaw, pero que ahora se guardara los comentarios para sí probaba lo mucho que había cambiado.

—Pues —dijo, señalando la pared cubierta de fotografías—, cuando descargué todas esas fotos, solo estaba centrándome en las fechas de los asesinatos.

Y, de repente, Poe cayó en la cuenta.

«¡Claro!»

Ahora que sabían qué vehículo era, podrían buscar todas los registros que el RAM tuviera de él. Cada vez que la cárcel móvil del Hombre Inmolación pasara por delante de una cámara, lo sabrían. El RAM guardaba sus registros durante dos años. Aunque les daría dos distintos (pues aún había un furgón de GU con matrícula legítima operando en el suroeste), no sería difícil distinguirlos.

Bradshaw ya se había metido en la base de datos del RAM. A los pocos minutos, la impresora estaba escupiendo hoja tras hoja de información.

—Esto es un buen ejemplo del efecto mariposa de Edward Lorenz, ¿verdad, Poe? —dijo.

—*Hmmm* —murmuró él, con la mente llena de casas de subastas y de posibles formas de vender flotas enormes de vehículos.

—El efecto mariposa.

—No te sigo, Tilly.

—He dicho que esto es un buen ejemplo de ello. De cómo un incidente pequeño y aparentemente insignificante puede aumentar y aumentar hasta convertirse en lo que tenemos aquí.

—Desarrolla.

—Pues todo esto —dijo, agitando los brazos sobre todo lo que había sobre las mesas, los ordenadores y las paredes—. Y todo lo que hemos descubierto tú y yo: todo vino de algo pequeño. —Sacudió la cabeza como si estuviera asombrada—. Ese algo que sujeta todo lo demás.

Los casos más difíciles solían resolverse de este modo: piezas pequeñas que conducían a otras más grandes, y así sucesivamente.

—Sí, tuvimos suerte con el cadáver en el almacén de sal —admitió Poe.

—¿En serio? Yo creo que fue antes de eso. Creo que todo empezó con un comentario fortuito.

La bandeja de la impresora estaba a rebosar. Poe se acercó a vaciarla. Mientras recogía las hojas que habían caído al suelo, preguntó:

—¿Qué comentario, Tilly?

—Cuando alguien de la comisaría de Kendal le recordó a Kylian Reid lo del cadáver en el almacén de sal. Él se había olvidado del Hombre de Tollund y tú ni siquiera lo sabías. Al no estar archivado como un crimen, yo no lo habría encontrado. Piénsalo bien, todo empezó con ese comentario fortuito.

Tenía razón. Más o menos. Poe se inclinaba a pensar que todo empezó cuando un psicópata grabó su nombre en el pecho de una víctima, pero, básicamente, Bradshaw tenía razón. Si Reid no hubiera vuelto de Kendal con el dato del Hombre de Tollund, ahora mismo no estarían en este punto.

Bradshaw se tomó su silencio como desacuerdo y empezó a defender su argumento. Pero Poe ya no estaba escuchando. Había cogido la hoja de lo más alto de la bandeja de la impresora y estaba mirándola atentamente. Bradshaw había buscado en orden cronológico inverso, así que los registros más recientes eran los primeros.

No esperaba ver nada reconocible (ese era el campo de Bradshaw, no el suyo), pero dos resultados a media página llamaron su atención. De pronto, le inundó una sensación pavorosa. Se le revolvió el estómago y su boca se quedó seca.

Los resultados que estaba mirando eran de una de las cámaras que cubrían la A591. Las habían colocado para ayudar a atrapar a las bandas que abastecían de drogas al corazón del Distrito de los Lagos. A no ser que conociera mucho la zona, cualquiera que viajase a Ambleside o a Windermere (ya fuera desde el lado de Keswick o el de Kendal) tendría que pasar por delante de una de las cámaras del RAM en la A591.

Y Ambleside y Windermere no eran los únicos lugares a los que se accedía por la A591.

También había otros pueblos más pequeños.

Uno de ellos era Grasmere.

Donde estaba Seven Pines.

Las fechas encajaban.

Las horas encajaban.

Si sus apuntes eran correctos (y sabía que lo eran), el furgón de traslado de presos había pasado por delante de la cámara del RAM unos diez minutos antes que Reid y él. Hilary Swift no era cómplice del Hombre Inmolación, ni mucho menos. Era su próxima víctima.

La había secuestrado.

Y se había llevado a sus nietos.

50

—¡El Hombre Inmolación también tiene a los críos! —exclamó Poe al teléfono.

Flynn estaba con el manos libres y la cobertura no era buena. Como iba de camino a ver a Gamble, la manera más rápida de que la información llegara a la gente adecuada era decírselo directamente a ella.

Flynn entendió el mensaje y, a pesar de la mala conexión, Poe notó cómo aumentaban las revoluciones de su coche justo antes de colgar.

Teniendo en cuenta la ínfima posibilidad de que Flynn tuviera un accidente, Poe decidió cubrirse las espaldas y llamó a Reid, pero saltó el contestador. Le dejó un mensaje y cortó. Por lo que a él respectaba, la información había sido transmitida. Envío un correo a Flynn con el documento que demostraba la presencia del vehículo del Hombre Inmolación en la zona de Grasmere el mismo día de la desaparición de Hilary Swift y sus nietos.

Intentó tranquilizar su pensamiento. Todo empezaba a tener más sentido. Que Swift hubiera sido secuestrada encajaba mejor que el hecho de que estuviera implicada en los asesinatos. Y mirándolo todo con perspectiva, incluida su reciente teoría de que el móvil era la venganza y no el dinero, todo cuadraba. Fuera quien fuera el Hombre Inmolación, estaba alcanzando de manera sistemática a todos los presentes en el barco aquella noche. Solo Montague Price había logrado evitar su sino, anticipándose y huyendo en cuanto detectó el patrón.

Ahora le inquietaba cómo había conseguido raptar a Swift delante de las narices de dos policías expertos. ¿Cómo logró administrarles la droga? ¿Estaba dentro de la casa al mismo tiempo que ellos? ¿Se coló mientras hablaban con Swift y puso propofol en la leche? Un plan que dependía de que dos policías bebieran té o no lo hicieran parecía demasiado aleatorio para el Hombre Inmolación: hasta ahora, nunca había dejado nada al azar. Era una constante de ese caso: cada vez que descubrían algo, surgían más preguntas.

Bradshaw seguía trabajando con los datos del RAM sobre el furgón, tratando de encontrar un patrón que pudiese ayudarlos. A diferencia de Poe, que tecleaba letra por letra, sus dedos se movían con tal rapidez sobre el teclado que apenas se veían. La impresora no dejaba de hacer ruido; durante la siguiente media hora, Poe fue poco más que un ayudante de oficina. Puso más papel en la impresora y cambió los cartuchos de tinta vacíos. Los empleados del hotel debían de estar hartos de la impresora de Bradshaw, que había acabado con sus reservas para conferencias, pero Poe los convenció de ir a robar más del resto de impresoras del edificio.

Por fin, Bradshaw terminó.

—Voy a necesitar una hora para analizar todo esto. ¿Puedes ir a buscar un mapa de Cumbria,

Poe? Cuanto más grande, mejor.

Poe iba a decir que mandaría a alguien a por él, pero se dio cuenta de que probablemente prefería quitárselo de en medio mientras trabajaba. Había sido como un animal enjaulado mientras esperaba.

—Voy —contestó.

A la hora estaba de vuelta. Conseguir un mapa de la zona no fue complicado: las tiendas estaban llenas de ellos. El problema era que los mapas que vendían eran para turistas. Estaban hechos para pasear por las montañas, no para conducir.

Estuvo a punto de rendirse. Sabía que la comisaría de Kendal tenía un mapa que cubría toda una pared: Bradshaw y él podían llevar los datos allí y marcarlos sobre él. Mientras lo pensaba, considerando los pros y los contras, se fijó en el escaparate de la tienda que tenía al lado. Era una asociación benéfica llamada Age Concern, y tenían una cesta llena de mapas. Allí encontró exactamente lo que buscaba: un mapa de la agencia cartográfica nacional. Lo abrió y vio que la escala era perfecta para lo que necesitaban. Dio veinte libras a la mujer y le dijo que se quedara con el cambio.

El mapa ya estaba colocado en la pared. Bradshaw había marcado todos los datos. Sin embargo, si había un patrón, Poe no era capaz de verlo. Había chinchetas rojas y azules agrupadas. Reconocía algunos de los grupos más grandes y densos, como las vías principales del condado: la M6, la A66 y la A595. Algunos de los más pequeños estaban cerca de lugares donde sabían que habían secuestrado a las víctimas. Aparte de Long Meg y Her Daughters, el resto de los círculos de piedras que el Hombre Inmolación había elegido para matar no estaban muy vigilados por la RAM, eran demasiado rurales.

Bradshaw estaba observando el mapa con el ceño fruncido, como si algo no cuadrara.

—¿Qué pasa, Tilly?

—Esto no tiene sentido, Poe.

—¿Por qué?

—No encaja con mi modelo.

—Desarrolla... Y usa el método del rotulador, por favor.

Bradshaw solía sonreír, pero esta vez no lo hizo.

—A ver, sabes que este tipo de elaboración de perfiles sirve para comprender el comportamiento espacial del perpetrador, ¿verdad?

Poe no tenía ni idea de qué estaba hablando. Ni siquiera sabía lo que significaba «espacial».

—Pónmelo un poco más para tontos, Tilly...

—Un perpetrador tendrá una aversión instintiva a cometer crímenes cerca de su casa —dijo—. Se llama su zona de confort.

Él lo habría llamado «no cagar en tu propia puerta», pero sabía lo que Bradshaw quería decir. Hasta los heroinómanos más tirados solían irse de su calle antes de empezar a saludar a las farolas.

—Pues también suelen tener una zona de confort en la que se sienten seguros. Normalmente, es un sitio que conocen bien. Se llama la «teoría del gradiente de distancia»: cuanto más se alejan de su espacio de actividad habitual, menos probabilidad hay de que cometan un delito.

Eso también tenía sentido. Poe estaba convencido de que el Hombre Inmolación conocía las áreas en las que trabajaba: era la única explicación de que hubiera evitado tantas cámaras fijas en las carreteras.

—Pero sabemos que no elegía las víctimas al azar. Iba siguiendo una lista. No podía controlar dónde vivían —dijo.

—He incorporado eso a mi modelo.

«Por supuesto.»

—¿Y?

—Los lugares de los asesinatos. Eso es lo que no tiene sentido. Hay tres variables involucradas en cada asesinato: dónde secuestra a la víctima, dónde la retiene y dónde la mata.

Poe creía saber adónde quería ir a parar, pero dejó que terminara.

—Como dices, los puntos de secuestro están fuera de sus manos. Si asumimos que el lugar donde los retiene es un punto fijo, entonces el único factor aleatorio es la elección del lugar del asesinato.

—¿Y no hay ningún patrón?

Bradshaw negó con la cabeza.

—Debería haberlo, aunque solo fuera el de cómo viajó hasta ellos, pero no lo veo. Y eso significa que no lo hay. —No lo dijo para alardear, sino como exponiendo un hecho.

—Puede que el patrón sea que no hay patrón.

De pronto, Bradshaw se irguió y se levantó.

—¡Qué tonta soy, Poe! Dijiste que Cumbria tenía sesenta y tres círculos de piedras. Él ha utilizado cuatro: ¿dónde están los otros cincuenta y nueve?

—Por todas partes —contestó—. Así, de primeras, no sé...

Los dedos de Bradshaw empezaron a moverse sobre el teclado, como poseídos. Veinte segundos más tarde, un documento con la lista de todos los crómlechs del condado se abrió paso desde las entrañas de la impresora. Durante la siguiente media hora, estuvieron marcando la ubicación de todos ellos sobre el mapa con chinchetas amarillas. Poe dio unos pasos atrás.

Bradshaw se unió a él.

—Te lo dije, Poe. Los datos nunca mienten: siempre hay un patrón.

Sin siquiera mirarse, chocaron los puños en silencio.

No hacía falta que se lo explicara. El patrón del Hombre Inmolación solo se veía cuando se colocaba en el contexto de los círculos que no había utilizado.

Había asesinado a sus víctimas en los círculos conocidos como «los tres grandes»: Long Meg, Swinside y Castlerigg. Los tres eran lugares de importancia histórica y fama mundial. Enormes e impresionantes. Dejar un cuerpo ardiendo en medio de ellos sería muy impactante. Sin embargo..., también eligió Elva Plain, en Cockermouth. ¿Por qué? Había círculos más impresionantes que aún no había utilizado. Elva Plain ni siquiera parecía un círculo de piedras. La mayoría de la gente ignoraba su existencia.

¿Por qué no había elegido uno de los círculos con más amarillo en el mapa? ¿Por qué no había escogido uno de la zona conocida como la Avenida de Piedras Shap? Había un sinnúmero de círculos para elegir, algunos cerca de donde estaban en ese momento. Otros estaban aislados, pero eran famosos. E incluso se podía acceder fácilmente a la M6. Y eso, básicamente, era todo cuanto el Hombre Inmolación necesitaba.

Poe se quedó pensando en la zona de confort de la que hablaba Bradshaw. ¿Cabía la posibilidad de que el Hombre Inmolación no hubiese cometido ningún crimen en el área de Shap porque vivía cerca de allí? ¿Habían estado buscándole fuera cuando deberían haber mirado dentro?

Su nuca empezó a cubrirse de gotitas de sudor. Volvía a hacer calor en la habitación. Se quitó la chaqueta, la dejó en el respaldo de la silla y se arremangó. Sabía que estaba muy cerca. Las respuestas estaban allí: tenía que mirarlo todo con una lente distinta. Empezó a mecerse en la silla tratando de pensar en algo nuevo. El movimiento hizo que su chaqueta cayera al suelo. Se agachó a cogerla.

Y se quedó paralizado.

Contuvo la respiración. Su intuición le había estado diciendo que encontraría las respuestas en el pasado. Que el hecho de que Price y luego Swift se convirtieran en sospechosos no era más que una distracción. Nunca creyó que ninguno de los dos fuera capaz de ser el Hombre Inmolación.

Sus ojos fueron de la chaqueta que había caído al suelo a una de las fotos clavadas sobre la pared: la de los cuatro chicos, sin camiseta y felices a pleno sol, sacando un pecho que aún no tenían. Se levantó y volvió a colocar la chaqueta sobre el respaldo. La miró, empapada de sudor y doblada como un calcetín mojado en la barra de una ducha.

Su mente proyectó una sucesión de imágenes. Pasando de un recuerdo a otro, buscó alguno que descartara lo que empezaba a sospechar. Pero no lo encontró. Parpadeó y las imágenes desaparecieron.

Su chaqueta.

La foto.

Aquí estaba la conexión.

Pensó en algo que Bradshaw había dicho antes.

En ese momento, no le prestó demasiada atención, pero ahí estaba: ahora no paraba de dar saltos en su mente.

Ella lo llamó «efecto mariposa». Que alguien le hubiera recordado a Reid que al Hombre de Tollund lo encontraron a menos de ocho kilómetros de donde estaban había sido el catalizador, la mariposa que bate alas en Brasil desatando un huracán en Texas. De no ser por el Hombre de Tollund, no habrían encontrado el ataúd manipulado y, probablemente, no habrían dado con el Breitling robado. Quentin Carmichael seguiría figurando como muerto en África y la verdadera intención de aquel infausto paseo en barco seguiría siendo desconocida.

«Pero ¿y si...?»

Algunas veces, la mente de Poe permanecía quieta y enroscada, procesando información a su ritmo, pero otras era capaz de dar inmensos saltos intuitivos. Una sospecha terrible y a medio hacer crecía en la boca de su estómago y empezaba a roer y a roer...

Sus neuronas se habían disparado. Cada vez iban más rápido, a medida que encontraba una conexión tras otra. Todas las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. La confusión dio paso a la comprensión.

Ya lo tenía casi todo.

Tal vez, incluso, lo tenía todo.

Nadie había logrado explicar cómo el Hombre Inmolación había conseguido ser un fantasma durante tanto tiempo. De acuerdo, hoy en día, cualquiera puede aprender los procedimientos policiales: la Ley de Libertad de Información implica que la mayoría de los manuales policiales están al alcance del público. Una persona inteligente y meticulosa puede adquirir conocimientos forenses por sí sola. Pero ¿cómo había sorteado los sistemas de vigilancia de Gamble? Las cámaras móviles del RAM, los equipos de vigilantes en los círculos de piedras, todos los coches patrulla. Solo había una posibilidad: el Hombre Inmolación tenía que estar recibiendo información de última hora.

A medida que se acercaba a confirmar su teoría, Poe pensó en todo lo que había descubierto en las últimas dos semanas. Miró su chaqueta y cambió de idea. Se remontó más atrás todavía, a la noche del acto benéfico en el barco y a un plan que había tardado casi veintiséis años en dar frutos.

Lógicamente, solo podía ser una persona: aquella idea le helaba la sangre.

—Tilly, ¿tienes la hoja de información sobre el propofol?

La encontró y se la dio. Poe pasó la primera hoja y buscó los apartados sobre otros usos. Rastreó la lista con el dedo y se detuvo al dar con lo que estaba buscando.

«Mierda...»

Alzó la vista. Bradshaw le estaba observando.

—Necesito que compruebes una cosa, Tilly.

—Dime, Poe.

Cuando se lo dijo, ella frunció el ceño.

—¿Estás seguro? —dijo suavemente.

Poe ni siquiera podía hablar. Asintió.

Mientras Bradshaw comprobaba la información que le había dado, él empezó a dar vueltas por la habitación. Nunca había tenido que esperar para algo tan horrible. Rezaba por estar equivocado..., pero no.

En la pantalla de Bradshaw, surgió el resultado que había esperado.

La chica se volvió y asintió. Tenía lágrimas en los ojos.

No era la única.

Poe ya sabía quién era el Hombre Inmolación.

51

Poe se quedó observando el número en la pantalla de su móvil. Si llamaba, ya no habría marcha atrás. No podría acallar la campanada. Su dedo estaba suspendido sobre el botón de llamar. Finalmente, lo apretó. Cerró los ojos mientras esperaba a que contestase. Tal vez no lo hiciera. Estaría inmersa en la búsqueda de los niños secuestrados y tratando de identificar al propietario del furgón de presos. Tenía que contárselo a ella antes que a nadie. Necesitaba convencerla.

Después de ocho tonos, que Poe contó con el corazón cada vez más cargado, Flynn contestó.

—Poe —susurró—. No puedo hablar. El comisario Gamble está en medio de la sesión informativa.

—Llámale, Steph.

—Espera. Tengo...

Poe habló con firmeza.

—Tienes que llamar al comisario Gamble, ahora mismo.

—Tendrás que explicarme algo más —contestó después de una breve pausa.

Se lo contó.

Pasaron tres o cuatro minutos hasta que Flynn logró alcanzar las primeras filas de la sala de reuniones. Sonaba como si llevara el móvil a un lado, pero le llegaban sus disculpas según se abría paso entre la gente.

Aunque el sonido era algo metálico, Poe pudo oír la conversación.

—Señor, es el sargento Poe. Dice que necesita hablar con nosotros.

—¿Ah, sí? —contestó Gamble—. Bueno, pues que se ponga a la cola. En cuanto termine aquí, el jefe de la policía quiere que le acompañe al despacho del comisario general. Nos va a caer una buena.

—Tiene que hablar con Poe, señor. Créame.

Se oyó a Gamble suspirar.

—Mire, sé que nos ha ayudado un poco en esta investigación, pero ahora hay niños desaparecidos. No tengo tiempo que perder en otra de sus teorías.

Flynn no contestó.

—De acuerdo —dijo Gamble finalmente—. Vamos a mi despacho.

Un minuto después, Flynn activó el manos libres.

—Suéltelo, Poe —dijo bruscamente Gamble.

—Señor, sé quién es el Hombre Inmolación, y tenemos que actuar de inmediato.

—¿Ah, sí? —dijo con escepticismo.

Poe ignoró su grosería. Estaba bajo una presión tremenda.

—Al final, todo estaba en una chaqueta de traje, señor —contestó Poe—. Una chaqueta de traje y el batir de alas de una mariposa.

—¿De qué está hablando? —saltó Gamble.

—Es Kylian Reid, señor. El Hombre Inmolación es Kylian Reid.

Bradshaw era quien le había indicado el camino que acababa de tomar. Hablando de esa estúpida mariposa y sobre cómo causaba huracanes. Le dijo que el cadáver en el almacén de sal no era el pilar del caso. El pilar, es decir, la primera batida de las alas de la mariposa, estaba en que a alguien se le hubiera ocurrido mencionar al Hombre de Tollund. De no haber sido por ese comentario fortuito en la comisaría de Kendal, no habrían llegado a ninguna parte.

Sin embargo, ¿y si no fue un golpe de suerte? ¿Y si fue algo intencionado? Aparte de la casualidad que los llevó a la gala benéfica, el Hombre Inmolación lo tenía todo controlado. Hasta ahora, él había movido los hilos.

Pero ¿por qué les había permitido avanzar?

Solo podía ser porque quería a Poe involucrado y que no se quedara demasiado rezagado. Y en cuanto lo pensó, su conexión con el caso se hizo evidente como un faro en medio de la niebla.

El Hombre Inmolación no trataba de huir de la justicia: la estaba imponiendo.

Quería que su historia se supiera, pero solo una vez que hubiera castigado a los jugadores. Y, teniendo en cuenta lo atascada que estaba la investigación al principio y las clásicas teorías que empezaron a surgir como consecuencia de ello, el Hombre Inmolación lo había orquestado todo para involucrar a la única persona capaz de ver a través de aquella tóxica niebla de confusión. Con su estúpido mantra de «seguir las pistas hasta donde haga falta», Poe se había convertido en parte de su hilo narrativo.

Desde el comienzo, le había preocupado el móvil de los asesinatos y, en un caso como este, encontrar el móvil significaba tenerlo todo: la identidad del asesino, qué pasó realmente en el evento del barco, cómo fueron elegidas las víctimas, todo. Ahora, Poe ya podía incluso intuir por qué el Hombre Inmolación mataba del modo que lo hacía.

Tenía sentido, aunque fuera un sentido retorcido. Desde el punto de vista del Hombre Inmolación, lo tenía.

Era un círculo envenenado con niños de por medio, que implicaba a la élite social de Cumbria. Un terrateniente, un abogado, un magnate de los medios de comunicación, un concejal y un miembro del clero. El Hombre Inmolación estaba asesinando a todos los implicados, pero eso solo era una parte: también quería desenmascararlos.

Sin embargo, no confiaba en su propio cuerpo de policía para hacer lo correcto. Sabía que las ambiciones del jefe de la policía iban más allá de Cumbria. Que encubriría los motivos de las castraciones y las abrasiones solo por ascender. Que se centraría en los asesinatos y nada más. Y que, probablemente, su historia nunca se sabría.

Ahí era donde entraba Poe. El Hombre Inmolación necesitaba su terca determinación para ir

más allá de los titulares e intentar llegar a la verdadera historia.

Reid se había integrado en su investigación desde el principio, controlando sus progresos, empujándolos en la dirección adecuada si necesitaban ayuda. Fue él quien le envió la postal. Reid les habló de la conexión con el almacén de sal. Poe no creía que nadie se lo hubiera recordado: probablemente, ni siquiera fuese a la comisaría de Kendal. Simplemente, volvió a Herdwick Croft con una respuesta que sabía que obsesionaría a Poe.

Además, al vivir en Kendal, encajaba con los modelos de zona de confort y gradiente de distancia de los que había hablado Bradshaw.

Incluso sabía cómo había conseguido secuestrar a Hilary Swift.

Todo eso era sospechoso, pero en el fondo circunstancial.

¿Cuál era el móvil? ¿Por qué estaba cometiendo tales monstruosidades? ¿Cómo un policía condecorado con más de quince años de experiencia ejemplar decide de repente convertirse en un asesino en serie?

La respuesta era que no había sido de repente. Lo tenía decidido desde hacía mucho tiempo.

La chaqueta le dio el motivo que le faltaba.

Reid nunca se la quitaba, hiciera el tiempo que hiciera. Durante años, se había burlado de la falta de elegancia en el vestir de Poe. Ya estuvieran trabajando, o de copas por la noche, Reid iba siempre bien vestido. Desde que le conocía, nunca le había visto sin camisa, chaqueta o jersey. Desde luego, jamás le había visto en camiseta, ni siquiera cuando eran adolescentes.

Kylian Reid siempre llevaba los brazos cubiertos.

Kylian Reid era Mathew Malone.

Y Mathew Malone estaba matando a los hombres que asesinaron a sus amigos.

53

—¡Está como una cabra, Poe! —exclamó Gamble—. ¡Como una puta cabra!

Poe había terminado de explicárselo. Gamble no se lo creía. Hasta Flynn se mostraba escéptica.

—Es un poco rebuscado, Poe —dijo.

Necesitaba que le creyeran, y esa reacción, aunque esperada, no le ayudaba.

—Tilly —dijo serenamente—. ¿Puedes contar a la inspectora Flynn y al comisario Gamble lo que has encontrado, por favor?

—Sí, Poe —contestó. Acercándose al teléfono, Bradshaw dijo—: El sargento Poe me pidió que comprobara todos los vehículos registrados del Grupo Veterinario Scaffell.

—¿Qué diantres es eso?

Poe advirtió que Gamble no utilizaba tacos ante Bradshaw. Aparte de los borrachos de Shap Wells, todo el mundo parecía moderar su lenguaje al dirigirse a ella.

—Es una clínica veterinaria que tenía muchos vehículos. Sobre todo, cuatros por cuatro y Land Rovers. Desde que la empresa quedó inactiva, no han comprado más.

—Tilly, ¿te importaría ir al...? —dijo Flynn.

Con una determinación que no mostraba una semana antes, Bradshaw interrumpió a su jefa:

—Hasta hace diez meses, cuando compraron dos vehículos en una subasta de automóviles en Derbyshire.

Se hizo el silencio. Todos sabían que GU Security tenía su sede británica en Derbyshire.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó Flynn.

Gamble parecía haber perdido la voz.

—Fue bastante fácil de comprobar —dijo Poe—. Con las leyes contra el blanqueo de dinero, todas las compañías de subasta de coches están registradas en Hacienda como distribuidores de productos de alto coste. Eso significa que no pueden aceptar transacciones en efectivo de más de diez mil libras, así que...

—Así que los furgones tuvieron que pagarse por transferencia bancaria —interrumpió Gamble—. ¡Ya sé cómo funciona la maldita ley contra el blanqueo de dinero, Poe! Pero aún no veo cómo nos lleva esto a uno de mis mejores hombres.

—La gente de GU nos ha sido muy útil, señor —dijo Poe, como si Gamble no hubiese dicho nada—. Entre los vehículos vendidos a la empresa de subastas había furgones para cuatro presos y algunos camiones para diez. La compañía de subastas ha confirmado que el Grupo Veterinario Scaffell compró uno de cada. Le he reenviado su correo electrónico.

—Pero...

—Señor, el Grupo Veterinario Scaffell es propiedad del padre de Kylian Reid.

Gamble tardó otros diez minutos en hacerse a la idea de que uno de sus sargentos podía ser un asesino en serie. Seguía aferrándose a lo único que Poe no podía explicar.

—No tiene sentido, Poe. A Reid también le drogaron.

—Sí, señor —contestó Poe.

—¿Entonces?

—¿Qué sabe sobre el propofol, señor?

—Que es un anestésico —contestó Gamble.

—Lo es, señor. Pero, gracias a Tilly, ahora sé mucho más sobre él. Tiene muchísimos usos más. Se ha utilizado como parte de los cócteles letales que se inyectan a los presos en el corredor de la muerte de Estados Unidos, y también como droga recreativa para consumidores especialmente exigentes. De hecho, es hasta...

—¡Vaya al grano, joder!

—¡Una medicina para animales, señor! —dijo bruscamente Bradshaw—. Los veterinarios lo usan como anestesia.

—Me están diciendo...

—El Grupo Veterinario Scaffell compró propofol el año pasado, señor —dijo Poe—. Es una sustancia tremendamente regulada y la compañía farmacéutica la tiene muy controlada. También le he reenviado su correo electrónico.

Se hizo una pausa.

—Pero eso no explica cómo logró drogarse y secuestrar a Hilary Swift al mismo tiempo, Poe.

—Porque no lo hizo él, señor —dijo Poe.

—No entien...

—El Hombre Inmolación no es solo una persona, señor: son dos —le interrumpió Poe—. Reid se drogó para quedar fuera de sospecha; después, su padre secuestró a Hilary Swift y a los nietos.

Flynn tomó las riendas.

—Vale, Poe. Creo que ya hemos oído bastante. Al menos, hay que detener al sargento Reid hasta que aclaremos todo esto —dijo.

—¿Y puedo sugerir que alguien se asegure de que Montague Price está donde debería estar? —preguntó Poe.

Eso captó la atención de Gamble. No ver al enemigo en casa era una cosa, pero otra muy distinta era que se llevasen a alguien bajo su custodia.

—Eso es ridículo, inspectora Flynn —dijo Gamble, sin duda adelantándose a los acontecimientos. El mundo estaba a punto de caérsele encima.

—Steph —dijo Poe—, si el comisario Gamble no puede, ¿puedes hacerlo tú? Price es el único que queda de aquel barco. Kylian querrá ir a por él.

—Déjamelo a mí.

Diez minutos más tarde, Poe recibió un mensaje de texto de Flynn: «Reid no está en la

jefatura de Cumbria. Nadie le ha visto. Gamble está destrozado. ¿Alguna idea?».

Poe contestó diciendo que no tenía ninguna, pero que pondría a Bradshaw a ello. Dudaba que Reid hubiese dejado rastros de papel que llevaran adonde estaba, pero algo tenía que hacer. Después de cerciorarse de que Bradshaw sabía lo que debía buscar, iría a Kendal a registrar el piso de Reid antes de que lo declararan escena del crimen y lo precintaran. Ese no podía ser el lugar donde retenía a sus víctimas, pero tal vez encontrara algo.

Nada más enviar el mensaje, su teléfono sonó. Era Flynn.

—¿Qué hay, Steph?

Parecía como si estuviese corriendo:

—¡Poe, Reid se ha llevado a Montague Price de la comisaría de Carlisle hace dos horas!

«¡Mierda!»

—Le escoltó personalmente a un...

—Furgón penitenciario de cuatro celdas. —Poe terminó la frase por ella.

—Exacto. Gamble se queda en jefatura para coordinar la búsqueda, pero está totalmente fuera de sí. Vuelvo allá. Me da la sensación de que Tilly y tú sois los únicos que entienden lo que está pasando.

—Nosotros seguiremos buscando la dirección que han estado usando. No será la de casa de Reid ni la de su padre. Demasiado movimiento. El piso de Reid está en el centro de Kendal, y su padre tiene una pequeña granja, pero la rehabilitó y vendió los dos graneros, así que ahora tiene vecinos.

—¿Crees que el Grupo Veterinario Scaffell tiene una propiedad que no conocemos? —preguntó.

A pesar de que hablaban por teléfono, Poe negó con la cabeza.

—Tilly lo está comprobando, pero a la compañía no le queda nada, literalmente. Parece que George Reid liquidó todos sus activos. Lo único que tiene en propiedad son los furgones.

—¿Se te ocurre algo?

—Ni idea, Steph —contestó Poe—. Pero está claro que llevan años planeando esto: no les vamos a encontrar por una factura de suministros.

—No, yo creo... —Poe no llegó a saber lo que pensaba, porque en ese momento sonó el otro teléfono de Flynn. —Espera, Poe —dijo—. Me llaman al móvil personal.

Poe solo oía una parte de la conversación. No sonaba bien.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —gritó Flynn—. Vale, le digo que vaya para allá inmediatamente.

Flynn trató de sonar tranquila.

—Poe, necesitamos que vayas a comprobar una cosa. Al parecer, el pasajero de un tren ha denunciado haber visto a una persona en llamas en un campo.

—¿Dónde?

Tal vez ya lo supiera.

—Cerca de donde estáis ahora. He mandado las coordenadas a Tilly. Id a echar un vistazo. Esperemos que solo sean unos chavales que han empezado a practicar para la Noche de las Hogueras antes de tiempo.

Poe se quedó mirando el mapa que acababa de imprimir Bradshaw. Era tal y como se lo temía.

—Mierda —dijo.

—¿Qué pasa, Poe? —preguntó Flynn.

—Esas coordenadas indican el punto donde el interurbano de la costa Oeste atraviesa el círculo de piedras de Kemp Howe. La vía pasa por el puto centro. Si alguien ha visto algo ardiendo en el círculo, estaría a menos de diez metros. Difícil que confundan un contenedor con una persona en llamas a esa distancia.

—Mierda... —susurró ella.

54

Cuando iba de uniforme, Poe solía ser el primer agente en llegar a la escena del crimen. Con frecuencia, los policías de patrulla eran los primeros en ver muertes sin explicación, muertes naturales y suicidios. Cuando los familiares descubrían un cuerpo o los vecinos olían algo sospechoso y orgánico y les entraba el pánico, lo primero que se les ocurría era llamar al 999. Poe sabía cómo asegurar una escena del crimen.

Años después, cuando ya trabajaba en la Brigada de Investigación Criminal y estaba de guardia, llevaba una pequeña mochila con un poco de todo: cinta para precintar la escena del crimen, una linterna, pilas, un cargador de móvil, trajes de protección y ropa de abrigo. Siempre tenía el depósito del coche lleno y comida preenvasada en la nevera.

Esta vez, lo único que tenía para su primera visita sobre el terreno era una analista novata.

Bradshaw se negó a quedarse en el hotel.

—Voy contigo —dijo, y el tiempo era tan valioso que no merecía la pena perderlo discutiendo inútilmente.

De camino, llamó a Flynn para saber si el pasajero de la llamada viajaba en el tren de Carlisle que iba hacia el norte. Gruñó de satisfacción. Eso significaba que estaban en el lado bueno de la vía y que no tendrían que dar un rodeo considerable.

Diez minutos más tarde, llegaron al estrecho terreno donde se encontraban los restos del círculo de piedras de Kemp Howe. Poe detuvo el coche, pero dejó la marcha puesta mientras buscaba algún rastro de Reid o de su padre. No esperaba ver ninguno: el secuestro de Price había sido una propina, una oportunidad inesperada de cerrar la lista de víctimas mientras las instrucciones de Gamble hacían que la mirada de todo el mundo estuviera puesta en otro sitio. Su asesinato tuvo que hacerse rápido: Reid no habría tenido tiempo para ninguna puesta en escena ni ningún ritual elaborado. Y tampoco le importaría si le observaban. Ahora ya todo el mundo sabía quién era.

El asesinato de Price no era el final del juego, y Reid no se habría quedado esperando. De todos modos, Poe se cercioró de ello. Hasta ahora no conocía esa faceta de Reid y tampoco era cuestión de asumir riesgos innecesarios. Salió del coche, se subió al capó y exploró los alrededores. No parecía haber nadie.

Entonces miró hacia el círculo de piedras de Kemp Howe. Probablemente, era el más extraño de todo Cumbria. Con las montañas ancestrales como telón de fondo, formaba parte de la Shap Stone Row, una hilera de rocas de casi dos kilómetros y medio de longitud que corría paralela a la A6 y el interurbano de la costa oeste. Mediría unos veinte metros de ancho si los victorianos

no la hubieran cortado por la mitad para construir la vía del tren. Más de la mitad del círculo se encontraba bajo el terraplén. Las otras seis rocas de granito rosa eran grandes y se veían desde la carretera y las vías.

Y, entre ellas, había algo humeando.

Poe se bajó de un salto, subió al coche y lo dejó en medio de la carretera para impedir el paso. Puso las luces de emergencia.

Volviéndose hacia Bradshaw, dijo:

—Hasta nueva orden, eres responsable del cordón externo. Eso significa que nadie entra en este campo sin mi permiso. ¿Entendido?

Asintió.

—Puedes confiar en mí, Poe.

—Lo sé, Tilly. Los refuerzos no tardarán en llegar. Haz que el primer coche de policía aparque a unos veinticinco metros por allí —dijo, señalando la carretera más adelante—, así tendremos el paso completamente bloqueado. Si alguien se te pone pesado, pégame un grito.

Bradshaw se apartó del coche y se quedó en la entrada abierta, mirando hacia fuera. Parecía resuelta. Allá el imbécil que intentase discutir con ella.

Poe se tomó unos instantes para asegurarse de que había hecho todo lo que tenía que hacer. Realizar una rápida evaluación de riesgos: hecho. Asegurar la escena del crimen: hecho. Distribuir los recursos adecuadamente: hecho.

Era el momento de ir a ver si lo que ardía era una oveja (los niños lo hacían a menudo en Cumbria) o un pedófilo. Si alguien le preguntara qué prefería, tendría que echarlo a cara o cruz.

Pensó que Reid habría actuado llevado más por las prisas que por la sutileza. Sospechaba que se habría metido en el campo con el coche y que se habría ido directamente hasta el círculo. Empezó a caminar pegado al muro. No había manera de marcar el camino que había cogido, y este valía como cualquier otro para evitar que pisotearan pruebas más adelante. A partir de ese momento, cualquier persona que se acercara a la escena del crimen tendría que seguir su misma ruta.

Cuando estaba a cincuenta metros, se esfumó cualquier posibilidad de que se tratase de un simulacro anticipado de la Noche de las Hogueras.

Aquello era un cuerpo humano.

Poe se acercó con cuidado. Era evidente que las lesiones de la víctima eran incompatibles con la vida. Sus restos carbonizados estaban ennegrecidos y humeantes. El calor estaba empezando a rasgar la piel. Partes de su carne tenían un color rojo brillante. Olía acre. Poe se mordió la lengua para evitar las arcadas. Tenía que mantener el tipo. La gente confiaba en él.

De repente, vio que un brazo se movía y, por un instante aterrador, creyó que estaba vivo. Estaba a punto de correr hacia él y empezar a..., bueno, no sabía a qué, pero entonces se dio cuenta de que era el calor, que hacía que los músculos se contrajeran. Para cuando se enfriase, el cuerpo estaría tan retorcido como un sacacorchos.

A pesar de que le tendrían que identificar de forma oficial por medio de registros de ADN y dentales, Poe estaba seguro de que era Price. No estaba tan quemado como el cuerpo que habían encontrado en Elva Plain, y se veían rasgos que recordaba del vídeo de la entrevista. Daba la impresión de que Reid tenía demasiada prisa. Probablemente, solo tuvo tiempo para rociarle con acelerante y prenderle fuego.

Según se acercaba al cuerpo, Poe vio que Reid había vuelto a dejar su sello personal en el asesinato. Price tenía los pantalones por los tobillos. Le había castrado. Y, a juzgar por la cantidad de sangre que había sobre la hierba, cuando le cortó los genitales, aún estaba vivo y sin atar. Poe examinó el suelo alrededor, pero no vio la parte amputada. Sospechaba que estaría en el mismo sitio que en el resto de los casos: dentro de su boca.

Se volvió hacia donde estaba Bradshaw: no quería que viera aquello, y sintió alivio al comprobar que seguía vigilando la carretera. De pronto, sonó su teléfono y contestó, incapaz de apartar los ojos del horror que tenía ante sí.

—Poe —dijo.

—Soy Ian Gamble. ¿Ha llegado ya?

—Sí, señor.

—¿Y?

—Malas noticias, señor. Creo que es Montague Price. Me temo que está muerto.

—Madre de Dios —susurró Gamble—. ¿Qué he hecho...?

Le entendía. Gamble tenía a Price bajo su custodia y ahora estaba muerto. Asesinado por uno de sus subordinados. Cuando todo esto acabara, habría una investigación, y Gamble probablemente perdería su trabajo. Desde luego, no volvería a dirigir una investigación. Poe sintió algo de empatía por él. Nadie podía estar realmente preparado para llevar un caso así. ¿Un asesino en serie dentro del equipo de investigación? Nunca había oído nada igual. Reid conocía todas las líneas de la investigación. Había ayudado a dar forma a la estrategia. De hecho, había llevado la iniciativa en algunas cosas. Conocía los lugares donde Gamble había colocado las cámaras de reconocimiento de matrícula. Sabía qué círculos estaban vigilados. Y también lo que la policía y la Agencia Nacional del Crimen estaban haciendo. Lo sabía todo.

¿Cómo se podía hacer frente a eso?

Ahora bien, Gamble había cometido errores. Debería haber aumentado las medidas de seguridad en torno a Montague Price en cuanto identificaron el método de secuestro del Hombre Inmolación: la Asociación de Funcionarios Penitenciarios ya había alertado hacía tiempo de la posibilidad de que se estuvieran utilizando antiguos transportes de prisioneros para facilitar huidas. Por poco probable que fuera, Gamble debería haberlo tenido en cuenta.

Y sí, tendría que haber escuchado más a Poe, en vez de intentar obstaculizarle a cada paso. Ver las cosas a toro pasado era maravilloso.

—¿Qué quiere que haga, señor? —preguntó Poe—. Ahora mismo estoy asegurando la escena. Tilly está haciendo de cordón externo. Nos vendría bien algo de apoyo profesional.

—Los refuerzos no tardarán en llegar, Poe. Asegúrese de que protegen la escena, por favor. También he enviado a una sargento de protección civil. En cuanto llegue, deje la escena del crimen en sus manos. Ella se encargará hasta que llegue todo el mundo.

—Así lo haré, señor.

—Y, Poe...

—¿Señor?

—Lo siento.

—¿Por qué?

—Por todo.

Poe no contestó inmediatamente.

—No se preocupe, señor. Esto es algo inédito, trate de recordarlo. Ningún jefe de una investigación ha tenido que lidiar con un asesino que estuviera en su propia oficina.

—Gracias, Poe.

La línea quedó en silencio.

Miró hacia Bradshaw. Estaba agitando los brazos para llamar su atención. Se veían destellos de luces azules.

Había llegado la caballería.

Al cabo de pocos minutos, la presencia de Poe y Bradshaw sobraba. La engrasada maquinaria de homicidios había tomado el control, y el primer inspector que llegó a la escena del crimen les señaló como personal no autorizado, lo cual significaba que no había necesidad de que estuvieran dentro del cordón. Poe no se lo tomó a pecho: si hubiese llegado el comisario jefe, también le habrían echado.

Cada vez llegaban más refuerzos. Todos se enfundaban trajes de protección blancos; el lugar parecía cubierto de una plaga de champiñones en movimiento.

Poe y Bradshaw se ofrecieron para ayudar, pero, vestidos de paisano y sin nadie que respondiera por ellos, les decían que todo estaba controlado. Finalmente, llegó un inspector mayor y desagradable con el que Poe había tenido una bronca por una banalidad años antes; le dijo claramente que podía irse. Se retiraron hacia su coche para no incordiar.

A pesar de que serían mucho más útiles en Shap Wells, intentando averiguar dónde estaba escondido Reid, Poe sabía que era mejor esperar a Flynn. Los inspectores tendrían que tomarles declaración en algún momento. Una vez identificado el Hombre Inmolación, que el nombre de Poe hubiera sido grabado en el pecho de Michael James y su consecuente conexión con el caso parecían más claros. Querrían todo lo que sabía. Él tenía información que sería necesaria cuando llegase el momento de culpar a alguien. Porque alguien caería por todo esto.

Dejando a un lado las repercusiones políticas, Poe analizó lo ocurrido. No creía que Reid hubiera matado a los nietos de Hilary Swift: estaba actuando de forma psicótica, pero hasta ahora había sido frío y calculador. Todo lo hacía por un motivo. Poe creía que llevarse a los niños era una táctica para meter presión en caso de que le encontraran antes de acabar su trabajo.

También pensaba que estaba cerca. Había llevado a Price de la comisaría de Carlisle a Shap, ignorando todos los círculos que había entre ambas localidades. Sospechaba que, después de prender fuego a Price, habría vuelto a su escondite. No podía estar lejos.

Por desgracia, que estuviera dentro del mismo código postal tampoco ayudaba demasiado. Shap Fells era enorme y sumamente aislado. Podía estar en cualquier sitio.

—¿Poe?

Bradshaw le estaba mirando fijamente, mordiéndose el labio inferior, un gesto que ya reconocía como señal de preocupación.

—¿Qué pasa, Tilly?

—Si Reid es Mathew Malone, ¿qué relación hay entre George Reid y él?

«¡Buena pregunta!»

¿Dónde encajaba George Reid en todo aquello? ¿Cómo se convirtió Mathew Malone en Kylian Reid? Y esas no eran las únicas preguntas sin respuesta. ¿Cómo sobrevivió Reid a Quentin Carmichael y sus compinches? ¿Cuándo decidió George Reid hacer algo al respecto? ¿Fue después de que Kylian se uniera a la policía o fue antes? ¿Se hizo policía para poder hacer algo desde dentro?

Había tanto que no sabían...

Lo que sí sabía era el sufrimiento con el que Reid debió de vivir todos esos años, desde que le conoció. Costaba entender que se lo hubiera ocultado. ¿Volvería a ver a su amigo alguna vez? ¿Había sido realmente su amigo?

¿Había formado Poe parte de ese inmenso plan desde el principio?

El sonido de un mensaje le arrancó de sus pensamientos. Miró la pantalla del móvil, esperando ver el nombre de Flynn. Era un número desconocido, distinto al que Gamble había utilizado. Poe abrió el mensaje y quedó boquiabierto.

Ven solo y los niños vivirán. Ven con Gamble y los quemo. Cuando tu navegador te diga que has llegado, no lo creas. Sigue un kilómetro más y gira a la izquierda. Noventa metros después, verás un cartel que indica hacia Black Hollow Farm. Está al final del camino. Aparca y ve hacia la casa.

Acababa con un código postal. Poe notó que la sangre empezaba a latir en sus sienes. Ahí estaba: el principio del fin. Reid había contactado con él, y Poe sabía que contestaría.

En el fondo, siempre había sabido que acabaría enfrentándose al Hombre Inmolación solo. Escribió una sola palabra como respuesta: «OK». Luego le dio a enviar. Se metió el teléfono en el bolsillo y pensó en qué hacer. No tenía mucho tiempo: Flynn llegaría en breve y entonces no tendría modo de escabullirse. Si pretendía marcharse, tendría que hacerlo de inmediato. Bradshaw le miraba de un modo extraño. Ladeó la cabeza como preguntándole en silencio.

—Tengo que hacer un recado rápido, Tilly. Tú quédate aquí y asegúrate de que la inspectora Flynn tiene todo lo que necesita.

—¿Adónde vas, Poe? ¿De quién era el mensaje?

—Tilly, ¿confías en mí?

Se quedó observándole, con sus ojos miopes ardiendo ferozmente tras las lentes. Asintió.

—Sí, Poe.

—Tengo que hacer una cosa y no te puedo decir qué.

—Eres mi amigo. Déjame que te ayude. —Lo dijo con tal sinceridad que casi le hace ceder.

—Esta vez no, Tilly. Esto es algo que tengo que hacer yo solo.

56

La dirección que Reid le había mandado estaba al otro lado de la M6, pero el navegador le llevó hasta un paso inferior cercano. Poe no conocía gran parte de la zona al otro lado del pueblo de Shap: si tenía que ir al norte, cogía la M6 y no la A6, pero a los pocos minutos vio que ya estaba subiendo hacia las montañas.

Cumbria es uno de esos condados en los que puedes ir por una carretera de un solo carril a tan solo unos cientos de metros de una autopista importante y donde el camino se vuelve rural bastante rápido. No parecía que fuera a cruzarse con otros vehículos. La gente que utilizaba esa carretera vivía en la montaña. Era un camino a ninguna parte, y sospechaba que simplemente se acabaría en algún momento. Las ovejas pastaban libremente, sin toparse con vallas. Poe conocía tres pasos para ganado cerca de la M6, pero no los había cruzado recientemente. Al poco tiempo, empezó a dejar abajo la autopista. Estaba subiendo Langdale Fell. El aire era cada vez más espeso debido a otra niebla amenazante. No tardaría en quedarse sin visibilidad. El navegador decía que aún le quedaban ocho kilómetros. Llegó a la cumbre de Langdale y empezó a bajar la otra cara de la montaña por una carretera más estrecha. El navegador funcionaba, pero Poe prefirió detenerse a mirar su mapa para orientarse. Se encontraba en Ravenstonedale Common, el Ningunaparte de Cumbria. Jamás había estado allí.

Entre la carretera y la niebla, era imposible ir a más de cincuenta por hora. Siguió atentamente las indicaciones del navegador; cuando le indicó que había llegado a su destino, no vio ninguna señal de que estuviera en un planeta habitado. Ni siquiera había ovejas.

Paró para comprobar las instrucciones de Reid.

A lo lejos se vislumbraban picos dentados que surgían como lápidas sobre la niebla. Pero su perfil era cada vez menos definido: la niebla no tardaría en alcanzarle y entonces quedaría completamente desconectado. Ravenstonedale Common estaba compuesto por peñascos, cuevas con rocas sueltas e inquebrantables afloramientos de granito. Eso explicaba la ausencia de ovejas; allí no había nada que comer. El viento silbaba ladera abajo y se oía el ruido de una caída de agua.

Pero nada más.

Era inquietante. Los prados y las montañas, que normalmente le regalaban una claridad de mente imposible en Hampshire, ahora le parecían cerrados y opresivos. Y la niebla baja les daba un aire onírico. Estaba verdaderamente aislado.

Metió la marcha y siguió las instrucciones de Reid. Cogió el primer desvío a la izquierda y, tras unos cien metros, vio el cartel de Black Hollow Farm, exactamente donde Reid dijo que estaría. El acceso estaba cerrado por grandes piedras en el camino de entrada y había profundas

zanjas a ambos lados. El suelo estaba húmedo y removido de arrastrar las piedras: era una barrera levantada improvisadamente hacía poco. Se preguntó por qué Reid se habría molestado en eso. Tampoco pensaba ir con el coche hasta la puerta. A partir de ahora, doña Precaución sería su mejor amiga.

Black Hollow Farm estaba al fondo del camino. El asfalto acababa donde había parado. Apagó el motor y miró a su alrededor.

La alquería era lúgubre e impresionante. Poe creía que vivía una vida aislada, pero, en ese momento, comparado con los hombres y las mujeres que trabajaban en aquellas montañas, se sentía casi como un chico de ciudad. Aquello era agricultura extrema.

Black Hollow Farm, la Granja del Hoyo Negro, era un nombre bastante adecuado. La envolvía una atmósfera oscura, como un velo de miedo, desesperación e ira. Se encontraba en una profunda hondonada (Poe pensó que tal vez fuera una cantera en algún momento) y estaba cubierta por una sombra perpetua. Era el tipo de alquería del Distrito de los Lagos con la que nunca se podría ganar dinero en la lucrativa industria de los *bed-and-breakfast*. El edificio era bajo y robusto, diseñado para soportar inviernos feroces, con pocas consideraciones estéticas. Estaba pegado al suelo como una lapa a una roca y tendría unos doscientos años.

A un lado de la casa principal había un aprisco: un refugio de piedra creado para las ovejas en el peor clima. Poe también tenía uno en sus tierras. Normalmente eran circulares u ovalados, con muros de casi un metro de altura y una entrada estrecha. El de Black Hollow Farm era algo distinto. Habían ensanchado la entrada y estaba cubierto por una enorme red de camuflaje.

En su interior estaba el camión penitenciario de diez celdas que nadie había conseguido localizar.

Había otros tres vehículos aparcados junto al edificio: el furgón de cuatro celdas que Poe había pasado horas estudiando, el viejo Volvo de Reid y un Mercedes destartado que supuso era de George Reid.

Poe lo observó todo con detalle antes de bajarse del coche. Sacó su teléfono. Sorprendentemente, tenía cobertura. Ahora que había llegado, de repente le golpeó la temeridad de lo que estaba haciendo. Nadie sabía dónde estaba y, aunque lo supieran, se encontraba a más de cuarenta minutos de cualquier posibilidad de auxilio.

Entonces, ¿por qué había venido? Lo más inteligente habría sido llamar a Gamble y dejarlo en manos de un negociador de situaciones con rehenes o una unidad de respuesta armada. Cualquier otra cosa era una temeridad. Pero... Reid era su amigo. Un amigo con secretos, sí, pero un amigo.

No sabía qué hacer.

Volvió a sonar un mensaje de móvil. Venía del mismo número que antes. Era un mensaje de cinco palabras: «No corres ningún peligro, Poe».

Siguió sin moverse. Si se bajaba del coche e iba hacia la casa por el caminito de esquivo, aquel sería el fin de su carrera. Pasase lo que pasase, la gente diría que debería haber esperado.

Pensó otra vez en el chico de la fotografía. Un chaval cubierto de cicatrices, que había sobrevivido contra todo pronóstico. Su amigo. Porque, a pesar de aquello en lo que se había convertido, Reid había sido su amigo. Nadie podía fingir una amistad durante tanto tiempo. Y Poe le debía la oportunidad de explicar su historia.

Otro mensaje: «No pasa nada, Washington».

Se le tensó la mandíbula.

Washington Poe tragó la bilis que le subía por la garganta, se bajó del coche y caminó hacia el infierno.

57

Lo poco que quedaba de sol atrapado en la niebla estaba detrás de la alquería. Largas sombras cubrían la parte delantera. Estaba tan silencioso como los muertos cubiertos por sábanas. El aire cada vez era más frío, pero Poe no paraba de sudar: el sudor le caía por la espina dorsal y se iba acumulando al final de su espalda.

Cuando estaba a unos sesenta metros, se detuvo. Delante, a menos de treinta metros, vio unas formas rectangulares. Las sombras hacían difícil distinguirlas. Debían de estar colocadas a propósito en su camino, como atrezzo de un escenario. Se acercó a ellas.

Eran ataúdes.

Tres.

«No... No podía ser.»

Su frente estaba fruncida por la tensión. Los habían dispuesto sobre mantas limpias. Poe pasó los dedos por el pino de tono cálido del primero. Las incrustaciones de latón pulido brillaban.

Encendió la linterna de su móvil y la enfocó sobre las placas de latón. Tenía el corazón a punto de estallar.

Tres nombres que quedarían grabados en su alma para siempre.

Michael Hilton.

Andrew Smith.

Scott Johnston.

Los tres chavales ya no estaban desaparecidos.

Poe hizo varias fotos y miró hacia la silenciosa y lúgubre alquería.

Allí le esperaba el cuarto.

Caminó hacia Black Hollow Farm. La puerta de entrada estaba hecha de roble, era gruesa y pesada. Descansaba sobre unas enormes bisagras de forja, fabricadas en una época en la que las cosas solo se hacían una vez. Las ventanas estaban protegidas con la misma madera gruesa. El patio natural estaba cubierto de piedra desgastada.

Más que un hogar, parecía una fortaleza.

Según se acercaba, un hedor químico que le resultaba familiar asaltó sus fosas nasales.

«Gasolina...»

Su estómago dio un vuelco. La garganta empezaba a quemarle. A juzgar por la omnipresencia del olor, la casa estaba impregnada como una bomba incendiaria. Era el momento de echar a correr como un loco: pero antes tenía que encontrar a los dos niños. Miró hacia el

camión de diez celdas. Le habían quitado las ruedas. Si ardía la alquería, también lo haría el camión.

¿Estarían allí?

Fue hacia él.

Una de las contraventanas de la alquería se abrió.

Reid apareció en una ventana del primer piso.

—¿Es este nuestro *Solo ante el peligro*, Kylian? —dijo Poe—. ¿O debería llamarte Mathew?

Siguió avanzando hacia el camión. Tenía que encontrar a los nietos de Swift antes de que ocurriera algo más.

Reid dijo:

—Supongo que no puedo pedirte que pares.

Poe entró en el aprisco y subió los escalones de metal que llevaban a la cárcel móvil. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Un teclado negro con números plateados mantenía encerrado a quienquiera que fuese que estaba dentro.

Reid gritó:

—La clave es uno-dos-tres-cuatro. Cuando termines, estaré aquí. No tardes.

Poe metió la clave y oyó un clic electrónico. Abrió la puerta.

Le golpeó un hedor a podredumbre más fuerte de lo que había oído nunca. Inundó sus fosas nasales y era más intenso que el olor a gasolina. Heces, orina y vómito competían con sudor agrio y cuerpos rancios. Hedía a sufrimiento y a muerte. El suelo del pasillo central estaba cubierto de un líquido marrón.

El olor se hacía peor al entrar en el pasillo de las celdas. Había cinco a cada lado. Poe se fue asomando a través de los gruesos ventanucos de cada una, pero no veía más que los restos de largas y desagradables estancias.

Estaban todas vacías.

58

Poe se bajó del camión y respiró hondo. Fue hacia la fachada delantera de la casa e intentó abrir la puerta de entrada. Estaba cerrada con llave. Trató de forzarla, pero solo consiguió hacerse daño en el hombro.

—¿Dónde están los niños? —gritó.

—¿Sabes que son descendientes del mal?

«Ay, Dios... ¿Qué has hecho?»

—¿Dónde están, Kylian?

—Se encuentran perfectamente, Poe. Están en Whinfell Forest Center Parcs con un amigo. Esta mañana he llamado y se lo están pasando en grande. Creen que lo ha organizado todo su madre.

Whinfell Forest estaba a unos seis kilómetros de Carleton Hall, el cuartel general de la policía de Cumbria. Si no mentía, los niños habían estado delante de sus narices todo este tiempo. En vez de vigilar aeropuertos y terminales de ferri, deberían haber mirado en la piscina.

—Voy a escribir a Flynn.

Reid asintió.

Mientras escribía, se le ocurrió una idea.

—Han hecho circular sus fotos. ¿Y si los han reconocido?

—¿Sabes qué aspecto tienen?

—Claro.

—¿Cómo son?

—He visto las fotos... —Poe ni siquiera terminó la frase—. Las has cambiado. Le dijiste a Gamble que le pedirías fotos a la madre, y cuando te las mandó, las cambiaste por otras...

—Ahora mismo, los compañeros están buscando a dos chavalines americanos que saqué de Facebook.

—Entonces...

—¿Por qué llevármelos? ¿Por qué no dejarles en Seven Pines?

Poe asintió.

—Necesitaba que vinieras hasta aquí. Creía que vendrías de todas formas, aunque no te lo pidiera, pero los niños eran una garantía.

Se la había vuelto a jugar.

—Tendrás preguntas... —dijo Reid.

—¿Por qué me has traído aquí, Kylian?

—¿Cuánto sabes hasta ahora? —preguntó Reid.

—Sé que cuatro chicos debían morir después de una subasta benéfica, pero solo murieron tres. Sé que el cuarto escapó de algún modo y se está vengando. —Poe continuó—. Así pues, ¿debería llamarte Kylian o prefieres Mathew otra vez?

Reid asintió. Empezaron a caer lágrimas por sus mejillas.

—Mathew Malone murió aquella noche. Ahora soy Kylian Reid.

—Kylian... —dijo Poe—. ¿Dónde está Hilary Swift?

Reid desapareció dentro de la casa. Poe oyó que arrastraba algo hacia la ventana. Entonces apareció Swift. Tenía la cabeza ensangrentada y amoratada, pero estaba viva. La había amordazado con cinta americana y parecía aterrada. Reid se la arrancó y dijo:

—Saluda al sargento Poe, Hilary.

—¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme, por favor! —chilló ella.

—¿Ayudarte? —dijo Reid antes de darle un puñetazo en la cara—. Poe no ha venido a ayudarte, Hilary.

Poe sabía que Hilary Swift iba a morir. No podía hacer nada para salvarla. Aquella mujer había hecho un pacto con el diablo hacía veintiséis años y este era el precio que tendría que pagar. De repente, le vino una idea.

—¿Dónde está el cuerpo de Quentin Carmichael? —preguntó.

Reid señaló con la cabeza hacia lo que Poe había asumido que era un saco de arpillera desechado. Se acercó y levantó el extremo abierto con la punta de sus sucios zapatos.

En su interior vio el cuerpo arrugado de un hombre que había estado en sal durante casi tres décadas. La exposición a la humedad durante el último año había hecho que empezara a descomponerse. Sería un proceso largo, interminable. Reid lo había tirado como un colchón manchado de pis. Le faltaban los dedos de las manos y de los pies. Apparently, los zorros y las ratas ya le habían dado un tiento.

Poe se volvió de nuevo hacia la ventana de Reid. Ya no se veía a Swift.

—¿Estás seguro de que quieres oír esto, Poe?

No lo estaba, pero asintió.

—No tienes por qué —dijo Reid—. Todas las pruebas que he ido recabando a lo largo de los años, las confesiones que he grabado, está todo en la caja de seguridad de ese furgón de cuatro celdas.

—Kylian, cuéntame qué pasó.

—*He leído tus apuntes sobre Seven Pines* —dijo Reid—. Sé que Audrey Jackson os contó a ti y a Flynn que nunca había visto unos chicos tan unidos como nosotros cuatro en el hogar.

Poe hizo un gesto para que continuara.

—Y adorábamos a Hilary Swift. Parecía buena y entregada. Si mis amigos eran como hermanos, ella era como mi madre. Cuando nos preguntó si queríamos ganar algo de dinero, no lo dudamos. ¿Por qué no? Nos dijo que, si nos portábamos bien, nos llevaría a Londres a gastarlo. Hasta nos hizo escribir unas postales para ahorrar tiempo cuando estuviéramos allí.

De modo que fue así como enviaron las postales. Por eso se hizo la búsqueda en el sur, y no en el norte, donde debería haber sido. Las fueron soltando en el sistema de correos, probablemente cada vez que alguno de esos hombres iba a Londres por negocios. La letra y las huellas encajaban. ¿Cómo iba a imaginar alguien que aquello no era lo que parecía?

Reid prosiguió.

—Descubriste lo que ocurrió en realidad aquella noche. De hecho, lo hiciste antes de lo que esperaba, y el resto os lo dio Montague Price. Sí, «nos subastaron». Carmichael lo organizó con nuestra segunda madre. Mientras nosotros nos pavoneábamos y actuábamos como lo hace un crío cuando está emocionado, esos hombres pujaban por el derecho de poseernos.

El sol ya casi se había puesto, pero las sombras habían desaparecido prácticamente por completo. La luna llena proyectaba una luz pálida y etérea, que iluminaba lo suficiente como para ver el sufrimiento de Reid al revivir sus pesadillas.

—Carmichael dijo a esos hombres que él se quedaría con uno de los «premios». Fue muy listo. Tres chicos, seis pedófilos. La ley de la oferta y la demanda. Estoy seguro de que Swift podría haberle conseguido más niños, pero si había uno para cada uno, el precio no subiría.

Montague Price ya lo había insinuado.

—¿Os disteis cuenta de lo que estaba pasando? —preguntó Poe.

—Nos mosqueamos un poco. Los tipos empezaron a reírse, y cada vez nos sobaban más. Pero no, pensé que eso era lo que hacían los hombres ricos cuando estaban pedo. No lo vimos claramente hasta que nos llevaron a una casa en algún sitio donde había una «fiesta». Te puedes imaginar lo que pasó allí.

—Joder —murmuró—. ¿Y Price? ¿Era tan inocente como decía?

—No, no lo era —contestó Reid con un gruñido—. Y por eso ha muerto igual que los demás. Era lo que temía, pero oírlo de labios de Reid le rompía el corazón.

—¿Y los que pujaron más se quedaron con los chicos?

—Sí. Yo me fui con Carmichael. Drogado y borracho. Pasé varias semanas en una habitación. De vez en cuando, traía a otros hombres a «jugar» conmigo, pero casi siempre estaba él solo. Supongo que mis amigos vivieron algo parecido.

—Entonces, ¿la última vez que los viste fue en la subasta en el barco?

—Ojalá —dijo como escupiendo. Bajó la mirada y pisó algo en el suelo. Swift gimió, y su voz se deshizo en un gorjeo—. No, esos hombres eran unos sádicos, Poe. No les bastaba con abusar de nosotros durante semanas. Cuando llegó la hora de deshacerse de las pruebas, se reunieron por última vez. Como una forma de unirse todos en el crimen. ¿Sabes dónde mataron a mis amigos, Poe?

No era difícil adivinarlo.

—En un círculo de piedras. Los mataron en un círculo de piedras.

—*En un círculo de piedras* —dijo Reid—. Nos llevaron a uno bastante aislado, no muy lejos de aquí. Me obligaron a mirar mientras prendían fuego a mis amigos, uno por uno. No creo que a todos aquellos hombres les pareciera bien, pero a esas alturas tenían que afianzar el compromiso. Carmichael los había grabado en vídeo en el barco, así que ninguno podía rajarse, y supongo que, desde su punto de vista, cuanto peor fueran los asesinatos, más a salvo estarían todos ellos. No hay nada que una más que una atrocidad compartida.

Desde el principio del caso, Poe había asumido que estaba buscando a un monstruo que asesinaba inocentes. Tal vez no pudiera condonar lo que había hecho Reid, pero lo entendía: aquellos hombres crearon el monstruo que se merecían.

—¿Cómo sobreviviste, Kylian? —Todos los chicos tenían que morir para garantizar la seguridad de aquellos hombres. Dejar a uno con vida era peor que dejarlos a todos.

—Carmichael —dijo—. El resto le imploró que me matara a mí también, pero se negó. «Es cosa mía», dijo. Se refirió a mí como una «cosa», Poe.

—¿Entonces...?

—Pues, al final, se cansó de mí o... Lo que creo es que empezó a hacer caso a los tipos del barco. ¿Por qué iba a mantenerme con vida? Era demasiado arriesgado. Una mañana, me despertó muy temprano, aún era de noche y nevaba, y me llevó a Keswick. Dijo que íbamos a dar un paseo al círculo de piedras de Castlerigg. Creo que le ponía hacerlo al aire libre, como a los demás.

—¿Y escapaste?

—No, anduvimos por uno de los terrenos municipales, que luego descubrí que era un atajo para llegar al círculo. Así no tenía que aparcar demasiado cerca. Estábamos trepando uno de los montículos de sal cuando, de repente, le dio un síncope. Estaba muerto antes de caer al suelo. Puede que fuera la emoción de lo que iba a hacer.

Lo lógico era que Reid hubiera acudido a las autoridades inmediatamente..., pero no fue así.

—Te preguntarás por qué no fui corriendo a la policía...

Poe no dijo nada. Era exactamente lo que se había estado preguntando, pero no podía ser tan sencillo. No con todo lo que había vivido.

—Creo que fue por dos motivos —dijo Reid—. Uno de los hombres que me violó con Carmichael dijo que era policía. Yo no tenía ni idea de dónde trabajaba. Tenía solo once años, y en mi mente todos los policías eran malos. Les tenía miedo.

—¿Y el segundo motivo?

—Carmichael me había dicho que yo era cómplice de todo lo que había pasado. Que yo estaba vivo y mis amigos no. Me convenció de que, si alguien lo descubría, iría a la cárcel como todos los demás.

A esa edad, y después de tantos abusos, uno se creería cualquier cosa. Carmichael había salido muy bien parado con un simple ataque al corazón. Maldito cabrón.

—Así pues, hice lo único que se me ocurrió: coger la cartera de Carmichael y huir con su dinero.

—¿Y Carmichael?

—Le dejé donde estaba. Debió de cubrirle la nieve.

Eso encajaba con lo que Poe sabía. Si estaba nevando, las máquinas quitanieves estarían funcionando. Y dudaba que los operarios se molestaran en quitar la nieve de la sal antes de cargarla. Debieron de coger a Carmichael con el resto de la sal sobre la que cayó y se lo llevaron al almacén de Hardendale como parte de la reserva para la M6. Y allí se quedó durante un cuarto de siglo.

—Y entonces hice lo que debería haber hecho hacía semanas —continuó Reid—. Cogí un tren a Londres, luego otro a Brighton y fui a buscar a mi tía.

—No —dijo Poe—. He visto tu expediente. No tenías ninguna tía en Brighton. No había ningún familiar con el que quisieras quedarte.

—No seas estúpido, Poe. Somos gente del norte. No tienes que ser familia para decir que alguien es tu tío. Fui a ver a la mejor amiga de mi madre, Victoria Reid. Siembre había sido buena conmigo y confiaba en ella. Pensé que ella sabría qué hacer.

—¿Y fue así?

Poe aceptó su explicación. Él mismo llamaba «tía Victoria» a la madre de Reid, y «tío George» a su padre. Es lo que se hace cuando eres niño.

—No. ¿Cómo iba a saberlo? Ni siquiera sabía que yo estuviera en un hogar infantil: mi padre no mantuvo el contacto después de mudarnos aquí. Les conté lo que había pasado. Todo. George quería que fuéramos a la policía, pero ella pensaba en mí, no en los hombres que habían matado a mis amigos. Era terapeuta cognitiva y se estaba especializando en trastornos postraumáticos. En aquella época empezaban a identificarlos, y no creía que fueran a ofrecerme la ayuda que necesitaba. Pensaba que el sistema de justicia penal me devoraría y me dejaría aún peor de lo que ya estaba.

—¿Entonces...?

—Convenció a George de no decir nada hasta estar segura de lo que estaba haciendo, y tuvo la paciencia de una santa. No tardó en darse cuenta de que yo estaba atrapado en un bucle, reviviendo mi odisea. Ese es el mayor problema del trastorno postraumático, y tenía que romperlo. Necesitaba conseguir que recordase lo que había pasado sin «revivirlo».

—Así que os mudasteis aquí...

—Ya lo sabes. Fuimos al colegio juntos. A ellos les encantaba el Distrito de los Lagos, y la tía quería que yo volviese a los sitios donde había ocurrido todo: Ullswater, el círculo de piedras donde mataron a mis amigos, la casa de Carmichael. Para mostrarme que ya había pasado todo. Consiguió un trabajo como terapeuta conductual en el hospital Westmorland General. Y George abrió su clínica aquí.

Victoria Reid se había desarraigado por un niño que no era su hijo. Su marido había hecho lo

mismo. Poe no solía encontrarse con gente buena; cuando lo hacía, se sentía hipócrita. Y ahora desearía haber pasado más tiempo con ellos.

—¿Y poco a poco te fuiste encontrando mejor?

—Tardé un tiempo, pero sí: poco a poco, mejoré. Dejé de mojar la cama. Dejé de estremecerme cada vez que alguien se me acercaba o me tocaba. Dejé de revivirlo.

—Y te convertiste en Kylian Reid —dijo Poe rotundamente.

—En aquella época, todo el mundo asumía que eras quien decías ser. Me matricularon en el colegio como su hijo. Te conocí. Nadie cuestionó mi pasado. Y, como Victoria trabajaba para el sistema nacional de salud, no le fue difícil colar unos cuantos certificados de nacimiento nuevos.

Costaba creer que una persona pudiera sufrir tanto en tan poco tiempo. El hecho de que al final tuviera una oportunidad en la vida era esperanzador. Un testimonio de la resistencia humana.

Pero, entonces, ¿qué pasó?

Le hizo la pregunta.

—¿Que por qué no disfruté del resto de mi vida con unos padres que me querían?

Poe tenía los ojos llenos de lágrimas. No se veía capaz de hablar.

—La verdad, creo que podría haberlo hecho. En serio. El plan siempre fue que, cuando estuviera preparado, acudiría a la policía. Lo denunciaría e intentaría hacer las cosas a través del sistema de la justicia penal. Pero..., cuando por fin estuve preparado, no quería. La idea de una vida tranquila con dos personas buenas me atraía más que la venganza.

—¿Y qué pasó?

—El destino, Poe. Fui a un encuentro de veterinarios con mi padre. Uno de esos para hacer contactos. Comida y copas después. Era en el Auditorio Masónico de Ulverston, y, mira por dónde, adivina quién estaba allí...

Poe no contestó.

—El puto Graham Russell. Exuberante, riendo y bromeando, con la camisa manchada de brandy.

«Mierda...»

—Victoria me había ayudado a dejar de revivir todo lo que asociaba con mi pasado, pero, en cuanto vi a ese montón de mierda gorda y flácida, algo se rompió dentro de mí. Ya no estaba en ese auditorio, sino otra vez en el sótano de Carmichael, con Russell sudando y jadeando encima de mí.

—¿Y decidiste matarlos en ese momento?

Reid negó con la cabeza.

—No. Incluso en ese momento, la terapia de Victoria me sostuvo.

—¿Entonces?

—El muy cabrón se acercó y se presentó a mi padre. Estuvieron charlando. Yo estaba paralizado de miedo. Le escuché alardeando de esto y de lo otro. De cuánta influencia tenía. De cómo seguía imponiendo miedo a los ricos y poderosos, a pesar de estar jubilado. Dijo que sabía dónde estaban enterrados los cuerpos. George asumió que estaba hablando de su época en el periódico. De todos los escándalos y secretos que destaparon cuando tenían pinchados los teléfonos de aquella gente poderosa. Pero yo sabía que se refería a mis amigos.

«Por eso fue...»

—La sensación de odio me avasalló, Poe. Me costó no rajarle el cuello allí mismo. Estuve más de un minuto mirando el cuchillo de la carne mientras lo pensaba. La cárcel habría sido un precio muy bajo por vengar a mis amigos.

—Pero...

—Pero algo en mi interior me detuvo. Una lógica fría contuvo mi mano. No tenía sentido matar a uno de ellos. —Reid se quedó mirando a Poe—. No, cuando podía matarlos a todos.

61

Ese mismo año, le diagnosticaron una enfermedad de la neurona motora a Victoria Reid, y Kylian se juró no hacer nada mientras estuviera viva. La quería demasiado.

Sin embargo, eso no evitó que empezara a prepararse. Decidió que, para tener las máximas probabilidades de éxito, debía unirse a la policía de Cumbria. A George no le fascinó la idea, pues quería que trabajara con él en la consulta, pero Victoria le animó a hacerlo, ya que, según pensaba ella, ayudar a otros podía conducirlo a otra fase en su proceso de curación. Reid planeó volcarse en sacar la oposición, y luego meterse en delitos graves. Una vez allí, haría lo que hiciera falta para «no moverse». Poe se había preguntado a menudo por qué su amigo no se presentaba a inspector ni se planteaba acceder a puestos más interesantes, y esto lo explicaba todo: Reid tenía planeado permanecer en el centro de la investigación, dirigiéndola sutilmente en el rumbo que él quería, manteniéndose por delante de la partida de caza.

Gamble nunca tuvo ninguna posibilidad.

Poe estuvo en el funeral de Victoria y, aunque a toro pasado las cosas se ven perfectamente, ahora recordaba que notó en Reid una resolución fría, no el dolor que esperaba. Sin embargo, en vez de imaginar algo más siniestro, lo achacó al golpe de ver a alguien a quien quieres consumiéndose ante tus ojos, y a que llevaba meses preparándose mentalmente para aquella pérdida.

—¿Conocías a esos hombres? —preguntó Poe.

—Solo a Russell. Quería secuestrarle y sacarle a la fuerza los demás nombres, pero opté por la prudencia. Aún no estaba preparado. Idealmente, me hubiera gustado tener otro año.

—Pero cuando encontraron el cuerpo de Carmichael...

—Ese fue el pistoletazo de salida. Si hubiese dejado algo en el cuerpo que le identificara, los demás implicados podrían haber tomado precauciones, y eso que para entonces sus hijos ya habían hecho un trabajo cojonudo para convencer a todo el mundo de que murió en el extranjero. Pero no tenía por qué haberme molestado. No se descubrió la identidad de Carmichael. Es decir, hasta que apareciste tú.

—O sea, ¿empezaste antes de lo que tenías previsto?

—Algunas cosas las hice inmediatamente. Comprar los vehículos y algo de material. Necesitaba un lugar donde trabajar. Mi padre me había hablado de este sitio. Dijo que llevaban años sin trabajar las tierras. Unos meses antes de empezar, me quedé con unos documentos mientras investigaba un robo, y solicité un pasaporte por si necesitaba identificación oficial para alguna cosa. Lo utilicé para alquilar este sitio, y pagué un año en efectivo.

«Por eso no lo encontraba Bradshaw. La granja no estaba a su nombre.»

—¿Secuestraste a Graham Russell?

—Y, con un poco de persuasión, me dio todos los nombres, salvo el de Montague Price, que nunca lo utilizaba. El único que sabía su verdadera identidad era Carmichael, y llevaba más de veinte años muerto. No averigüé su nombre hasta que tú descubriste el extracto bancario. Para entonces, Price se había dado cuenta de lo que estaba pasando y estaba escondido.

Eso explicaba por qué el cuerpo de Russell era el único que presentaba más signos de haber sido torturado que el resto.

—Y luego me puse a buscarlos.

—¿Cuánto tardaste en...?

—No mucho. Maté a Graham Russell para asegurarme de que se pusiera en marcha una investigación seria. Eso me daba la excusa para meterme en bases de datos, porque en otras circunstancias hubiera levantado sospechas. Los encontré rápidamente e hice un dossier de todos ellos. Uno por uno, los fui secuestrando.

—¿Cómo?

—Vamos, Poe. Sabes lo fácil que es abrir puertas con una placa policial. Una taza de té mientras hablábamos de su seguridad, una buena dosis de propofol y al furgón. Fue sencillo.

Sí, matar es fácil cuando uno es organizado y sabe lo que hace. A los que se detiene es a los asesinos desorganizados.

—¿Y George? Él no es un psicópata. No querría tener nada que ver con todo esto. A no ser que le obligaras.

—¿George? ¿Crees que él tuvo algo que ver con todo esto?

—Kylan, esto no lo has hecho solo. Has tenido un cómplice. —Lo dijo como si fuera un hecho. Señaló el furgón y el camión—. Y el Grupo Veterinario Scaffell fue quien compró esos vehículos.

—Mi padre murió hace más de un año, Poe. Una noche abrió un libro y no lo llegó a terminar. Supongo que simplemente no quería vivir después de la muerte de Victoria. Él no tuvo nada que ver en esto.

Poe no dijo nada.

—Es posible que se me pasara informar de su muerte —añadió Reid.

—Lo siento.

Lo sentía de verdad: George era un buen hombre.

Reid se aclaró la garganta. Poe supo que le estaba costando mantener la compostura.

—Le enterré en estos páramos. No está lejos de aquí. He señalado su tumba con un túmulo sencillo. La autopsia demostrará cuándo y cómo murió. Aparte del hecho de que he utilizado su empresa para la infraestructura, George no estaba involucrado.

—Pero no lo has hecho solo —dijo Poe.

La posibilidad de que George hubiera ayudado a un asesino en serie le entristecía. Así pues, que no fuera así era un alivio. Pero todo señalaba a que había un cómplice. Si no era George, ¿quién?

—No, no lo he hecho solo. He tenido ayuda. Pero no importa de quién, y ahora no voy a hablar de ello. Para que te quedes tranquilo, he incluido esa información en las pruebas que hay en el furgón.

—¿Estás vendiendo a tu cómplice?

Reid se encogió de hombros. No parecía importarle.

—En cuanto los drogaba, mi cómplice se los llevaba en el furgón de cuatro celdas. También jugué con las fechas de los secuestros. Me las apañé para que pareciera que Graham Russell estaba en Francia. Mandé a Joe Lowell a Norfolk, y Michael James estaba en una ruta del whisky en Escocia. Luego seguí enviando correos y mensajes de texto en su nombre para evitar que sus familias se preocuparan. Les tuve aquí más tiempo del que nadie cree, incluso tú. Todos, Lowell, James, Owens y Doyle estuvieron aquí a la vez.

Su planificación y los preparativos habían sido extraordinarios. Poe se frotó el cuello. Empezaba a dolerle, después de casi veinte minutos mirando hacia arriba a Reid.

—En fin —continuó Reid—, les tenía a los cuatro bien seguros en las celdas del camión. Pero matarlos no era mi único objetivo. Quería confesiones, que llenaran lagunas de información, y sobre todo, deseaba saber dónde estaban los cuerpos de mis amigos.

—¿Y te lo dijeron? Así, ¿sin más?

—Al principio, no. Seguían pensando en su reputación. Pero entonces se me ocurrió coger a uno de ellos como ejemplo para que el resto reaccionara.

—Sebastian Doyle —murmuró Poe. Siempre le confundió el hecho de que le hubiera metido en el ataúd de Carmichael, en vez de exhibirle públicamente.

—Sebastian Doyle —asintió Reid—. Cuando vi que no querían hablar, les mostré lo que le había pasado. Hasta que no vieron arder a Doyle, creo que seguían creyendo que podían salirse de rositas, a cambio de dinero. Le metí en el ataúd de Carmichael para mantener tu interés. Para asegurarme de que seguías adelante.

Poe tenía muchas preguntas sobre por qué le había involucrado. Sin embargo, por el momento, parecía mejor tener una visión lineal de los hechos.

—¿Te lo contaron todo?

Reid asintió.

—Y, sorprendentemente, ninguno de esos cabrones enfermos había querido deshacerse del todo de sus premios. Todos los tenían enterrados cerca de casa. James incluso admitió que le iba a visitar al menos una vez al mes.

—¿Recuperaste sus cuerpos?

—Uno por uno. Con cuidado. Eran mis amigos.

—¿Y Swift?

Reid sonrió.

—A ella siempre quise matarla la última. La suya fue la peor traición: no tenía las necesidades enfermizas del resto, lo suyo fue puramente económico. ¿Quieres saber dónde fueron a parar las trescientas mil libras de Carmichael? Eran su tarifa.

Poe ya lo sospechaba. Era la única explicación, teniendo en cuenta lo implicada que estaba.

—Pero ¿por qué no la raptaste con el resto? Lo normal era que se diera cuenta del patrón, ¿no crees?

—Su secuestro era el único que no podía ocultar. Cuando por fin me vi preparado para empezar, me enteré de que había reservado un viaje a Australia. Si no hubiera llegado a su destino, se habría puesto en marcha una investigación por su desaparición, y eso no lo llevaría delitos graves, así que yo no tendría mano en el asunto.

—¿Cómo estabas tan seguro de que no se esfumaría? Tuvo que darse cuenta de lo que estaba

pasando...

—Ella siempre negó haber estado en el barco, ¿recuerdas? Por lo que a ella respectaba, los únicos que contradecían su coartada estaban muertos. Huir solo probaría su culpabilidad ante quienquiera que estuviera asesinandolos.

Poe veía la lógica perversa que había bajo todo eso.

—Deberías habérmelo contado, Kylian —dijo suavemente—. Habríamos estado fantásticos y habríamos hecho justicia por tus amigos. No habrían tenido escapatoria.

—No se trataba de hacer justicia, Poe. Nunca se trata de hacer justicia. Esto era pura venganza.

Venganza... Poe recordó un proverbio chino: «El que busca venganza debe cavar dos tumbas: una para su enemigo y otra para sí mismo». El resto de la narración de Reid era fácil de imaginar: no pensaba abandonar Black Hollow Farm. Aquel edificio era la segunda tumba.

Alzó la vista y se lo quedó mirando. Le hizo la pregunta que le perseguía desde el primer día. La única que importaba.

—Si no buscabas justicia, Kylian, ¿por qué me involucraste?

Reid bajó la mirada y sonrió.

—Por tres razones. La primera, porque eres el mejor policía que he conocido nunca. Eres intuitivo e implacable, y no temes hacer lo que haga falta. No te importa a quién cabrees ni aceptas la primera explicación que surja. Aunque desvíe las primeras fases de la investigación con el enfoque de una venganza por Leveson, necesitaba que empezara a recuperar el ritmo. Incluso con una segunda víctima, la policía de Cumbria no veía más allá de un asesino en serie aleatorio. Más allá de las típicas sandeces sobre psicópatas, no buscaban el móvil.

—¿Y sabías que yo lo haría?

—Me equivoqué al dar por hecho que la SCAS te levantaría la suspensión de inmediato viendo que los crímenes se habían cometido en el sitio donde creciste y trabajaste, y donde ahora vives. —Sonrió—. Pero parece ser que has conseguido hacerte tantos enemigos allí como aquí, Poe. Cuando vi que no te reincorporaban, tomé la iniciativa. Y les mandé un mensaje.

—Grabaste mi nombre en el pecho de una persona.

—Él no merecía menos. Y, como necesitaba asegurarme de que no te convertía en sospechoso, maté a Clement Owens mientras estabas en Hampshire.

—Gracias —dijo Poe con una mueca—. Supongo que fuiste tú quien me envió la postal.

—Sí. No me di cuenta de lo profundas que llegaron a ser las quemaduras de Michael James. El punto *percontation* quedó prácticamente destruido. Cuando descubrí que el informe de la tomografía decía que el símbolo al lado de tu nombre era un número cinco, tuve que mandarte una señal. Necesitaba que volvieras a revisarlo para que vieras la conexión con Shap. Además, no quería que pensaras que tú ibas a ser mi quinta víctima.

—Muy amable —dijo Poe.

—La segunda razón para involucrarte fue que no tenía ni idea de quién era el quinto hombre. No le había dicho su verdadero nombre a nadie más que a Carmichael. Sabía que mi mayor esperanza de identificarle era dejándote ir por libre.

«Joder...»

No lo había visto de ese modo. Su hallazgo del extracto bancario le dio a Reid la identidad de Montague Price. Ya que estaba, podría haberle matado él mismo. Aunque costaba sentir empatía

por alguien que había sido cómplice en la violación y el asesinato de niños, Poe sabía que había cometido un error. Había sido la marioneta de Reid.

—Para entonces, Price ya se había escondido. Durante el registro, coloqué pruebas incriminatorias para asegurarme de que Gamble le convirtiera en principal sospechoso y pusiera en marcha una búsqueda por todo el país. Sabía que, cuando dieran con él, tendría coartadas sólidas y saldría bajo fianza. Y entonces sería mío. Lo único que tenía que hacer era esperar.

—Pero no le cogieron. Se entregó e intentó llegar a un acuerdo.

—Y eso significaba que el cuento de Hilary Swift de que no estaba en el barco se había acabado, y a ella también la detendrían. Si ambos estaban bajo custodia, ninguno saldría en libertad condicional porque toda la historia empezaría a salir a la luz. Yo tenía un plan de emergencia con el furgón, para secuestrar a una persona bajo custodia, pero sabía que el truco solo funcionaría una vez.

—Tenías que raptar a Swift antes de que Price hablase.

—Antes de salir de Shap Wells hacia Seven Pines, llamé a... mi cómplice y le dije que se pusiera en camino. Ya conocía la dirección. Para entonces, tenía las dosis dominadas, así que preparé los téis y le di menos cantidad a Swift. La quería adormilada, pero despierta. Mi cómplice entró, se llevó a Swift y luego volvió a por los niños.

—Y media hora después despertamos. Ella no estaba, y tú eras tan víctima como yo. —Poe terminó el relato por él. La verdad, era una genialidad.

—Eso me dio un poco de margen. Eso sí, sabía que cada vez estabas más cerca, y viendo cómo montó el panel Tilly en Shap Wells, estaba claro que lo ibas a descubrir. Esa puta ley contra el blanqueo de capitales..., sabía que, en cuanto identificaran el furgón como el vehículo del secuestro, el rastro en los documentos me delataría, pero me compensaba el poder utilizarlo. Supongo que fue así como lo averiguaste, ¿verdad?

—El secuestro del domingo. No había ningún tribunal extraordinario y los traslados de presos se hacen de lunes a viernes, rigurosamente.

—Joder, qué listo eres, Poe, en serio. ¿Y me encontraste por el furgón? Qué rapidez. Pensaba que tardarías más en averiguar quién los compró. En los últimos dos años, GU Security ha puesto casi doscientos vehículos en el mercado, y ni siquiera tenías la matrícula original del furgón...

—No fue solo el furgón —dijo Poe.

—¿Ah, no? —contestó Reid.

—Nunca te quitas la chaqueta.

—Nunca me... —dijo, pero entonces cayó en lo que Poe quería decir. Durante unos instantes, se quedó callado. Las lágrimas volvieron a brotar—. Las cicatrices.

—En todo este tiempo, desde que te conozco, nunca he visto tus brazos. Ni una sola vez —dijo Poe.

Ya casi lo tenía todo. Sin embargo..., había algo que Reid no le había contado aún. Todo lo que le había revelado podía decirse por teléfono o por correo electrónico. Por alguna razón quería que estuviese allí.

—Has dicho que me involucraste por tres razones, Kylian —continuó Poe—. Por ahora me has contado dos. ¿Cuál es la tercera?

Reid miró a Poe con intensidad.

—Antes, tengo que preguntarte una cosa, Poe. Y necesito que seas sincero.

—No tengo nada que esconder —contestó Poe.

—¿Seguro?

Poe dudó.

—Sí.

—¿Qué pasó en el caso de Peyton Williams?

—¡Ya sabes lo que pasó! —saltó Poe.

—Esa inspectora tuya me lo preguntó, ¿sabes? Quería saber por qué no te quedaste a defenderte de los cargos. Por qué dejaste que todo el mundo te pasara por encima.

—¿Y tú qué le dijiste? —dijo Poe, con menos seguridad en la voz.

—Le dije que te costó asumir que habías cometido un error que costó la vida a un hombre.

Poe asintió.

—Y mentí, claro está —continuó Reid.

Poe le mantuvo la mirada.

—¿Qué pasó en realidad, Poe?

—Que cometí un error.

—Tú no cometes errores. —Reid hizo una pausa—. Hay algo oscuro en ti, Poe. Una sed de justicia que va más allá de lo normal. Yo la tengo y tú también. Por eso hemos sido amigos todos estos años.

Poe no contestó. No era capaz de mantenerle la mirada.

—Tilly me contó que pegaste a un tipo que se pasaba con ella en la oficina de Hampshire...

—A ver, apenas le...

—Y sé que le hiciste mucho daño a uno de esos borrachos en el bar de Shap Wells.

Poe no dijo nada. Sabía que podría haber manejado ambos incidentes de manera distinta. Jonathan había llamado «retrasada» a Bradshaw delante de una oficina llena de gente, así que le iban a despedir de todos modos, y aquellos idiotas del bar habrían parado en cuanto les enseñara la placa de la Agencia Nacional del Crimen.

Aun así, él había optado por la violencia.

Reid tenía razón. Y su permanente estado de ira venía de antes de todo lo ocurrido con Peyton Williams. La Guardia Negra fue una vía de escape temporal, pero el ejército no le ofrecía

retos intelectuales. No tardó en aburrirse. Nunca se había atrevido a profundizar en la raíz de aquella ira. En vez de eso, la utilizó. Le daba una ventaja. La capacidad de ver entre las sombras. De hacer cosas que otros no harían. Salvaba vidas.

«Pero ¿a qué precio?»

—Hasta que no te enfrentes con los demonios que tienes ahí dentro —dijo Reid, señalando la cabeza de Poe—, seguirán empujándote a hacer cosas extremas. En algún momento, tu rabia se convertirá en algo más siniestro. Créeme, tengo experiencia en estas cosas...

—Pero... —protestó Poe.

—Ve a ver a tu padre, Poe.

—¿A mi padre? ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver él con todo esto?

—Trágate ese orgullo y pregúntale por qué te llamas Washington. Te ayudará a comprender.

Poe estaba a punto de mandarle a la mierda. De decirle que no sabía nada de su vida. Pero no era cierto. Reid había pasado días y días con Poe y su padre. Cuando vivían en Kendal, y Reid a pocos kilómetros del pueblo, los dos solían quedarse a dormir en casa del otro. Reid lo sabía todo de su vida.

—Tú no veías el mal en mí: tu propio mal te cegaba. Pero tu padre sí lo veía. Intentaba sacarlo, y para eso me contaba cosas de vez en cuando. Cosas que probablemente debería haberte contado a ti antes —dijo Reid.

—¿Qué te dijo, Kylian?

No estaba seguro de querer saberlo.

—Me habló de tu madre.

—¡No metas a mi madre en esto, joder!

Algunas cosas estaban fuera de lugar, incluso en una situación así. No quería pensar en su madre, y mucho menos hablar de ella. Por lo que a él respectaba, nunca había tenido madre.

Reid le ignoró.

—Tú ve a ver a tu padre. Pregúntaselo. Nada era lo que parecía, Poe.

No contestó.

—Por favor, no me hagas decirlo —dijo Reid—. Tiene que venir de tu padre. Pero te diré una cosa: tu madre no te odiaba.

—Me abandonó. Era una puta egoísta resentida conmigo.

—No es cierto, Poe —dijo Reid—. Tu madre te quería. Y mucho.

—Y una mierda.

—Y precisamente por eso tuvo que marcharse.

«¿Qué sabía Reid que él ignoraba?»

—Dímelo o me largo ahora mismo, Kylian. Pido refuerzos y tendrás que vértelas con el primero que llegue.

—No puedo decírtelo, Poe. Tiene que hacerlo tu padre.

Poe dudó. Si su padre sabía algo sobre su madre que no le había contado, tenían una conversación pendiente. Pero... ¿por qué se lo contaría a Reid? No tenía sentido. A no ser que...

—Mi padre no es un tipo valiente, Kylian —dijo—. Ya lo sabes. Si tuviera algo malo que contarme y pudiera posponerlo, sabes tan bien como yo que lo haría. ¿Se te ha pasado por la cabeza que te lo contó porque esperaba que tú me lo dijeras? ¿Que quería que me lo contaras

porque él no era capaz?

Esta vez fue Reid quien dudó.

—Bueno, si estás seguro...

Poe asintió.

—¿Sabías que tu madre y tu padre tuvieron una época en la que veían a otras personas?

Poe negó con la cabeza. Tampoco le sorprendía. Sus padres eran unos hedonistas. La monogamia nunca encajó en la imagen que tenía de ellos. Siempre había dado por hecho que eran liberales con sus votos matrimoniales.

Reid prosiguió.

—Tu padre me dijo que estuvieron casi un año y medio separados. Él se marchó a Asia a estudiar algo relacionado con... la mística. Y ella se fue a Estados Unidos con un grupo de activistas por el desarme nuclear.

Poe recordaba vagamente que su padre había estudiado con un gurú en la India, donde no enseñaban las ridículas posturas de yoga que solía practicar en Inglaterra. No sabía que su madre hubiera ido a Estados Unidos. En realidad, sabía muy poco de ella.

—Tu padre me dijo que tu madre le escribió una carta diciendo que tenía un problema y pidiéndole que volviera a Inglaterra. Puede que estuvieran separados, pero se querían. Él volvió en cuanto pudo. Cuando se encontraron, estaba embarazada de dos meses.

Las palabras le golpearon como un mazo. «Su padre no era su padre...» Todos esos años criando al hijo de otro. Solo. Era un santo. Pero... no tenía ningún sentido. Si fuera cierto, no tendría motivo para ocultárselo. El hecho de que su madre hubiera sido promiscua no era relevante. Incluso en aquella época, no había vergüenza alguna en criar al hijo de otro. Tenía que haber algo más. Algo peor.

—Sigue —le dijo a Reid.

—Mientras estaba en Estados Unidos, alguien de su grupo consiguió una breve entrevista con un miembro de la embajada británica, y luego los invitaron a todos a un cóctel. Según lo cuenta tu padre, solo lo hicieron para que fuesen el foco de las bromas de todo el mundo. Algo así como: «Vamos a reírnos de estos *hippies*».

—¿En Washington?

—¿Qué?

—La embajada británica, que sí está en Washington capital.

—Sí.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Que mi padre es una especie de diplomático?

Reid no dijo nada

—¿Qué, Kylian? Dime quién es mi padre.

Seguía sin decir nada.

—Kylian —dijo Poe—. Me lo puedes decir. No me voy a cabrear.

Reid bajó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Violaron a tu madre, Poe —dijo con suavidad—. Fue a aquella fiesta para protestar contra las armas nucleares y alguien la violó.

El cerebro de Poe no registraba pensamiento alguno. Estaba en *shock*. Abrió la boca para decir algo, pero no le salían las palabras. Liberado del aplastante dolor del abandono, ahora le golpeaba algo mucho peor: la culpa. ¿Todos esos años odiándola? Años perdidos. ¿Qué debía de

pensar de él? Era como si la luz de su interior se hubiera apagado, como si la oscuridad le inundara por completo. Se quedó allí de pie, tratando de entender lo que significaba. La habían violado..., pero ¿por qué no se lo había contado nadie? Él era policía. Podría haber hecho algo al respecto. En ese momento, el futuro parecía un camino imposible. ¿Adónde iría ahora? ¿Qué haría?

—Creo que me voy a ir. —Se volvió para marcharse, completamente ajeno al caso.

—¡Espera! Eso no es todo. Todavía no sabes todo lo bueno que salió de lo malo.

«¿Y qué? Al carajo con lo bueno que salió de aquello.» No sabía por qué le habían puesto el nombre de la ciudad donde violaron a su madre, y eso era lo que quería saber. Se volvió de nuevo hacia Reid.

—Tu madre no podía soportar la idea de que el embarazo llegara a término, Poe. No quería tenerte, en eso tenías razón, pero no por los motivos que tú creías. Volvió al Reino Unido para abortar.

—Joder, ¡de puta madre!... —gruñó Poe.

Se estaba formando una tormenta de ira en su interior. Ya controlaba todos sus pensamientos. No tardaría en consumirle.

—Pero, cuando llegó a la clínica, no fue capaz —dijo Reid—. Ella y tu padre (porque él «es» tu padre, Poe) decidieron que algo bueno tenía que salir de todo aquello. Según tu padre, ella le preguntó si estaría dispuesto a criarte. Quería dar a luz y dejar el país inmediatamente.

—¿Y es eso lo que hizo? —preguntó—. ¿Me tuvo y después se deshizo de mí? Pensaba que se había quedado un...

—Pero, en lugar de odiarte, tal y como ella esperaba, te quería intensamente. Tu padre lo llamaba «un amor abrasador». Se creó un vínculo inmediato que ninguno de los dos esperaba.

—¿Entonces...?

—Según lo que me dijo tu padre, ella no quería que tú supieras nunca cómo habías venido al mundo. Y sabía que, si se quedaba, llegaría el momento en que empezarías a parecerle al hombre que la violó. Tenía que marcharse antes de que eso pasara. No quería que vieras su expresión cuando ocurriese. La habría destrozado. Tenía que irse. Pero no podía: te quería demasiado. Necesitaba algo que lo hiciera más fácil. Algo que la ayudara a recordar. Necesitaba algo que la obligara a marcharse antes de que fuera demasiado tarde. De lo contrario, seguiría postergándolo.

—Así que me puso Washington de nombre, como un recordatorio. —Poe terminó la frase por él. Cada vez que alguien dijera su nombre, sería como clavarle una daga en el corazón. Un recordatorio constante de quién era y en quién acabaría convirtiéndose—. Me puso el nombre de la ciudad donde la violaron para tener fuerzas para irse.

—Sí —dijo Reid.

—O sea, que mi nombre es como la advertencia sanitaria en las cajetillas de tabaco —siguió Poe—. No te encariñes con él: acabará convirtiéndose en su padre.

—Yo no lo pondría con esas palabras.

—¿Y cómo lo pondrías?

—De un modo un poco más amable —contestó.

La ira de Poe crepitó hasta extinguirse. Su nombre había permitido a su madre hacer un inmenso sacrificio. Y a él siempre le había dado vergüenza. Pero eso había acabado: a partir de ahora, lo oiría con orgullo.

Decidió apartarlo de su mente. Ya tendría tiempo para pensar en sus orígenes. Si el hombre que violó a su madre seguía vivo, quienquiera que fuese, más le valía mantener un perfil bajo, porque tenía intención de ir a por él. Tal vez le llevara meses, incluso años, pero, en algún momento, él y su padre se verían las caras.

Pero primero tenía que hacer su trabajo.

Y antes de seguir adelante, Reid le había pedido que contestara a su pregunta. Merecía una respuesta. A Reid le violaron. A la madre de Poe también. No era de extrañar que los uniera un vínculo. Así pues, si Reid quería conocer la verdad sobre Peyton Williams, se la contaría.

Pensó en el día que fue a ver a la familia de Muriel Bristow. Eran todo malas noticias. Tenía un sospechoso, pero no podía decirles quién era. Peor aún, Peyton Williams sabía que le buscaban. Si la chica estaba viva, moriría deshidratada en menos de una semana. Tenía que elegir: la vida de Muriel o su carrera.

Y Poe sabía lo que iba a pasar. ¿Cómo no saberlo? El padre de Muriel era un hombre duro, de clase obrera, acostumbrado a zanjar las cosas a puñetazos. Y su hermano tenía un garaje perdido en medio de la nada.

Poe les dio el nombre de Peyton Williams, a sabiendas de que irían a por él y le torturarían hasta que confesase dónde estaba Muriel.

Lo sabía, y lo hizo de todos modos.

—No fue ningún error —dijo Poe—. Les di el informe equivocado a propósito.

Reid asintió como si siempre lo hubiera sabido. Y probablemente así era. Conocía a Poe mejor que nadie.

—¿Y por qué lo hiciste?

La respuesta no era nada sencilla. Podía contarle todas las excusas que utilizó entonces para convencerse de que estaba haciendo lo correcto. Que las circunstancias eran extraordinarias. Que no le quedaba tiempo ni le quedaba elección.

Aquella noche, en el cementerio, Flynn le acusó de pensar de manera binaria, pero la verdad era más complicada que todo eso. Seguía convencido de haber hecho lo correcto, porque, si tenía que elegir entre los derechos de un asesino o los de una víctima inocente..., la cosa estaba clara. Si pudiera volver atrás en el tiempo, habría hecho lo mismo. Porque asegurarse de que la chica tenía una oportunidad de sobrevivir, hacer frente al abusón de Tilly en Hampshire y a aquellos imbéciles del bar, todas las instrucciones que había ignorado, todo aquello que los demás veían como autodestructivo formaba parte de lo que era. De lo que siempre había sido.

En realidad, hacía todas esas cosas porque los culpables debían ser castigados.

¿Sentía que Peyton Williams estuviera muerto?

Claro que sí.

¿Lo haría otra vez?

Sin dudar.

—No contestes —dijo Reid—. Ya sé por qué. Últimamente, te has estado preguntando si eres un sociópata. No lo eres. Tus pesadillas demuestran que tienes empatía. Le dices a la gente que odias a las personas que abusan de los demás, pero eso es simplificarlo demasiado. Lo que odias es la injusticia. Por eso tenías que ser tú.

—No entiendo —dijo Poe.

La cabeza le daba vueltas. El descubrimiento acerca de su madre y tener que admitir su papel en la tortura de Peyton William le habían dejado desconcertado. Ahora Reid le leía como un libro abierto. No había secretos para él. Y se preguntaba si siempre habría sido así.

—¿Por qué crees que te he puesto tantos obstáculos, Poe? —preguntó—. El cuerpo en el cementerio, la orden de que dejaras en paz al obispo, que sabía que desobedecerías. ¿Por qué no te dejé una simple nota en algún sitio? ¿Por qué no matarlos a todos, contarte todo lo que sabía y luego desaparecer sigilosamente?

Puede que fuera el loco más cuerdo que había conocido nunca, pero cualquiera diría que estaba mal de la cabeza.

—Tenía que asegurarme de que seguías siendo el mismo, Poe. Que la vida en esa casa no te había ablandado. Esta es la culminación de la obra de mi vida, y si no estabas preparado para desafiar al clero o para abrir una tumba, no serías capaz de hacer lo que necesito que hagas ahora.

—¿Me has estado poniendo a prueba? ¿Para qué?

—Tú vas a contar mi historia, Poe.

—Así pues, ¿todo esto ha sido para que yo sea tu maldito biógrafo? —contestó Poe.

Le estaba costando seguir la conversación. Tenía los sentidos desbordados. Necesitaría meterse en un cuarto oscuro una semana entera. Tenía que hablar con su padre.

Reid no dijo nada.

—Cualquiera podría haberlo hecho —continuó Poe—. Gente con más credibilidad y experiencia que yo. ¿Por qué no colgarlo todo en Internet y ya está? Que hagan el trabajo por ti los locos de las teorías conspirativas.

Reid se encogió de hombros.

—Me faltan algunos documentos de prueba. El extracto bancario que encontraste. La invitación al evento. Lo del Breitling. Cosas que corroboran sus confesiones en vídeo.

Tenía razón. Entre los dos tenían las dos mitades del mismo puzzle. Sin las pruebas de Poe, las confesiones solamente mostraban a unos hombres aterrados, admitiendo lo que les decía su torturador; sin las confesiones, las pruebas eran meramente circunstanciales, en el mejor de los casos. Ahora ya lo entendía. Tenía que ser él. No era solo el único que podía hacerlo: era el único que lo haría.

—Ya había organizado ese tipo de fiestas, ¿sabes? —dijo Reid.

—¿Carmichael?

—Sí. No sé si eran tan depravadas como la nuestra, pero puedes estar seguro de que no pasaba nada bueno en ellas. Sé que algunas de las personas que asistieron a ellas ahora son muy poderosas. El sistema tratará de protegerse. Tienes que ser consciente de ello.

Van Zyl ya le había dicho que la gente de Westminster quería que el asunto se zanjara rápido y con discreción. Podía imaginárselos susurrando al oído del jefe de la policía de Cumbria: «Todas las personas involucradas ya están muertas, dejemos las cosas como están, no hay por qué buscar más allá de los actos de un demente... Y, por cierto, ¿qué tal va esa solicitud para la policía de Londres? Dime si puedo ayudar. A ver si puedo pedir que nos hagan algún favorcillo». Era imposible que se supiese toda la verdad. Los hombres y las mujeres que controlaban los medios de comunicación, la Fiscalía de la Corona, los tribunales y la policía, seguirían las

órdenes de sus superiores. Por supuesto, alguno de los periódicos más liberales sospecharía de una cortina de humo, pero, sin la ayuda de Poe, no podrían encontrar nada.

Reid habló con cautela.

—Siempre has dicho que sigues las pruebas hasta donde te lleven, sea donde sea. Pero ahora te pregunto: si te doy las pruebas, ¿te asegurarás de que salgan a la luz? ¿Le contarás al mundo nuestra historia, Poe? Es lo mínimo que merecen mis amigos.

—Me aseguraré de ello, Kylian. Se sabrá todo.

—Gracias, Poe.

Alzó la vista al oír que Reid decía:

—Te dije que no se lo contarás a nadie...

Un coche se acercaba por el camino que llevaba a la granja. Los faros delanteros se intuían entre la niebla.

—Y no se lo he dicho a nadie —contestó Poe.

Se giró de nuevo hacia Reid, pero había desaparecido. Cuando volvió, no estaba solo. A su lado tenía a Hilary Swift, semiconsciente. Estaban esposados. Y Reid tenía un mechero en la mano.

63

Las luces del vehículo que se acercaba iluminaron el coche de Poe.

—¿Quién es?

—No tengo ni idea —contestó Poe—. Te juro que no se lo he dicho a nadie. Si lo hubiera hecho, habrían llegado antes.

Entonces pensó que a quienquiera que fuese todavía le quedaban unos diez minutos para llegar. No estaba muy lejos, pero, dada la pendiente del terreno, aún tenía que salvar siete u ocho curvas cerradas. Eran menos de doscientos metros campo a través, pero por carretera le quedaba al menos un kilómetro y medio. Ambos sabían que venía hacia ellos. Black Hollow Farm estaba al final de la carretera.

Reid dijo.

—Supongo que da igual. Ya he terminado.

Su papel en la historia estaba a punto de llegar a su fin. Ahora le pasaría el testigo a Poe.

—No tienes por qué hacer esto —dijo Poe.

—Swift necesita sentir el mismo dolor que sintieron mis amigos.

—¿Y tú? Tirar tu vida por la borda es una mala manera de honrar su recuerdo.

Reid se quedó mirándole.

—Tienes razón. Por favor, asegúrate de que no me entierren junto a ellos. Y cuida de mis pruebas. Ha sido un honor tenerte como amigo, Poe.

Con un golpe del pulgar encendió el *zip* y lo arrojó hacia atrás por encima del hombro. Después de caer al suelo, se oyó un suave «*uuumf*» y hubo un estallido de luz anaranjada. De repente la montaña fría y oscura se cubrió de sombras que bailaban.

Reid cerró los ojos y se apartó de la ventana.

Hilary Swift empezó a gritar.

Poe no sabía cómo Reid había preparado el edificio, pero era evidente que había aprendido a provocar un incendio. Al cabo de menos de un minuto, un humo denso empezó a salir por la ventana.

A pesar de sus deseos, Poe no estaba dispuesto a dejarle morir. Tampoco estaba preparado para detenerle, pero en eso ya pensaría más tarde.

Tenía que encontrar la manera de entrar en la casa. Miró la robusta puerta.

En la tele, derribar una puerta parece sencillo. En la práctica, la policía utiliza arietes con peso y apuntan a los puntos débiles de la puerta, normalmente la cerradura y las bisagras. Cuando solo usas el hombro, hay menos posibilidades.

Poe se abalanzó sobre la puerta y rebotó como una pelota de goma.

Sintió un calor blanco extendiéndose desde lo alto de su hombro hasta las yemas de los dedos. Trató de mover el brazo, pero apenas consiguió mover la mano. Se había roto algo.

Las ventanas con los postigos cerrados tenían barrotes de metal incrustados en los gruesos muros que solo se podían quitar desde el interior. Eran impenetrables.

Swift seguía gritando, pero cada vez se la oía más débilmente. Buscó más opciones, a la desesperada.

Miró el furgón de cuatro celdas.

Corrió hacia él. La puerta estaba abierta y tenía las llaves puestas. La giró y el motor diésel se puso en marcha con un gruñido. Miró el asiento del acompañante. Ahí estaba la caja de seguridad con las pruebas de Reid. Ya la cogería más tarde. Metió marcha atrás y aceleró para colocarla. Luego dio marcha adelante y se lanzó hacia la puerta del edificio.

Entonces ocurrieron una serie de cosas. El furgón golpeó la puerta y el *airbag* del conductor saltó sobre su cara. La funda de plástico que lo mantenía sujeto al volante le golpeó en la nariz y se la rompió. El ruido del motor destrozado era espantoso. Poe se bajó del furgón a trompicones y vio que había derribado la puerta de entrada.

Nunca había sido de esos que se quedan paralizados ante una decisión: se subió al capó del furgón y atravesó la entrada destrozada de la alquería en llamas.

Al entrar en el edificio, la masa de oxígeno fresco que entró por la puerta rota hizo que las llamas se alzaran como en un alto horno.

El calor era insoportable.

No se veía nada.

No podía respirar y tampoco sabía adónde iba.

Se armó de valor. Su amigo estaba ahí arriba.

En ese momento, recordó algo sobre el fuego, algo que aprendió cuando era un novato: el humo sube; cuanto más abajo estás, más limpio y frío es el aire. Se arrodilló y empezó a reptar. El humo le quemaba los ojos y los cerró con fuerza.

Estiró los brazos para moverse por la planta baja, hasta que dio con el pie de las escaleras. A duras penas se puso en pie, pensando que sería mejor subir corriendo a ciegas que reptar viendo a medias.

Agarró la barandilla, tratando de ignorar el barniz hirviendo que se le pegaba a las manos, y subió los escalones de dos en dos. Se acabaron antes de darse cuenta y cayó hacia delante. Quedó a cuatro patas. Llevaba casi medio minuto conteniendo la respiración, y en el piso de arriba era imposible respirar. O lo hacía rápido, o no lo haría.

Swift ya no gritaba, así que no tenía nada para orientarse.

Avanzó hacia delante, con la esperanza de dar con una pared y moverse a partir de ahí. Intentaría hacer rápidamente una búsqueda en la rejilla. Calculaba que, dondequiera que estuvieran Swift y Reid, tenían que abarcar al menos un metro y medio de anchura juntos. Se movió unos pasos hacia la derecha y su mano tocó un radiador de hierro. Estaba más caliente que una parrilla ardiendo. Poe apartó la mano bruscamente. Sabía que se había quemado, y mucho, pero tenía que seguir adelante.

Cuando iba por la mitad de la habitación, los encontró. Dos cuerpos. Estiró los brazos y notó que algunas partes de ellos seguían ardiendo; otras estaban churruscadas. Reid debió de haber echado acelerante.

Estaban muertos.

Palpó el espacio que había entre ellos. Tal y como temía, seguían esposados. Atados en la muerte, como en la vida. Poe se preguntó si ese había sido el plan de Reid desde el comienzo de todo.

No podía dejarle allí. Dijo que no quería que le enterrasen con sus amigos, pero tendría un entierro. Aunque solo acudieran Bradshaw y él.

Poe empezó a arrastrarlos por los pies, pero con un solo brazo hábil y sin apenas aire, se hacía muy lento y difícil. Gruñó por el esfuerzo.

Llegó a las escaleras.

Tendría que empujarlos. Ignorando que tenía los pulmones a punto de estallar, los arrastró hasta el borde.

Casi lo consiguió.

Casi.

Pero los edificios antiguos tienen vigas de madera vista, y la madera arde rápido.

Se oyó un crujido ensordecedor, y entonces saltaron tantas chispas que la habitación parecía el interior de un cohete. Poe alzó la vista y vio el cielo. Parte del techo se había derrumbado. El fuego, hambriento de oxígeno, empezó a soltar llamaradas de color más vivo. El calor se intensificó sobre su piel ya quemada. Las llamas estaban atravesando el tejado, buscando el cielo.

Se oyó otro chasquido y el techo se vino abajo.

Una lluvia de madera ardiendo cayó sobre Poe. Muerto de miedo, inhaló una bocanada de

aire tóxico. Notó que empezaba a perder el conocimiento y supo que apenas le quedaba tiempo para salir de allí. Con los brazos pesados y movimientos trabajosos, se liberó de los escombros en llamas. Empezó a reptar hacia las escaleras, pero sentía como si sus brazos y sus piernas fueran de plomo.

La idea de dormir parecía extrañamente atractiva.

Una voz atravesó el rugido del fuego.

—¡Poe! ¡Poe! ¿Dónde estás, Poe?

Algo le tocó el pie. Miró hacia abajo e instintivamente dobló la pierna. Tenía que ser una alucinación. Un monstruo de barro, el golem de sus pesadillas, le tenía agarrado por el pie. Estaba tratando de arrastrarle al infierno. Poe lanzó un grito ahogado por el pánico, y el poco aire que quedaba en sus pulmones le abandonó.

Todo empezó a dar vueltas. El golem volvía a tenerle sujeto, notaba sus manos sobre la pierna.

Sus ojos casi se le salen de las órbitas tratando de coger aire. Pero ya le daba igual.

Washington Poe hundió la cabeza entre las manos quemadas, cerró los ojos y perdió el conocimiento.

65

Poe oyó ruidos. Llevaban un rato ahí, pero no estaba lo bastante consciente como para reconocerlos. Quería abrir los ojos, pero parecían pegados con chicle.

Intentó adivinar dónde estaba.

Pitidos, murmullos, gente hablando en voz baja. Estaba tumbado en una cama. Las sábanas limpias eran ásperas y estaban muy metidas por los pies. El aire olía a desinfectante de limón.

Era capaz de reconocer perfectamente un hospital cuando estaba en uno.

Intentó abrir los ojos otra vez, pero seguían cerrados. Trató de ayudarse con los dedos, pero los notó apretados y pesados, envueltos en una tela suave, probablemente vendas. Las manos le palpitaban, casi seguro por las quemaduras de la barandilla ardiendo. O del radiador de hierro. O de los cuerpos en llamas. O del derrumbamiento del techo. Poe abandonó la idea de usar las manos y, tratando de obviar el insoportable dolor, se obligó a abrir los ojos. Y después un poco más, produciendo un ruido de desgarró. Notó un dolor abrasador que le hizo gritar. Y un fino haz de luz perforó su vista. Era como si estuvieran vertiendo acero derretido en su cabeza.

Intentó incorporarse, pero estaba demasiado débil. Al mirar sus manos, comprobó que las tenía vendadas. Estaban manchadas de un líquido de color biliar. Probablemente fuera yodo.

¿Qué coño había pasado?

La pesada sensación de sedación le dificultaba pensar. Volvió a reclinarsse sobre la almohada y cerró los ojos.

Cuando despertó de nuevo, se le había pasado un poco el dolor de cabeza. Intentó abrir los ojos y esta vez lo logró por completo. Observó su cuerpo. Su piel estaba, o bien vendada, o bien al aire y en carne viva. Tenía la nariz rota. Una cánula con dos vías entraba por el dorso de su mano derecha. Vio una bolsa de suero medio llena, y otra más pequeña, que asumió que sería antibiótico, casi vacía.

La planta estaba poco iluminada y afuera era de noche. Estaba solo, en una habitación de hospital para dos personas. La cama tenía barras laterales altas para que no se cayera.

Se preguntó cuánto tiempo llevaba allí.

Tenía una sed horrible, pero la jarra de agua estaba fuera de su alcance. Cogió el mando para llamar a los enfermeros y apretó el botón. Se abrió la puerta y entró una enfermera de uniforme. Le sonrió.

—Soy la hermana Ledingham. ¿Cómo se encuentra? —Tenía un rostro rubicundo y hablaba con un fuerte acento escocés.

—¿Qué ha pasado? —dijo Poe con voz ronca.

No se reconocía. Era como si estuviese hablando a través de gravilla.

—Está en la Unidad de Cuidados Intermedios del Hospital de Westmorland, señor Poe. Hubo un incendio. Tiene suerte de estar vivo.

—¿Cuidados Intermedios?

—Su vida no corre peligro, pero las quemaduras se infectan con facilidad, y esta es la mejor forma de mantenerlas esterilizadas hasta que su piel empiece a sanar.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Casi dos días. Hay una cola de gente fuera esperando para verle. ¿Le apetecen visitas?

Poe se incorporó, conteniendo las ganas de vomitar, y asintió.

En lugar de la cola que aventuraba la hermana Ledingham, por la puerta solo entró una persona: Stephanie Flynn.

Volvía a lucir su traje pantalón oficial. Parecía tan cansada como él.

—¿Cómo te encuentras, Poe?

—¿Qué pasó, Steph? —Su voz salía como poco más que un susurro.

Señaló el agua. Flynn rellenó el vaso de plástico. Le puso una pajita y se lo acercó lo suficiente para que pudiera metérsela en la boca. Jamás le había sabido tan bien un trago.

—¿Qué recuerdas? —dijo ella.

Recordaba a Reid hablándole sobre su madre y la habitación en llamas. Tenía vagos recuerdos de haber intentado sacar a Reid y a Swift del edificio. También recordaba algo de un monstruo de barro, pero decidió guardárselo para sí.

—No mucho —admitió. Tenía fragmentos de recuerdo, pero estaban revueltos y desorganizados—. Los niños...

—Sanos y salvos. Los encontraron donde dijiste. Ahora están con su madre y no recuerdan que ocurriese nada inapropiado.

—¿Y el hombre que se los llevó?

—Llevaba una gorra de béisbol y gafas de sol.

—Mierda.

—Sí. Un dibujante de la policía ha estado con ellos, pero no ha sacado nada que nos sea útil. La mujer que se los llevó a Center Parcs era una niñera titulada. Reid la contrató, pero hizo parecer que la solicitud venía de la madre. El correo electrónico decía que era un regalo para ellos y para que la abuela descansara, antes de que ella llegara al Reino Unido. Estuvieron en el apartamento de Reid hasta que encontró el momento de dejarlos con la niñera. Ella los llevó directamente allí. Es inocente.

Tenía sentido. Reid necesitaba que Poe creyese que los niños corrían peligro, pero, dadas sus propias experiencias en manos de monstruos, no quería hacerles daño.

—Había una caja. Una caja de metal en el asiento delantero del...

—¿Del furgón que estampaste contra el edificio?

—¿Qué ha sido de ella?

—Lo mismo que del furgón. Quedó reducida a cenizas —contestó Flynn—. No sé qué había dentro, pero debía de ser importante: cuando la Científica la encontró, el jefe de la policía se la

llevó personalmente.

—¿Y?

—La versión oficial es que no se ha salvado nada de su contenido. Todo quemado. Pedimos analizarla, pero nos dijeron amablemente que ahora ya es asunto de la policía de Cumbria.

Poe hundió la cabeza entre las manos y empezó a mecerse de atrás hacia delante. A los pocos instantes, estaba llorando, desconsolado.

Flynn llamó a la enfermera. En su lugar entró un médico. Ajustó uno de los goteros y los sollozos de Poe se fueron sosegando hasta que se quedó dormido.

—Era un asesino, pero tenía sus motivos, Steph —dijo Poe.

Tres horas más tarde, había despertado sediento y muerto de hambre.

—¿Qué había dentro de la caja, Poe? —preguntó—. ¿Qué es lo que tiene a todo el mundo tan preocupado?

Durante la siguiente media hora, Poe relató la conversación que había mantenido con Reid en la alquería. Omitió la discusión sobre su madre y el origen de su nombre.

Flynn le hizo varias preguntas y luego llamó rápidamente por teléfono cuando le contó lo de la tumba de George Reid. Aparte de eso, le dejó contar toda la historia.

—Quiero hacer una declaración —dijo al terminar—. Sé que solo acabará en rumores, pero quiero hacer pública la versión de Kylian. Se lo debo.

—Si lo haces, puede que pongas en una situación comprometida a muchas personas y a muchas organizaciones, Poe. Y, como no hay testigos, pocas pruebas para corroborarlo y todos los protagonistas están muertos, la Fiscalía de la Corona ya ha dicho que no va a presentar cargos. No hay nadie a quien acusar.

—¿Qué hay de la confesión de Montague Price?

—Ya ha sido archivada.

—¿Por qué?

—Técnicamente, solo es información que ofreció para llegar a un acuerdo. Y como Reid le secuestró antes de que se presentaran cargos contra él, el abogado de la familia dijo que interpondrían una demanda si no se destruían todos los expedientes. Cumbria les ha entregado la declaración de Price y el vídeo de la entrevista esta mañana. Nos han dicho que destruyamos nuestra copia.

—¿Y los cuerpos de sus amigos?

—Todo se le achaca a Reid. En este momento, la hipótesis, o al menos la que encaja con las gilipolleces que están haciendo circular, es que él los mató cuando eran críos y que ha estado reviviendo la emoción de entonces con estos nuevos asesinatos.

—Qué cabrones —susurró Poe.

—La verdad es que apesta a cortina de humo —admitió ella—. He estado indagando un poco y algunos de los que se beneficiaban de la hospitalidad de Carmichael son... hombres influyentes, digámoslo así. Y, si Carmichael abrió una cuenta bancaria para un acto concreto, ¿quién sabe si también lo hizo antes? Nadie quiere mirar debajo de esa alfombra.

—Tal vez alguien debería hacerlo —dijo Poe.

—Mientras estabas inconsciente, el ministro de Justicia hizo unas declaraciones agradeciendo a la policía de Cumbria su duro trabajo y su profesionalidad «durante estos difíciles

momentos». Dijo que el Hombre Inmolación era un policía con problemas mentales y que sus oraciones estaban con las víctimas. Destacó a Quentin Carmichael, diciendo que era un ejemplo brillante de la abnegación que engrandece a este país... y toda esa mierda.

Poe la miraba espantado. No podía creer lo que estaba oyendo.

—No podemos hacer absolutamente nada. Aunque estuvieras dispuesto a declarar y repetir lo que Reid te contó, no pasaría nada. Me han dicho que te informe de que, si dices cualquier cosa que se salga de la versión oficial, serás despedido. Y que, además de perder el puesto y tu pensión, algunas de las familias más poderosas y bien conectadas del país irán a por ti. Te quitarán todo lo que tienes.

Tenía razón. Sin pruebas, sería como mear contra el viento. Sin las confesiones, sus pruebas no valían nada. Tenía la mitad de la historia, pero era la mitad equivocada.

—Poe, nosotros sabemos la verdad —añadió Flynn—. Eso ya es algo.

—Reid merece más que eso, Steph.

—Lo sé, pero no va a ser posible.

Aunque Poe fuera lo bastante temerario como para conseguir una entrevista con algún periódico sensacionalista, sabía que la gente que estaba ocultando la historia era la misma que controlaba los medios de comunicación. Nunca llegaría a imprenta.

Ya pensaría en eso más adelante, pero tenía claro que ya no quería formar parte de la Agencia Nacional del Crimen. Lo dejaría y se dedicaría a investigar por un tiempo. Tal vez encontrara alguna prueba concreta. Se lo debía a su amigo. También necesitaba tiempo para pensar qué hacer con respecto a su madre. Primero tendría que hablar con su padre, y dar con él ya sería complicado.

—Poe, tengo que marcharme y llamar a Van Zyl, pero antes de irme, ¿hay algo más que quieras saber?

—Pues sí, Steph —contestó—. Hay algo que no dejo de preguntarme desde que desperté.

Flynn ladeó la cabeza.

—¿Cómo coño sigo vivo?

Flynn debía hacer varias llamadas urgentes, y a Poe le tenían que cambiar las vendas, así que decidieron hablar de ello al cabo de una hora.

—El calor rompía la piedra y derretía los vidrios —dijo Poe cuando regresó. Levantó su mano vendada—. Incluso tocar un cuerpo me ha provocado quemaduras de tercer grado.

—Lo sabemos —dijo *Flynn*—. He visto el informe preliminar de los bomberos. La casa estaba empapada de acelerante. Cuando el incendio se extinguió, había quedado reducida a un cascarón.

—¿Cuándo se extinguió?

—Los camiones de bomberos llegaron menos de media hora después de recibir la llamada, pero no pudieron acercarse hasta la alquería por...

—... por las piedras que bloqueaban el camino. —Por eso las había arrastrado hasta allí—. ¿Quién los llamó? Y media hora parece demasiado tiempo para que estuviera tirado en un edificio ardiendo.

—¿Quién crees que los llamó?

Poe se quedó pensándolo. Dudaba que hubiera sido Reid. Su plan era morir en el horno que había construido. Polvo al polvo, y todas esas cosas. Y nadie sabía adónde se dirigía Poe.

A no ser que alguien...

Recordó los faros serpenteando a través de la niebla hacia la casa. No pudo ver quién conducía. Reid prendió fuego al edificio en cuanto lo vio acercarse, pero alguien iba hacia allí.

Aparte de Bradshaw, todo el mundo habría dado por hecho que, después de dejar la escena del crimen de Montague Price, Poe habría regresado a Shap Wells. Pero era imposible que hubiese adivinado dónde estaba.

¿O no?

Se encogió de hombros.

—La misma persona que te sacó de allí dentro por el cuello: Tilly. La auténtica heroína del momento.

—Pero... ¿cómo supo dónde encontrarme?

—Por tu BlackBerry.

¡La muy pícara! Cuando Ashley Barrett le hizo firmar para cogerla, le explicó que había activado la aplicación de rastreo Protect. De camino a Cumbria, Poe le pidió a Bradshaw que la desactivara. Y ella le dijo que lo había hecho.

—Cuando le dijiste que la desactivase, aún no te conocía lo suficiente, así que te dijo que lo

había hecho, pero no. Y menos mal. Cuando se dio cuenta de que ibas a hacer alguna estupidez, te siguió.

—¿Cómo llegó hasta la alquería? No sabe conducir.

—Creo que tu insubordinación se le debe de estar pegando. Me llamó para decirme que te habías ido solo. Yo le dije que no tardaría y que se quedara donde estaba. Me dijo que era urgente. Pidió a unos agentes que la llevaran de vuelta al hotel. Utilizando su móvil para rastrear el tuyo, te siguió hasta allí arriba. Ella calcula que llegó una media hora después que tú.

—Pero eso no contesta a...

—Con tu *quad*, Poe. Subió hasta allí con tu *quad*.

«Por Dios...»

Poe no tenía palabras.

—¿Está bien?

Eso no se correspondía con la magnitud de lo que ella había hecho por él. De lo que había arriesgado por su compañero.

—Está perfectamente. Sus pulmones tardaron un poco en volver a la normalidad después de inhalar tanto humo, y tenía algunas quemaduras superficiales en las manos de cuando te sacó a rastras, pero ya le han dado el alta. Su madre vino para llevársela de vuelta, pero ella se negó.

—No, es que no tiene sentido. El techo se derrumbó y el fuego estaba fuera de control, Steph. Es imposible que nadie subiera esa escalera sin una máscara para respirar ni traje de protección.

—No es tonta, Poe. A diferencia de ti, ella no se metió allí sin pensar en un plan.

—¿Entonces...?

—Lo buscó en Google.

—¡Estás de coña!

—Tuvo la sangre fría de tomarse un momento para buscar qué debía hacer. Encontró una página que decía que había que cubrirse con algo mojado. Y, como no tenía la manta mojada que recomendaban, improvisó y acabó utilizando...

—Barro —dijo Poe.

Se cubrió de barro mojado. Lo que vio no era un monstruo golem, sino a Bradshaw. Poe notó que los ojos se le llenaban de lágrimas, pero no quería llorar delante de Flynn. Pensó en Bradshaw, menuda y miope, confundida por el nuevo mundo en el que estaba viviendo. La recordó sentada en el bar de Shap Wells cuando aquellos gilipollas borrachos la molestaron. En ese momento, ya había demostrado valor. Es posible que Poe los echara, pero se estaban comportando así porque Bradshaw se negó a hacer lo que querían. Aquel fue el primer indicio de que bajo su torpeza había algo especial.

—¿Cómo voy a agradecersele?

Un ruido en el pasillo los hizo mirar hacia la puerta. Allí estaba Bradshaw: sonriendo tímidamente en el umbral. Saludó con la mano a Poe. Tenía vendas en las manos y los ojos enrojecidos por el humo. Llevaba pantalones cargo y, en lugar de su camiseta de superhéroes habitual, esta vez era la que Poe le había comprado en Kendal. La que decía «Nerd Power». Cuando vio lo que estaba mirando, puso los pulgares hacia arriba.

—Hola, Poe —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas; a los pocos segundos estaba llorando abiertamente. Pero sin ninguna crudeza. Sus sollozos no solo eran por Bradshaw y su valentía,

sino por Reid y por su propio fracaso al intentar hacer verdadera justicia.

Flynn se levantó sigilosamente y salió.

Bradshaw se sentó en la silla junto a su cama. Esperó a que dejase de llorar.

—Lo siento —dijo Poe, enjugándose las lágrimas.

—No pasa nada, Poe —dijo ella—. La inspectora Flynn me ha contado lo que te dijo Kylian Reid. Es muy triste, siento pena por él.

—Yo también, Tilly.

De repente, le vino un pensamiento. Algo que le había dicho después de echar a aquellos animales del bar.

—Tilly, dime que no entraste en ese edificio en llamas porque te dije que te tocaba a ti rescatarme...

Se quedó observándole con una mirada penetrante, esa que solía incomodarle tanto. Esta vez, él no apartó los ojos.

—¿Es eso lo que crees, Poe?

—¿Sinceramente? No sé qué creo, Tilly. Mi mejor amigo ha resultado ser un asesino en serie. Así pues, en este momento, no me siento demasiado inteligente.

—Pero ¡lo eres, Poe! Mira todo lo que averiguaste.

—Que averiguamos, Tilly.

—Vale, que averiguamos. Y no, Poe: no te seguí hasta allí arriba por lo que dijiste en el bar. Aquella noche soltaste esa tontería porque te sentías incómodo. Es algo que haces a veces.

—¿Ah, sí?

—Sí, Poe.

—Entonces...

—Ya te lo dije —siguió Tilly—. Eres mi amigo.

No había mucho que decir después de eso.

Una hora más tarde, Flynn asomó la cabeza. Ambos se habían quedado dormidos.

Poe tuvo que pasar otro día en el hospital de Westmorland antes de que le dejaran marcharse a casa. Los médicos, que en un principio temían que su garganta hubiera quedado dañada, no pusieron objeción a darle el alta en cuanto empezó a cicatrizar. Ellos insistían en que alguien de la unidad de enfermería del distrito fuera a su casa todos los días para cambiarle las vendas, pero al final acordó ir al hospital de día, porque no le parecía justo pedir a nadie que anduviera tres kilómetros de monte con una bolsa llena de material médico.

Durante los dos días siguientes, recibió un sinfín de llamadas. El director Van Zyl quiso darle las gracias y, a pesar de todo lo ocurrido, le ofreció retomar el puesto de inspector, esta vez de manera permanente. Poe se negó.

—Debería ser para Flynn, señor —dijo—. Es mucho mejor inspectora de lo que yo he sido nunca. Este caso se ha resuelto porque tuvo la suficiente disciplina para obligarnos a hacer nuestro trabajo. Yo solo veo árboles, ella ve todo el bosque.

Van Zyl acabó cediendo. Poe sospechaba que solo le había ofrecido el puesto porque sabía que lo rechazaría.

—¿Hay algo que quiera decirme, sargento Poe? —le preguntó finalmente.

Poe sabía que se refería a la confesión de Reid. Quería saber si tenía intención de hacer algo al respecto.

—No, señor —contestó.

En realidad, quería decirle que el caso de Peyton Williams no había sido ningún error. Que metió el documento completo en el archivo de la familia, a sabiendas de lo que pasaría. Y asumir las consecuencias. Quería decirle también que, aunque salvase la vida de Muriel Bristow, un hombre murió a consecuencia de sus actos. Que había visto lo que pasaba cuando alguien trataba de esconder oscuros secretos. Y no quería acabar como Reid. Pero, al final, no dijo nada. Admitirlo en ese momento sería un gesto egoísta. Se reabrían viejos casos. Habría apelaciones. Se cuestionaría su integridad. Y algunos asesinos saldrían en libertad.

Era un peso con el que debía acarrear él solito.

También llamó el subdirector Hanson: quería disculparse por lo duro que había sido con él últimamente. Tras una charla trivial e incómoda, Hanson fue al grano y admitió el motivo de su llamada, valiéndose de un sinfín de tópicos y clichés: hay cosas que es mejor no decir, no hay necesidad de arruinar una carrera, mejor dejar las cosas como están... En resumen: él también quería conocer sus intenciones.

Poe hizo como si no entendiera a qué se refería, y Hanson no tenía agallas para preguntárselo directamente. Al final, lo soltó:

—Esa supuesta confesión, Poe, es el delirio de un loco. Nada más.

También le llamó el obispo de Carlisle, y Poe sí sintió afinidad con el hombre que tanto los había ayudado. Oldwater quería saber cuánto perjuicio iba a haber para su adorada Iglesia. Al final, le dijo que hiciera lo que le dictara su conciencia.

Durante dos semanas, Poe estuvo descansando y dando largos paseos con Edgar en las tardes primaverales. Sus pulmones quemados cicatrizaron y le volvió la voz. Sus manos se recuperaron. Flynn llamaban de vez en cuando, haciendo como que le mantenía al día con lo que estaban haciendo. En realidad, solo estaba cerciorándose de que estaba bien. Y Poe se lo agradecía, aunque no encontraba palabras para expresarlo.

Bradshaw le mandaba veinte o treinta correos electrónicos diarios. Y cada uno de ellos le hacía sonreír. Le contaba que estaba volviendo a coger la rutina en la oficina, pero que se moría de ganas de volver al trabajo de campo con él. Había empezado con las clases de conducir y planeaba subir a verlos a Edgar y a él en cuanto aprobara el examen. Ahora que Reid había muerto, probablemente era su mejor amiga. Eran polos opuestos, la luz de ella y la oscuridad de él, pero esas amistades son las mejores. Le preguntó cuándo volvería al trabajo.

Poe no tenía respuesta. Ni siquiera sabía si volvería. Antes quería ver si podía hacerle justicia a Reid. Luego tenía que hablar con su padre. Le había mandado un correo pidiéndole que se pusiera en contacto con él la próxima vez que estuviese en el país. Por ahora no había recibido respuesta, pero tampoco pasaba nada: ya había esperado mucho tiempo, podía hacerlo un poco más. Ahora bien, habría un ajuste de cuentas. Algún día, estaría a solas en una habitación con el hombre que violó a su madre. Tampoco podían ser muchas las fiestas diplomáticas en Washington con un puñado de *hippies*. Alguien recordaría algo. Poe nunca había necesitado demasiado para poner en marcha una investigación y, desde luego, había resuelto casos de violación con mucho menos material.

Ya habían analizado las pruebas halladas en la alquería. Encontraron ADN de todas las víctimas de Reid en las celdas del camión. Había orina, vómito, sangre y heces en casi todas ellas. Por alguna razón, había esterilizado con lejía una de las celdas. Gamble aceptó que los había retenido en la alquería antes de llevarlos a su último viaje. Hallaron la tumba de George Reid a varios centenares de metros de Black Hollow Farm, tal y como le dijo el propio Reid. Y tenía razón: la autopsia dictaminó que murió mucho antes de que empezaran los asesinatos. La causa de su muerte fue un infarto. La policía de Cumbria ahora buscaba a otra persona implicada en los crímenes: el cómplice huidizo y desconocido de Reid. Poe dudaba que dieran con él, su identidad había desaparecido junto con el resto de las pruebas y no tenían ningún hilo del que tirar. No les quedaba otra elección que seguir buscando, pero la propia Flynn admitía en privado que no albergaban demasiadas esperanzas.

Los resultados de ADN confirmaron que los cadáveres hallados en el piso de arriba eran los de Swift y Reid.

El informe de los bomberos concluyó que había eliminado cualquier sustancia tóxica de la alquería, lo cual explicaba que el humo fuese menos negro de lo que Poe había esperado. Según Gamble, Reid quería que Swift muriera a causa de las quemaduras, no por inhalar humo.

Por primera vez, Poe y Gamble estaban de acuerdo. El gruñón del comisario jefe conocía bien a Reid y creía la versión de Poe de lo ocurrido en la alquería. Había hecho todo lo que podía en busca de la verdad. En contra de los deseos del comisario general, pidió una autopsia de los

restos de los tres chicos que Reid recuperó. Sin embargo, el tiempo y el fuego les ganaron la partida. El patólogo no pudo encontrar nada que sugiriese ninguna relación con las víctimas de Reid. El veredicto del examen forense fue «homicidio doloso».

Los enterraron en el mismo cementerio donde Poe realizó la exhumación, aunque no en la sección K, por insistencia del propio Poe. Los funerales fueron multitudinarios. Las televisiones realizaron un despliegue exhaustivo. Acudieron personalidades de Londres, que luego ofrecían tópicos evasivos ante las cámaras, antes de subirse en sus coches para salir pitando.

Con el caso prácticamente cerrado, los cuerpos de las víctimas de Reid, que técnicamente pertenecían al forense, fueron entregados a sus respectivas familias. Poe tuvo que presenciar una sucesión de funerales majestuosos por la tele. Al final, prefirió dejar de verlos. El ministro del Interior acudió al de Carmichael. Aparentemente, guardaron relación durante años. Se habían conocido en un acto benéfico...

El funeral de Reid fue otra historia. Le enterraron en un cementerio más pequeño y menos cuidado. Como ningún empleado de la funeraria aceptó los tejemanejes de Poe, acabó en un ataúd de las autoridades municipales. Asistieron Poe, Flynn y Bradshaw. Y Gamble fue el único representante de la policía de Cumbria.

Poe estuvo sorprendentemente poco emotivo.

Tras el funeral, Gamble le buscó y le dijo que no tenía intención de llevar las cosas más lejos. Estaba a punto de jubilarse, tenía suerte de no haber perdido el puesto, y sus hijos aún estaban en la universidad. Poe lo entendió. Aquellos hombres ya habían destrozado suficientes vidas inocentes.

La prensa y los asesores políticos habían cumplido con su cometido, pintando a Reid como una versión aún peor del monstruo en el que se había convertido. Tergiversaron los hechos y reescribieron su historia para asegurarse de que la versión oficial demostraba que Reid había estado reviviendo los crímenes que cometió de niño. A Poe le pareció preocupantemente creíble. Y luego se callaron. Sí, la atención de la prensa sensacionalista duró más o menos lo mismo que la de un niño de dos años atiborrado de azúcar. Sin embargo, un agente de policía había estado castrando y quemando vivos a hombres influyentes: tendría que haber sido noticia durante más de tres días. Evidentemente, les habían dicho que no lo prolongaran.

A pesar de lo mucho queapestaba aquel asunto, la prensa liberal no tenía pruebas y se quedó callada. Las familias involucradas eran demasiado poderosas. Los Carmichael incluso amenazaban con demandar a la policía de Cumbria y a la Agencia Nacional del Crimen. Van Zyl llamó a Poe y le dijo que no se preocupara.

—No se atreverán. Están tan acojonados como nosotros por los hombres de traje gris. A Duncan Carmichael le van a otorgar la orden de caballero por sus servicios a la beneficencia para taparle la boca. Así es como se compra el silencio de esta gente.

A Poe le ponía enfermo, pero ya no tenía ganas de seguir oyendo hablar del tema.

Tras una llamada especialmente desalentadora de Flynn para informarle de que el jefe de la policía de Cumbria, Leonard Tapping, había sido preseleccionado para ocupar la vacante de subcomisario de la policía metropolitana de Londres, Poe decidió dejar el caso. No le estaba haciendo ningún bien y era inútil. Las pruebas se habían quemado. O las habían destruido después del incendio. No importaba: las consecuencias eran las mismas.

Cuando tomó la decisión de quitar toda la información que habían ido poniendo en la pared de Herdwick Croft, se dio cuenta de que todo había acabado. La había dejado allí por si algo

saltaba en su memoria, pero no lo hizo, a pesar de que estuvo horas y horas contemplándola.

Cogió una caja vacía y empezó a desmontar los últimos fragmentos de su trabajo. Tenían fotos, mapas e informes de expertos. Había documentos analíticos de Bradshaw y *post-its* de todos ellos. Era todo lo que habían descubierto a lo largo de la investigación.

Lo último que quitó fue la copia laminada que Bradshaw había hecho de la postal que Reid le mandó a Shap Wells, la que tenía el punto *percontation* en el dorso, la misma que los llevó a descubrir el signo de puntuación sobre el pecho de Michael James.

La postal que había puesto en marcha la investigación.

La tiró encima del montón.

La postal giró el aire y cayó con la foto hacia arriba.

Poe se quedó mirándola.

Apenas recordaba la foto, porque la información que buscaban estaba en el dorso, y no prestaron demasiada atención a la parte delantera. Parecía irrelevante. Pero ahora ya no estaba tan seguro.

Era una foto de una taza de café llena hasta arriba. La espuma tenía un dibujo que habría hecho algún camarero con demasiado tiempo.

Poe observó la forma.

Era una paloma. Símbolo internacional de la paz. Estaba hecha en el espacio central con lo que parecía cacao en polvo.

Sin darse cuenta, había dejado de respirar. Reid le había enviado esa postal, y no hacía nada sin un motivo. Dejaba pistas y rompecabezas. ¿También lo era esa postal?

Poe siguió observando la foto, buscando más información en ella. Había una paloma, y las palomas se asocian con la paz. Era una taza de café. Lo repetía en su mente como un mantra.

Una paloma.

Paz.

Café.

Una paloma.

Paz.

«Ca... ¡Joder!»

¡Reid le había traído un paquete de café!

Poe corrió a la cocina. Empezó a sacar cosas de la estantería de encima del hervidor. Reid le había dicho que era para reponer todo el que habían estado bebiendo. Allí estaba. Un paquete marrón lleno de granos recién molidos.

Después de buscar un tamiz que sabía que nunca encontraría, se conformó con un cazo grande. Abrió bruscamente el paquete y volcó el contenido dentro. Un sonido metálico le confirmó que estaba en lo cierto. Había algo más que café en el paquete. Buscó hasta dar con ello.

Con «ellos». Eran dos, para ser precisos.

Una cosa era un lápiz USB; la otra, una insignia de metal.

Poe fue a su escritorio y encendió el portátil. Cuando se puso en marcha, metió el USB. Se abrió una ventana nueva. Estaba llena de carpetas. Parecía como si hubiera una por cada una de las víctimas de Reid. Una de ellas no tenía nombre. Abrió las carpetas que sí lo tenían siguiendo el orden en la pantalla.

Todas contenían vídeos, archivos de audio y documentos. Todo el material que Reid tenía de

ellos. Todo lo que los había obligado a admitir. Todas las pruebas que había recabado, pero que no había podido compartir.

Poe sonrió. Reid no confiaba en la policía. Lo tenía demasiado bien planeado como para dejarlo todo al azar.

Por supuesto, había hecho una copia de seguridad.

Entonces cogió la insignia de metal. Era una insignia para llevar en el hombro, esmaltada. Poe recordaba haberla visto durante la investigación. Pertenecía a la compañía que organizaba paseos por el Ullswater antes de dejar de operar, la misma que puso el barco para aquel acto:

«¿Te sientes afortunado?».

Había una palabra sobre el símbolo de la compañía.

«Capitán.»

Poe se quedó mirándola hasta que por fin cayó en la cuenta.

Los pasajeros a bordo aquella noche eran directivos o altos ejecutivos. Hilary Swift era una trabajadora social, y el resto, niños.

Entonces, ¿quién llevaba el barco?

Aunque ellos se encargaron de organizar el acto, alguien tendría que llevar el timón para navegar por el lago. No podían hacerlo ellos mismos. Estaban los seis pujadores, Carmichael y Swift, y los cuatro chavales.

Y también el capitán del barco.

Alguien que tuvo que verlo todo, pero que no dijo una sola palabra. Y para Reid, eso le hacía tan culpable como los demás.

¿Cómo no se les había ocurrido?

A Reid no se le pasó. Tenía su insignia.

Pero ¿dónde estaba él?

¿Quién era?

No se trataba del propietario del barco: Bradshaw había confirmado que el dueño murió por causas naturales.

Poe volvió a su portátil. Aún había una carpeta por abrir: la que no tenía nombre.

Dentro había otra entrevista en vídeo. Dos hombres. Uno de ellos llevaba un pasamontañas. Y Poe asumió que era Reid, que ocultaba su identidad por si las cosas se torcían demasiado pronto. Al otro no le reconocía. No había aparecido durante la investigación. Tendría cincuenta y tantos o sesenta y pocos años, y aspecto de marinero. Su piel era como el cuero, y su rostro, como un mapa del mundo. Tenía la tez sana de un hombre que pasaba su jornada laboral al aire libre y el físico de un trabajador manual.

Poe dio al *play*. El vídeo duraba casi una hora. Ese era el hombre que llevó el barco por el Ullswater. Mirando a la cámara, decía que él no sabía lo que iba a suceder en el acto de «¿Te sientes afortunado?»., pero que se dio cuenta de que algo pasaba durante la subasta. Le habían pagado diez mil libras por su silencio y, entre el dinero y el peligro de cabrear a gente poderosa, no había contado ni una palabra a nadie.

Después de confesárselo todo a Reid, hacían un trato. Él permanecería en una de las diez celdas del camión hasta que todo hubiera acabado; solo saldría para hacer algunos trabajos para Reid. Nada demasiado ilegal. Muchas veces consistiría en conducir. Poe sospechaba que era el

hombre que llevó el coche de Graham Russell hasta Francia y lo dejó allí. Tampoco le cabía duda de que se llevó a Hilary Swift y a sus nietos. Estaba un poco mayor, pero toda una vida en el lago le había dado un físico fibroso y fuerte, más que suficiente para cargar con una Swift ligeramente sedada.

Al final, acordaban que, si hacía todo lo que Reid le pedía, la confesión en vídeo (y su papel en los asesinatos de los niños) nunca saldría a la luz. Podría volver a casa. Sin embargo..., si engañaba a Reid, pasarían dos cosas: tendría el mismo final que los demás y su familia sería deshonrada. El hombre accedió sin dudarlo. Parecía complaciente.

Poe había encontrado al cómplice de Reid.

De repente, recordó que una de las diez celdas del camión había sido esterilizada con lejía. ¿Sería la misma en la que estaba aquel hombre? Cuando Poe estaba trabajando en el caso, las preguntas sin respuesta eran tantas que tenía la impresión de estar leyendo un libro al que le faltaban páginas. Ahora todo tenía más sentido.

¿Por qué habían limpiado una celda con lejía?

¿Por qué decidió Reid quemarse con Swift?

¿Por qué no quería que le enterrasen con sus amigos?

Un cómplice poco entusiasta le daba un sesgo distinto a todo.

¿Había sido Reid fiel a su promesa? ¿Dejó libre al hombre una vez cumplida su parte del trato? ¿O le mató y guardó su cuerpo todo el tiempo necesario?

¿Qué sabían realmente sobre lo ocurrido en Black Hollow Farm aquella noche? La versión oficial se basaba únicamente en su testimonio como testigo ocular. Pero solo era su punto de vista. No significaba que esa fuera la verdad.

¿Y si todo había sido una ilusión?

Cuando Reid arrojó el mechero y dio un paso atrás, Poe dio por hecho que había caído al suelo y había esperado hasta morir. Pero cabía la posibilidad de que tuviera tiempo para cambiarse por otra persona. Parecía difícil, pero no imposible.

El edificio tenía una ventana en la parte de atrás. Poe recordaba haberla visto cuando el incendio hizo volar por los aires el tejado.

Las pruebas que probaban ese tipo de trucos suelen poder detectarse durante bastante tiempo después del suceso. Normalmente. Sin embargo, con las piedras que bloqueaban el camino, el incendio duró demasiado...

Todos los policías tienen que dar una muestra de su ADN para ser descartados en la escena del crimen, pero, si tenía un cómplice del que coger la muestra, ¿quién sabe si Reid había dado la suya? Podría haber manipulado una muestra de ADN, no le cabía duda. Y sabía que Gamble y su equipo también habían recogido ADN de su piso: algo de pelo, un algodoncillo de la basura y un cepillo de dientes. Todas esas cosas encajarían con la muestra que dio al comienzo de la investigación. Era una prueba irrefutable de que el cadáver encontrado en Black Hollow Farm pertenecía al sargento Kylian Reid.

Pero... ¿por qué habían limpiado con lejía una de las celdas del camión?

¿Era posible que Reid los hubiera engañado a todos?

Poe pensó en el hombre que llevaba el barco. ¿Le permitiría Reid volver a su vida? Él sabía lo que ocurrió en Ullswater y le pagaron por guardar silencio. Poe dudaba que hubiera permitido

a un hombre así seguir con vida. Todos los implicados tenían que morir. Además de ser su cómplice, ¿era posible que Reid le utilizara al final como «su sustituto»? ¿Era el cómplice, y no a Reid, a quien intentó sacar del edificio en llamas? Era una hipótesis, aunque nunca podría demostrarla.

Y con eso, Poe volvió al principio. Y de vuelta a la paloma.

Finalmente, ¿habría encontrado la paz su amigo?

¿Estaría ahí fuera, en algún lugar? ¿Tomando el sol? ¿Ligando con camareras? ¿Brindando por sus amigos?

¿Siendo feliz?

Tenía que contárselo a Flynn. Cogió el móvil. Su dedo se quedó suspendido sobre el botón de llamada. Merecía saberlo. Y ella sabría qué hacer.

¿O no? ¿Lo sabría alguien?

Poe volvió a dejar el móvil sobre la mesa.

El subdirector Hanson le había dado un consejo que por una vez no le importaba seguir: «Deje las cosas como están».

Poe estaba en una cafetería junto a la M5. Había cogido el transporte público para ir hacia el sur, y luego había robado un coche de un aparcamiento de larga estancia. Con suerte, lo devolvería antes de que el propietario se diera cuenta. Estaba bebiendo lentamente una jarra de té. Tenía una *tablet* barata en las manos. La había comprado de segunda mano, en una de esas tiendas de empeño que estaban apareciendo por todos sitios tras años de austeridad. Como no sabía hasta qué punto sería fácil rastrear una dirección IP, no quería correr ningún riesgo. Podría haberle pedido a Bradshaw que le borrara el rastro, pero eso habría sido abusar de su amistad. Si lo que iba a hacer tenía alguna repercusión, no quería que nadie más se viera arrastrado.

Llevaba más de tres horas sentado mirando la pantalla.

Había comprimido todas las pruebas de Reid en un archivo lo bastante pequeño como para enviarlo adjunto a un correo electrónico. Lo incluía todo, salvo la carpeta sobre el cómplice.

El archivo tampoco incluía algunos documentos importantes para el caso, como la información del banco o el vídeo de la entrevista de Montague Price intentando llegar a un acuerdo (que habrían sido útiles), pero no estaban disponibles cuando Reid reunió todas sus pruebas. Aun así... Poe estaba a punto de enviar la otra mitad del rompecabezas al que se refería Flynn, y esta vez sería la mitad «buena».

El correo estaba dirigido a todos los editores, subeditores, periodistas *freelance* y blogueros que había encontrado. Periódicos extranjeros, además de británicos. Casi un centenar de nombres en total.

No habría pruebas de que hubiera sido Poe. De hecho, era imposible que fuera él. Cuando la ambulancia lo trasladó de la alquería, estaba inconsciente. Su ropa había quedado chamuscada y la policía se la llevó para analizarla. La policía de Cumbria sabía con certeza que había salido de Black Hollow Farm sin prueba incriminatoria alguna. Todo el mundo había asumido la presencia de un cómplice desconocido. Cumbria seguía buscándole, pero Poe sabía que se estaban mordiendo la cola. Y no podía ayudarlos sin fallar a Reid.

Si apretaba el botón de enviar, al cabo de cinco minutos, casi un centenar de personas verían las pruebas. Y al día siguiente por la mañana serían miles.

Habría una investigación. Tendría que haberla: la gente la exigiría. No tendría que hacer nada más. Estaría legalmente obligado a entregar todo lo que habían descubierto: el acto que organizaron Carmichael y Swift en el barco, el Breitling, las cuentas secretas, el testimonio verbal de Reid. Alguien de la policía de Cumbria filtraría la entrevista de Montague Price. La habían visto demasiadas personas como para que siguiera siendo un secreto. Le llamarían a declarar como testigo. Estaría obligado a testificar bajo juramento.

La gente escucharía.

No fallaría a su amigo.

Si apretaba el botón de enviar.

Tenía el dedo sobre el botón. El problema era que no sabía qué sucedería después. Volvía a tener la mariposa de Bradshaw revoloteando en su cabeza. Habría consecuencias impredecibles. Dos miembros del Gobierno habían salido en la televisión asegurando a la ciudadanía que no había ningún crimen más allá de la locura de Reid. Que no se tolerarían más cortinas de humo. Esto podía suscitar cierta agitación social. La democracia solo funciona cuando se lo permites.

Hacer circular ese correo era una temeridad.

Sin embargo... Poe pensó en Reid y en la confianza que su amigo tenía depositada en él. Pensó en Flynn y en Bradshaw, y en todo el trabajo que habían hecho para descubrir lo ocurrido hacía veintiséis años. Pensó en todas las personas que se habían implicado para ocultar lo que había pasado. En esos políticos maliciosos desviviéndose por etiquetar a su amigo como un monstruo. Si no lo enviaba, volverían a ganar. Edmund Burke dijo que «lo único que necesita el mal para triunfar es que los hombres buenos no hagan nada».

Y... Duncan Carmichael le había llamado «mal bicho repugnante». Poe no era de esos que se callan cuando los insultan de esa manera.

—Va por ti, Kylian —susurró.

Apretó el botón de enviar, se reclinó en el asiento y se puso a esperar a que llegase el futuro.

AGRADECIMIENTOS

Escribir un libro es fácil. Llegar a la meta es todo menos eso.

Ante todo, quisiera dar las gracias a mi mujer, Joanne. Sin su apoyo, nada de esto habría sido posible. Además, lo más importante es que es la primera a la que tengo que impresionar. Ella ve el primer borrador mucho antes que nadie y me ayuda a dar forma a la historia que quiero contar, sea la que sea.

También estoy enormemente agradecido a mi agente, David Headly, de DHH Literary Agency: eres una auténtica fuerza de la naturaleza, gracias por aguantarme. Y, ya que estoy, gracias a Emily Glenister por contestar a tantas de mis vanas preguntas...

Krystyna Green, de Little, Brown Imprint Constable, merece la enhorabuena por apostar por el manuscrito poco pulido que aterrizó sobre su mesa a finales de 2016. Tu entusiasmo con Poe, Tilly y Steph, y los apuros en los que se meten constantemente, es sorprendente.

Martin Fletcher, Howard Watson, Rebecca Sheppard y Jan McCann: todos habéis hecho que este libro sea cada vez mejor.

Quisiera dar las gracias asimismo a mis tres lectores beta: Angie Morrison, Stephen Williamson y Noelle Holten. Si algo no tenía sentido o no funcionaba como yo creía, fueron lo suficientemente sinceros para decírmelo.

Ahora debo expresar mi agradecimiento a algunas de las personas que me ayudaron mientras investigaba para escribir el libro.

Gracias a mi buen amigo Stuart Wilson (el de la verdadera Herdwick Croft), por explicarme pacientemente cómo Poe habría podido hacer habitable su casa en Shap Fell.

Gracias también a Pete Marston, antiguo compañero como agente de libertad condicional y *sparring* verbal ocasional, por enseñarme los círculos de piedras de Cumbria (de veras hay sesenta y tres...). Es posible que él no recuerde la conversación, o que me dejara su libro sobre ellos, pero la información se me quedó en la cabeza, lista para ser utilizada cinco años después...

A Jude y a Greg Kelly, por ayudarme con algunos aspectos técnicos de la investigación de homicidios y por ofrecerme algunas de las anécdotas que he introducido para añadir profundidad.

Agradezco a Steve, de Shap Wells, la visita que me hizo por las zonas no abiertas al público. El hotel existe en realidad: es un lugar majestuoso y aislado, que de verdad funcionó como campo de prisioneros de guerra.

Finalmente, muchas gracias a la verdadera Unidad de Análisis de Delitos Graves (Serious Crime Analysis Unit). Me he tomado enormes libertades con vosotros, y pido disculpas por ello. Seguid haciendo lo que hacéis: todos estamos mucho más seguros gracias a ello.

Inevitablemente, habré olvidado dar las gracias a alguna persona: por favor, tomadlo como un defecto de memoria, no como falta de agradecimiento.

Gracias a todos, ha sido la bomba.

NOTAS

¹ Abreviación de guvnor, expresión coloquial equivalente a «señor». (Nota de la traductora.).